

Selecta

Tres días
y una vida



NURIA RIVERA

Tres días y una vida

Nuria Rivera

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

A ti que me lees.

Capítulo 1

Cuando Audrey supo que la convención anual de *Luxury House* iba a celebrarse en la isla de Menorca se dio cuenta de que, por mucho que ella quisiera retrasar lo inevitable, la contingencia la obligaba a actuar.

La casualidad era una broma del destino. Pero quizás, también, el empujón que necesitaba para resolver, de una vez por todas, el tema que tenía pendiente desde hacía tres años. Los mismos que llevaba viuda.

—En algún momento tendrás que ir y enfrentarte a ellos —le había dicho su amiga Alina, compañera en el departamento de casas de lujo en la inmobiliaria de Barcelona en la que trabajaba, y no le faltaba razón.

Sin embargo, aquel día no era un día cualquiera, sino un triste aniversario que hubiera preferido pasar muy lejos de allí. La vida tenía extrañas formas de recordarle las cosas que deseaba ignorar. Por razones que no quería dilucidar, enfrentarse a su ex familia política sacaba lo peor de ella. Así que decidió que cogería el toro por los cuernos, aunque dejaría pasar unos días más y luego resolvería su asignatura pendiente.

Mientras se preparaba para asistir a la cena de gala, con la que se concluía la reunión de las distintas sedes nacionales, un pensamiento cruzó por su cabeza. Se preguntó cómo seguiría Alina. Un contratiempo de última hora la había dejado en tierra y no había podido asistir al evento. Todo un fastidio porque, aunque no estaba sola, se sentía extraña entre sus compañeros.

Debió convocarla con el pensamiento porque el teléfono empezó a sonar y supo que sería ella.

—Dime que te has recuperado y que estás en la recepción a la espera de que te asignen habitación —suplicó con voz esperanzada, aunque le pareció que sonaba desesperada.

—Lo siento, Audrey, pero sigo atada a la cama y a la taza del cuarto de baño. No vuelvo a probar el sushi —contestó, quejosa y con tono apagado—. Lo único bueno de pillar una gastroenteritis es que, si no me deshidrato ni me muero, me he quitado de encima los kilos que me sobraban.

—¡Pero si a ti no te sobran kilos! —exclamó, escandalizada—. Bueno, me vengaré de alguna forma por dejarme sola.

—¿Qué tal las reuniones?

—Aburridas, pero rentables. Nuestra delegación es la que mejores números ha presentado —

respondió, satisfecha.

—Eso es desde que estás tú en la oficina —afirmó su amiga entre risas.

—Eso es el trabajo en equipo. Si administras bien los recursos personales, todo es más rentable a la larga.

—¿Ya has ido a tu finca? —La pregunta la pilló por sorpresa, pero no pudo eludirla. Sabía que tenía que resolver el asunto—. Ponla en venta, ya. Así podrás hacer una oferta por la casa de la colina.

—Alina, eso queda fuera de mi alcance; aun vendiéndola y con ayuda de mis padres, tendría una hipoteca altísima. La casa de la colina, como tú la llamas, necesita arreglos, no podría pagar el alquiler del piso. ¿Dónde iba a vivir mientras las reformas concluyeran?

—Vete con tus padres o ven conmigo —sugirió con seriedad—. Vende la casa de Menorca, deshazte del pasado, y empieza tu vida de una vez.

La casa de la colina era el sueño de Audrey. Una casona enorme de una vieja actriz en uno de los acantilados de Sitges, en la costa catalana, Villa Aurora. Le encantaba el lugar. Desde que se había hecho cargo de las cuestiones legales de su venta había quedado enamorada del sitio. Soñaba con poder comprarla desde entonces, pero era consciente de que era una utopía que solo podría ocurrir en su mente soñadora. Estaba fuera de su alcance, aunque eso no impedía que fantaseara con la posibilidad de adquirirla y así, de paso, evitaba pensar en su realidad. Llevaba demasiado tiempo sola.

—Me quedaré unos días para resolver *esos* asuntos —concluyó. Aquellos asuntos no eran otros que su ex familia política—. Cuando se enteren de que pretendo vender la casa pondrán el grito en el cielo.

—¿Y qué? Deja de tenerlos en cuenta, ellos no te han tenido a ti —refutó su amiga con queja—. Recuerda que son tu pasado, no tu futuro. Si no sueltas lastre no podrás avanzar. —Hizo una pausa y añadió—: Oye... ¿Con quién te ha tocado compartir la habitación?

—Con Marta —aclaró, y agradeció en silencio el cambio de tema—. Es un desastre, tiene todo desordenado. Acaba de marcharse. Va a la caza del sevillano.

—Algunas no desperdician las convenciones y se dan una alegría —alegó con sarcasmo—. Estarás preparándote para la cena y el baile, ¿no?

—Eso pretendo. Quiero que sepas que ha venido el guaperas de Madrid. ¿Cómo se llama...? Ah, sí, Julián. Lo he visto en la comida y está más bueno que cuando lo vimos en Navidad.

—Te dejo que te lo ligan, pero solo porque andas un poco necesitada.

—Gracias por el detalle, eres una gran amiga —soltó entre risas.

—¿Qué te has puesto?

—Un vestido de gasa negro con tirantes finos.

Miró su imagen en el espejo. Se gustó. Pensó que el rojo de un chal daría un toque de color atrevido al conjunto y, además, iría a juego con los *Stiletos* que se había comprado. Ali le pidió que le describiera el *look* y pasó a detallarle el aspecto que mostraba. Su amiga no hacía más que

preguntarle si se había maquillado o si llevaba el pelo suelto.

—Qué sí, pesada. ¿Te crees que no me sé arreglar? —la riñó—. Chapa y pintura, todo el lote. —Rio. No le gustaba usar rímel, tenía las pestañas espesas y ya le daban bastante mirada profunda a sus ojos oscuros, pero esta vez se había aplicado bien. Sabía que la gente la consideraba algo solitaria y anodina y, con seguridad, había cultivado una apariencia clásica que la hacía parecer más mayor de lo que era. Quizás era el reflejo de cómo se sentía. Así que aquel vestido era una declaración de intenciones. Tenía que volver al mercado, le había dicho su madre. ¡Su madre! Era el colmo. Aunque no le faltaba razón—. He usado el pack completo: rímel, maquillaje, pintalabios rojo, melena bien hidratada y lisa y las tetas bien puestas con un sujetador *pin up*.

—Así me gusta. Ya verás que, si te lo propones, te das una alegría. No me seas mojjigata y atrévete a entrarle a alguien.

—Ali... yo no soy así.

—¿Así? ¿Cómo? Mira, guapa, que sé que cuando conociste a Albert te empotró en la pared aquella misma noche.

—Era simpático y seductor.

—Y un cabrón, pero ese no es el tema. Esta noche no la pases sola, Drey. Date un homenaje en su honor.

Audrey revisó el reloj de su muñeca y vio que el tiempo se le echaba encima.

—Ali, tengo que dejarte. No quiero llegar tarde, te cuento luego.

—Vale, pásalo bien y hazme caso. Busca un hombre que te guste y a por él. Hoy es tan buen día como cualquier otro. Y mañana, si te he visto no me acuerdo.

Cortó la comunicación con una sonrisa en los labios. Su amiga era mucho más abierta que ella con el sexo opuesto; si alguno le gustaba no se andaba con rodeos. No es que pretendiera encontrar una pareja estable, pero sí se sentía ya preparada para dejar entrar a alguien en su corazón. Se censuró el pensamiento. No buscaba una relación, pero sí que iba a dejarse querer un poco si surgía la ocasión.

Entró en el salón donde tenía lugar la cena de gala y se dirigió a la mesa que tenía adjudicada la gente de su oficina. Se sentó junto a Cecilia, la mujer de Antonio, su jefe y amigo personal de su padre. Él la había ayudado a conseguir el puesto en el departamento económico-legal de la inmobiliaria; era la encargada de estudiar las ofertas y gestionar toda la parte fiscal y financiera.

Cecilia le dedicó una mirada maternal. Era una mujer grande, igual que el marido, simpática y un poco chismosa. Con vista felina hizo un barrido por la sala y, en unas décimas de segundo, le dio referencias sobre algunas de las mujeres de los directivos: las que llevaban botox y las que se habían operado. También le señaló a los solteros. Después, se dedicó a hablarle de dónde iría en vacaciones y le indicó lo bien que podría estar ella sin trabajar, dada su situación. Aquel comentario no le gustó, pero lo dejó pasar.

—¡Ay, niña! Con lo bien que podrías estar sin trabajar. —La mujer se abanicó con brío y continuó—. Con la pensión que tienes podrías vivir del cuento.

—Pero me aburriría como una ostra.

Miró al resto de comensales: Germán, Marta, Sara y Lourdes, que se había sumado al no asistir Alina, y agradeció que no estuvieran pendientes de ellas.

—Pienso pasarme las horas libres de mañana en la piscina —anunció Marta y con ironía señaló—. Claro, si no tengo nada mejor que hacer.

—Yo creo que las pasaré en la cama —contestó Audrey, sin pensar, pero con intención de involucrarse en otra conversación.

—Pues si vas a hacerlo sola, es una pérdida de tiempo —ironizó Sara. No le pasó desapercibido cómo miró su compañera a Julián, que caminaba cerca de su mesa con otro hombre y les dedicó una sonrisa de anuncio.

La cena fue distendida, hablaron de los logros conseguidos y las metas futuras. Se dio cuenta de que Germán estaba muy pendiente de ella, pero la miraba más como un hermano mayor que como un hombre. Pensó en su amiga Alina, ella le daría la vuelta a esa mirada. No tenía ninguna intención de liarse con un compañero, pero aquel trato la descolocaba. Sin darse cuenta dirigió la vista hacia la mesa contigua y se encontró con los ojos depredadores de Julián; aquel repaso sí era peligroso. Con una mueca en los labios le guiñó un ojo y levantó su copa hacia ella. Le sonrió divertida y lo imitó.

Tras los postres, el presidente de la compañía hizo un pequeño discurso de despedida. Después, la gente empezó a levantarse de sus asientos y, muchos, se dirigieron hacia una barra que habían abierto en uno de los lados de la sala. Los camareros se apresuraron a retirar las mesas que quedaban vacías y en unos minutos se dispuso de una pequeña zona de baile.

—¿Cómo estás? Hoy no debe haber sido un día fácil para ti —inquirió su jefe con cariño al sentarse a su lado; su esposa se había levantado para hablar con la mujer de otro directivo. Asintió a la vez que le sonreía—. Quédate los días que precises. Nosotros nos marchamos mañana, pero si necesitas cualquier cosa solo tienes que llamarme. Lo sabes, ¿verdad?

—Claro, Antonio, gracias. No creo que me ocupe más de tres o cuatro días. La próxima semana empiezo las vacaciones y no pienso dedicarle más tiempo del necesario. Te agradezco los días que me has dado.

—Te los has ganado.

El baile dio comienzo y la pequeña pista se llenó de parejas y gente danzando suelta, al son de la música ochentera. Cecilia apareció risueña y estiró su mano para que su marido la tomara.

—Mi legítima me reclama —dijo Antonio, con una mueca divertida en la cara a la vez que se levantaba y cogía la mano de su esposa. Audrey los despidió con una sonrisa.

Marta se acercó con una copa en la mano y un mohín en los labios.

—¿Cómo va la noche? —preguntó, sin deshacerse de la mueca que adornaba su cara—. Vas estupenda, chica.

Con un gesto de cabeza agradeció el cumplido y respondió.

—Bien. ¿Y a ti?

—De momento muy bien, tengo planes para después —le comunicó, con un tono de confianza indecente.

Audrey no quiso aparentar que se sorprendía, pero le asombró la facilidad que tenían algunas chicas para encontrar rollo. Con humor negro pensó que quizás ella tenía puesto un letrero luminoso en la frente que indicaba que estaba en desuso. Germán había estado muy solícito con ella en la mesa, y eso evitó que otros chicos se le acercaran. Quizás daba una imagen de alguien frágil, insegura y tímida y, si eso era así, la culpa era solo suya. Al mirar hacia la pista lo vio dar saltos con otros compañeros, al ritmo de Alaska y Dinarama con su *A quién le importa* y lo saludó, con el brazo alzado, cuando este le hizo gestos para que se integrara en el grupito danzarín. Marta seguía a su lado y las dos rieron al verlo tan entregado, pero al pasar Kiko, el amigo sevillano, a esta le brillaron los ojillos y se despidió de ella, a la vez que se dejaba abrazar por la cintura por el hispalense mientras se acercaban a la pista.

No quiso quedarse sola allí, con la vista clavada en los demás, se dirigió a la barra y se pidió una Coca-Cola. Al girarse, vio a Julián que se aproximaba. La miró como si fuera una cervatilla y, sin saber por qué, la molestó. Cuando lo tuvo al lado, él se pidió un gin-tonic y le preguntó con curiosidad.

—Y tu amiga, ¿no ha venido?

—¿Alina?

—Sí, la de los ojos verdes.

—Ha tenido un contratiempo —contestó, y bebió un par de sorbos del vaso.

—Bueno, pero tú sí que estás aquí —replicó él, misterioso. Audrey fue consciente de cómo le miraba el escote y le gustó que por lo menos alguien la viera como mujer, no como una desvalida—. ¿Bailas?

Durante un largo segundo lo pensó, pero no le apetecía. Negó con la cabeza. Lejos de desanimar al chico, este la cogió por la cintura y la sacó del gentío que se arremolinaba frente al pequeño mostrador de bebidas. Julián desplegó todo un espectro de seducción, pero Audrey estaba más pendiente de hacia dónde movía su mano, que había puesto distraída en el final de su espalda, que de las cosas que le susurraba. No sabía por qué, pero Julián no la motivaba nada. Sí, estaba muy bien, era guapo y tenía ese carisma que atrae a las mujeres, pero a ella la tenía fría. Ni una pestaña le movía. ¿Sería rara?

—Si me dices cuál es tu habitación, podré ir a darte las buenas noches.

—No sé si quiero que me des las buenas noches —contestó con una sonrisa y se movió con discreción para soltarse de su agarre.

—Lo podemos pasar bien —propuso, descarado, con una sonrisa maliciosa en el rostro—. No seremos los únicos que lo hagamos. Eso sí, nadie tiene por qué enterarse.

—Tienes mucho peligro —arguyó, sonriente y guasona, y él le retiró un mechón de la cara. Con

delicadeza, le rozó la piel con la yema de los dedos. Hacía tiempo que no se sentía deseada por alguien; Julián tenía pinta de acostarse con quien se le pusiera a tiro. Pensó si ella sería capaz y, aunque le hubiera gustado decirse que estaba deseándolo, se descubrió con ganas de escabullirse de sus atenciones.

Sujetaba el vaso como si fuera su tabla de salvación y bebió algunos sorbos rápidos, nerviosa, porque él parecía querer besarla. Al terminar la bebida buscó un lugar donde abandonarla y el momento que él había creado se rompió.

—¿Es cierto que vivías aquí, en Menorca?

—Sí, pero hace tiempo.

—Me encantaría que me enseñaras las calas más íntimas y secretas.

Se sonrió, nerviosa. Julián volvió a pegársele mucho y le susurró al oído.

—Debe ser muy tierno hacértelo.

—No voy a acostarme contigo —le aclaró de repente y puso de nuevo distancia con él. No sabía qué era, pero la hacía sentir incómoda.

—Estoy convencido de que, si me dejas, puedo hacerte cambiar de opinión. Tú piénsalo, ¿vale?

Julián le dio un beso en la mejilla, muy cerca de la comisura de sus labios, y se despidió con un guiño de ojo. Audrey lo vio alejarse y acercarse a otra chica que no le puso reparos para que la besara en el cuello. Respiró hondo y negó con la cabeza, como si se censurara a sí misma. Quizás tenía que ser más abierta y desinhibida, y dejarse de remilgos. Julián era un depredador, pero ella no quería a un hombre para casarse, sino para pasar un buen rato.

Una de las compañeras de Oviedo se acercó a ella y tiró de su mano para llevarla a la pista. Se unió a un grupo de distintas ciudades que bailaban, como adolescentes, dándolo todo, mientras coreaban los ritmos ochenteros. Pasó un rato divertido entre risas, pero tras varias canciones sintió que no tenía fondo ni aguante para seguir. Con discreción se escabulló hacia la terraza, donde, tras sortear la piscina y bajar unas escaleras, se encontró en la playa en la que se situaba el hotel. Divisó unas camas balinesas en la arena y caminó ligera hasta alcanzar una de ellas. Al llegar se sentó y se quitó los zapatos, los abandonó a su lado; sin reparo se dio un pequeño masaje en el puente del pie y se recostó sobre unos cojines circulares. La iluminación del hotel y la luna a medio menguar creaban un juego de luces y sombras propio de amantes. Estaba tan a gusto allí, con la vista del mar y el sonido de las olas al romper en la orilla, que se dejó vencer por la paz del lugar. A lo lejos, algunas parejas paseaban cerca del agua. Contempló cómo alguna se besaba de forma apasionada y les auguró una noche llena de placeres. También le pareció ver a Julián con otra chica y tuvo la impresión de que ya había encontrado a quién darle las buenas noches.

Recordó a Alina, le escribió un mensaje y se lo envió. Era más de medianoche, pero quería que su amiga supiera que se acordaba de ella.

Unas voces interrumpieron la paz que había encontrado.

—Te digo que solo tienes que sonreírles y luego, cuando ya entremos en ambiente, te vas con cualquier excusa.

—¿Pero es que no puedes ligártelas tú solo?

—Podemos compartir, ¿cuál te gusta? ¿La rubia, la morena? ¿La bajita? Joder, tío ¿es que vas a volverte un monje? ¿Cuánto llevas, seis, ocho meses?

—No me jodas, Harper. Ya sabes que no quiero rollos. Y son cinco.

—Pero algún día tendrás que probar. Hay una fiesta por ahí, seguro que hay chicas que, al verte, se te echarán encima enseguida... Se llama Jocelyn.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? La chica que te ha entrado. Está claro lo que quiere. Le interesas tú. Pero puedes escoger. Si no tienes que hacer nada. Ellas lo hacen todo.

—¿Por qué no te vas a que te den?

—Eso me gusta hacerlo a mí y creo recordar que, hasta hace unos meses, a ti también.

—No estoy para fiestas. Déjame en paz.

—No seas así. Vas, les sonríes y me las dejas. Les he dicho que te harías unas fotos. Venga tío, a lo mejor te gusta alguna. Están muy buenas.

—¿Cómo quieres que te lo diga?! —inquirió el hombre, con tono de enfado—. Se me ha muerto. ¡Joder! No se me levanta. No quiero hacer el ridículo. Sería el colmo de la vergüenza.

Audrey casi mantenía la respiración. La brisa le hizo notar la ira del hombre. No le gustaba escuchar conversaciones ajenas, pero no había tenido opción de hacerse notar de alguna manera y, después de las primeras frases, se dio cuenta de que era mejor no delatar su presencia. Tras aquella confesión rezó para que no la descubrieran. No sabía quién podría tener semejante problema, pero sí sabía que para los hombres su virilidad y hombría se medía en términos de potencia sexual.

Durante un segundo no escuchó nada, solo el rumor de las olas, hasta que el primer hombre soltó un «de acuerdo» que, a Audrey, le pareció poco convincente y presintió que se marchó. No sabía qué hacer, lo mejor era esperar un momento y salir de allí con discreción. Entonces su teléfono rompió el silencio del lugar y lo cogió con toda la premura de la que fue capaz, para no revelar su posición. Sin embargo, al instante, una cara de pocos amigos apareció en su campo de visión y la miró con el ceño fruncido y una dureza que le atravesó el corazón. No fue capaz de decir una palabra ante aquellos ojos clavados en ella que parecía que la juzgaban, sentenciaban y estaban a la espera de ejecutar el fallo.

Con la voz apagada susurró a su amiga que la llamaría más tarde y cortó la comunicación.

Capítulo 2

Lucas Hart, futbolista profesional y hombre caído en desgracia, trataba de mantener la atención y la compostura en la fiesta de aniversario de sus padres, pero no era fácil.

Su hermano menor y representante deportivo, Andrew, se lo estaba poniendo difícil con sus insinuaciones y provocaciones. Maldita la gracia le hacía haberle contado *su* problema. Aunque lo peor no era eso, sino que su disfunción había empezado a afectarle, no solo en sus relaciones con las mujeres, sino en su vida laboral. Se sentía estresado, había perdido el deseo que siempre lo había caracterizado y su carácter se resentía. Estaba cabreado la mayoría del tiempo. No tenía humor para nada. Su familia lo aguantaba porque lo quería, y él estaba deseando que transcurrieran los tres días que le quedaban de descanso para normalizar su vida, terminar la rehabilitación y salir del circuito social que nunca lo había agobiado tanto como en aquellos momentos.

Mientras escuchaba a su padre y cuñada hablar de la situación del negocio familiar, miró su móvil con disimulo. Ahí estaba de nuevo, un mensaje de un periodista de *Bild*, el diario sensacionalista alemán, que lo perseguía hacía meses. Siempre había sido cortés y amable con la prensa, era un colaborador necesario. Los había atendido de forma correcta, por eso no entendía el escarnio al que había sido expuesto. Borró el mensaje a la espera de que el reportero se cansara de su silencio; con suerte algún otro entraría en el punto de mira de la gente y se olvidarían de él. Tenía que reconocer que, en todo lo que no fuera política, es decir, cotilleos, escándalos —si eran sexuales mejor—, fútbol y chicas enseñando sus tesoros, el *Bild* tenía el mercado cubierto.

La llamada de su padre lo sacó de sus pensamientos.

—¿Qué opinas, Lucas?

—¿Qué opino de qué?

—Creí que podría contar contigo. Algo tendrás que hacer. ¿O vas a dedicarte a vagar?

—¿Vagar? —inquirió, molesto.

—Tu padre quiere decir... —terció su madre.

—Sé lo que quiere. —Trató de que su voz no sonara tan dura como quería, su madre no lo merecía; aunque no podía evitarlo—. Pero él no acepta un no.

—Tu participación nos sería de mucha ayuda —intervino Alex, su cuñada.

—Lo mío es la práctica, no la teoría.

—Bueno, pero la experiencia es un grado, podrías dirigir la colección. Tú mejor que nadie sabe lo que está en juego.

—Estoy convencido de que crear un sello editorial especializado en fútbol y deportes en general tendrá mucho éxito, solo os hace falta un buen nombre y Hartbook lo tiene en el sector. Hay cantidad de gente que lo haría mejor que yo. Hasta puedo presentaros a alguien. No me necesitáis.

—¿Es un no? —preguntó su padre con seriedad y se hizo el silencio. Solo el sonido del tarareo de una cancioncilla infantil resonó a su lado y se filtró en el ambiente, lo que levantó algunas sonrisas. Fue a responder, pero su padre lo frenó con un gesto y una mueca divertida en los labios —. Consúltalo con la almohada.

La pequeña mano de una niña se posó en el antebrazo de Lucas y este se giró para atenderla. Su sobrina era su debilidad, le dedicó una sonrisa. La pequeña valquiria lo miraba con ojillos expectantes y él esperó a que le pidiera lo que quería, pero la niña solo señaló su bracito.

—¿Quieres que te haga un *tattoo*?

Sobre la mesa un montón de rotuladores de colores se amontonaban junto a una lamina para colorear. Cogió uno de color negro y dibujó un ocho en la tierna piel.

—¡Hala! —exclamo Efrén, su hermano mayor y padre de la niña, con voz de asombro—. Es el número que lleva el tío en su camiseta. Vais iguales.

Lucas volteó su brazo y le mostró el dibujo que llevaba en la parte interna de la muñeca, un ocho que bien podría ser un infinito.

—Bueno, chicos, nosotros nos vamos a retirar —anunció su madre—. Alex, si quieres nos llevamos a Valeria.

Efrén miró a su mujer y está negó con la cabeza. Los sutiles cruces de miradas no le pasaron desapercibidos a Lucas, que presintió que iba a recibir una charla.

Los tres hermanos se dirigieron hacia el bar. La música que salía de una sala les llamó la atención y al pasar junto a ella unas mujeres salieron con los rostros acalorados y se los quedaron mirando. En otro momento les hubiera sonreído y, con seguridad, alguna habría amanecido en su cama. Sabía el efecto que tenía en las mujeres, pero esa noche, como muchas otras anteriores, lo único que deseaba era tener a las féminas cuanto más lejos mejor. Andrew, sin embargo, les guiñó un ojo provocador.

En el bar se pidieron unas copas y hablaron de fútbol. Sin duda un tema cómodo para Lucas.

—¿Y cómo llevan el desastre contra Corea? —preguntó Efrén cuando les sirvieron. Lucas puso cara de resignación. La selección alemana había caído contra Corea del Sur en el mundial que se jugaba en Rusia. La moral de algunos amigos estaba por los suelos, ya que eran los campeones del mundial anterior y habían quedado fuera muy pronto. Sin embargo, España había caído también, tan solo unos días después, en la tanda de penaltis contra la selección del país anfitrión. Era un misterio quién ganaría.

—El fútbol es así. —Se encogió de hombros. Él tenía su propia decepción. Su lesión le había impedido poder estar en la copa del mundo. Ya nunca más podría degustar la sensación de salir al campo y defender los colores de su país en una competición deportiva tan importante. Aunque, para ser sincero consigo mismo, sabía que tenía pocas posibilidades de volver a vestir la camiseta blanca y roja del Atleti antes de colgar las botas. Y aquello, en ocasiones, lo llenaba de tristeza.

Sus hermanos cruzaron una mirada cómplice y esperó en silencio a que le cayera el chaparrón. Efrén fue el primero en abordarlo.

—¿De verdad nos dejarás tirados? Papá y a Alex están muy ilusionados con ese proyecto.

Tomó aire y dijo lo más pausado que pudo.

—No deberían contar con mi tiempo, aún me falta una temporada para retirarme —anunció, resignado—. Quiero ver otras opciones.

—Nuestro hermano pretende ser entrenador, ¿no te lo ha dicho? —intervino Andrew—. Creo que se le daría bien. Aunque yo espero que abra una escuela para niños.

—Es una buena idea, Andy, y no sería incompatible con la editorial.

Lucas los observó en silencio mientras hablaban de él como si no estuviera, hasta que explotó.

—¿Queréis dejar de joderme y dejar que elija yo mi futuro? A lo mejor me quedo en Alemania.

—¿Piensas regresar con Gisela? —indagó su hermano mayor.

—Ni la menciones.

—Pasa página, tío. Los chismes de hoy son papel mojado mañana.

—Pues llevan mojados varios meses y la muy cabrona está sacándose un sobresuelo. La verdad no le importa a nadie.

—Ya caerá. Pero si tú hablaras...

—No voy a contar mi vida privada, joder. Me fastidia que se haga uso de ella para que otro se beneficie —espetó—. Y no pienso seguir hablando del tema.

Sabía a qué jugaba Gisela, solo quería estar en el candelero y no salir del escaparate televisivo. Se aprovechaba de que él no refutase sus calumnias y esa era su vergüenza.

—No entiendo por qué te lo tomas así —añadió Efrén—. La prensa del corazón cada dos por tres te coloca una novia o te inventa algo, pero eso no justifica que vayas por la vida como alma en pena. Estás insoportable.

Lucas se quedó callado; su hermano tenía razón y le molestaba que su familia pagara su malestar. Quizás debería explicarles lo que le ocurría; aunque no dudaba de que Efrén, por lo menos, lo supiera, Andrew no sabía tener la boca cerrada. Y si lo sabía su hermano mayor, lo sabría su cuñada. Solo la niña y sus padres permanecían en la ignorancia. Era el colmo. ¿Cómo no iba a deprimirse?

Había tardado varios meses en sincerarse con Andy y porque lo pilló en un momento de bajón; además, era a quien más cercano se sentía. No solo era su hermano menor y su representante, sino también la persona en la que más confiaba. Aunque tenía un buen puñado de amigos en Alemania,

algunas cosas no se explicaban a los colegas. Solo le faltaban las risas y pitorreos para que su autoestima se hundiera un poco más. Pero su hermano se lo tomó con humor y desde entonces lo metía en serios breves. Según Andrew, el problema se mantenía porque no había encontrado a la mujer adecuada. Pero en su fuero interno sabía que no era la mujer, la tara la tenía él. Aunque quizás Gisela, con sus manipulaciones y mentiras, tenía algo que ver. Tal vez debería ir a un médico, como le había aconsejado el pequeño de los Hart. Fue un momento de bajón, una tarde en la que la ansiedad lo tenía disparado y se sentía tan deprimido por las circunstancias que su hermano se instaló con él unos días. La angustia le afectó al juego y por culpa de eso se lesionó. No levantaba cabeza desde aquella noche en que su vida se fue a la mierda.

Abstraído en sus pensamientos, al levantar la vista se dio cuenta de que una mujer se acercaba y lo miraba con una sonrisa tensa en la cara. El lenguaje de su cuerpo le anunció que venía a presentar batalla, por mucho que su rostro fuera el reflejo de la inocencia. Observó a sus hermanos envueltos en una conversación, como cuando eran críos. El carácter burlón de Andy hacía que no siempre se le tomara en serio, aunque como representante era la persona más sensata que conocía. La joven se detuvo en su mesa y la contemplaron con curiosidad.

—¡Hola! Verás. —Esbozó una gran sonrisa y se dirigió a él. La mirada que le dedicó le hizo saber que podía pedirle cualquier cosa; parecía que estaba a punto de derretirse por su atención. Había estado con bastantes mujeres así, era un cínico, ¿por qué ahora las detestaba? ¿Qué le importaba a él que olvidasen su dignidad? Quizás en su rostro vio algo de admiración, pero, sobre todo, un plus se dibujaba en su cara y ese algo más era un deseo que él no estaba dispuesto a satisfacer—. Mis amigas y yo hemos hecho una apuesta.

Lucas la observó con expresión seria, y de reojo vio a los otros dos dibujar una mueca de expectación en su cara.

—¿Una apuesta? Interesante —apuntó Andrew y sacó sus dotes de seducción.

—Quizás quieras ayudarme a ganarla.

La mujer solo miraba a Lucas y, aunque acostumbrado, se sintió incómodo.

—¿Solo él puede ayudarte? —interrogó Andy ante el silencio de Lucas—. ¿Cuál es la apuesta? ¿Por qué no vienen tus amigas?

Lucas pensó que su hermano pequeño estaba en modo sabueso cazador y se rio para sus adentros. Si la mujer se despistaba iba a acabar en su cama. La chica hizo un ademán para que sus acompañantes se acercaran.

—Que conseguía invitar a una cerveza a Hart... Bueno, a lo que él quisiera. A todo lo que quisiera —respondió, con voz provocadora. Lucas la observó mientras decidía qué decirle, ella pareció impacientarse—. Eres Hart, ¿no?

—Yo soy Hart —intervino Efrén con guasa.

—Y yo —añadió Andrew.

Lucas se levantó ante la expectación de los tres y despeinó a Andy, que miraba a la joven con ojos golosos.

—Creo que buscas a este Hart —señaló.

La cara de la chica expresó extrañeza. Efrén rio con una sonora carcajada y se levantó a su vez. Cogió a Lucas por los hombros y este dijo que tenía que marcharse.

Caminó junto a su hermano unos pasos, mientras escuchaba a Andy decir que él la ayudaría a ganar la apuesta. Deseó que se olvidara del asunto

—No deberían darte miedo las mujeres, tío. Así no resolverás nada.

—No me dan miedo, pero es que no se me acerca una que sea normal.

—¿Qué le pasaba a esa?

—¿Acaso no la has visto bien? Así no hay misterio —dijo con sorna—. Esa quiere sus quince minutos de gloria.

—Y tú no estás dispuesto a dárselos.

—Ni a esa ni a otra.

Salieron hacia la terraza. Lucas procuraba no mirar a nadie, así evitaba el contacto ocular. Solía ir con una gorra, para impedir que lo reconocieran; sin embargo, siempre había alguien que lo descubría. Siempre era amable con los fans y la gente que se le acercaba, aunque con las mujeres últimamente era un poco más distante.

Se apoyaron en la barandilla que separaba la terraza y la piscina de la arena de la playa. Miró hacia la oscuridad que se abría lejos del brillo de la iluminación eléctrica del hotel.

—¿Cómo sigue Valeria?

—Bien. Despacio, pero bien —respondió su hermano, y se inclinó para mirarlo a la cara.

Interrogó con la mirada y no tuvo que decir nada más para que Efrén continuase.

—Por lo menos, ya no esconde comida o se oculta para comer.

Valeria era una niña rusa, adoptada. Tenía tres años y medio y, aunque sus padres la conocían desde que tenía uno y medio, solo llevaba nueve meses con ellos. Había presentado serios problemas de adaptación; apenas hablaba, aunque conocía el idioma. Había llegado muy desnutrida y con un historial médico que cuando aterrizaron con ella en brazos se apresuraron a confirmar. La visitaron los mejores especialistas y todos descartaron todas las patologías que habían afirmado en su país de origen, por considerar que, si fuesen ciertas, la niña no habría sobrevivido. El miedo que tenían era que tuviera el Síndrome Alcohólico Fetal, muy característico en niños adoptados en países del este, al ser sus madres biológicas adictas al alcohol y otras sustancias.

—¿Y lo otro? —temió preguntar.

—Dicen que no tiene rasgos sindrómicos, por lo visto el SAF tiene unas características muy claras y lo cierto es que Val es tranquila, conecta con las personas y no está encerrada en su mundo; aunque no habla mucho con la gente. Una psicóloga nos ha dicho que tenemos que darle tiempo, que hablará cuando quiera. ¿Te lo puedes creer? Cuando quiera.

—¿Y tan pequeña necesita un psicólogo? ¿No sería mejor un logopeda, para que le enseñe a hablar?

—Pues sí, psicólogo ya, y no veas lo bien que le ha ido a nivel de comportamiento y emocional. Además, no tiene ningún problema de lenguaje, ella estaba inmersa en un idioma, el ruso, y aunque íbamos mucho y le hablábamos en español, la cosa no es tan rápida. Aunque ya no dice cosas en ruso, como antes.

—Pero la llevaréis a que aprenda ruso, ¿no? Por eso de la lengua materna.

—Alex quiere llevarla a Rusia cuando sea más mayor. Para que sepa de sus raíces.

—Sois unos padres geniales.

Efrén se rio con ganas.

—No se nace enseñado, a esto se aprende.

Lucas observó a su hermano sonreírse solo, como si recordase alguna anécdota. Miró su reloj, era casi medianoche.

—¿Sabes? Me voy con mis chicas —informó Efrén—. ¿Qué haces, te quedas o te vienes?

En ese momento su teléfono móvil le avisó de que le entraba un mensaje. Lo revisó.

—Andy me pregunta dónde estoy. Me voy también. Seguro que quiere liarme.

Pero no le dio tiempo a escabullirse, porque su hermano pequeño los encontró. Efrén se despidió y él se quedó un poco más ante los ruegos de Andy. Para alejarse de la gente que se arremolinaba en la terraza bajaron a la playa, mientras conversaban.

—No sé qué haces aquí conmigo, creo que se te presenta una noche animada —dijo Lucas con sarcasmo.

—Tú también podrías tenerla. Son tres amigas, me han pedido que saliera en tu busca.

—Venga, no me fastidies. No estoy para fiestas. Me voy a dormir.

—Pero ¿por qué te pones así? Será divertido. Deja atrás tus temores y lánzate.

Caminaron hacia la zona de penumbra donde algunas hamacas se distribuían de forma organizada en la cala. Andrew lo incitaba a salir con él y las amigas y él ya no sabía cómo decirle que no. Andy no se dejaba decir que no con facilidad, según él lo que le hacía falta era dejarse de tonterías y liarse con la primera mujer que se le cruzara en el camino. «Si él supiera», se dijo al escucharlo, por mucho que lo deseara su cuerpo no respondía. La mente era más poderosa que su propio instinto. Le molestó cuando le dijo que solo tenía que sonreírles, se sintió como un objeto y para colmo le daba a elegir.

Era como una mosca cojonera, igual que cuando eran pequeños y se empeñaba en investigar y llegar al *quid* de alguna cuestión que le parecía que debía aclarar. Quiso meterse con él, a ver si así lo dejaba tranquilo.

—No me jodas, Harper. —Así lo llamaban Efrén y él cuando querían que los dejara en paz—. Ya sabes que no quiero rollos. Y son cinco.

Cinco malditos meses en los que cada día era peor que el anterior, se sentía morir por dentro como si estuviera roto. Era un medio hombre y no sabía si algún día podría recuperar lo que había perdido. ¿De qué servían los títulos y la gloria alcanzada en el campo si luego en la intimidad de una habitación caía la máscara y era un fraude? Su pequeña venganza era llamarlo como hacían de

pequeños, pero Andy no se inmutó y siguió insistiendo.

Sintió una opresión en el pecho, Andrew reía; sin embargo, él estalló. No quería gritar. Alguien podría escucharlos, pero no fue capaz de no responder a la provocación.

—¿Cómo quieres que te lo diga?! —bramó y quiso refrenar su enfado, pero le resultó difícil—. Se me ha muerto. ¡Joder! No se me levanta. No quiero hacer el ridículo. Sería el colmo de la vergüenza.

Se llevó las manos a la cabeza y se estiró el cabello hacia atrás como si lo apartara de sus ojos. Respiró hondo y trató de serenarse. Le inquietaba que alguien lo hubiera escuchado. El gesto contrito de Andrew le hizo saber que se arrepentía de empujarlo contra las cuerdas.

—De acuerdo. —Su hermano chocó el puño con él y le pidió disculpas en un susurro que apenas escuchó. Dio unos pasos hacia atrás, como si se retirara, y luego se giró para caminar hacia el interior del hotel. Antes de subir las escaleras añadió—. Pero mañana te quiero en el gimnasio y me las pagarás corriendo lo que me dé la gana.

Levantó la mano, con el pulgar alzado, a la vez que se alegraba de quitárselo de encima. Pero, de pronto, el sonido de un teléfono rompió el silencio del lugar, todos sus fantasmas se revelaron y agitaron la angustia que estaba agazapada en sus entrañas. ¡Alguien había escuchado sus palabras!

Afinó el oído y, con rabia, se dirigió al único sitio del que podría haber salido el ruido. Se asomó con furia y encontró una mujer acurrucada sobre unos cojines y con un teléfono en la mano. La bilis le subió por el esófago.

«¡Joder, joder! ¡Me han grabado! Estoy jodido, bien jodido».

En una milésima de segundo las ganas de salir corriendo, de esconderse y querer desaparecer, lo invadieron. Su mayor miedo se le hacía presente. Iban a descubrir al verdadero Lucas Hart. Al medio hombre, al fraude del fútbol alemán.

—No me habrás grabado, ¿verdad? —inquirió de malos modos.

—¿Cómo dices? —respondió la mujer con cara de susto.

—¡Dame! —espetó, huraño, y de un manotazo le arrebató el teléfono de las manos a la mujer. Con los nervios a flor de piel, empezó a trastear el aparato, pero se había bloqueado. Ella lo miraba perpleja, pero no le importó la imagen que pudiera hacerse de él—. ¿Contraseña?... Dímelas, rápido. Ahora mismo no me siento muy amable.

—Dime qué quieres y...

—La contraseña, quiero saber si me has grabado —soltó, cabreado.

—¿Pero por qué iba a grabarte? —Le dedicó una mirada de hielo. ¿Pretendía engañarlo? La mujer pareció no intimidarse, aunque en su cara se notaba la tensión de sentirse descubierta, ¿o era miedo? Sí, se le iba a caer el pelo. Con dignidad, ella se puso de pie, descalza en el suelo, le quitó el teléfono y, para su sorpresa, lo desbloqueó y se lo entregó. No se detuvo a pensar, entró en varias aplicaciones y se movió por la pantalla.

No encontró nada. Incluso revisó si había imágenes. No había ninguna aplicación de grabación de voz, ni editor de audio, aparte de la que venía de serie en el teléfono y no parecía haberse

usado, y tampoco ningún mensaje o video enviado por wasap o SMS. Aquello era raro, estaba seguro de que lo había espiado.

—Ni siquiera tienes instalada *Wavstudio* o una mala aplicación para grabar. ¿Con quién hablabas?

—No te importa, imbécil.

La mujer le quitó el teléfono de las manos, se sentó en el borde de la tumbona y se colocó los zapatos sin perder la dignidad. La mirada que le dedicó le llamó la atención, lo atravesó con ella. Sin embargo, no se dejó engañar y la observó sin fiarse. Parecía que no iba a defenderse de su acusación más allá de lo que había dicho. Valoró si le compensaba increparla o era mejor dejar las cosas como estaban. Decidió marcharse, aunque le carcomía saber la verdad.

Capítulo 3

Audrey no sabía si salir corriendo o darle un par de tortas, bien dadas, al intruso que la asustaba. No es que ella fuera muy valiente en algunas lides, pero sí sabía detectar a los abusones y aquel hombre parecía serlo. Mientras se calzaba los zapatos y maldecía, se percató de que el hombre la miraba expectante. ¿No pensaba marcharse? Qué lástima, tan atractivo y tan borde. Claro, así podían ir algunos por el mundo, increpando a las mujeres y mostrando que eran unos machitos. Guapo, quizás, pero muy tonto. ¿Que si lo grababa? ¡Ay! ¿Y si lo pensaba de verdad y era un loco de esos, un paranoico que se creía que lo espiaban y se sentía perseguido? Podría ser peligroso. Miró a su alrededor, no es que hubiera mucha gente por la playa y los que había, iban a lo suyo y no les echaban cuentas.

Era joven, no supo ponerle edad, algo mayor que ella. Lo vio dar un paso atrás, como si quisiera irse, pero al segundo se le acercó de nuevo. Le pareció que le costaba marcharse de su lado. Se rio por la ironía. «Soy como un imán para los descerebrados». Sintió, de nuevo, la vista clavada en ella. Empezaba a asustarse.

—¿Qué has contado de mí? —gruñó él, más que preguntó.

—Pero... ¿estás loco o qué? —se defendió, nerviosa—. ¿Por qué iba a hablar de ti?

—Será mejor que no me mientas.

Estaba claro que no era una broma. Sentía la mirada desdeñosa y dura sobre ella, era como el lazo de la verdad de *Wonder Woman*, no podía resistirse. Y eso no era bueno para ella, pero, aunque tenía una buena dosis de control quiso ser honesta, a pesar de que el tipo no lo mereciera. Lo que no esperaba era que le saliera tanta verborrea y se desestabilizara tanto.

—Era mi amiga Alina, pero apenas he podido responder. Está enferma, en Barcelona, quería saber qué tal me iba en la convención, que ha sido un rollo, por cierto, y un tío me ha propuesto ir a mi habitación y creo que me estoy escondiendo de él —se justificó, no tenía filtro, contestó acelerada y con ganas de llorar. Se moría por marcharse y olvidar el incidente—. Lo siento, no pretendía escuchar. No sé de qué hablabais.

El joven suavizó su mirada, aunque seguía expectante, casi perdonándole la vida. Hizo un ademán de irse, pero se revolvió sobre sí misma y le espetó.

—La próxima vez que veas a alguien con un teléfono en la mano, piensa un poco antes de darle un susto de muerte.

No iba a pedirle disculpas, estaba claro. Lo miró por última vez y lo sorteó; sin embargo, cuando había dado varios pasos, la llamada del hombre la clavó en el suelo.

—¡Espera! No te vayas. —Se giró despacio y pudo comprobar que la expresión dura había mutado a otra más cordial. Lo que no esperaba era el golpe que sintió cuando el hombre le dedicó una sonrisa con la que entendió que se disculpaba—. Perdona. Ahora cada persona con un móvil es un *paparazzi* en potencia.

—Ni que fueras tan importante —contestó con cierto desdén, él la miró con una cara que no supo interpretar—. Además, con ir y sonreír un poco no hacías mal a nadie.

De pronto le entró la risa, de sus labios había salido algo que no esperaba y se tapó la boca nada más escaparse las palabras, aunque ya era un poco tarde. El rostro masculino reflejó su asombro, pero al final también sonrió.

—¿Pero no era que no habías escuchado? —Su tono se había vuelto amable.

—¡Ay, vaya...! —trató de quitarle importancia—. Habrá sido mi subconsciente.

De aquella manera tan simple solventaron las diferencias; ella lo perdonó al instante por cómo la había tratado y supuso que él también se relajaba, porque ya no parecía un Miura a punto de embestir. Rieron, libres de la tensión acumulada.

—¿Por qué te escondes aquí? —preguntó él con curiosidad a la vez que señalaba la gran hamaca.

—No me escondo, bueno, tal vez. —Audrey recordó que cuando se le había soltado la lengua dijo algo parecido en su verborrea—. Contemplaba la luna y el vaivén de las olas. Es relajante. Pero... parece que tú también te escondes.

Quiso morderse la lengua, por el doble sentido de sus palabras. Eso hacía referencia a lo que había escuchado.

—Pues sí, vamos a tener que escondernos juntos —respondió con otra sonrisa que le partía la cara. Audrey pensó que era un hombre bastante atractivo y no tenía pinta de misógino, le intrigó su misterio. Aunque la miraba con cierta extrañeza, como si esperara algo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él.

—Audrey ¿y tú?

—¿Yo? ¿Eh...? ¿Audrey?... ¿Como la Hepburn?

—Sí, pero con menos glamur. Audrey López. Cosas de mi madre. *Desayuno con diamantes* es su película favorita y, además, nació el mismo día que la actriz. No tenía escapatoria —contestó, divertida. Justo entonces su móvil sonó; al mirar hacia la pantalla vio quién era: Alina—. Disculpa... he de contestar. —Sin esperar respuesta atendió la llamada—. Dime Ali... Sí... es que ha venido un chico a preguntarme algo... No, no es de la fiesta. —Miró un poco avergonzada al desconocido y se sonrió. Distraída se sentó en el borde del colchón—... Ya te contaré... ¿Julián? Uf, Ali, ese va a lo que va, es un fresco... No, ahora no puedo contarte, mañana. Descansa... Sí, estoy bien.

Cortó la llamada y observó que el chico se había cogido una silla y se había sentado junto a la

tumbona.

—No me has dicho tu nombre —le dijo con una sonrisa, le gustó la poca prisa que él demostró por marcharse.

—¿Eh...? Pensé que... Lucas, me llamo Lucas y ese, el que me proponía...

—Harry...

—No. Andy, Andrew. Es mi hermano pequeño. A veces, para enfadarlo, lo llamo por un nombre que se puso de niño. —El joven se sonrió como si recordara algo.

—¿Se cambió el nombre? Eso es típico de los niños.

—No sé si es típico, mis padres casi lo llevan a un loquero. Hablaba de sí mismo en tercera persona y luego empezó a querer que lo llamaran por su nuevo nombre; por lo visto quería ser especial y éramos tres hermanos con el mismo apellido. Así que se lo cambió.

Audrey rio por la anécdota infantil. Se permitió mirar al hombre con otra perspectiva. Relajado no tenía pinta de loco. Tenía una sonrisa bonita y era simpático. Le gustó.

—Ahora que sabes algo tan íntimo de mí yo debería saber algo tuyo, así estamos igualados —propuso él, como si hablara de compartir confidencias.

—¿Eso crees? Lo siento, pero yo no voy contando mis intimidades a los desconocidos —soltó con burla. Audrey se humedeció los labios a la vez que se colocaba un mechón de pelo detrás de su oreja y de pronto se dio cuenta de que coqueteaba, sin ser consciente. Se ruborizó; pero lo peor no fue percatarse de aquello sino de que él la miraba risueño y le seguía el juego.

—Pero, Audrey. Sé el origen de tu nombre, no somos desconocidos —se quejó—. Somos amigos, ¿desde cuándo? —Miró el reloj—. Cinco minutos, quizás seis. El tiempo está sobrevalorado. Lo breve e intenso dos veces bueno.

Audrey se sentía desinhibida, le gustaba aquel juego; se mordió el labio para no soltar una carcajada y se quedó en silencio. Quería hacerse la interesante y pensó qué decir; sin embargo, cuando escuchó las palabras que salieron por su boca, se tapó los labios con ambas manos y se echó a reír.

—Yo llevo en seco más tiempo que tú.

No sabía qué era, pero ese hombre la trastornaba hasta el punto de no controlar lo que decía. Eso no le había ocurrido nunca, ella era una gran controladora de sus emociones.

Lucas la miró con los ojos muy abiertos, a la vez que negaba con la cabeza como si le recriminara algo.

—No te creo, con esa cara y ese cuerpo —concluyó y la miró de arriba abajo—. Lo dices para hacerme sentir mejor. Tienes mucho que ofrecer.

—Puedes creer lo que quieras —respondió, un poco molesta.

—Bueno, bueno... no saques las uñas —contestó, con las palmas de las manos levantadas en un gesto defensivo—. No sé cómo puedes aguantar, a mí se me hace difícil.

—Supongo que el cuerpo se acostumbra.

Audrey no se reconocía, no era un tema de conversación trivial para tratar con un desconocido;

aunque quizás por serlo le resultó fácil, así que le imprimió al tema toda la naturalidad que pudo, como si hablara del tiempo que llevaba sin tomar Coca-Cola.

Él respondió con humor. Intuyó que para él era muy importante el asunto porque, al enfocarlo desde el humor, se defendía. Con cara de asombro le dedicó un gran «Oh» con la boca y ella se sonrió.

—No me mires así... y si no cierras esa boca te acabarán entrando moscas.

Lucas se rio y al cabo de unos segundos añadió:

—Te estás perdiendo algo muy bueno. ¿Por qué? ¿Tienes algún problema o es una decisión meditada? Creo que me gustaría escuchar esa historia.

—Pues vas listo si piensas que voy a explicártela.

—No sé por qué no, tu historia seguro que es mejor que la mía.

Dos chicas se les acercaron, aunque no terminaron de llegar hasta ellos. Audrey se percató de que miraban a Lucas como si lo conocieran, casi percibió que le lanzaron una sonrisa provocadora, de esas descaradas y de proposición indecente que hizo que sintiera reparo. Quizás eran amigas que lo esperaban, pero él pareció no inmutarse o por lo menos lo disimuló muy bien.

—¿Las conoces? —Él negó con la cabeza y eso la animó a decir—. Tal vez quieras averiguar qué tienen para ofrecerte.

—¡Vaya! ¿Me echas? —inquirió, y se tocó le pecho como si lo hubiese herido. Lucas obvió a las mujeres y se centró en ella.

Esbozo una sonrisa tímida.

—No tengo ninguna duda de lo que pueden ofrecerme. —Hizo un silencio un poco tenso—. Pero... ahora mismo lo que quiero averiguar es otra cosa.

—No pienso liarme contigo, si es lo que quieres has perdido la oportunidad con esas chicas.

—¿De qué es esa convención? ¿De adivinos?

Audrey se sintió mal por cómo había reaccionado. Él no había dado ninguna señal de que quisiera nada con ella, y no sabía si eso era un alivio o le molestaba. Sin embargo, el chico tenía mérito, lo echaba por el humor.

Pasmada, observó cómo él se acomodaba. Sentado en su silla, estiró las piernas y posó los pies en la hamaca donde ella estaba sentada. Ante la nueva situación, Audrey también se recostó en los cojines circulares y encogió sus piernas bajo su cuerpo para poder mirarlo de frente.

—Es la reunión anual de agentes de la propiedad inmobiliaria.

—¿De aquí, de Menorca?

—Bueno, hemos venido de toda España. Yo soy de Barcelona, ¿y tú?

—Actualmente vivo en Leverkusen, pero pronto volveré a España, soy de Madrid —contestó, y Audrey captó cierto misterio o que se burlaba de ella, también podría ser.

—¿Leverkusen? Como los del Bayer —comentó, risueña. Él levantó las cejas y la miró divertido a la vez que asintió con la cabeza—. ¿Dónde está eso?

—Entre Colonia y Düsseldorf —respondió, señalando un mapa imaginario en el aire. Por

mucho interés que Audrey puso en mirar para adivinar el lugar, la geografía no era lo suyo, no tuvo idea de dónde estaba, pero no quería confesarlo y parecer una inculta—. Por la cara que pones no tienes ni idea, ¿verdad?

Se rio al ser descubierta.

—Cierto, pero me fío de ti. ¿Qué haces aquí? Estás muy lejos de casa.

—Hoy era el aniversario de mis padres. Lo hemos celebrado en familia. Les encanta Menorca, pasan más tiempo aquí que en Madrid. Es como su segunda casa —explicó, al tiempo que se recolocaba en la silla, cruzó un tobillo por encima del otro, sobre la tumbona—. ¿No tienes que volver a tu fiesta?

—No estoy muy cómoda ahí. ¿Y a ti, no te esperan?

—No, no creo... Estoy a gusto aquí, contigo. Eres tan... tan normal.

—¡Vaya! No sé si eso es bueno o malo.

Lucas la miró con cara de apuro y unió las palmas de sus manos a la vez que le dedicaba una sonrisa, como si se disculpara.

—Perdona, es que a veces me topo con chicas bastante diferentes.

—¿Descaradas, como las de antes?

No es que quisiera dar esa imagen, pero tampoco la de una mujer invisible. Se preguntó qué imagen daba ella y no supo si «normal» era la que más le gustaba.

—A veces... Tú... Tú no me conoces, ¿verdad?

Audrey se sorprendió ante aquella pregunta. ¿Se conocían de otro momento y no lo recordaba? No. Estaba segura de que no se habían visto con anterioridad, o por lo menos ella no lo había visto antes.

—No te habré vendido una casa y no me acuerdo, ¿no? Quedaría fatal —respondió divertida.

Él sonrió, sin borrar de su cara esa mueca guasona del que sabe algo que el otro no. Se sintió intrigada, pero justo entonces el teléfono de Lucas sonó y él se levantó y puso distancia para atender, pero al segundo y medio regresó y sin tapar el micrófono le pidió que lo esperara.

Audrey se acomodó en la tumbona. Lucas le parecía un chico agradable. Se distrajo en sus pensamientos y descubrió que no le importaría conocerlo mejor. Tenía unos labios carnosos que le gustaría probar y, ya que estaba en esos pensamientos, se imaginó con las manos entre su pelo mientras él la besaba con pasión. Quizás ella también era un poco descarada, porque le intrigaba qué podría ofrecerle él a ella. Trazos de la conversación que había escuchado la enfriaron. Tal vez era egoísta, aunque el sexo estaba sobrevalorado, había muchas formas con las que disfrutar con un hombre como él. Era guapo, sí, pero también era un poco raro. «Mira que pensar que lo estaba grabando».

De repente sintió que alguien se le echaba encima y gritó, asustada. Se sobresaltó al ver que el tipo que había caído sobre ella, con una clara intención de meterle mano, no era otro que Julián.

Sin duda llevaba alguna copa de más.

Se movió para quitárselo de encima.

—Te buscaba. ¿Qué haces aquí tan sola? —Julián no se dio por aludido con su gesto y trató de besarle el cuello; a pesar de que se apartó él volvió a intentarlo.

—¡Julián! Estate quieto.

—Me he reservado esta noche para ti —murmuró, y sintió la boca masculina moverse hacia la oreja.

Lo empujó, pero su compañero, en vez de retirarse, pareció excitarse más con el rechazo. Sin saber cómo se encontró bajo su cuerpo y sus manos atrapadas en las de él. Notó el asco subir desde su estómago al notar cómo le restregaba los pechos. Le dio un cabezazo para quitárselo de encima, eso pareció frenarlo un segundo.

—Un beso, solo quiero besarte, te tengo ganas y sé que tú también.

Él atrapó sus labios antes de que pudiera evitarlo de nuevo, cerró los suyos, lo que no impidió que él la lamiera en un intento de que participara.

Su aliento era asqueroso y su beso pegajoso. Quería apartarlo, gritar de impotencia. A la repugnancia se le sumó el miedo y sintió que el corazón se le iba a salir del pecho. No era posible que le estuviera ocurriendo aquello. Ante su escasa colaboración él pareció extrañarse.

—¿Qué pasa? Antes te vi dispuesta.

—Te equivocas. ¡Déjame!

Pero él no la escuchó y reclamó sus labios de nuevo. Estaba dispuesto a besarla, aunque ella se resistiera.

Logró soltar una mano, le tiró del pelo y con saña le mordió los labios cuando él intentó posarlos de nuevo sobre los suyos. La sorpresa lo hizo erguirse y Audrey aprovechó la oportunidad para empujarle y con agilidad se levantó de un salto y trató de huir; sin embargo, no fue todo lo rápida que hubiera querido porque él la apresó por un brazo y la retuvo junto a su cuerpo, pegándosele de nuevo.

—¡Suéltame, imbécil!

—No te hagas la estrecha conmigo. Bien que me sonreías antes.

Sintió náuseas, lo golpeó en el pecho con los puños, pero Julián no se movía y la miraba risueño, como si le divirtiera la situación que a ella la horrorizada.

—¿No entiendes lo que es un no? —preguntó con furia—. Será mejor que me sueltes. No... No estoy sola... Estoy con un amigo.

Julián soltó una carcajada. Tuvo la impresión de que no la creía. Audrey estaba asustada; de repente, la gente que había visto alrededor había desaparecido. ¿Y Lucas? ¿Dónde se había metido? ¿Por qué la gente no estaba cuando se la necesitaba?

—¿A quién quieres engañar? Nadie te calienta la cama. Y seré yo quien te folle esta noche. Te tengo ganas y podemos pasarlo muy bien. Así que deja de hacerte la digna. Te mueres por venir a mi habitación.

Notó la mano masculina apretándole el culo y no lo dudó, con fuerza levantó su rodilla y se la estrelló en la entrepierna. Él se dobló sobre sí mismo y del empujón que le dio cayó al suelo. Con el corazón a mil, salió corriendo, pero chocó con el torso de alguien que la detuvo y la sujetó por los brazos; trató de empujarlo, pero ya no tenía fuerzas y sintió cómo aquellos brazos fuertes la rodearon y, por mucho que trató de escaparse, no pudo. Era como una mole, sus pies estaban anclados al suelo. Estaba perdida.

Capítulo 4

Escuchó a Julián gritar su nombre y correr tras ella. No lo vio, pero supuso que se detuvo a escasos pasos de ellos.

—Tranquila, no pasa nada. Estoy contigo —susurró en su oído el hombre que la sujetaba. La voz la calmó al instante. Cuando pudo mirarlo, de sus ojos se escapaban lágrimas sin rumbo. Estaba muy asustada, temblaba, pero la sonrisa que él le dedicó le pareció que era exclusiva para ella—. ¿Mejor?

Audrey asintió y notó cómo él la apartaba un poco, pero siguió sujetándola por los hombros. Sin reparos, y ante la serenidad que experimentó así agarrada, se asió más a su cintura. Contempló la cara de Julián, desencajada por la perplejidad.

—Lo-Lo siento, Audrey, no sé qué me ha pasado —se disculpó, avergonzado—. ¿Este es tu amigo?

Ni siquiera contestó, aún tenía temblores si pensaba lo que él pretendía hacer.

—Tío, podría denunciarte ahora mismo —espetó Lucas con tono duro—. Si no sabes beber, no bebas, y si no sabes conseguirte una mujer sin forzarla, pide ayuda.

Julián lo miró casi alucinado, luego a ella para volver a posar la vista en Lucas.

—¿Hart? Tú eres Lucas Hart, ¿verdad? —preguntó, anonadado, y repitió el baile de miradas: a ella, a él, hasta que soltó con desdén—: Joder con la mosquita muerta. Qué amigos te echas. ¡Serás calientapollas!

Todo pasó deprisa. Lucas la soltó y le estampó un puñetazo en la cara al compañero de Audrey que lo tiró al suelo. En ese momento apareció un camarero con una bandeja y unas bebidas y la gente empezó a arremolinarse alrededor de ellos. «¿Dónde estaban antes?», se preguntó Audrey, avergonzada

—¿Algún problema, señor Hart? —preguntó el empleado del hotel y dejó la bandeja sobre la tumbona para ayudar a Julián a levantarse; este los miraba desde el suelo, aún con cara de asombro.

—Este hombre molestaba a mi amiga —respondió con seriedad y enfado. Con cara afligida se acercó a Audrey y trató de colocar en su sitio uno de los tirantes del vestido, que se había roto debido al forcejeo con Julián. Audrey acogió de nuevo el abrazo que le brindaba y se sintió segura. Era curioso el sentimiento que le nació, apenas lo conocía, pero sabía que podía confiar

en él. Miró a los presentes, algunos eran compañeros de la empresa. Germán apareció, salido de la nada, y se puso a su lado.

—¡Audrey! ¿Estás bien?

—Sí, ahora sí, pero por favor que se vaya la gente, no quiero que se entere Antonio —murmuró bajito.

Su amigo intentó dispersar a los curiosos, algunos se resistían a marcharse. Se dio cuenta de que el camarero se posicionaba frente a Lucas y ella e impedía la visión. Al final, el grupo de mirones se dispersó. Julián se había sentado en la tumbona, unos pasos atrás, se agarraba la cabeza con ambas manos, mientras apoyaba los codos en las rodillas.

—¿Quién es Antonio? —preguntó Lucas, casi en un susurro.

—Es mi jefe.

—Entonces debe saber qué ha ocurrido. Este hombre está colocado. ¿Quieres poner una queja sobre él, en el hotel, con la policía? —le inquirió ante la mirada de Germán. Ella negó, nerviosa.

—No tengas miedo, no te pasará nada. Yo iré contigo, lo he visto.

Audrey sintió de nuevo la ansiedad apoderarse de su pecho.

—¿Te ha hecho algo? —quiso saber Germán pero, ante el silencio de su compañera, miró hacia Julián y pareció extraer sus propias conclusiones—. Eres un cabrón, Julián, ¿no respetas a nadie?

Audrey no quería más jaleo. Solo deseaba irse a su habitación y que la gente se olvidara del incidente, así también podría olvidarlo ella. Se engañaba, no lo olvidaría nunca y tendría que aprender a vivir con eso. En aquel momento, lo que le ocurriera a Julián le importaba un pimiento. Germán cogió su mano, pero Lucas no se separó ni un milímetro y la afianzó por los hombros. Su amigo, al ver el gesto protector, intercambió una sonrisa con el desconocido y después la miró con fijeza; supo que, sin palabras, le preguntaba si estaba bien con aquel chico, asintió en respuesta.

—Quédate tranquila. Yo hablaré con Antonio —aseguró y con mirada de reproche se dirigió a su otro compañero—. Vamos, mañana no sabrás dónde esconderte. Te has metido en un buen lío.

Julián asintió, arrepentido, se levantó y le habló a Audrey.

—Lo siento, equivoqué las señales, pero no me gustaría que me despidiesen.

—Vamos, Julián —le apremió Germán, lo agarró por el brazo y tiró de él.

Al pasar junto a ella, Audrey se encogió de hombros, como si su cercanía pudiera hacerle algo. Lucas seguía sujetándola y de pronto se sintió coartada y trató de separarse, pero él no la soltó; sin embargo, se movió para darles paso a los otros y agrandar el trecho. De pronto, Julián se giró y gritó hacia ellos.

—¡Eres bueno tío! Una lástima que quieras retirarte.

Lucas lo ignoró y se centró en ella, que consiguió soltarse y puso un poco de distancia entre ellos.

—¿Es amigo tuyo?

—No personal, es un compañero de otra oficina. Pero no quiero que lo despidan por esto.

—¿Cómo? Pero si ha intentado... —se cortó de golpe ante la mirada que ella le dedicó. Tuvo

que esforzarse para contener las lágrimas que amenazaron con verterse de sus ojos. De pronto sintió un frío intenso y buscó con los ojos el chal que llevaba. Estaba caído en el suelo. Se agachó y lo recogió. Lucas se lo quitó de las manos para ponérselo sobre los hombros—. Ven, vamos, te acompaño a tu habitación.

Audrey pensó decirle que no, que se iba sola, pero se sentía más cómoda si la acompañaba; sin embargo, le dio la opción de irse por su lado.

—No, no es necesario. Puedo ir sola. —La voz no le salió todo lo segura que quería. Quiso dejarle la pista libre para marcharse. Había comprendido que él era alguien conocido, aunque ella no supiera quién, la gente que los había rodeado sí daba esa impresión. Y esa circunstancia, que pudiera ser «alguien», la ponía nerviosa. Ya le había ayudado bastante, así que, con su mejor sonrisa, se despidió—. Gracias por tu ayuda, pero no quiero molestarte más.

—¿Por qué piensas que me molestas? —La retuvo él—. Además, no pienso dejarte. He dicho que te acompañaré y lo haré.

Tuvo que aceptar. Sin mucho de lo que hablar, aunque su mente no cesaba de buscar algo que decir, llegaron a su habitación. Cuando ella fue a insertar la tarjeta para abrir, él la frenó.

—¿Compartes la habitación con alguien?

—Sí, ¿por qué? —Su corazón dio un brinco ante aquella pregunta.

Lucas inclinó la cabeza y ella se percató de que dirigía su vista hacia un pequeño cartón que colgaba de la manilla.

«¡Ay, Dios! No me lo puede creer. Marta no puede hacerme esto».

Con un simple vistazo fue consciente de lo que significaba aquella señal. Su compañera de habitación estaba con alguien y no dudó de que fuese el amigo sevillano. Sin embargo, no tuvo reparo e intentó abrir, pero no pudo. Al no conseguirlo se puso nerviosa y empezó a dar golpes; más bien aporreó la puerta para que su compañera le abriera.

—¡Marta! Soy Audrey. ¡Abre!

Para su asombro, Lucas empezó a reírse y ella... a ponerse de mal humor. Tuvo la impresión de que alguien se acercaba, desde dentro de la estancia, y pegó su oreja a la madera. Sin abrir, Marta, la instó a que se fuera a dar una vuelta. Según le dijo no la esperaba todavía y no había terminado. Oyó risas y pasos que se alejaban hacia el interior de la habitación. El murmullo de alguien más la hizo separarse y dejar de escuchar, pero eso no le impidió volver a golpear con frustración.

«¿Qué hago ahora?», se preguntó, a la vez que miraba a Lucas con un gesto de derrota. Él, como respuesta, se encogió de hombros y le hizo un ademán para marcharse de allí. Era la última vez que compartía habitación. Ni siquiera Alina le hubiera hecho algo así, dejarla tirada, y lo peor era que no tenía ni idea de dónde meterse y dejar pasar el tiempo.

Lucas tiró de su mano, desandaron el largo pasillo y la dirigió hacia el ascensor. Al intuir sus intenciones se frenó.

—¿Dónde me llevas? —preguntó, desconfiada, al abrirse las puertas.

—Vamos a mi habitación.

«Lo que me temía».

—Lo siento, creo que esperaré en el bar. No puede tardar mucho. —Lucas la miró con condescendencia y se dio cuenta de que no se lo creía ni ella. Pero se mantuvo firme.

—Soy tu mejor opción. Conmigo estás segura, no tengas miedo, pero creo que la situación tiene toda la pinta de que pases la noche al raso y no creo que debas irte al bar, tú sola. Ese chico puede volver, no sé qué tal se tomará el rechazo.

Él debió intuir su reticencia.

—No tienes idea de quién soy, pero, de verdad, yo menos que nadie quiero un escándalo.

Quizás tenía razón, pero eso no justificaba que acabara en su habitación. Por mucho que se hubiese propuesto una noche loca al inicio de la velada, no le resultaba tan fácil irse con el desconocido. La curiosidad le dio un mordisco y quiso saber quién era.

—A riesgo de parecer idiota ¿quién eres? —preguntó con vacilación.

—Futbolista del Bayer Leverkusen, ¿algún problema?

—No creo, eres el primer futbolista que conozco. Eh... ¿Famoso?

—En mi casa sí... —bromeó y, al dibujar una sonrisa, Audrey se convenció de que lo que pretendía era darle seguridad; sin embargo, si ya tenía dudas de subir a su habitación, al revelar su identidad estas aumentaron—. Bueno, un poco, pero no dejes que eso te influya, por favor.

Siempre había pensado que conocer a alguien famoso le daría algún tipo de emoción, pero se quedó igual. Quizás si lo hubiese visto alguna vez por televisión le habría dado esa categoría de *celebrity*, pero no sintió nada especial.

—No lo hago. —Negó con la cabeza, la verdad es que le parecía bastante normal—. Mira, gracias por tu ayuda, pero estaré bien. No soy tan frágil como debo aparentar. La cafetería es un buen lugar para esperar.

Sin pensarlo mucho le dio un beso en la mejilla y giró sobre sus pies.

—¿Te vas? —inquirió él, extrañado.

—Sí, gracias por todo.

Audrey caminó hacia las escaleras, sin darse la vuelta. Era consciente de que él la miraba, con seguridad con cara de pasmo. Quizás esperaba que se metiera bajo sus sábanas. Tenía pinta de no haber recibido demasiados rechazos y se sonrió al imaginar que el suyo sería el primero. Tras el regocijo de no ser una *groupie* se censuró sus pensamientos. Lucas se había comportado de forma correcta. Ni siquiera se le había insinuado. ¡Qué desagradecida era! ¡Con la ayuda que le había prestado! Recordar las sensaciones que viajaron por su cuerpo mientras él la sostenía y la protegía con su abrazo la hizo sentir culpable por mal pensada.

Al entrar en la cafetería descubrió un espacio *chill out* que la serenó. No supo dónde sentarse. Miró hacia unos reservados que se le antojaron bastante íntimos, pero se dirigió a la barra y tomó asiento en un taburete. El camarero se le acercó con profesionalidad. Dudó entre pedirse un copazo que le quitara las malas vibraciones o un café con leche que le caldeara el cuerpo. Se decantó por lo segundo, tenía que asegurarse de mantener su mente despierta. A varios taburetes

de distancia, un hombre, mayor que ella, la miró con fijeza. Disimuló, actuó como si no se hubiera percatado del escrutinio que le hizo. Cuando el barman le trajo su café con leche se apresuró a echarle el azucarillo que descansaba en el platillo. El compañero de barra debió intuir que quería conversación porque se le acercó, ufano.

—¿Una noche dura?

Le sonrió sin muchas ganas.

—Quizás un vodka te calentaría mejor. —El hombre se le acercó y puso el codo sobre la barra. Llamó al camarero, señaló su vaso y luego levantó dos dedos—. Invito yo.

Audrey lo miró muy seria.

—Muchas gracias, pero me apetece mi café.

—No te hagas la dura. Te he visto nada más entrar, con tu cara inocente ya me has pillado. — Sintió el roce de los dedos masculinos sobre su hombro y dio un respingo. El hombre cogió el tirante roto y lo recolocó—. Dime cuánto y no te lo pondré difícil.

Aquello no podía ser real. La confundía con una *scort*. Miró hacia el camarero que preparaba dos combinados y los observó de reojo, como si la escena fuera de lo más normal del mundo, pero ni se inmutó por su cara de alarma. Luego agarró la mano del hombre, la quitó de su hombro y le dedicó una mirada helada.

—Disculpe. Se está equivocando y...

—Venga, guapa, no estoy tan mal.

Audrey contempló su alrededor, los parroquianos estaban cada uno a lo suyo, buscó la ayuda del camarero, pero poca iba a recibir. Así que enfrentó la mirada lasciva del tipo.

—No se lo diré otra vez. Se equivoca conmigo.

—Me habían dicho que no fuera muy directo, lo siento. Es mi primera vez. No creo que se hayan dado cuenta, no van a echarte.

Agarró la taza y trató de llevársela a los labios. El individuo la tomó por la muñeca y frenó su acto, ella sintió que el corazón se le disparaba. En ese momento el camarero dejó los dos vasos frente a ellos y los contempló. Audrey, con los nervios a flor de piel, se dio cuenta de que le temblaba el cuerpo entero. Al sentir la mano del hombre soltar la suya no lo pensó y, como si se le doblara la muñeca, dejó que esta se volteara y el líquido de la taza cayera sobre la pernera del pantalón del hombre, que había ganado terrero y estaba demasiado próximo. Él dio un grito por la sorpresa y la miró con la vista crispada.

—¿Qué haces?! —Trató de separarse la tela de sus partes íntimas, que debían haber entrado en combustión por el calor. Audrey se bajó del taburete con nerviosismo y echó un vistazo al camarero con cara de susto. No se percató de que el hombre cerraba en un puño su mano, pero sí captó la rabia que le hervía la sangre.

—Ni se le ocurra —murmuró el camarero, con una voz seca que dejaba ver una amenaza implícita. Audrey vio que le sujetaba la mano y la apoyaba de un golpe sobre la barra—. La señorita ha sido muy educada contigo, yo no lo seré igual, así que ya te estás largando. Y aquí no

encontrarás la compañía que buscas.

El hombre, con la cara roja y bastante torpeza, trató de escabullirse, pero el camarero le reclamó que pagara antes las copas.

Audrey no sabía dónde meterse. Se sentía avergonzada.

—Falta mucho para extinguir al macho ibérico —bromeó el barman y, con cordialidad, añadió—. Siéntese en aquel reservado, nadie la molestará. En un minuto le llevo un café con leche y añadiré un trozo de pastel de chocolate.

Capítulo 5

Lucas se había dado una ducha nada más llegar a su habitación. Tumbado en la cama, manipuló el mando de la televisión, por si encontraba algún programa que lo adormilara hasta caer rendido. Casi una hora después la tele estaba apagada; sin embargo, él seguía dando vueltas y sin haber conseguido conciliar el sueño. No era capaz de alejar de su mente a la chica que había conocido. Se censuró el pensamiento, ¿qué le importaba a él una desconocida?

Trató de dormir, se colocó de lado y golpeó con el puño la almohada para ahuecarla. Quería estar temprano en el gimnasio del hotel, como había asegurado a su hermano, y pretendía dejarlo en evidencia. Estaba convencido de que al que se le pegarían las sábanas sería a Andy, porque no dejaría pasar la oportunidad de llevarse una chica a su habitación.

De nuevo, la imagen de la mujer que había conocido pasó por su mente. Audrey. No era un nombre muy común. No podía decir que era guapa, una belleza como casi todas esas chicas a las que estaba acostumbrado, y que se le acercaban con un solo propósito. Aunque tampoco podía decir que no lo era. Tenía un atractivo particular.

Evocó el recuerdo de su encuentro. Tuvo que reconocerse que, si bien no sabía qué era, aquella mujer tenía algo, pero no entendía qué hacía él pensando en ella todavía. Le costó aceptar que le había intrigado que no cayera a sus pies; tampoco es que pareciera deslumbrada cuando supo quién era. «¡Bah! ¿Quién entendía a las mujeres?».

Nunca había tenido problemas para conseguir una; no es que ahora la buscara, con su problema las evitaba, pero aquella chica había tocado su amor propio. Con probabilidad eso era lo que más le había fascinado: su indiferencia —si podía llamarse así— a cómo ella lo había tratado. Había tenido la impresión de que le importaba un bledo quién fuera él. Cuando le aclaró su identidad no pareció impresionada, tampoco le pidió un autógrafo, ni tan solo se interesó en hacerse un simple *selfie* con él. Inaudito.

Por otro lado, tenía que reconocer que se había sentido bien con ella mientras habían conversado en la playa —antes de que aquel impresentable tratara de acosarla—, al amparo de su anonimato porque ella no tenía idea de fútbol. Cuando se había dado cuenta de que no sabía quién era se sintió libre. Libre para poder mostrarse natural, sin actuar ni aparentar como se esperaba que lo hiciera. Aquello fue liberador. Con Audrey había podido ser Lucas, no Hart.

Soltó una carcajada al evocar la cara de susto que había puesto ella cuando él le exigió su

teléfono. Debió parecer un loco.

Sin darse cuenta se había levantado de la cama y estaba colocándose un pantalón deportivo y una camiseta. Se calzó unas zapatillas deportivas blancas con prisa y cogió su cartera, con una ilusión renovada.

«Espero que siga en el bar».

Al entrar en la cafetería barrió la estancia con la mirada, desde la puerta. La divisó en un reservado y la contempló durante unos segundos. Luego, con paso decidido, se dirigió hacia ella.

—Veo que sigues aquí. —Audrey levantó la vista de su móvil y tras mirarlo con fijeza le dedicó una sonrisa —. ¿Puedo?

Ella señaló el banco que había al otro lado de la mesa. No había terminado de sentarse cuando un camarero llegó junto a ellos. Le llamó la atención la premura y pudo discernir que su rostro pasó de un escrutinio desconfiado a la sorpresa. Observó a Audrey, que le hacía un gesto con la mano como si entre los dos tuvieran una conversación secreta.

—¿Falta algo?

—Por mí, no, gracias. —Lucas miró a la chica y esta negó con la cabeza, después despidió al hombre con una sonrisa.

—¿Me he perdido algo? —preguntó, intrigado.

—No, nada. ¿Qué haces aquí?

—No podía dormir y he sentido curiosidad por saber si estabas.

—Le doy un poco más de tiempo —murmuró con resignación. Lucas intuyó que la amiga se había olvidado de ella y la observó con una ceja levantada, no mentía muy bien—. Bueno... en realidad he ido hace un momento a picarle a la puerta. Creo que se han dormido. Y en la recepción me han dicho que no tienen habitaciones libres hasta mañana. Debe de ser mi día de suerte... La voy a matar, mañana cuando la vea me la cargo y la cortaré a trocitos para echársela a los peces.

Lucas soltó una carcajada al ver la cara concienzuda que ponía al relatar lo que pensaba hacerle a su compañera de habitación.

—Sigue en pie mi oferta de que duermas en mi habitación, hay otra cama.

—Ya... pero tú.

—Cariño —dijo con humor—. Si no estuviera en horas bajas no podría asegurarte que no iba a pasar nada, pero si es eso lo que te preocupa, puedes estar tranquila.

—Agradezco tu ofrecimiento, pero... me había hecho a la idea de que vería el amanecer.

—En ese caso te haré compañía. Aquí hacen unas tartas estupendas, voy a pedir un café y un pedazo, ¿te apetece? Nos queda un rato.

Lucas se levantó y fue hasta la barra. Quizás tendría que haber regresado a su habitación, pero no era capaz de dejar allí a la mujer, sola y, además, le caía bien. Por la sonrisa que le dedicó el camarero supo que lo había reconocido, pero lo único que le dijo era que él les llevaría la comanda. Pidió que la cargaran a su habitación. Cuando se sentó de nuevo, frente a Audrey, le sorprendió la pregunta que ella le hizo.

—Tú que te mueves entre mucha gente, ¿qué parezco?

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué pinta tengo?

—No sé, a mí me pareces normal. —Ante la cara que ella puso sintió que debía aclararse—. No te ofendas, pero yo te veo bien, ni demasiado llamativa, ni demasiado invisible.

No pudo evitar fijarse en el tirante roto de su vestido, desvió la mirada a su busto y pensó que tenía el tamaño adecuado. Se reprendió, ¿qué hacía pensando en esas cosas? Subió la vista a su rostro: sus labios eran carnosos, sus ojos... La expresión con la que lo miró lo desquició. Dios, si supiera lo que quería escuchar lo diría. Las mujeres eran un misterio, nunca se acertaba con ellas.

—Eres guapa. ¿Eso quieres que te diga? ¿Si eres guapa?

—No, no...—vaciló—. ¿Tú crees que parezco una... una... una buscona?

Ante su cara de asombro la chica le confesó lo que le había ocurrido y Lucas se sintió culpable por haberla dejado sola.

—Era el broche que me faltaba para acabar la noche. Primero lo de Julián y luego ese tipo que me confunde con una *scort*. Deberías alejarte de mí, voy a darte mala fama.

—Eso no me preocupa. Ya tengo mala fama.

No quería pensar en eso, pero le dolía la verdad de aquella frase.

El camarero los distrajo y rompió el momento de confesión; lo agradeció. Cuando se marchaba lo llamó.

—¡Ey! Gracias por lo de antes.

—No sabía que era tu chica, Hart. Pero, aunque no lo hubiera sido, no hubiera dejado que le ocurriera nada.

Cuando se marchó, Audrey lo miró, avergonzada.

—Siento que ya te han colocado una chica. Deberías haberlo desmentido.

—No dejes que lo que opinen los demás te afecte.

Lucas la observó y sonrió para darle ánimos, la veía bastante alicaída. Audrey removía su café con leche y cortaba un pedacito de tarta, casi al mismo tiempo y sin darse cuenta empezó a explicarle cosas de su trabajo en la agencia inmobiliaria, de la amiga que la había llamado por teléfono, Alina, y de la casa ideal de sus sueños. La escuchó con interés. Su cara se iluminaba al hablar de su amiga y aquella casa y a Lucas le pareció que era una mujer muy soñadora, pero a la vez que no se amedrentaba. De esas mujeres que conseguían lo que se proponían, pero cuando hablaba de Menorca había una tristeza en sus ojos que no comprendía.

Él también compartió sus vivencias. Era fácil hablar con Audrey y cada vez se sentía más cómodo. De repente se percató de que le explicaba que pensaba retirarse, le habló de su lesión. Romperse un ligamento en aquel momento le había hecho replantearse su carrera. Quizás la terminaba en la Bundesliga, que le había dado tanto. Tenía treinta y dos años y ya era hora de dejar el campo libre a los jóvenes que venían detrás, empujando con garra. Aunque siempre soñó con retirarse en su país, quizás regresar al Atlético de Madrid donde se formó.

No esperaba que ella le preguntara qué haría si se retiraba y dudó unos segundos antes de responder. Pensó que se interesaría por la vida de las *celebrities*, por a quién conocía y a quién no, hasta que le preguntara de fútbol; pero no, ella indagaba por el tema que más quebraderos de cabeza le provocaba. Con resignación, le habló de la empresa familiar y de la presión que sentía porque esperaban que se incorporara a Hartbooks.

—¿Qué hace un futbolista en una editorial? —inquirió él, para concluir.

—Supongo que lo mismo que abriendo un restaurante.

No quería seguir con aquel asunto, ya tenía unos planes en mente de los que no podía decir nada todavía. Así que cambió de tema.

—¿Sales con alguien? Seguro que tienes un novio en Barcelona.

El rostro de ella mudó y de repente la mirada que tenía se ensombreció. Quizás había metido la pata y era una cuestión peliaguda.

La chica evitó su mirada y limpió unas migas que había sobre el tablero de la mesa, como si pensara qué contestar.

—Estuve casada. —Soltó de pronto y dejó un silencio. Lucas tuvo la impresión de que ella evaluaba su respuesta. Esperó, le dio tiempo a continuar y, apenas sin mirarlo, comenzó a hablar—. De eso hace tres años, pero yo no debía de ser suficiente, ni guapa, ni buena en la cama, porque me engañó todo lo que quiso. Era tan tonta que nunca vi ningún indicio. Era de los que no decían «te quiero» porque se suponía que ya lo sabía. Si le insistía cuando yo se lo había dicho me contestaba: «Ídem». Lo había visto en no sé qué película y debió parecerle muy romántico. ¡Ídem! ¿Te lo puedes creer? Como si así ya estuviera dicho. —Audrey lo miró a la cara y luego volvió a evitar el contacto ocular—. Eso debería haberme dado alguna pista de que algo no funcionaba. Si no llega a morirse no me hubiera enterado nunca, así de tonta era yo antes. Iba con la otra en el coche, camino de su refugio, cuando tuvieron un accidente. Me había dicho que tenía un viaje de trabajo y yo le creí. Llevábamos seis meses casados, no tenía ningún motivo de duda. Su coche se salió de una curva y se estrellaron, murieron en el acto. Pero eso no fue lo peor. Ella estaba embarazada de cinco meses. Cuando yo le hablaba de hijos para un futuro decía que no se veía de padre, que no los quería tener, pero la verdad es que no los quería tener conmigo.

—Era *Ghost*. —Ella lo miró sin entender—. La película donde él chico decía «Ídem» era *Ghost*.

—¡Mira qué bien! Pues a lo mejor es un fantasma y anda por ahí. Un poco fantasma sí que era. No me di cuenta antes, pero después he tenido bastante tiempo para analizar muchas cosas. Oye, ¿y tú cómo sabes lo de la película? Es de hace mil años.

Soltó una carcajada.

—A mi madre le encantaba, mi padre se la regaló en vídeo y la ponía en casa cuando éramos niños, creo que era la manera que tenía de torturarnos. ¡Calla! —exclamó, y levantó la mano en señal de stop cuando ella iba a decir algo—. Creo que puedo oír la música en mi cerebro.

Audrey soltó una gran carcajada. El sonido de su risa le gustó. Aquella chica, tan normal y

natural, era como un soplo de brisa fresca para él. No se hacía la interesante, no había ironía ni cinismo en sus palabras, era sincera. Y en su vida la sinceridad era algo muy caro de encontrar. En cambio, las adulaciones sobraban.

—¿Querías tener hijos? —indagó—. Eres joven.

—Entonces no los quería, pero sí en un futuro. Y no soy tan joven, tengo treinta años.

Otro dato. ¿Cuántas mujeres había conocido que confesaran su edad sin inventar una excusa para salirse por la tangente?

—Bueno, tienes tiempo de tenerlos y con un tipo que resulte mejor persona.

Le sorprendió que las lágrimas brotaran de los ojos de Audrey. Al darse cuenta, la chica se avergonzó y trató de retirárselas con las manos.

—Me dije a mí misma que no lloraría por él —se justificó, y le sonrió resignada—. Me dije que ningún hombre me volvería a engañar y creo que los alejé tanto que no he vuelto a estar con ninguno de esa manera tan íntima en la que te das en cuerpo y alma —confesó. Lucas la miró casi embelesado. Cómo le hubiera gustado encontrar él una mujer así. Pero, por lo visto, solo atraía a mujeres mentirosas que podían aprovecharse y sacar alguna tajada. Ella siguió con su confesión —. Me alejé de la vida que tenía, regresé a mi ciudad. Vivía aquí, en Ciudadela. Hice terapia, aprendí a quererme más, incluso salí con un chico, pero creo que me volví frígida porque no sentí nada, así que ¿para qué perder el tiempo con hombres? Me volqué en mi trabajo y he triunfado a nivel profesional. ¿Qué más quiero? Mejor sola que mal acompañada.

—¿Por qué crees que no eres guapa? —preguntó, intrigado. Mientras más la conocía y miraba, más atractiva le parecía. Quizás no era una belleza como algunas modelos, pero mentiría si decía que no era hermosa. Tenía un cuerpo bonito y le gustaban sus ojos y sus labios. Aquella boca... De pronto se descubrió con la idea de que quería besarla. Tuvo la impresión de que hacerlo sería una experiencia muy dulce. Se reprendió mentalmente, pero a la vez se alegró, desde hacía meses no tenía un pensamiento así de espontáneo relativo a alguna mujer.

—Porque no lo soy. Soy una mujer del montón, que tal vez sepa arreglarse y sacar partido de un buen vestido y unos tacones. Y está claro que solo atraigo a los tarados.

—Pues yo te veo muy bien. Quizás si tuvieras mejor autoestima atraerías a más hombres.

—¡Vaya! Ya estamos con lo de la autoestima. Pues a ti también te iría bien tener una poquita más, guaperas —espetó, molesta. A Lucas, en vez de ofenderle el comentario, le hizo gracia y se rio—. ¿Encima te ríes? Quizás *tu problema* también es por falta de confianza.

—No lo creo. Eres guerrera, ¿eh?

Se rio, esa mujer le encantaba. Pero ella parecía molesta y continuó.

—¿Guerrera? No sabes cuánto —dijo con socarronería y Lucas intuyó que era una pose, pero le gustaba verla así—. Si tuviera tiempo y ganas te ibas a enterar, guapo.

—¿De qué me iba a enterar?

La puso nerviosa porque la vio titubear.

—De... de... ¿Me estás tomando el pelo?

—No, para nada. Solo me gustaría saber de qué me iba a enterar.

—Pues ya sabes... A veces uno está acostumbrado a ir con coches potentes, de esos con muchas prestaciones que casi lo hacen todo y pierde el misterio. No le atraen porque no hay placer por conducir, pero cuando coge uno de gama inferior que tiene que manejar vuelve a sentir el gusanillo de la conducción.

Lucas la observó sin saber qué decir. En su fuero interno deseó que esa mujer no se considerara inferior a las demás, porque no lo era. La vio removerse en su asiento, incómoda. Seguro que estaba analizando lo que acababa de soltarle.

—Disculpa, creo que me he pasado.

—Yo también lo lamento. Pero si era una proposición podría aceptarla, lo único que no me gusta es que te compares con un coche de gama inferior.

Quiso provocarla y... lo consiguió.

—¿¿Cómo?! Yo no te he propuesto nada.

La carcajada que soltó hizo que la chica también riera. Sin embargo, Lucas no desechó la idea que le había nacido tras aquellos comentarios.

Vio cómo ella se levantaba del asiento y se inquietó. ¿Dónde pensaba ir?

—¿Te vas?

—Creo que aquí están cerrando. En la playa se estará bien. El camarero me ha dicho antes que hay vigilancia toda la noche.

Se levantó también y le habló de frente.

—Mira, entiendo que quieres resolver este tema a tu modo. Yo habría aporreado la puerta de mi amiga ya y despertado a medio hotel. Acepto que tú quieras pasar una noche al raso por no enfrentarte a eso. Te repito, ven a mi habitación y duerme allí. Dormir, ¿eh? Nada de conducir.

La contempló con una mirada divertida.

—Además de una cama hay un sofá y una terraza con unas cómodas hamacas, ah, y unas vistas excelentes para ver el amanecer.

Audrey se quedó en silencio. Tuvo la impresión de que sopesaba su oferta y para su sorpresa cuando respondió sintió un ligero alivio.

—Está bien. Tú ganas.

Capítulo 6

Lucas abrió la puerta y dejó pasar a Audrey. Esta dio unos pasos y se detuvo. Silbó y lo miró con cara de asombro.

—Esta habitación en nada se parece a la mía, que también es doble.

Se encogió de hombros por respuesta. A él le parecía una habitación normal. La habían reservado sus padres e iba a compartirla con su hermano, pero Andy le advirtió que tenía planes para las noches y no eran precisamente pasarlas con él. La casa de sus padres estaba en obras y por eso habían ido a pasar aquellos días en familia al hotel.

Observó a Audrey mirar todos los detalles. La mesa y el gran sofá, el baño y luego la habitación donde estaban las camas. Se dio cuenta de que observaba su lecho deshecho que prácticamente estaba pegado al otro.

—Si prefieres las separó más. O duermo en el sofá.

Ella levantó las cejas y le sonrió con cara de incredulidad.

—Qué caballero.

—Que no te engañen las apariencias, pero es que te veo un pelín incómoda. Y te aseguro que esto no es lo más surrealista que yo he vivido, así que relájate.

Ella se quedó en silencio, le pareció que sopesaba sus palabras y su respuesta le sorprendió.

—Está bien, quizás parezco un poco mojigata, pero ya... fuera prejuicios. Cuando les cuente a mis amistades que he pasado la noche con un futbolista famoso no se lo van a creer. Así que ¿podrías prestarme algo para quitarme este vestido?

Lucas se dirigió a uno de los cajones de la cómoda y sacó una camiseta del montón y un pantalón deportivo corto y le lanzó las prendas. Ella revisó la camiseta, como si valorara si le estaba bien, por supuesto que le iría bien, aunque quizás se perdía en ella, pensó el futbolista. Se metió en el baño para cambiarse y él se quedó sin saber qué hacer.

«Cómo se te ocurre decir que esto no es surrealista».

Decidió actuar con normalidad, se sentó en su cama y se quitó el calzado. Pensó quitarse la ropa, pero creyó que la chica se sentiría más cómoda si se quedaba vestido, así que se recostó sobre los almohadones a la espera de que la mujer saliera. Cuando lo hizo retuvo el aliento. Llevaba solo la camiseta, que le cubría la mitad de sus muslos.

—No necesitaré el pantalón, me está muy grande —sonrió, la observó dejar con prisa sus ropas

sobre una banqueta y dar pasos apresurados para dirigirse a la cama. Retiró un poco la colcha, abrió las sábanas y se cubrió con ellas hasta la cintura.

—¿Apago la luz? Aunque la verdad es que no tengo sueño con todo el café que he tomado.

—A mí me ocurre igual.

Lucas la observó de perfil.

—Quedan un par de horas para el amanecer, podemos charlar mientras lo ponen.

Audrey empezó a reír con aquel último comentario y le pareció que no iba a poder dormirse.

—Vale, charlemos —contestó cuando fue dueña de sus emociones—. Podrías contarme tu historia. Ya sabes la mía.

Lucas se acomodó, tumbó su cuerpo y se puso de lado, con un codo hincado en el colchón y la cabeza apoyada en la mano para poder mirarla. Ella también se ladeó hacia él, recogió sus piernas bajo su cuerpo y se colocó el pelo por detrás de las orejas, en un gesto inconsciente.

—No es como la tuya: de traición y engaño. Es más... va de sexo y punto. ¿De verdad quieres oírlo?

Ella asintió y él necesitó unos segundos para poder empezar a hablar.

—Existen lugares a donde los hombres y las mujeres van a buscar sexo. Sexo sin compromiso. Son lugares donde todo es consentido, puedes intercambiar tu pareja y, si vas solo, unirte a un grupo, una pareja... Dar placer y obtenerlo. Conocí a Gisela y empezamos una relación sexual. Le gustaba el sexo salvaje y las experiencias fuertes y cargadas de emoción. Un día, un compañero del equipo me habló del Nirvana, un local de intercambio de parejas y fuimos. Se abrió todo un mundo para ella. La experiencia me encantó, no puedo negarlo, pero eso de compartir no es lo mío. El sexo era brutal, pero se aficionó a los tríos y yo... yo no quise seguir. —Su mente lo llevó por un segundo a aquel lugar y notó que le costaba continuar. Buscó el rechazo en la mirada de Audrey, pero esta se mantenía en silencio y lo animó a retomar su discurso con una sonrisa—. La relación se enfrió; además yo, con el equipo, no disponía del tiempo libre que ella quería. Todo se complicó con mi lesión, que me limitaba mucho y acabamos dejándolo. Pero ella se vengó a su manera. Cuando quise estar con otra mujer, pues... eso, que no respondí como hombre y cuando volví a estar con otra, igual. Así que pensé que era mejor no volver a intentarlo y fracasar.

El silencio que siguió a su confesión le afectó. Necesitaba que ella dijera algo, quizás se había escandalizado.

—Te has quedado muy callada.

—Puedes ir a un médico —contestó reticente.

—No necesito un médico, sé que es psicológico.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me levanto empalmado.

—¡Ah! Y...

—Quieres saber lo del trío, ¿verdad? Pues te diré que no daba abasto. Demasiada mujer para mí —soltó con humor, necesitaba reírse de sí mismo.

Ella se sonrió y añadió.

—En realidad iba a preguntarte si esas mujeres con las que has estado eran algo así como novias tuyas.

—Yo no tengo novias, salgo con mujeres y me acuesto con ellas, punto. Son chicas para echar un polvo y unas risas. A veces, si me gusta, repito. Modelos, chicas que te buscan para tener sus cinco minutos de fama. Ese tipo de mujer que no te complica porque sabe lo que hay. Bueno, algunas sí que te complican la vida y de esas es de las que hay que cuidarse.

—Entonces, guaperas, lo que necesitas es amor.

—¿Amor? El amor está sobrevalorado. La gente confunde el amor con el sexo y el sexo con el amor.

—El amor mueve el mundo.

—No te equivoques, el poder mueve el mundo. El dinero y el sexo son sus atributos.

—Entonces quizás soy una romántica idealista, pero yo creo en el amor.

—Pero tu marido te engañaba.

—Que él no me quisiera no significa que yo no lo quisiera a él. Además, quiero pensar que al principio sí me quería, aunque fuese a su manera —respondió Audrey, molesta.

—Me da miedo hasta preguntártelo, pero ¿fue tu primer novio? —indagó con cautela y cambió su postura, se apoyó en los almohadones.

—Bueno, serio sí, antes estuve con otro. No sé qué nos pasó. De novios nos iba bien, luego él regresó a Ciudadela por trabajo y la relación continuó en la distancia. Creo que eso la enfrió y no supe verlo. Cuando me pidió matrimonio yo me hice la idea de que retomáramos la pasión, aunque está claro que él la había retomado, pero con otra. Al principio pensé que el estrés hacía que no fuera muy sexual y lo acepté. Ahora sé que conmigo por lo menos no lo era.

Detectó pena en sus palabras y maldijo al hombre que le había generado aquella inseguridad.

—Preciosa, a ti lo que te pasa es que no te lo han hecho bien —dijo con vehemencia para hacerla reír, pero algo se movió en su interior y la miró con mucha fijeza. Aquellos labios lo tenían cautivado y verla sonreír y entreabrirlos lo seducían—. Si yo pudiera hacértelo, te temblaría el cuerpo del placer.

—Si tú pudieras hacerlo, sería otra la que estaría aquí, ahora, contigo.

Le molestó el comentario.

—Si yo no quisiera que estuvieras aquí conmigo, no lo estarías —murmuró con una sonrisa pícaro—. No voy a mentirte, han pasado bastantes mujeres por mi cama, incluso alguna ha tenido la categoría de novia, pero nunca he tenido una amiga. Una mujer con la que me sienta cómodo, me guste y sea yo, Lucas, no Hart. Ese futbolista que las mujeres admiran y por quien se les caen las bragas. Y no pienses que soy un arrogante o un creído por decir esto último. Te sorprendería la de cosas que hacen algunas mujeres por meterse en mi cama o permanecer en mi vida.

Ella lo miró con asombro y se mordió el labio; se dio cuenta de que aquel gesto le gustaba.

—Y ¿sabes? voy a besarte porque creo que lo deseas igual que yo. Pero si me equivoco, solo

tienes que decírmelo.

Ella no dijo nada, solo lo contempló.

Lucas se incorporó sin dejar de mirarla, la cogió por la barbilla con dos dedos. La observó con fijeza, ella no se retiró y eso tuvo un efecto en él. Desplazó su vista de los ojos de la chica a sus labios, ella se los humedeció y aquel gesto fue como el empuje que necesitaba, y la besó. Presionó con sus labios los de la mujer como si pidiera permiso para entrar en su boca y ella se lo dio. Entonces su lengua se abrió camino para atrapar la suya. Fue una suave caricia, como imitar el baile de las olas: avanzar y retirarse, para conquistar un pedazo más. Sintió una explosión en su interior. Quería seguir enganchado a aquella boca y besarla durante toda la noche. Pero justo en aquel instante, en que se quiso perder en aquellas sensaciones, ella lo cortó y lo miró ruborizada. Lucas sintió que le debía una explicación.

—Necesitaba comprobar algo. —Y con satisfacción descubrió que no se había equivocado.

Ella miró hacia los grandes ventanales, el cielo había perdido un poco la negrura de la noche e intuyó que el sol estaba a punto de salir. Se levantó con energía y ella lo observó con confusión en su mirada.

—Ven, vamos a la terraza —propuso con tranquilidad y estiró su mano para que ella la tomara—. Va a amanecer y no quiero perderme este momento contigo.

Salieron al amplio balcón y Audrey se acercó a la barandilla. Él se situó a su espalda y la sujetó por la cintura. Aquel gesto hizo que ella, con confianza, se recostara en su pecho y rodeara su propio cuerpo con sus brazos, agarró sus manos y quedaron entrelazados. En silencio contemplaron el sol salir del agua, impulsado por un resorte invisible; solo se escuchaba el rumor del mar a lo lejos.

De repente había nacido un nuevo día y se dio cuenta de que estaba muy cansado.

Audrey se despertó con el presentimiento de que no estaba sola en la cama. Necesitó unos segundos para darse cuenta de dónde estaba y, entonces, fue consciente de que su mano descansaba sobre el pecho de Lucas y, como si su cuerpo quemase, la retiró con rapidez. Advirtió con asombro que había sido ella la que había traspasado el límite de su propia cama y se había acurrucado junto a él. Se incorporó despacio y, por un instante, lo observó. Estaba destapado, con la sábana arremolinada en sus piernas. La camiseta se le pegaba al pecho; era muy atlético y no tenía un milímetro de grasa. Le pareció que su cabello era algo más claro a la luz del día y unos mechones rebeldes le daban una imagen de chico travieso. Su sueño era apacible. Barrió con la vista el cuerpo del futbolista y, para su sorpresa, descubrió que era cierto lo que él le había confesado. Tenía una erección matutina. Aquel pensamiento la hizo sentir que se ruborizaba. Menos mal que él seguía dormido porque, si no, se hubiera muerto de la vergüenza si él la hubiera pillado mirando sus partes. Con sigilo salió de la cama y la idea de tomar una ducha antes de que él despertara la hizo apremiarse.

El baño tampoco se parecía al de su habitación. Estaba muy equipado. Tenía una amplia ducha y además una bañera con pinta de ser de hidromasaje. Si hubiese tenido más tiempo se hubiera dado un homenaje en aquel jacuzzi, pero se conformó con una ducha rápida que la espabilase.

Se quitó la camiseta y sus braguitas y las dejó sobre una banqueta. Sobre la encimera del lavamanos vio un cepillo de dientes dentro de un vaso y sin muchos miramientos lo utilizó. Eso sí, al terminar de lavarse los dientes lo enjuagó muy bien y procuró dejarlo de la misma manera. Después se metió tras la mampara transparente y dejó que el agua se deslizara por su cuerpo, desde la alcachofa cuadrada, a una presión más alta de lo que estaba acostumbrada. Aquello era como estar en la gloria. Buscó un gel para utilizar y le llamó la atención encontrar varios botes en una repisa. «¿En serio necesitaba tantos?», pensó divertida y de pronto su mente imaginó a Lucas allí metido, junto a ella, y el agua resbalándole por los pectorales que imaginó muy firmes igual que su abdomen. Cuando se lo contara a sus compañeros no se lo iban a creer. Luego, como si se censurara el pensamiento, negó con la cabeza. No, no podía decirle a nadie que había pasado la noche con un futbolista, quizás a Alina sí. Ella era su confidente y nunca lo chismorrearía por ahí. Despejó su mente de aquellas ideas y se centró en escoger un gel y aarse con rapidez. Le pareció que todos eran de marca, de olores intensos y masculinos; pero casi oculto encontró uno neutro e hipoalergénico. Con premura, se lavó el pelo y el cuerpo con él. Al aclararse se dejó vencer por el agradable chapoteo del agua en su cabeza y la percepción de la espuma resbalar por su piel. Quiso disfrutar unos segundos más de aquella sensación y se enjabonó de nuevo para deleitarse de aquella bruma sedosa sobre ella. Estaba tan concentrada que no se dio cuenta de que la puerta del baño se abría de par en par y entraba un Lucas somnoliento. La intuición de que no estaba sola se le reveló de pronto y, sin poder evitarlo, se encontró con la mirada del hombre fija en ella. Los separaba la mampara del baño, pero era como estar sin nada donde esconderse. El único gesto que pudo hacer fue cubrirse sus vergüenzas y encogerse, pero él ya había visto todo lo que había que ver.

—¡Joder! —exclamó él—. Bu-buenos días.

—Buenos días, Lucas —respondió, azorada—. Esto... si me das un momento...

—Sí, claro.

Cuando salió del baño envuelta en un albornoz lo encontró al teléfono. Cortó rápido la conversación y Audrey se sintió muy mortificada. A la luz del día todo parecía de otra manera.

—He pedido que suban algo de desayuno —explicó Lucas y, risueño, le preguntó—. ¿Has dormido bien?

Audrey asintió y enredó uno de sus dedos en un mechón húmedo del pelo que le caía por los hombros. Era una situación un tanto incómoda. Por un lado, tenía ganas de salir corriendo y, por otro, la absurda idea de que él pudiera volver a besarla se le representó con tanta fuerza que le costó disimular. Se sintió como cuando era adolescente y estaba en el instituto frente a un chico que le gustaba, pero que no le hacía mucho caso. Deseaba que la viera. Sin embargo, Lucas se mantenía amable, pero no mostró ningún interés mayor que tratar de no hacerla sentir mal. Bueno,

por lo menos podía desayunar con él. Otra anécdota en su haber.

—Sí. ¿Y tú?

—No recuerdo haber dormido nunca con una mujer.

—¿Nunca? —Pensó que le tomaba el pelo.

—Nunca, sin haber hecho guarradas antes —respondió travieso—. Ha sido... diferente.

—¿Diferente bueno o diferente malo?

—Diferente bueno. —Se sonrió pícaro—. ¿Cuándo te marchas?

¿La echaba?

—¿De Menorca, del hotel ... de tu habitación?

—No tengo ninguna prisa de que te vayas de mi habitación, me has alegrado la mañana —admitió con burla, lo que hizo que ella se ruborizara—. Tienes un cuerpo bonito y reconozco que me encantaría volver a verlo y tocarlo y... Por favor, dime que no vuelves a tu casa hoy.

Aquella declaración de intenciones la sorprendió.

—No, estaré unos días en la isla. He de resolver algunas cosas de... de antes.

—¿De cuando estabas casada? —preguntó, serio.

—Sí, si quieres decirlo así... —contestó. El sonido de un teléfono la interrumpió y observó cómo Lucas buscaba el lugar desde el que provenía, se acercó al sofá y cogió el móvil—. ¡Andrew! ¿Qué quieres a estas horas? —Hizo una mueca de contrariedad y le sonrió—. Lo siento, me he dormido. ¿Sigues ahí?... Ah, bueno... Vale... No, yo iré un rato al gimnasio. Nos vemos luego.

El golpe de unos nudillos en la puerta la sobresaltó y, sin pensarlo, Audrey se dirigió a ella para abrir, pero Lucas la sujetó del brazo y la detuvo. Le dijo que sería el servicio de habitaciones y que prefería que no la vieran. Aquello no le gustó, se sintió menospreciada y contrariada, se encerró en el baño y se vistió. No eran amigos, no eran nada. Mejor agradecer el gesto de ayuda que le había dado y marcharse con la dignidad intacta.

—Ya me voy —le comunicó al salir, pero estaba dolida y no supo morderse la lengua—. No quiero que te avergüences de mí.

—Yo no me avergüenzo de ti. Estoy encantado de que estés aquí conmigo, y creo que ya te lo he dicho antes. No vuelvas a decírmelo, por favor. Te he impedido abrir porque no creo que quieras salir en la prensa como la mujer desconocida que estaba en albornoz en la habitación de Lucas Hart, el centrocampista del Bayer. Ante eso no hay muchas interpretaciones.

—¡Ah!

—Sí. ¡Ah! —Se encogió de hombros—. Esa es mi vida a veces. Y no creas que soy un paranoico; es que ya me ha pasado que en un hotel las propias camareras de planta me hagan fotos con una mujer que sale de mi habitación.

—Lo lamento, de verdad. Me siento un poco fuera de lugar.

—Te pido disculpas. Soy precavido, solo eso. Anda, siéntate y desayuna alguna cosa.

Audrey miró el carrito que habían traído; por su contenido parecía que iban a desayunar varias

personas. Una gran cesta de frutas y jarras con café, leche y zumo de naranja, además de bollos, mantequilla, mermelada y unas bandejas de embutidos. El muchacho se cuidaba bien. Eso era un desayuno equilibrado. Mientras desayunaban se dio cuenta de que el teléfono de Lucas no dejaba de recibir mensajes, aunque él no le prestó demasiada atención. Debía tenerlos controlados, porque solo leía algunos, otros los obviaba. Tras tomar un café con leche con un poco de pan y mantequilla decidió que era el momento de marcharse.

—He de resolver un problemilla con mi compañera de habitación, cambiarme de ropa y creo que a ti te esperan.

—No seas dura con ella, por lo menos se lo pasaría bien y a ti no te fue tan mal —murmuró con una mueca divertida con las cejas y se sonrió pícaro—. Tengo comida familiar, pero luego estoy libre por la tarde. ¿Estarás por el hotel?

—Sí, por la piscina o la playa. Necesito descansar.

—Dame tú número de móvil. —Ilusionada por aquel gesto se lo dictó. Al instante una llamada entrante en su dispositivo la hizo ver un número desconocido, con reticencia atendió—. Ahora tú también tienes el mío —anunció Lucas a través del teléfono.

Antes de que saliera de la habitación él la retuvo.

—Me gustaría invitarte a cenar esta noche —sugirió—. Te busco luego, ¿vale?

Ella le dedicó una sonrisa. No terminaba de creérselo, pero no quiso decir nada y se despidió.

Cuando llegó a su habitación no había rastro de su compañera. Todo estaba desordenado; hasta su cama que, para su sorpresa, mantenía la colcha puesta, pero parecía que había sufrido un terremoto porque las ropas estaban arrugadas. Tuvo la impresión de que alguien había rodado por ella. Se dejó caer de espaldas en ella a la vez que deseó que sobre aquella colcha no hubiera ningún resto de fluido humano. Con una sonrisa que le partía la cara se rodeó el cuerpo con los brazos. Había sido una noche un tanto surrealista, pero la imagen de Lucas pidiéndole su número de móvil e invitándola a cenar la hizo soñar. Se recreó en aquel beso que le había dado: dulce, tierno y cargado de promesas. Luego, tras ver amanecer, se habían ido a dormir. Él actuaba de forma tan natural que la contagió. Se tumbó mirando al techo y cuando quiso decir algo, él ya estaba dormido. Eso la relajó. Creía que no podría pegar ojo con aquel espécimen al lado, pero se había equivocado. «Amiga». La palabra ocupó su mente y le pareció escucharla de los labios del futbolista. Le había dicho que nunca había tenido una amiga, entonces ¿por qué la había besado? Quizás de donde él venía, de su mundo de *celebrities*, los amigos se besaban así. Se llevó los dedos a los labios y volvió a recordar el beso. Sintió que aún le palpitaban y se preguntó si ese era un beso de amiga ¿cómo serían los apasionados que daba a una mujer a la que pretendía seducir?

Audrey bajó a la piscina con la esperanza de encontrar a sus compañeros. No había rastro de Germán, pero descubrió a las chicas en unas tumbonas y se dirigió hacia ellas. Sara, Lourdes y

Marta no tardaron en divisarla y, como si estuvieran preocupadas, se levantaron con prisa y salieron a su encuentro. Marta la miraba con cara contrita y, al acercarse, empezó a pedirle disculpas en un tono lastimero. Con sentimiento de culpa le explicó que al despertar fue consciente de que la había dejado en la calle y que se angustió mucho al descubrir que nadie sabía de ella. Quiso hacerla sufrir un poco sin decirle dónde había pasado la noche, pero las preguntas sobre lo que le había pasado con Julián hicieron que Marta casi llorara por su comportamiento y no fue capaz de mantenerse enfadada. Recordó las palabras de Lucas: «no seas dura con ella... a ti no te fue tan mal» y trató de quitarle hierro al asunto. Les dijo que había conseguido otra habitación. Total, no mentía del todo. Marta se le abrazó avergonzada y ella resolvió la escena con un sonoro beso en su mejilla.

—Por lo menos espero que te hiciera pasar una noche loca.

—Loca no, lo siguiente.

Todas rieron y le pidieron detalles. Detalles que Marta, zalamera, no quiso revelar, pero que por su cara se estaba recreando en ellos. Audrey no dudó de que acabaría explicándolos. Decidió acercarse a la playa. No le habían preguntado por quién era el chico que estaba con ella y la ayudó cuando su percance, así que no quiso tentar su suerte y se retiró mientras el interés estaba puesto en Marta y el sevillano. Descendió los escalones que separaban la zona de baño y relax del hotel y se dirigió hacia las hamacas. Al pasar por la cama balinesa en la que conoció a Lucas se sonrió, pero el recuerdo de Julián tirándose sobre ella e intentando toquetearla también, por suerte espantó el mal recuerdo con la sensación del abrazo del futbolista. No podía negarse que le había gustado mucho su compañía.

Para evitar sorpresas, eligió un lugar junto a una madre con su niña. Se sentó en la hamaca libre y observó a la niña. Parecía de anuncio. Rubia, con el pelo por encima de los hombros y con la piel muy blanca. Audrey se quitó la camisola que llevaba a juego con el bikini rosa. Sacó de la bolsa un libro y un protector solar. Tras embadurnarse bien, se tumbó a leer. Le encantaba ese rato de placer en el que podía sumergirse en una historia romántica, pero por mucho que quiso aislarse del resto de bañistas no lo consiguió. La niñita de al lado llamó su atención en más de una ocasión. No hablaba muy bien y costaba entenderla, aunque por el contexto podía adivinar que lo que quería era que su madre jugara con ella. Esta no le quitaba el ojo de encima, pero trataba de tomar el sol.

Tras un rato, Audrey decidió que necesitaba un chapuzón y se fue al agua. De regreso se volvió a poner crema y se estiró con la idea de relajarse. Cerró los ojos y su pensamiento lo ocupó el futbolista. Se recreó en su cuerpo e imaginó aquellos abdominales que se dibujaban bajo la camiseta. En un momento en que giró la cabeza, al entreabrir los ojos, observó que la niña la miraba con fijeza al tiempo que trataba de llenar un cubo con arena. Hizo ver que no se había dado cuenta, pero no pudo evitar hacer carotas y eso provocó sonrisas en la pequeña, que trató de ocultar al apartar la vista; sin embargo, al segundo la buscaba de nuevo y ella, ya más descarada, le guiñaba un ojo o le hacía muecas, sacaba su lengua, incluso le ponía caras raras, lo que

despertaba la risa en la niña. La madre las observó divertida a la vez que repartía su atención entre la pequeña y una revista. Pasados unos minutos, Audrey volvió a cerrar los ojos y escuchó a la mujer decirle cosas a la hija, que se había cansado de jugar y le reclamaba algo. Intuyó que quería ir al agua. El movimiento que presintió le hizo deducir que no se había equivocado y, al entreabrir los ojos, las vio caminar hacia la orilla, con el cubo en la mano.

El cansancio de la noche, por las pocas horas de sueño, la brisa y el relax de escuchar el ir y venir del oleaje la transportaron a un estado de duermevela en el que el tiempo transcurrió sin darse cuenta. Hasta que de pronto la sensación de un chorro de agua fría que caía sobre ella la sobresaltó y de un respingo se levantó de golpe. Su propio grito de sorpresa se confundió con el de la madre de la niña.

—¡Ahhh!

—¡Valeria, nooo! —La mujer se le acercó con cara compungida.

—Lo siento, disculpa a mi hija —dijo avergonzada con el brazo y el cubito de la niña, vacíos, agarrados en la misma mano—. Ha debido de pensar que tenías que refrescarte al estar al sol. Valeria, cariño, eso no se hace.

—*Calente.*

—¿Te llamas Valeria? —preguntó a la niña, que la miraba con cara de susto. Tímida, asintió, y no pudo enojarse al ver la carilla que le dedicó, como si supiera que había hecho algo que no estaba bien. Intentó ser amable—. Pero ¿qué llevas ahí? Qué tatuaje más bonito.

Cogió el bracito de la niña, alguien había dibujado sobre su piel un ocho; estaba medio borrado.

—*Se boda.*

—¿Se borra? —aclaró, y la pequeña volvió a asentir. La madre la miró perpleja.

—Si quieres, y tu mamá nos deja, yo puedo arreglártelo.

—*Ti* —y tras buscar la mirada de la madre que le dio su aprobación estiró su brazo hasta ella.

—No me lo puedo creer, pero si te está hablando —murmuró la mujer con tono de incredulidad—. Solo habla con la familia, ignora a todos los demás. En el colegio es un problema.

—Será para recompensarme el chapuzón —señaló con un tono en que restaba importancia y la mujer se echó a reír, pero al segundo volvió a chillar, a la vez que la mujer, al ver que la niña vertía un buen chorro de protector en su muslo.

—¡Valeria! Esta chica se va a enfadar con nosotras.

La situación le hizo gracia. La cara de pilla de la niña contrastaba con la de vergüenza de la madre.

—No te preocupes, esto se extiende y ya está —restregó el producto sobre su pierna, el estómago, el pecho y los brazos, pero aún quedaba bastante—. ¿Puedo? —preguntó a la madre para echarle un poco a la niña—. Es protección cincuenta.

—Oh, sí, por favor.

La niña se dejó poner crema por todo el cuerpo, mientras Audrey le decía cómo se llamaba y

que llevaban un traje de baño del mismo color. La niña sonrió contenta.

—*Igales, igales* —avisó a su madre a la vez que señalaba su braguita de bikini rosa. La madre asintió, risueña.

El sonido de un teléfono rompió el momento y la mujer se acercó a la gran bolsa que tenía bajo su hamaca y sacó un móvil. Audrey no pudo evitar escuchar la conversación.

—Hola, te estamos esperando... Aquí, haciendo de las tuyas... Después de echar un cubo de agua sobre una chica, la ha puesto perdida de crema... Efrén y le ha hablado... sí...

Mientras la mujer hablaba al teléfono, la niña llamó la atención de Audrey, le enseñó el brazo donde casi se le había borrado el dibujo de lo que le pareció un infinito. Divertida le dijo si quería que se lo repasara y la pequeña movió la cabeza con una gran afirmación. Rebuscó en su bolsa y rezó para tener algún bolígrafo. No tuvo suerte, pero encontró un lápiz de ojos negro. Le costó reseguir el original. La había embadurnado de crema, pero fue persistente y tras varios repasos quedó orgullosa del resultado. Luego, le dio el color a la niña y empuñándose en la manita la ayudó a hacerle un dibujo parecido en el mismo lugar, su antebrazo. Mientras lo pintaba pensó qué era lo que Lucas llevaba en la zona interna de su brazo. Le había parecido que tenía algo tatuado, pero no estaba segura de qué. Cuando terminó, la niña se dirigió al montón de arena en el que había estado jugando, Audrey se acercó y la ayudó a construir un castillo. De pequeña era algo que la había fascinado cada vez que iba con sus padres a la playa y podía estarse horas en la orilla haciendo fortificaciones. La mujer seguía conversando y le intrigó el misterio de la charla.

—Si está mejor a mí me vale. No lo agobiéis más.

Al cortar la comunicación se acercó a ellas y se arrodilló a su lado.

—Muchas gracias. Me llamo Alejandra, pero todos me llaman Alex —dijo, y la miró divertida—. Parecéis dos croquetas.

Rieron.

—Audrey.

—Mami, *Odi*.

—Sí, cariño, ella es Audrey. Vaya castillo más bonito.

La mujer abrazó a su hija con un amor imposible de disimular. Era una escena muy tierna. Audrey se incorporó y trató de retirarse la arena que tenía pegada en los muslos, pero parecía misión imposible. Anunció que iba a darse un remojón y la mujer se sumó a la propuesta. Colocó a la niña unos manguitos en los brazos y la subió a sus caderas. Durante un rato conversó con la mujer, metidas en el agua que las cubría hasta la cintura, mientras la niña chapoteaba sujeta a los brazos de su madre. Cuando madre e hija salieron dio unas cuantas brazadas en el agua. Necesitaba desentumecerse, pero el cansancio de la noche y la falta de costumbre la agotó enseguida. Salió del mar y trató de escurrir el exceso de agua del pelo, que se le pegaba a la espalda como lapas. Lo agarró como si se hiciera una coleta y lo retorció para escurrirlo. Observó a un hombre en cuclillas junto a Valeria. La niña se le abrazó al cuello y del impulso lo

tiró hacia atrás en la arena, otro hombre fue en su ayuda. Mientras caminaba hacia su hamaca para coger su toalla no podía quitar los ojos del hombre que estaba sobre la arena. Era su jugador de fútbol particular. En aquel momento él levantó la vista y sus ojos se cruzaron. Aún le faltaban bastantes pasos para llegar hasta él, pero sintió el calor del repaso que le dio. Le dedicó una sonrisa y él la obsequió con una otra.

—¡Odi! ¡Odi!

Al llegar a su altura, él ya se había levantado y se contemplaron con una intensidad que la hizo sentir que algo se movía en su estómago. Se desligó de su mirada y agarró su toalla para secarse. Necesitó romper el contacto ocular para serenar su pulso, que se había agitado.

—¿Odi? —preguntó con sorna.

—Es una larga historia —respondió y con un gesto trató de restar importancia.

Durante unos segundos nadie dijo nada más y a Audrey le pareció que solo estaban ellos dos en la playa; luego, por el rabillo del ojo, vio que Alex se les acercaba, intuyó que iba a presentarlos, pero solo dijo que era su cuñado y empezó a relatar cómo se habían conocido ellas. Lucas le presentó a su hermano mayor y en un gesto natural cogió a la pequeña Valeria y la felicitó por mojarla a la vez que le daba pequeños mordisquitos en la barriga y la niña soltaba gritillos hilarantes y, entre palabras inteligibles, señalaba a Audrey a la vez que decía que iban iguales. Lucas, risueño, miró a la niña y a ella, aunque la mirada que paseó por su cuerpo no tenía las mismas intenciones. Luego, como si reparara en su piel, observó el dibujo de su brazo que se había emborronado por el efecto del agua.

Los padres y la niña se fueron hacia la orilla y los dejaron solos, con una mirada cómplice entre ellos. Audrey cogió el bote de crema que reposaba en su hamaca, vertió un poco en su palma y se frotó con ella los hombros. Lucas se lo quitó de las manos y giró un dedo en el aire, en una demanda muda para que se diera la vuelta. Lo hizo y, con todos sus sentidos en alerta, percibió cómo él se pringaba las manos de crema y las posaba en sus omóplatos con una caricia sutil. El calor prendió en su estómago al notarlas deslizarse por su espalda en friegas lentas que acercaba a sus costados. Tragó saliva. Las manos masculinas se movían diestras, de una manera lenta que encendía su piel y la hizo desear que no se detuviera. Se censuró aquel sentimiento que hacía mucho tiempo que no sentía. Lucas le quedaba muy lejos, pero sobre todo muy grande.

Nerviosa por lo que había experimentado puso distancia.

—Tengo que irme —anunció con vacilación—. Me gustaría ver a los compañeros antes de que se vayan.

Lucas la observó en silencio, lo que hizo que su zozobra aumentara. Alex, Efrén y la niña regresaron de su baño y los observaron curiosos. De pronto, a Audrey le entró mucha prisa. Sabía que tenían una comida familiar y ella tenía que despedirse de sus compañeros y poner en orden sus emociones. Recogió sus cosas y se agachó para darle un abrazo a Valeria y luego, amable, se despidió de sus padres y de Lucas.

No había dado diez pasos cuando alguien la sujetó del brazo. Antes de volverse ya sabía quién

era.

—¿Sigue en pie nuestra cena?

—Si tú quieres. Yo estoy libre.

—Te recojo a las siete.

Al soltarla, sus ojos se quedaron enganchados a su antebrazo.

—Bonito tatuaje. —Lucas se dio pequeños golpecitos sobre el corazón como si le bombeara.

Rio por el gesto al mirarse el dibujo. Lucas se giró sobre sí mismo y, en una carrera, estuvo junto a su sobrina. Observó cómo la cogió por las piernas y se la colocó sobre el hombro boca abajo, haciéndola reír.

Capítulo 7

Media hora antes de que Lucas pasara a recogerla, Audrey estaba de los nervios. Había dudado mucho qué ponerse. No quería ir ni muy arreglada ni demasiado informal. No sabía a dónde iba a llevarla y se probó toda la ropa que había llevado al evento. Al final, más porque el tiempo se le echaba encima que porque estuviera satisfecha con el atuendo, escogió un vestido que aún no se había puesto. Era verde agua, con la espalda al aire, anudado al cuello y lo acompañó con unas sandalias negras de tacón.

Había seguido el consejo de Ali, con la que había hablado un rato antes. Esta le dijo que fuera ella misma. No tenía que deslumbrar a nadie. Su amiga se había sentido muy mal cuando le relató el episodio con Julián. Después de despotricar contra él y de prometer que no pensaba dirigirle la palabra nunca más, se había quedado encantada con la historia de Lucas. Lo llamó «su salvador» y a ella le gustó aquel apelativo. También le dijo que creía que a él le gustaba por cómo se había comportado con ella.

—Ese es el problema, que a mí también me gusta —le confesó.

—¿Qué problema? —Rio su amiga antes de hablar—. Esta historia es muy sencilla: chica conoce a chico y se acaban liando. Vive tu rollo de verano con una estrella y a llorar en otoño.

—¡Caray, qué ánimos!

—Conociéndote, no será de otra manera.

Tras aquella conversación, le había dado varias vueltas al tema. Alina tenía razón, sabía en su fuero interno que si se liaba con Lucas este le haría daño. Él no tenía novias, salía con mujeres y se acostaba con ellas, le había dicho y, aunque ahora estuviera en horas bajas, la miraba con el deseo pintado en los ojos. Además, no podía olvidar que era alguien famoso, acostumbrado a vivir la vida de otra manera. Luego, en un arrebato de seguridad, se preguntaba por qué ella no podía ser una de esas mujeres que conquistaban a los hombres y los enamoraban. ¿Por qué no podría ella conseguir que alguien como Lucas la quisiera o por lo menos le gustara? Evocó sus manos en su espalda, la caricia que ganó posición en sus costados y encendió su piel al sentir que con solo estirar sus dedos habría atrapado sus pechos. La idea de tener a Lucas sobre ella la sobresaltó. Imaginó sus labios sobre los suyos y se recreó en aquel beso que le había dado la noche anterior. Sí, quería que volviera a besarla y, si se terciaba la ocasión, sería ella quien reclamaría un nuevo beso. Por un momento, obvió sus dificultades y, cuando pensó en su

problema, se desilusionó, aunque con un pensamiento travieso ideó maneras en las que podrían disfrutar.

«Debo estar para que me encierren, soñando con polvos de fantasía, con un tío que conocí anoche y que no puede hacerlo porque tiene alguna disfunción» —se censuró.

El pitido del móvil la sacó de sus turbios pensamientos. Pero se emocionó al ver que era un mensaje de Lucas.

Hart: En cinco minutos estoy ahí.

Escribió rápido una respuesta.

Audrey: Te espero.

Se miró y remiró en el espejo con la duda de que, quizás, el vestido con la espalda al aire confirmaba lo evidente: que quería seducirlo. Luego se desdijo, era un vestido veraniego, no tenía nada especial. A la siete en punto, Lucas apareció por su habitación y, nada más abrir la puerta, sus dudas desaparecieron. Sus miradas se cruzaron con una sonrisa abierta, él cruzó el umbral decidido, la tomó de la mano y la hizo girar sobre sus pies.

—Perfecta para el lugar a donde voy a llevarte —dijo antes de soltarla.

Caminó junto a Lucas hasta llegar a un coche de gama alta en el aparcamiento del hotel. Un hombre le entregó las llaves después de que le confirmara que iba a conducir él. Curiosa, preguntó hacia dónde iban y le agradó saber que la llevaba a Ciudadela. Aparcaron en los alrededores de la plaza de España y callejearon por el centro hasta llegar a un restaurante junto al puerto. Había varias mesas libres en la terraza y el futbolista escogió la que estaba más apartada del resto de clientes. Audrey tuvo la impresión de que eso no servía de mucho porque no pasaba desapercibido. Se avergonzó al sentir algunas miradas sobre ella, pero decidió ignorarlas.

—Creo recordar que este es uno de los restaurantes más antiguos de esta zona —comunicó al sentarse frente a él.

—Lo sé, por eso lo he elegido, por eso y... —respondió con una sonrisa, pero algo lo distrajo y llamó su atención. Se levantó efusivo—. ¡*Mamma mia!*

Una mujer entrada en años, y kilos, salió del local haciendo aspavientos con las manos; al llegar junto a él se dieron un cariñoso abrazo.

—Benditos mis ojos que ven esta imagen —exclamó la mujer y sin disimulo la miró con una sonrisa—. Ya pensé que no querías venir a verme.

—Isabel, ella es Audrey —Audrey se levantó para saludarla pero, antes de que pudiera darse cuenta, esta la había estrechado entre sus brazos y le había dado un sonoro beso en la mejilla que la hizo reír.

—¡Ay, que emoción ...! No me digas más. Estoy encantada de conocer a la novia de mi *ragazzo* —soltó la mujer.

—Esto... yo no, no...

—Si querías intimidad no has elegido el mejor día —anunció, sin prestarle atención ni dejarla terminar—. Andrew está dentro con Paolo.

—¿No le estará enseñando la receta de su salsa secreta? —preguntó Lucas con asombro y un deje de humor.

—No, *ragazzo*, lo ha tenido fregando platos porque anoche se fue sin pagar —guiñó un ojo y ambos soltaron una carcajada, ella se sonrió por la complicidad que veía entre los dos. Para incluirla, Isabel se dirigió a ella y le explicó—. Aquí donde ves a este tiarrón, él y sus hermanos trabajaban aquí, en verano, cuando era niños. Su padre quería que aprendieran el valor del trabajo.

—Eso sí que es una sorpresa —murmuró—. El mío me hacía leer el código civil.

—Y mira qué buena niña parece —señaló risueña. Luego, con la mirada puesta en Lucas añadió—. No como esas con las que aparece tu hermano. ¿No tienes una hermana, Audrey?

Negó con la cabeza a la vez que reía, empezaba a sentir curiosidad por el hermano. Tenía que ser una buena pieza.

—Pues no, soy hija única y aunque tengo una amiga que es como mi hermana, no sé si sería buena idea que se conocieran. Su tarjeta de visita dice *peligroso*.

Volvieron a reír y la mujer, atenta a todo mientras conversaba con ellos, miró hacia el establecimiento. Varios camareros salían con bandejas a rebosar de tapas y platos de pescado y marisco.

—Bueno, chicos, me voy para dentro, tengo trabajo. Además, esos dos solos son capaces de quemarme la cocina —se despidió, y empezó a caminar hacia el local, pero a los pocos pasos se giró y alzó la voz—. Yo me encargo de vuestra mesa.

Audrey y Lucas tomaron asiento y ella lo miró con curiosidad.

—¿Así que trabajabas aquí?

—Sí, de pequeños solíamos venir a Menorca todos los veranos. A mi padre le encanta. De hecho, tienen una casa aquí —explicó risueño. Audrey imaginó que su mente se llenaba de anécdotas de otros tiempos—. Vinimos un día a comer y Efrén no quería algo y, enfadado, de un manotazo tiró el plato y el vaso. Paolo salió a barrer los restos y mi padre le pidió la escoba y se la dio a Efrén que, avergonzado, tuvo que barrer todo el salón. Al terminar, Paolo le dijo a mi hermano que lo esperaba al día siguiente para trabajar recogiendo mesas y así pagaba lo que había roto. A mi padre le pareció una buena idea. A los cuatro días Andy y yo le hacíamos compañía. No nos libramos ninguno, ni yo que era el más pequeño. Junto a su hijo Bruno hacíamos de pinches, lavaplatos, chicos de los recados y meseros y él nos pagaba al final de la semana. Así que aquí cobré mi primera paga. ¿Y tú, qué? Háblame de ti.

—Bueno, no hay mucho que contar, ya sabes lo más llamativo —explicó y tamborileó los dedos sobre el mantel blanco—. Soy hija única, mis padres son abogados. Estudié una carrera de doble grado: Derecho y Económicas. Alina es mi mejor amiga y trabajamos juntas en *Luxury House*.

Un camarero depositó unas copas en la mesa y los sacó de la conversación. Audrey pensó que debía de ser el *maitre* porque no iba vestido como los demás. Lucas se apoyó en el respaldo de su silla y lo observó expectante. Se mantuvo en silencio y ella lo imitó, quizás no quería que

escuchara de qué hablaban. El hombre sirvió vino blanco en una copa y lo animó a probarlo. Con parsimonia, Lucas lo degustó y asintió. Entonces llenó la de ella y volvió a verter líquido en la de él. A Audrey le pareció que el camarero tenía que ser nuevo porque iba demasiado lento y, con una mirada cómplice, sonrió a Lucas a la espera de quedarse de nuevo a solas.

—¿Es que no piensas presentarnos? —preguntó el camarero.

La voz grave le sonó y, de pronto, Audrey presintió que no era un camarero cualquiera, sino el hermano de Lucas. Al mirarlo bien se percató de que tenían un ligero parecido.

—Audrey, es mi hermano Andrew —anunció Lucas, tras un largo silencio—. Andrew *el peligroso*, no lo olvides.

—¿Cómo que *el peligroso*? —se quejó el aludido con burla.

Andrew los miró con asombro mientras ellos se reían de su broma particular.

—Hola, Andrew —saludó al ponerse seria—. ¿Qué tal?

—Pues por aquí... Puedes llamarme Andy. —Apartó una silla y se sentó junto a ella, ante la mirada escrutadora de Lucas—. Hoy he oído hablar un poco de ti y me moría de ganas por conocerte. ¿Qué haces con este tío tan aburrido y malhumorado? Mucha estrella de fútbol, pero un soso. Te lo digo yo.

—No sé qué decirte, yo tampoco soy de emociones fuertes —contestó, risueña—. Creo que lo que le pasa es que le cuesta sonreír.

—No os cortéis, seguid hablando de mí como si no estuviera —propuso Lucas—. Bueno, tío, ¿no tienes que fregar o hacer algo por ahí dentro? Paga tus deudas.

Andrew se levantó, cogió la mano de Audrey y la besó de forma muy teatral.

—Querida, si te aburres estoy dentro —dijo, obviando al hermano, le guiñó un ojo y se dirigió al local. A mitad del camino se giró y gritó a Lucas—. Te quiero en el gimnasio a las nueve. En punto.

Al momento, el camarero de verdad les sirvió unas berenjenas rellenas de marisco y verduras y les anunció que el siguiente plato sería una caldereta de langosta.

—¿Ya se fueron tus compañeros? —preguntó Lucas y ella asintió—. ¿Entonces has empezado tus vacaciones?

—Tengo algunos días libres. Mañana he de resolver un asunto —contestó sin poner mucho interés—. ¿Y tú?

—¿Qué asunto? Si puede saberse.

—La casa que tenía con mi... con Albert, quiero ponerla en venta —respondió. No se sentía cómoda hablando del tema, intuyó que el futbolista debió notarlo, pero sentía curiosidad—. Mañana iré a dar un vistazo.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó y se sorprendió de que quisiera hacerlo, porque eso significaba pasar más tiempo con ella. Rápido se censuró el pensamiento. «Si está conmigo es porque quiere estar», así que no le dio más vueltas.

—Me gustaría mucho que me acompañases. —Le sonrió y él la agasajó con un guiño—. ¿No

tienes que volver con tu equipo?

—Sí, en unos días. El jueves tengo que estar allí, tengo un control médico para comprobar si he de hacer más rehabilitación. —El estómago le dio un respingo al ser consciente del tiempo. No sabía qué idea se había hecho, ella también debía regresar a Barcelona, pero de pronto el jueves, no, peor, el miércoles, estaba a la vuelta de la esquina—. Tenemos tres días.

La mirada intensa que él le dedicó y la carga de promesas que leyó en aquellas palabras la pusieron nerviosa. Sonrió y sin darse cuenta se empezó a morder el labio inferior.

—Debe saber delicioso —susurró Lucas con voz tensa, sin apartar los ojos de su boca. Audrey detuvo el gesto y sintió cómo se ruborizaba al notar las mejillas arder. ¿Era su imaginación o él coqueteaba con ella?

Al momento les trajeron el segundo plato, la caldereta, y aquel instante sensual se rompió. Mientras comían, el tema de conversación cambió. Audrey se interesó por su trayectoria deportiva. Lucas le habló de su lesión. Con pesar maldijo su suerte porque debido a ella no había podido acudir con la selección española a los mundiales. Se había hecho una rotura fibrilar en el bíceps femoral, hacía dos meses. Audrey se sonrió. A saber dónde estaba eso. Supuso que en la pierna porque cojeaba un poco de la derecha. Aunque era casi imperceptible. A pesar de que le explicara su contusión, la sorprendió la pasión con la que hablaba. Debutó con diecinueve años en el Atlético de Madrid, aunque formaba parte de su cantera desde los catorce años en que lo descubrió un ojeador. Se le notaba un gran cariño por aquel club y mucho entusiasmo por lo que hacía. Audrey podía comprender por qué le dolía dejarlo. Aunque no sabía si el motivo era su lesión.

—¿Es por lo de la pierna o te ves mayor para jugar? —preguntó con cautela y degustó un sorbo de vino.

—No, la lesión fue por un gesto tonto; chutaba a puerta desde un córner y no había calentado demasiado antes de salir al campo, estaba distraído. Pero hay gente más joven apretando por detrás. Creo que es un buen momento para retirarme —se justificó, pero había un halo de tristeza en sus palabras—. No quiero que me dejen en el banquillo porque no puedo hacer bien mi cometido y menos que me cedan a un equipo pequeño. Ya chupé banquillo en el Barça y no es agradable.

—¿Jugaste en el Barça?

—Estuve cedido, pero hay jugadores a los que no se les sustituye; son titulares siempre. Y yo quería jugar —contestó motivado—. Me fui al Milan y después al Bayer, allí llevo las últimas siete temporadas.

—No deberías mirar al futuro con pena. Por lo menos pudiste dedicarte a lo que te gustaba. Ahora tienes la oportunidad de hacer otra cosa.

—Mi padre me quiere en Hartbook. Dice que es la empresa familiar.

—¿Y tú que quieres?

—¿De verdad quieres saberlo?

De nuevo aquella tensión en su estómago. Sintió en su piel el doble sentido de sus palabras. Lucas dio un largo trago a su bebida y ella no evitó el contacto ocular que él sostuvo por encima del borde de su copa. Durante unos segundos se mantuvieron la mirada.

—Efrén la lleva bien, no creo que yo haga falta —habló al fin, al dejar la copa sobre la mesa—. Yo quiero hacer mis propios proyectos; tengo varios en mente.

—Entonces habla con tu padre y defiende lo que quieres tú.

La miró como si esa posibilidad ya la hubiera tenido en cuenta y lo único que dijo fue que estaba en ello.

—¿Te apetece postre? —preguntó. Audrey supo en el acto que la conversación se había acabado, por lo menos en lo que concernía a aquel tema en concreto.

—No, estoy llena.

Se levantó y le tendió la mano.

—Ven, quiero despedirme.

Entraron en el local. Estaba concurrido, pero había toda una zona, como un salón aparte, vacío. Lucas se dirigió hacia allí y encontraron a Andy con un hombre que los recibió con el mismo entusiasmo que había mostrado Isabel. Era Paolo; un hombre alto, delgado y casi calvo, pero con unos ojos azules muy pícaros. Las arrugas de su cara no habían escondido lo atractivo que debió de ser en su juventud.

Lucas y Paolo entablaron una conversación un poco apartados y, por el lenguaje corporal del primero, Audrey intuyó que no le apetecía que ella la escuchara; no quiso ser curiosa, aunque se moría de ganas de saber sobre qué hablaban. Esperaba estar atenta, pero Andy se le acercó y la hizo reír con sus bromas. Con descaro le colocó un mechón de pelo tras la oreja y la piropeó. Luego, le contó que no había ido por la mañana a la playa porque se había distraído en la piscina con una rubia que había resultado ser un rubio. Soltó una carcajada hilarante. Pensó que le tomaba el pelo, pero por la vehemencia de sus palabras lo puso en duda. Se dio cuenta de que Lucas los observaba en la distancia y le dedicaba miradas reprobatorias al hermano. Cuando por fin se acercó a ellos, Andrew la invitaba a ir a una discoteca que solía frecuentar.

—Tú también puedes venir —dijo, en una clara provocación hacia su hermano.

—¿Quieres ir? —le preguntó Lucas bastante serio. El tono de voz que empleó no le pasó desapercibido a Audrey, estaba molesto.

—No sé —contestó, indecisa—. Si tú quieres, vamos.

—¿Quieres ir o no? —repitió igual de serio, pero con tono de fastidio.

Andrew contemplaba la escena divertido; sin embargo, a Audrey la mortificó aquella respuesta. No entendía qué había cambiado para mostrarse tan arisco. Ajenos al batiburrillo de emociones en ella, los hermanos se dedicaron algunas pullas.

—Si quieres quédate con él y ve —concluyó Lucas. Se metió la mano en el bolsillo trasero y sacó su cartera—. No sé qué esperaba con una chica como tú. Yo me voy. Paolo, cóbrame.

Audrey creyó que su mandíbula se caía al suelo por la sorpresa. De reojo vio cómo los otros

hombres dedicaban a Lucas una mirada de censura. Intentó controlarse para no cruzarle la cara. «Menudo imbécil». Se sintió ofendida con aquel comentario y lo escrutó con la vista, como si así, él, fuera a disculparse. No lo hizo y desafió todas las miradas. Ante su soberbia no se quedó callada cuando él sacó unos billetes.

—¡Eh, eh, eh! Alto ahí, guaperas —espetó. Alzó las manos en señal de stop, con un tono de enfado que no pudo disimular, por el trato que le había dedicado—. Mira, no sé qué has querido decir, ni qué demonios te pasa. Y guarda tu cartera si no quieres ofenderme más. Hasta hoy me basto y me sobro para pagarme una cena.

—Yo te invité. Cóbrame, Paolo —repitió serio.

—¡He dicho que no! Las chicas como yo tenemos dignidad. Guarda tu dinero que pago yo. — Sacó el monedero del bolso y le plantó una tarjeta a Paolo con una chulería que no sabía que tenía; trató de tranquilizarse y pidió cortés—. Cóbrame, por favor, y lo del *señorito* también —dijo con sarcasmo. Con serenidad añadió—. Disculpa la escena, por favor.

Era una situación muy tensa. Paolo no sabía qué hacer; por un lado, Lucas le ofrecía un dinero y, por otro, ella, su tarjeta. Isabel salió de la cocina y Andrew le hizo una mueca para que no interviniera. Audrey sentía que las rodillas le temblaban. No entendía qué había podido torcer las cosas de aquella manera. El futbolista la miró con una cara que ella interpretó de decepción, aunque también podría estar fulminándola con rayos X y aún no se había dado cuenta. Sintió que su corazón se resquebrajaba. Le dolía caerle mal a la gente y aquella mirada era de frustración. ¿Lo había decepcionado? ¿Qué había hecho mal?

—Pero ¿qué le ocurre a mi *ragazzo*? —preguntó Isabel—. Andrew, que te conozco. ¿Qué has hecho?

—Nada, *mamma*, nada.

Lucas lo fulminó con cara de reproche, Audrey tuvo la impresión de que se hablaban en clave. Para su sorpresa, lo vio darse media vuelta y, sin despedirse, se marchó. No salía de su asombro. Perpleja, se derrumbó en una silla cuando Lucas salió por la puerta. Necesitó unos segundos para recomponerse; quiso llorar, pero no supo si de pena o de rabia.

—Hija, no sé si lo sacas de quicio o le gustas, pero él no es así —alegó Isabel. En un momento, la mujer resolvió la situación—. Andrew, dale cinco minutos a tu hermano y acompaña a Audrey donde tenga que ir. Sé un caballero. Y toma —le devolvió a ella la tarjeta que había dejado sobre la mesa—, dije que yo me ocupaba de la cena y, además, ver este espectáculo ha valido la pena.

Audrey salió del restaurante acompañada de Andy. Todos habían tratado de disculpar al futbolista. Incluso Paolo dijo que quizás él no había estado muy oportuno al hablarle de algunas cosas, pero el que más la intrigó fue Andrew que dijo que la culpa era suya, aunque después por el camino responsabilizó a la lesión y a la decisión de su retirada de su mal humor.

—Mira, tú y yo sabemos que eso no tiene nada que ver —refutó Audrey sin levantar la mirada del suelo. La brisa que se había levantado le dio frío y se cubrió los brazos con sus propias manos.

—Sé que sabes su secreto —reconoció Andy en voz baja y se detuvo de golpe, lo miró expectante—. Le hace sentir inseguro, pero todo está en su cabeza... Le gustas, Audrey, más de lo que él se piensa.

—Pero si nos conocimos anoche —afirmó con extrañeza, en un vano intento de negarse a sí misma que a ella también le gustaba.

—¿Y qué? —Se encogió de hombros—. Mis padres se conocieron y al mes se habían casado y, míralos, con tres hijos y juntos después de cuarenta años. —Retomaron el paso—. Lucas no es ese que has visto. Pero desde hace tiempo no está bien. Cuando se lesionó estaba bloqueado, no tenía la mente clara. Se volvió taciturno y te aseguro que hoy mi familia ha visto al Lucas de antes. De repente hacía bromas y reía. Tal vez te lo debamos a ti.

—Yo no he hecho nada, pero bueno, ya no lo sabremos.

—Míralo, ahí tienes a tu Romeo. —Levantó la cabeza y lo vio apoyado en la pared con las manos en los bolsillos a unos metros de distancia de ellos. El corazón le dio un brinco cuando sus miradas se cruzaron—. Ve con él y, si tienes un poco de paciencia, te dirá qué le pasa.

Andrew le dio un beso en la mejilla, saludó con la mano a su hermano y se dio media vuelta. Por un instante, Audrey no supo qué hacer, si seguir o marcharse también. Se detuvo a mitad de camino a la espera de ver qué hacía él. Se estudiaron durante unos segundos y, luego, como si una fuerza centrípeta los empujara el uno al otro, caminaron hipnotizados hacia un punto de encuentro.

—Lo siento, perdóname —pidió Lucas cuando estuvo frente a ella, y con vacilación, como si esperase que ella lo rechazara, cogió su mano derecha—. No sé qué me ha pasado. Te he visto riendo con él y no me ha gustado. No... no me gusta compartir, ya te lo dije.

Audrey no supo qué pensar, aunque el vuelco que sintió en su estómago la estremeció. Lucas clavó sus ojos en los de ella y vio su duda. Parecía un niño que tras haber cometido una falta espera que lo perdonen. Quiso abrazarlo, pero no lo hizo; sin embargo, le sonrió en un claro gesto de que lo disculpaba y se soltó de su agarre.

—¿Estabas celoso? —preguntó incrédula. Él se encogió de hombros—. Pero si es tu hermano. Además, hablar no es compartir como tú imaginas. Tienes una mente sucia.

Lucas la miró con los ojos muy abiertos, supuso que le hacía gracia su expresión porque se rio con ganas y acabó aceptando que tenía razón.

—¿Te apetece dar un paseo o prefieres volver al hotel? —preguntó el futbolista con vacilación.

—Yo daría un paseo, pero si tú quieres regresar... —Se refregó las manos por los brazos, tenía escalofríos, aunque no le importaban si estaba un rato más con él.

—¿Tienes frío?

—Un poco —confesó con una mueca.

Lucas pasó un brazo por sus hombros y la pegó a su cuerpo. Caminaron en silencio, de pronto él agarró su mano y tiró de ella. Se acercaron a uno de los puestos ambulantes que había diseminados por el paseo. Contempló los pañuelos y fulares expuestos y escogió uno de vivos colores y que combinaba con su vestido.

—¿Te gusta? —preguntó mientras se lo colocaba sobre los hombros. Asintió con una sonrisa. El contacto del tejido en su piel era muy agradable, aunque se estremeció. Quizás porque Lucas acarició sus hombros y le dedicó una mirada intensa que la caldeó de pronto. Sin embargo, y a su pesar, él rompió el contacto ocular y se dirigió al pequeño mostrador donde descansaban algunas gorras. Eligió una con visera corta y se la puso—. ¿Qué tal?

—Te queda muy bien, pero ahora no hace sol —bromeó.

—Yo le sacaré buen partido.

Lucas abonó las prendas y con naturalidad agarró su mano y siguieron el camino. A los pocos metros entraron por una callejuela, cerca de la catedral y, de pronto, Audrey se vio empujada contra la pared y con Lucas a escasos centímetros de su boca.

—Me muero por besarte, por tocarte, por hacerte mía, pero no...

Audrey no dejó que continuase. Le selló los labios con los suyos y al milisegundo él respondió, invadió su boca con un hambre desmedida. Lucas exploró todos los rincones, cortó y reanudó el beso como si no se saciase y ella le siguió con ansia, contagiada por la pasión que le transmitía. Sintió un ligero roce en su hombro y con los ojos entrecerrados pudo apreciar que era la gorra de Lucas que caía al suelo. Sin importarle lo más mínimo, el futbolista siguió devorándola y aquel ímpetu provocó que un calor se iniciara en su estómago y comenzara a consumirla entera. A través de la nebulosa de su cerebro pudo intuir que aquella visera era el camuflaje que él había improvisado. Cuando casi había desfallecido sintió la renuencia de Lucas que cortó el beso y sin separarse mucho apoyó su frente en la de ella. Su corazón estaba acelerado y se pegó a él en busca de un contacto que aliviara el fuego de su cuerpo.

—Me ha molestado verte con mi hermano porque él puede darte lo que yo no puedo —confesó Lucas sin mirarla.

Con una calma que no sentía, Audrey apoyó las palmas en su pecho y lo obligó a enfrentar su mirada. Lucas se agachó y cogió la gorra, intuyó que necesitaba unos segundos. Cuando lo tuvo de nuevo frente a ella le susurró sobre los labios.

—El sexo está aquí —llevó un dedo a su frente, después, con osadía, bajó la mano y la posó en su entrepierna—, no aquí.

Lucas empujó contra el contacto y volvió a apoderarse de su boca. Incitada por el deseo que la apremiaba rodeó su cuello con los brazos y se dejó vencer.

—Pasa estos tres días conmigo. Aunque no pueda hacerlo, puedo darte placer de otras formas.

Aquella frase cargada de promesas la incitó un grado más y se volvió atrevida.

—Podría conformarme solo con tus besos, me estás volviendo loca, pero también quiero que me toques, que me mires como esta mañana, cuando estaba en la ducha, con ojos llenos de deseo. A mí... a mí nadie me había mirado así antes. Yo nunca he deseado a nadie tanto como a ti.

—Audrey, por Dios. ¿Sabes lo que me estás diciendo?

—Sí.

—Vamos.

Lucas cogió su mano y la encerró en la suya; luego, sin soltarla la dirigió hacia donde había dejado el coche para regresar al hotel.

Capítulo 8

Audrey se había sumido en un silencio reflexivo al subir al coche. No tenía dudas de que quería estar con él, pero quizás estaba siendo demasiado optimista, a la par que egoísta. ¿Qué pasaría cuando él no pudiera responder? Por unos minutos se deleitó en la idea de que con ella sí podría. Había visto el deseo en los ojos de Lucas, la devoraba con la vista y sus caricias eran fuego sobre su piel. Para desviar el curso de sus pensamientos trató de relajarse y se convenció de que, pasara lo que pasara, para ella iba a ser una noche especial. Sin embargo, notaba crecer los nervios en su estómago.

Lucas la llevó a su habitación y, nada más cruzar el umbral de la puerta, la apoyó sobre la hoja, se quitó la gorra, la tiró al vuelo sin mirar dónde caía y se apoderó de sus labios con lujuria. Aquel sensual gesto la encendió y llenó de anticipación. Sintió caer el cuerpo masculino sobre el de ella y las manos fuertes anclarse en sus caderas para, luego, subir por los costados hasta llegar a sus pechos y amasarlos con frenesí. Rápido, su cuerpo respondió con ardor y notó que a él le gustaba; con los pulgares le rozó ambos pezones y se sintió enloquecer. Aquellas caricias y su lengua, reclamándole, la tenían desenfundada. Quería dárselo todo. Con descaro, Audrey, lo sujetó por las nalgas y lo apretó contra ella, lo que hizo que él soltara un gemido en su boca y ella lo ansiara con más desespero.

—Creo que vamos muy rápido —anunció Lucas, con la pasión contenida en la voz y se separó de ella. Ambos jadeaban y sintió la intensidad de la pasión desinflarse—. ¿Quieres tomar algo?

—Sí, un vino... algo fuerte.

—¿Estás nerviosa?

—Un poco... —No mintió, hacía tiempo que no tenía relaciones y las altas expectativas que se había imaginado chocaban con la realidad—. Es que... hace tanto tiempo que no estoy con nadie que pienso que voy a decepcionarte.

—¿Tú a mí? —Lucas dibujó una sonrisa incrédula en su cara y la hizo sonreír—. Ven, siéntate aquí.

La llevó al sofá e hizo que tomara asiento.

—No te muevas —pidió—. Voy a ver qué hay en el minibar. Yo suelo tenerlo cargado de Aquarius y esas cosas. —Abrió la pequeña nevera negra y contempló el interior—. ¿Te apetece un *gin tonic*? ¿O pido algo al servicio de habitaciones? ¿Quieres cava?

—Un *gin tonic* está bien.

Audrey lo observó abrir la botellita de ginebra y un botellín azul de tónica y verter todo en un vaso bajo y ancho. Llegó hasta ella y se lo tendió, después se sentó a su lado. Tras beber un poco se lo ofreció a él, que lo aceptó con una mueca divertida. Así acabaron con la bebida entre tragos de uno y otra. Audrey empezó a sentirse mejor después de los primeros sorbos, por lo menos había dejado de imaginarse como si fuera una adolescente en su primera cita, aunque no se sentía muy diferente. Los nervios del estómago se habían minimizado, pero no evaporado.

Lucas posó la mano en su rodilla e inició unas caricias de fuego que erizaron su piel.

—Te deseo tanto —susurró el futbolista al inclinarse sobre ella, a escasos centímetros de su boca. Impaciente, esperó que sus labios se unieran y una pequeñísima supernova explotó en su pecho cuando lo hizo. Su lengua sabía a ginebra y estaba fresca. Supuso que igual que la suya. Él la rodeó con los brazos y poco a poco la atrajo hacia sí.

Con un movimiento de felino, Lucas la cogió por las piernas y la subió a su regazo para besarla a placer. Audrey se dejaba hacer, sentada a horcajadas y con las rodillas hincadas en el sofá, a ambos lados de sus piernas. Estaba extasiada solo con sus besos y, con gestos juguetones, enredó los dedos en el pelo de su nuca y le rozó las yemas en el cuero cabelludo. Ese acto hizo que Lucas encogiera los hombros en un claro signo de que aquella caricia le gustaba. Hacía tanto tiempo que Audrey no se sentía así: desinhibida, deseosa de dar y recibir placer, impaciente por cómo su piel respondía a las caricias y por la expectación.

Lo miró embelesada, como sabía que otras mujeres lo habían observado. Era muy atractivo, guapo, concluyó, con algo en la mirada. No le extrañó que aquella sonrisa ladina hiciera que más de una fémica perdiera la razón. Dejó que su cuerpo tomara las decisiones que su mente anhelaba. Lo besó de nuevo, rodeó su cuello con los brazos y pegó su pecho al de él. Sintió que Lucas no necesitó mucho más para tomar el control: profundizó el beso, jugó con su labio inferior, con su lengua a la vez que sus manos la tocaban por todas partes. Rendida, sin poder evitarlo, se removió sobre él en busca de mayores sensaciones placenteras. Pero él no le dio lo que quería, rompió el beso y, sin dejar de contemplarla, con manos ágiles, deshizo el nudo que unían los tirantes del vestido y acogió los senos que se derramaron en sus manos. Con un gesto provocador frotó sus pulgares, como ya había hecho con anterioridad, por sus puntas erizadas. Audrey respondió con un gemido sordo, inclinó su cabeza hacia atrás y al hacerlo quedó expuesta para él, con el torso desnudo y la falda del vestido arremolinada en sus caderas.

—Me encantan.

Se sonrió al sentir el cumplido a sus pechos y, descarada, se los ofreció. Él respondió a su invitación, tomándolos con la boca y, con alternancia, los saboreó hasta saciarse.

Necesitó serenarse por la urgencia que le nacía entre las piernas, pero Lucas estaba muy encendido también. Notaba sus manos pasearse por sus hombros, los brazos, apretarla por la cintura para acercarla a él y de nuevo el frenesí de sus besos la enloquecía, por la pasión que desbordaban.

Audrey sentía que la sangre le hervía, era como si nunca hubiera sentido algo similar. La incomodó la idea que cruzó su pensamiento: era excitante porque Lucas era famoso. No, no era eso, se censuró. No le importaba quién fuera. Después de las inseguridades que le había confesado no lo sentía así. Tan solo era un hombre que esperaba recuperar su hombría y supo que quería ser la mujer con la que lo consiguiera.

—Sí —susurro.

—Sí, ¿qué?

—Sí lo que quieras.

Lucas la observó como si la estudiara. Tenía la cara encendida, con probabilidad como la tenía ella. Intuyó que por su mente pasaban mil pensamientos, él soltó el aire que retenía en sus pulmones. Con descaro, y para provocarlo, se acomodó en su regazo y se frotó con la protuberancia que notaba bajo sus pantalones. La respuesta que obtuvo la satisfizo: un pequeño gruñido escapó de los labios del futbolista.

—Quizás lo que deseas no pueda dártelo —admitió Lucas con voz resignada y besó la punta de su nariz—. Pero me haces desearte... ¡Dios, Audrey! Me haces desearte tanto.

Audrey quiso provocarlo un poco más, aunque sabía que no debía forzarlo. Pero estaba muy encendida por sus caricias y lo que le decía. Con una audacia que no sabía que tenía lo despojó de su camisa y le acarició los pectorales, duros como piedras. Lucas no se echó atrás y respondió como ella quería. De nuevo tomó sus pechos entre sus labios y volvió a lamerlos y a jugar con la lengua en sus pezones para sacarle gemidos placenteros que lo estimulaban más. Sintió su dureza bajo ella y quiso tocarlo, no aguantaba más, pero él debió intuir sus intenciones porque con rapidez sujetó su muñeca y la frenó.

—Si me tocas estallo.

Esa frase la hizo sentir muy poderosa, pero estaba tan excitada que quería dar un paso más y volvió a restregarse en él. Lo notó un poco renuente, pero lo llevó a un punto más alto con su lascivo contoneo.

Error. Lucas se separó como si quemara. Trató de levantarse, pero al estar ella sobre su regazo no pudo, la empujó un poco para que lo dejara libre. Audrey, sin entender qué ocurría, se levantó. Nada más poner los pies en el suelo, él se incorporó con una maldición en los labios y salió disparado hacia el baño.

No le gustó lo que sintió su corazón, le costó reprimir las ganas de echarse a llorar.

Lucas dio un portazo, a la vez que de su boca salía un juramento malsonante:

—¡Joder!

«Ni que fuera un puto adolescente».

Con mirada huidiza esquivó su reflejo en el espejo. No soportaba su propia imagen. Cerró los ojos y apretó los puños sobre la encimera del lavamanos. Por unos segundos había retenido el aire

en el pecho y al soltarlo dejó ir un bufido de frustración. Luego, como si sus pulmones se hubieran vaciado de impurezas y con ello los temores se hubiesen ahuyentado, la serenidad empezó a abrirse paso en su cerebro, pero la rabia, la angustia y la impotencia no soltaron la mordida en su alma.

No iba a curarse jamás. Ya nunca podría disfrutar del arrebato de la pasión, ni saborear las mieles del desenfreno. Llevar al límite del deseo a una mujer y hacerla vibrar dándole el mayor de los placeres para gozarlos también. Sería un medio hombre el resto de su vida. Cuanto antes lo admitiera, antes dejaría de sufrir e intentar ser aquel que había sido.

Con la ira dando sus últimos coletazos se desabrochó el pantalón y con una toalla húmeda trató de limpiar su ropa interior.

—¡Menuda mierda! —bramó.

Sin pensarlo se metió en la ducha y dejó que el agua cayera sobre su cabeza y resbalara por su torso desnudo. Empapándolo todo: pantalones, zapatos y hasta el alma.

No entendía cómo no había podido controlarse. Esa mujercita lo había dejado fuera de juego con su pasión desbordada y se había perdido lo mejor. Le costó quitarse la ropa mojada, pero tras despojarse de todo, apoyó la frente en las baldosas y lamentó su suerte. Parecía un primerizo, se había ido muy rápido. Se recordó de púber con sus primeras poluciones nocturnas. «¡Qué vergüenza, por Dios!». ¿Con qué cara iba a enfrentar a la chica? No entendía cómo podía pasar de tener dificultad para endurecerse y gozar de una relación satisfactoria, si llegaba, a no poder iniciarla porque eyaculaba demasiado pronto. Y lo peor era que, aunque quisiera, no tenía control sobre nada. La ansiedad lo devoraba por dentro. Quizás tendría que medicarse.

«Daría lo que fuera por poder funcionar como un hombre».

Audrey...

Sí, ella tenía la culpa. Le había excitado mucho sentirla tan entregada. «Maldita mujer». Le había dicho que iban muy rápido... ¿A quien quería engañar? Quería devorarla, disfrutarla, hacerla suya y demostrarle que él podía darle lo que Andy y cualquier otro hombre le daría. Le dolía el cuerpo y el alma por no tenerla. Se moría por hacerle el amor.

No supo justificarse qué tenía aquella mujer, aparte de que su forma de ser, su normalidad, lo había cautivado. En aquel momento no quiso detenerse a pensar qué significaban los sentimientos que le despertaba la morena que tenía medio desnuda en el salón de su suite. El fracaso por no poder tenerla lo empujaba a desearla más.

«Eres gilipollas, te gustaría follártela para romper la mala racha». —Se rio de sí mismo—. «Pero, macho, ni siquiera has podido chutar a puerta».

La ducha lo había relajado, pero la frustración seguía campando por su mente y su cuerpo.

Mientras se secaba y rodeaba su cintura con una toalla blanca, enfrentó su propia mirada a través del espejo. «Menudo ridículo».

A pesar de todos sus pensamientos negativos no podía quedarse allí dentro para siempre. No sabía si habían pasado unos minutos o media hora. Se armó de valor e, inhibiendo todas sus

emociones, salió como si no hubiera ocurrido nada. Pero lo noqueó ver que Audrey había recompuesto sus ropas y lo esperaba. Se levantó del sillón en el que se había refugiado. La intuyó nerviosa, sus ojos se fueron hacia el escote de su vestido y maldijo su suerte. La ansiaba tanto que no distinguió si era deseo u obsesión.

—No tengo intención de pasar otra vez por esto —anunció y su voz sonó más seca de lo que pretendía—. No... no puedo hacer el amor contigo.

—Pero...

—No pienso darte ninguna explicación —señaló, molesto.

Sin ningún pudor dejó caer la toalla al suelo, abrió un cajón y sacó un pantalón deportivo que se puso con rapidez. Observó la mirada de Audrey, que no rehuyó su provocación, y lo contempló muy seria. No dijo nada, solo clavó los ojos en los suyos y después, sin mediar palabra, le dio la espalda y se dirigió hacia la salida de la habitación.

El zarandeo que sintió Lucas fue tan intenso como la frustración por su fracaso. Le dolió más aquella actitud que si le hubiera dado una bofetada. Y en verdad, se reconoció, se merecía el desprecio. No se había percatado, pero entonces vio que ella llevaba el bolso al hombro y el fular que le había regalado; al llegar a la puerta, antes de agarrar la manija, deslizó el pañuelo por su cuello y lo dejó caer al suelo.

Por un lado, quería que se fuera, ya había hecho suficiente el ridículo; por otro, no estaba dispuesto a verla salir de la habitación y, con probabilidad, de su vida. Aquella mujer no le había pedido nada y él se estaba comportando como un imbécil.

—Audrey —la llamó casi con súplica. Ella lo miró por encima del hombro. La vio dudar; sin embargo, abrió la puerta despacio y él se desesperó. En pocas zancadas estuvo junto a ella—. No te vayas.

Audrey no se volteó para mirarlo, sin duda estaba dolida. Con cautela la sujetó por la cintura con una mano a la vez que acompañaba la puerta con la otra hasta cerrarla. Apoyó su frente en la cabeza femenina y se disculpó.

—Perdóname. Me... me he puesto nervioso y tú...

Ella se giró sobre sus pies y lo enfrentó. El ceño fruncido no auguraba que lo hubiera perdonado.

—¿La culpa es mía?

—Bueno... me estabas enloqueciendo y... y... me he ido antes de la cuenta.

Tomó con dos dedos su barbilla e inclinó su cara para que lo mirara.

—No puedo evitar enfadarme. Pero tú no has tenido la culpa —admitió sincero, esbozó una pequeña sonrisa y ella respondió con el mismo mohín.

—Quiero hacerlo, de verdad. Me muero por estar contigo —confesó—. Pero ya ves qué pasa si me emociono mucho. Y esto no es lo peor, otras veces ni se levanta.

—A mí no me importa lo que ha pasado. —Aquella confesión lo sorprendió, recordaba el enfado de las otras mujeres—. Quiero decir que... Podemos ir despacio... Más despacio.

—¿Cómo, si me muero por tocarte?

—No sé, pero creo que las prisas no son buenas. —Rio y aquella risa fue como música para él —. Y quizás los pensamientos negativos tampoco ayudan.

—No puedo evitarlos, pienso que voy a fracasar como las veces anteriores y no me equivoco. Quizás si... si hablo, si me distraigo.

—Creo que esto debe ir por fases.

Soltó una carcajada por el tono de listilla que ella utilizó.

—¿Por fases? —La agarró de la mano, la separó de la puerta y se adentraron en la habitación —. No quiero que te vayas. No me atrevía a hacer esto con nadie, pero tú... no sé qué tienes. Siento que no me juzgas. Si me dejas, iremos por fases, como tú dices. Podemos tocarnos.

Lucas asumió que necesitaba tiempo, pero también que nunca como en aquel instante había reconocido su problema ante una mujer. Audrey no lo juzgaba como habían hecho otras, cargándose su autoestima. Por mucho que él tratara de justificarse, reconocer un problema y hablarlo era bueno, ¿no?

—Mirar, tocar y no llegar al final —propuso ella y sus esperanzas se esfumaron de un manotazo.

La miró con una ceja levantada y ella soltó una carcajada. Sí, ya estaba perdonado.

—No sé si podré contenerme y ser un mero espectador; sé que puedo hacerte disfrutar de otras maneras.

—Y me muero porque lo hagas. No pongo en duda tus habilidades, pero llegaremos juntos.

—Vas a matarme con tus ideas, pero ahora déjame quitarte el vestido y comencemos este experimento.

Lucas llevó a Audrey hasta la cama y con agilidad deshizo el nudo de los tirantes y le retiró el vestido. Su cuerpo estaba dorado por el sol y pudo apreciar que las marcas del bikini eran mínimas. Dedujo que le gustaba tomar el sol sin la parte de arriba. Supo que si se tendía con ella en la cama no sería capaz de contentarse solo con caricias, sentía la excitación que bullía en su cuerpo sin respuesta y por un instante temió volver a hacer el ridículo.

—No pienses en ella —pidió Audrey casi en un susurro y entendió a quién se refería, a su inexistente erección—. ¿No llevas más tatuajes?

—¡Vaya! No me has mirado muy bien...

Sintió las manos temblorosas de Audrey en su cintura y su piel se erizó cuando arañó sus abdominales y luego con un gesto certero le retiró el pantalón. Miró hacia su parte más preciada. ¿Cómo podía no responder ante la hembra que tenía delante?

—Traidora —dijo con humor.

—No le hagas caso, piensa solo en mí.

Pensar solo en ella, le pedía, si no hacía otra cosa que imaginar cómo hacerla gozar. Con sus manos, con su boca, erizándole la piel, llevarla al límite una y otra vez. Quizás él no podría culminar, pero se prometió que antes de dormirse iba a hacer que ella tocara las estrellas. Quería

escucharla gritar de placer.

Audrey lo observó con ojos curiosos. Había visto el tatuaje de la parte interna de su antebrazo y otros dibujos con fuerza en su cuerpo, como el que tenía en su omóplato: un ocho dentro de una greca tribal circular, pero el que descubrió en su zona íntima la descolocó un poco.

Lucas la reclamó con un beso y se perdió en él. Al momento yacían tumbados uno junto al otro y sus manos recorrían sus cuerpos con un ansia exploratoria. No sabía qué la enloquecía más: si los roces expertos de las manos del futbolista, que con pericia sabía tocarla, o los besos embriagadores que la emborrachaban de ganas. Se decepcionó al comprobar que sus propias caricias no producían la respuesta esperada. Había sido una ilusa, creyó que sabría encenderlo, pero le faltaba experiencia. Él debió intuir su renuencia porque se incorporó y se sentó sobre sus talones.

—Dime qué pasa. ¿No quieres seguir?

—¿Eh...? No, no pasa nada.

—Quizás esa cabecita piensa demasiado y así no me ayudas. —No había queja en sus palabras, quizás un tono burlón. Audrey se levantó e imitó su posición. Casi tocó las rodillas masculinas con las suyas.

Audrey miró su pelvis, su miembro no estaba del todo relajado, aunque le faltaba la turgencia adecuada. Pero no era eso lo que la perturbaba.

—¿Por qué un corazón con un candado? —preguntó curiosa.

—A los dieciocho años estaba enamorado de una chica de mi instituto. Me dejó porque decía que nunca llegaría a nada si no estudiaba y dejaba el fútbol —evocó Lucas con sarcasmo—. Me partió el corazón. —Dejó un silencio y continuó con tristeza—. Tiempo después, creí que me había enamorado de nuevo, pero descubrí que ella estaba casada y solo quería una relación con alguien famoso. Así que pensé que el amor no me traería nada bueno y en un momento de borrachera melancólica me hice el tatuaje. Y mira, no me equivoqué. Hace un par de años inicié una relación con una modelo de la que no quiero ni acordarme, me lo ha hecho pasar mal. La prensa se ha cebado bastante. Casi me cuele un embarazo. Solicité una prueba de paternidad y, si no lo hubiera perdido misteriosamente, seguro que se habría demostrado que ese crío no era mío. Me ha hecho daño y ha perjudicado mi imagen. Se ha dedicado a vender nuestra vida en las revistas y la televisión y le está sacando rédito con la prensa sensacionalista. No importa que mienta. Y lo peor es que sabe que no hablaré.

—¿No te has defendido de sus ataques?

—Entrar en eso es participar del circo que se crea y además... —Lucas apoyó la palma de la mano en su mejilla y besó sus labios—. Este no es el mejor momento para hablar de esas cosas. ¿Por dónde íbamos?

Audrey observó su pecho terso y fibroso paseó un dedo sobre él, no le pasó desapercibido que

a Lucas se le erizó la piel. Pasó sus uñas por los abdominales, como sabía desde hacía unos minutos que a él le gustaba y, luego, con el dedo índice ascendió hasta llevarlo a sus labios y bordear su contorno. Él acabó atrapando el dedo travieso con su boca y lo chupó con deleite, sin dejar de mirarla con intensidad.

—Creo que nos estábamos tocando —dijo con voz pícaro.

—Entonces, tócame, Audrey. Tócame, por favor.

Supo a qué se refería. Con vacilación, tomó su miembro y lo acarició despacio. Para su sorpresa, notó que este crecía un poco en su mano. No mucho, pero pensó que lo suficiente para que él se sintiera mejor. Lucas soltó un pequeño gruñido y dudó, se sintió insegura y se detuvo, pero él la observó sonriente y al colocar una mano sobre la suya le dio seguridad. Se dejó guiar y la empuñaron juntos. Le enseñó cómo le gustaba que lo tocara, con más fricción, y pudo ver el deleite que sentía reflejado en su cara, junto a una expectativa no satisfecha. Despacio, acercó sus labios a los del futbolista, quería que se alejara de sus pensamientos negativos y que no se volviera a frustrar. Inició un beso cálido al que él respondió con ternura. Pensó que era el beso más íntimo que le habían dado nunca. Deseó poder llegar hasta el final, se moría de ganas por sentir crecer la marea en su cuerpo y romper como las olas. Las contracciones de su bajo vientre le decían que la insatisfacción le iba a jugar una mala pasada, pero ella no importaba esa noche. Lucas empezaba a confiar en él.

De pronto se detuvo y él la interrogó con la vista.

—¿Por qué paras, preciosa?

—Primera fase: tocar y mirar, pero no llegar al final.

El bufó resignado.

—Un acuerdo es un acuerdo. Pero vas a matarme.

Rio del sarcasmo de sus palabras y se arrepintió de aquel acuerdo. Sentía la humedad entre sus piernas y lo que su cuerpo le pedía era saciarse las ganas. Pero reprimió el deseo y le dijo que era mejor que se acostaran para dormir.

Después de colocarse una camiseta que ya le era familiar, se tumbaron en la cama. Lucas se colocó a su espalda y la rodeó con sus brazos. Durante unos minutos estuvieron en silencio. Sin embargo, Audrey seguía inquieta, la excitación no había abandonado su cuerpo. Se removió para tratar de alejar aquella sensación. De pronto, la mano de Lucas sobre su cintura y que ganaba posiciones la hizo tensarse.

—Preciosa... No pensarás que voy a dejar que te duermas, ¿verdad?

—Lucas...

—Calla...

No pudo decir nada más, la mano masculina ya había llegado a su zona más íntima. Giró su cabeza, y su cuerpo, y dejó que él se apoderara de su boca con la misma ansia que la exploraba. Gimió a la vez que arqueaba su espalda al sentir sus dedos introducirse en ella con ímpetu. Lucas la provocó con su juego. Entraba, salía y presionaba aquel botón tan placentero que había

explorado ella misma, más veces de las que se atrevería a confesar. Hacía tanto tiempo que no sentía algo parecido que creyó que lo había olvidado. No era lo mismo la autoestimulación que tener a un hombre como Lucas dedicado a complacerla. Se revolvió sobre sí misma, agarrada a aquellas sábanas de hotel caro, como si fueran su tabla de salvación. Su respiración se hizo más trabajosa y se convirtió en pequeños jadeos. Para su estupor, se escuchó reclamándole más.

Intuyó que Lucas se movía para tener mejor posición, pero cuando sintió su lengua, húmeda y ávida por saborearla, allí junto a sus dedos y que con voz ronca le pedía que abriera las piernas, de su garganta salió un ronroneo que no supo que era suyo hasta que se percibió boqueando y gimiendo de placer. Al rato todo su cuerpo se tensó. Un orgasmo se formó en algún lugar de su ser y ella solo podía soltar el nombre del futbolista, entrecortado entre sus labios, sin poder evitar los espasmos de su cuerpo. No sabía si alguna vez sintió algo así. Pero de lo que sí estaba segura era de que no iba a perderselo nunca más.

Cuando estalló, su cuerpo se quedó laxo y, al abrir los ojos, descubrió a Lucas, que la observaba con una sonrisa pícaro y una mirada que no supo interpretar.

—¿Te ha gustado?

—Mucho.

Lucas se levantó de la cama y ella se incorporó, apoyó los codos en el colchón.

—¿Y tú?

—¿Yo qué...? Recuerdas: ¿mirar, tocar y no llegar al final?

—Pero eso era para los dos.

—Cariño, esto ha sido un regalo, mañana me tocará a mí... Y pienso disfrutarte del todo.

No supo si aquello era una amenaza o una promesa, pero con esa idea, y con Lucas a su lado, se quedó dormida.

Capítulo 9

Audrey se despertó sola en la cama doble. Tardó muy poco en descubrir que también lo estaba en la enorme habitación. Con decepción, buscó alguna señal de Lucas y barrió la estancia con la mirada. Varias camisetas, tiradas de cualquier manera sobre un pequeño diván, la hicieron recordar que su hermano lo había citado en el gimnasio y averiguarlo la tranquilizó. Sin embargo, le hubiera gustado el detalle de «un ahora vuelvo» o algo por el estilo. Revisó el móvil por si le había enviado un mensaje y su corazón zozobró al ver que no solo le había escrito uno, sino tres. Y el primero había sido a las siete de la mañana.

Hart: Me voy al gimnasio. Estás dormida y preciosa.

Unos minutos después, había escrito:

Hart: Gracias por esta noche.

Y luego:

Hart: ¿Sabes que hablas dormida?

¿Hablar dormida? Sí, sí lo sabía. Le ocurría en ocasiones, pero no sabía por qué. En la nebulosa de sus recuerdos se filtraron unas palabras: «sé que vas a hacerme daño». ¿Sería eso a lo que se refería o habría dicho otra barbaridad como que se había enamorado o que se moría por sentirlo dentro?

—¡Ay, madre! —Se tapó la boca con las manos ante aquella revelación—. Creo que se me va la pinza.

Se rio de sí misma.

Tomó un zumo de la neverita y cogió una camiseta del cajón de Lucas. Tenía que ir a su habitación y cambiarse, pero le costaba marcharse. Los sentimientos que la atenazaban la desconcertaban. Algo que no pensó volver a sentir y, mucho menos, con alguien al que acababa de conocer.

—«Estás en un lío» —se dijo. El problema iba a ser separarse de él. Aunque sería una bonita historia para recordar.

Salió a la terraza a contemplar las vistas. Frente a ella la inmensidad del mar era como una visión onírica que invitaba a respirar profundo y soltar el aire poco a poco, para sentir cómo aquella paz se filtraba por todos sus poros. La silueta de la terraza dibujaba un saliente en pico y se sintió flotar, como Rose en el *Tintanic*. Allí había contemplado el amanecer con Lucas, solo

que estaba tan abrumada que no se había percatado de la magnitud de todo aquello.

Perdida en la visión espectacular del Mediterráneo se deleitó en las sensaciones de la noche anterior. Podía entender la angustia de Lucas, hasta sus cambios de humor; sin embargo, pensó que si él se concedía tiempo y canalizaba la ansiedad que lo bloqueaba podría superar su problema.

Siempre había creído que no era muy sexual, pero se dio cuenta de que había estado muy equivocada. Lucas había despertado el deseo en ella con la mirada y, por supuesto, con sus caricias abrasadoras. Con su marido se había dejado ir, sobre todo las primeras veces, recordó, pero el desenfreno y el frenesí que le había nacido con el futbolista la tenía enardecida. Se prometió que ella avivaría el deseo en él, le haría olvidar aquello que lo perturbaba, fuera lo que fuera. ¿Cómo sería hacer el amor con él? Se negaba a la idea de no conseguirlo.

El tema de la separación se le antojó cruel. No podía engañarse. Lucas tenía una vida muy distinta a la suya. Quizás era un capricho para él, no le importó demasiado; también Lucas era una fantasía para ella.

El sonido de su móvil la sacó de sus pensamientos. Corrió hacia la habitación para atenderlo; al ver en la pantalla que era su madre se sonrió.

—Hola.

—Hola, ¿cómo te va? ¿Has ido a la casa? ¿Has visto a...?

—No, mamá, todavía no he hecho nada de eso. —Volvió sobre sus pasos hacia la terraza y se sentó en un sofá con mullidos cojines blancos—. Estaba liada con el trabajo y ahora. ¡Ay, mamá! Tengo que contarte algo.

—¡¿Ay, Dios?! —chilló—. ¡¿Qué te pasa?! —Percibió la voz de otra persona: decía algo con voz inquieta; sin duda era su padre que, al escuchar el grito, se habría pegado para escucharla—. Papá dice que te calmes. —El comentario la hizo reír. Pero si era ella la que se había alterado. Con voz más pausada su madre indagó—. Dime, cariño ¿qué ocurre? Mira que si esa gente te ha hecho algo. No te fíes... Tenía que haberte acompañado.

—Es que... he conocido a un hombre —soltó apesadumbrada.

—Que ha conocido a alguien ... un hombre. —Escuchó que informaba a su padre. ¡Lo que le faltaba! Aquello era algo muy típico en su familia, conversaciones a tres bandas. Pero necesitaba decirle a alguien cómo se sentía—. Eso es bueno Audrey, eres joven y muy guapa.

—Es que creo que me gusta mucho y lo conocí hace dos días.

—Bueno, hija, hoy día los jóvenes vais rápidos, ¿dónde está el problema?

—Él es, es... es diferente a mí.

—¿Cómo que es diferente a ti? —preguntó, confundida. Sintió unos pasos alejarse e intuyó que su padre, al comprobar que estaba bien, había perdido interés en la charla—. ¿Acaso es de Marte?

—Casi, mamá —soltó entre risas.

—Mira, cariño, un hombre y una mujer siempre son diferentes y no me refiero al color, la estatura o el peso. Tú ya me entiendes. —Su madre era una fiel defensora de que los hombres eran de Marte y las mujeres de Venus, como rezaba un libro. Lectura que la había impresionado en su

juventud—. Vive el momento y deja que las cosas sigan su curso. Si tiene que ser, será... ¿Cuándo vuelves?

—El jueves, al mediodía —contestó, y oyó como le pasó la información a su padre.

—Dice papá que te irá a buscar al aeropuerto. —Con aquella frase supo que él se reservaba un momento a solas para charlar con ella.

—Dile que gracias y que lo quiero un montón. Os quiero un montón a los dos. Besitos.

—Y nosotros a ti, Audrey —respondió su madre, emocionada—. Cariño, no te angusties por lo de ese chico, ya verás que todo irá bien. ¿Cómo se llama?

—Lucas. —Y en un arranque de sinceridad añadió—: Lucas Hart. Besos, mamá, hasta pronto.

Cortó la comunicación con la sensación de que su secreto ya no era suyo. Al momento recibió un mensaje de su padre.

Papá: ¿Lucas Hart? Qué casualidad. Hay un futbolista que se llama así.

Contestó y lo sacó de dudas.

Audrey: Es EL futbolista. ¿Me guardas el secreto?

Papá: Cariño, eres única. Por supuesto que sí.

A su mente acudió el recuerdo del amanecer compartido. Tan solo había pasado un día y le parecía que hacía un siglo de él.

El teléfono volvió a sonar y en la pantalla de su moderno dispositivo apareció el nombre de Lucas.

—Hola, dormilona, ¿te despierto?

—No, estoy en tu terraza contemplando las vistas.

—Si quieres salir he dejado una tarjeta sobre la mesa del saloncito, para que puedas entrar después. —Le sorprendió la confianza, pero le encantó el detalle—. Y... Oye... ¿tenemos que ir a esa casa tuya por la mañana?

—No necesariamente.

—Bien... es que tengo planes —anunció travieso— y... Andrew se me ha pegado y me pregunta si puede venir. Ah, y por la noche tengo, tenemos, cena con mis padres. Se van mañana y ya me salto la comida, no puedo faltar.

Demasiada información.

—Dos cosas: una, si tú quieres que venga Andrew, por mí bien, no quiero que te enfades luego si me río con él —le aclaró con voz segura—. Y dos, tú puedes ir con tus padres cuando quieras, pero lo de ir yo, descartado.

—Niña, quiero que me acompañes —pidió y escuchar aquel «niña» la dejó perpleja—. No muerden, además, al resto de la familia ya los conoces.

—Bueeeno. Me has convencido. —Rio.

Al cortar la comunicación planificó rápido. Tenía que ir a su habitación y cambiarse. Se miró y dudó de si las pintas que llevaba, con la camiseta de Lucas, era un buen atuendo para salir al pasillo y bajar unos pisos en el ascensor hasta llegar a su cuarto. Decidió que más destapadas iban

algunas turistas camino de la piscina, así que no lo pensó, cogió la tarjeta-llave y salió disparada.

Se tomó su tiempo en una ducha relajante y se puso unos pantaloncitos cortos, eligió una blusa sin mangas, pero en un gesto travieso la metió en su mochila, junto a otras cosas que podía necesitar y se volvió a poner la camiseta de Lucas que anudó a su cintura.

Al llegar a su habitación él ya estaba allí. Lo escuchó en el baño. Él también debió escucharla porque la llamó a gritos, lo que la hizo reír. Al entrar, la imagen que vio la dejó casi con la boca seca. Lucas estaba en la bañera de hidromasaje, rodeado de burbujas de espuma.

—Vaya, esa camiseta me suena.

—Espero que no te importe.

Al acercarse, él acarició una de sus piernas y Audrey se sentó en el borde de la pila. Lucas siguió con la mano ascendente por su muslo y, sin dejar de mirarla, la incursionó por una de las perneras en busca del vértice de sus piernas.

—Me he machacado en el gimnasio, pero sobre todo me he torturado al pensar que estabas en mi habitación, en mi cama y desnuda.

—Técnicamente estaba en la otra.

—¡Ay, niña! —suspiró de forma teatral—. De técnicamente nada, que te acurrucas junto a mi cuerpo para hacerme sufrir y dices cosas que no sé qué quieren decir.

Se ruborizó al pensar qué era lo que su lengua habría soltado. Pero quizás la temperatura de sus mejillas no era por eso, sino por las caricias que Lucas le regalaba con dedos ágiles en su zona más íntima.

—¿Por qué no te metes conmigo? —propuso él con voz traviesa—. Podemos seguir con lo de ayer. Tocar, mirar... ya sabes.

Lo pensó una décima de segundo. Necesitaba sentirlo. Se desnudó bajo el atento examen que la enardecía. Hacía tanto tiempo que nadie la miraba con aquel deseo en los iris que se sentía poderosa. Aquel hombre, duro por fuera; tierno, inseguro, frágil por dentro, la deseaba a ella y aquello era el mejor de los afrodisíacos.

Se sentó frente a él y él tiró de sus piernas para acercarla, casi la sentó en su regazo. Con un dedo dibujó una línea imaginaria sobre sus pechos que hizo que sus pezones se irguieran.

—Es enloquecedor ver que respondes cuando te toco.

—¿No es lo que te suele pasar? —inquirió con burla—. No me hagas creer que esto no lo has vivido nunca. ¿No caen las mujeres a sus pies, señor futbolista?

—Las niñas traviesas que me gustan a veces se me resisten.

—Yo no voy a resistirme.

Lucas la miró con tanta intensidad que dudó si sonreír o sostener la mirada seria. No sabía qué hacer con sus manos, quería acariciarlo, notaba que él estaba excitado por debajo del agua, pero si lo tocaba quizás rompía el momento. Aún así, lo incitó.

—¿Qué quieres? —inquirió. Lucas levantó la mano y dibujó el contorno de sus labios; luego, notó cómo la deslizaba por su mandíbula y el cuello, en dirección descendente. Sin darse cuenta

se movió y se acomodó sobre él al notar un calambre de excitación cuando le apresó los pezones entre los dedos a la vez que con las palmas abiertas amasaba sus pechos.

—Quiero que me beses; me encanta tocarte, pero tus besos me gustan porque siento cómo te descontrolas cuando te acaricio a la vez.

Pasó sus brazos alrededor de su cuello y, de reojo, reconoció una pequeña caja sobre la encimera del baño que no había visto antes.

—¿Qué es eso? —preguntó y señaló hacia la cajita.

—He comprado algo —respondió, ella frunció el ceño con interrogación y él aclaró—. Condones, Audrey, no quiero sorpresas. Creo que tú tampoco.

—No, claro que no. Aunque tomo pastillas... tengo problemas hormonales y... nunca se sabe. —Hizo una mueca con las cejas que lo hizo reír.

—Sí, nunca se sabe. —Lucas se acercó despacio y rozó sus labios—. Es bueno saberlo. No sé si podré hacerlo y con los condones es peor, pero te tengo tantas ganas...

Audrey lo besó con dulzura mientras las manos de Lucas vagaban por su cuerpo y la sacudían del letargo autoimpuesto. Ese hombre iba a matarla de frustración si no se lo podía hacer, aunque no podía negar que la noche anterior había estado muy creativo, con su boca y sus manos, y había disfrutado mucho. Pensó que ella podía hacerle lo mismo, quizás eso lo despertaba.

Con mano traviesa dibujó sus abdominales y la pelvis para rozarle la protuberancia que había crecido al sentirla encima. Lucas se movió inquieto y se detuvo, pero él, con uno de sus pechos en la boca, la animó a seguir.

—Sigue... —Lo tocó con vacilación y, al notar que crecía en su mano, se animó a empuñar la erección, presionarla y deslizarse en su longitud.

Un gemido se escapó de los labios de Lucas y lo apresó con los suyos, ahogándolo en un beso. Luego, él reclamó, de nuevo, sus senos. Notó que mordisqueaba un pezón con suavidad y el roce del diente en tan delicado pico la incitó más de lo que nunca hubiera pensado. Él la acercó, más todavía, apretándola por las nalgas; sintió los dedos clavados y pensó que quizás él se angustiaba por querer controlarse y dejó de acariciarlo, pero de forma instintiva rozó su entrepierna con la de él.

—Tengo prisa, Audrey. He comprado, también, algo con lo que podría aguantar: una anilla con la que además puedo estimularte y, si eso falla, tengo *Viagra*. —La miró a los ojos y ella solo fue capaz de sonreír.

Las pastillas azules eran para las personas con problemas de disfunción eréctil, eso lo sabía todo el mundo, pero le preocupó el montón de efectos secundarios que pudiera tener. Y, sobre todo, el uso social que muchos hombres jóvenes hacían de ella, como si la pastillita los hiciera mejores amantes porque aguantaban más. Él estaba dispuesto a todo.

—Quiero hacerte el amor, quiero que me sientas y sentirte y durar el tiempo adecuado para disfrutar. Quiero que grites porque yo te hago gritar. ¡Ay, niña...! No pares, sigue moviéndote así...—Lucas cerró los ojos con deleite y su voz se tensó—. No sé por qué, pero contigo sé que

puedo. Llevo toda la mañana pensando en ti. En cómo anoche tu cuerpo se deshacía entre mis manos, en tu goce y en el que sé que puedo darte.

—Puedo hacer contigo lo que tú me hiciste. ¿Te gustaría?

—Por Dios, Audrey. ¿Qué me dices? Sentir que me deslizo en tus labios cuando lo que más deseo es colarme en tu interior, sería el colmo de la satisfacción. Dejar que me tomes y luego yo poseerte hasta que aúlles mi nombre.

Lo notó más enardecido y, como si fuesen garras, las manos de Lucas se anclaron a sus caderas y la movieron a su antojo. Audrey, en contra de lo que su cuerpo le pedía, quiso detenerse, ir más despacio; él estaba muy excitado y temía que fracasara. Pero no pudo pararlo, la besó con pasión a la vez que sus manos exploraron su sexo y casi la lanzó a las estrellas.

—¡Lucas!

—¡Joder! Alcanza los preservativos.

Sintió la dureza de su miembro rozar sus muslos interiores y al moverse, para alzarse y coger la pequeña caja del lavamanos, lo presionó sin querer. Él la agarró con fuerza.

—No voy a soportarlo, Audrey, no llegaría a ponérmelo. Haz... hazlo con la mano.

En un intento desesperado, Audrey se sentó sobre él y consiguió que se introdujera en su interior. Lucas, nervioso, agarraba su miembro desde la base y ella trató de serenarlo con palabras dulces en su oído. Pero en una décima de segundo notó que perdía turgencia y que él se desesperaba.

—¡Lucas! —lo llamó—. Mírame, tócame... voy a moverme despacio.

El futbolista, casi perplejo, la contempló con vacilación, sin retirar la mano de la base de su erección.

—Despacio —pidió al fin.

Audrey trató de balancearse y exigió su boca. Él, inquieto, se entregó a besos cautos, pero a medida que ella lo incitaba sintió que se enardecía de nuevo y pudo relajarse. Sustituyó la mano masculina y lo ayudó a que no se saliera de aquel conducto húmedo y deseoso de engullirlo.

—Di mi nombre Lucas.

—Audrey, Audrey... Niña loca.

Eso la hizo sonreírse y ganar seguridad. Se movió con suavidad, arqueó su cuerpo y le entregó sus senos, él los atrapó sin disimulos y los devoró con gula. A medida que se perdían el uno en el otro lo sintió más duro y se dejó llevar por las sensaciones que los invadían. Aceleró los movimientos y las manos del futbolista se anclaron a sus caderas, para dirigirla, pero, de repente, él se arqueó con fuerza, a la vez que soltó un gemido hondo de frustración y se corrió, antes de lo que los dos deseaban.

Sin darse apenas cuenta, Audrey se vio sola en la bañera y Lucas salía del baño dando un portazo y con una ristra de palabras mal sonantes en su boca.

A medias, abandonada e ignorada, Audrey sopesó sus opciones. Lo más sensato era salir corriendo e irse con la dignidad que le quedaba. Pero no lo hizo. Le dio espacio y luego salió del

agua. Se vistió con la ropa que seguía en el suelo. En la habitación fue hasta su pequeña mochila y buscó una pinza con la que recogerse el pelo, estaba húmedo. No vio a Lucas, aunque sabía que tendría que estar en algún lado. No quiso buscarlo, se sentía confundida por lo sucedido. Decidió que lo mejor era irse lo más rápido de allí, pasaría por su habitación, se pondría un bikini y se iría a la piscina para olvidar aquel bochorno. Se sorprendió ante la idea de que la Audrey de hacía años se sentiría culpable y lo buscaría, trataría de hablar, pero no iba a hacer nada de eso. No era su psicóloga, ni nadie para él.

Justo en el momento en que agarraba la manecilla para abrir la puerta y marcharse, él la llamó desde su espalda. Lo intuyó sentado en uno de los sillones del saloncito. Se giró despacio y lo enfrentó, con menos seguridad de la que hubiera querido.

—¿Dónde vas? —preguntó Lucas con tono seco.

—A la piscina, voy a tomar el sol.

—Aquí puedes tomar el sol y desnuda si quieres.

—Ya, pero en la piscina hay más gente.

—No puedes irte, no con mi camiseta. —Se dio cuenta de que su tono reflejaba frustración, pero no dejó que eso la impresionara. Observó que se había vestido con un pantalón de deporte y, al levantarse, metió las manos en los bolsillos como si dudara de lo que iba a decir. Esquivó su vista hacia los ventanales, el torso desnudo le recordaba que hacía un momento sus manos estaban sobre él—. Es mi camiseta favorita.

Lo miró con interrogación. ¿En serio iba a tener que devolvérsela?

—No sé qué tiene de especial —murmuró y asiéndola con dos dedos observó la prenda—. La mandaré a la lavandería y pediré que te la devuelvan.

—Es especial por lo que tiene escrito —murmuró, más amable a la vez que se le acercaba—. De aquí no sale nada de lo que entra.

—¿Qué dice? —preguntó más por darse tiempo para adivinar qué trataba de decirle Lucas que por saber qué decían aquellas palabras en alemán. Él arqueó una ceja y no contestó, solo la observaba. Se impacientó—. La camiseta, ¿qué dice?

Lucas se mantuvo callado, aunque se la comía con la mirada; algo que la sacaba de sus casillas porque era una mirada incendiaria.

—Soy un capullo, perdóname.

—¿Eso dice? —dijo con sarcasmo, de nuevo estiró de la camiseta para verla mejor. Tenía una frase circular y en el interior un ocho. Su número. Pero dudó de que fuese eso lo que ponía.

—Hemos ido muy rápido, no estaba preparado. No debiste hacerlo —se quejó y la miró con reproche y culpa—. No sé qué esperaba contigo. Vas a lo tuyo, como anoche.

Ella sí que no esperaba aquello. Respiró hondo para no soltarle algo de lo que luego se arrepintiera, nunca había sido malhablada, pero no se mordió la lengua.

—Mira, guaperas, no sabía que eras de esos que cuando las cosas no salen como esperan le echan la culpa a otro. Así que te diré algo.

—Dime todo lo que quieras, tendrás razón —aceptó, chulito.

—Eres un egocéntrico. ¿Tienes problemas sexuales? No eres el único. Si dejaras de mirarte el ombligo y compadecerte podrías reconocer cuando alguien te regala algo. Pareces un misógino echándole la culpa a las mujeres, quizás eres tú quién se angustia por algo.

Sin esperar respuesta abrió la puerta y salió de su habitación soltando un bufido. A medida que avanzaba hacia el ascensor la adrenalina la encendía de coraje. Al entrar en la cabina ya se arrepentía hasta de haberlo conocido. ¿Quién la mandarían a enredarse de aquella manera? Cómo si no tuviera ya bastantes problemas en su vida.

No podía permitir que Lucas le estropeará el día. Así que, después de pasar por su habitación y ponerse el bikini, se fue a la playa. Como una provocación, no se deshizo de la camiseta y volvió a colocársela ¿Que era su favorita? Pues no pensaba devolvérsela, si lo analizaba bien podía venderla en Wallapop o eBay y sacarse unos eurillos. Eso sí tendría gracia.

Había buscado un lugar alejado del hotel, no tenía ganas de encontrarse con la cuñada del futbolista. Por muy bien que le cayeran, ella y la niña, no quería estar cerca de ellas; primero porque no quería encariñarse con alguien que no iba a seguir en su vida y después porque necesitaba espacio, ser ella misma y pensar qué hacer el resto de su existencia.

Se le ocurrió llamar a Ali; ella siempre era positiva y necesitaba un abrazo virtual. No quería contarle su vergonzoso episodio de sexo frustrado, pero hablar de tonterías le iría bien. Y no se equivocó. Su amiga ocupó la mayor parte de la conversación y, tras escucharla quejarse de lo mala que se había puesto y de lo injusto que era el mundo, acabaron planificando, antes de sus verdaderas vacaciones, unos días de playa lejos de la civilización, en la casa de verano que tenía en Roses la familia de Alina. Cuando cortó la comunicación ya estaba de mejor humor.

Comió en uno de los restaurantes de la zona y a mitad de la tarde regresó a su habitación cansada del día de sol. Se dio una ducha y tuvo que censurar todos los pensamientos sobre Lucas que amenazaban con desbordarla. Le había ido bastante bien bloqueándolos por la mañana, pero a medida que pasaba el día su enfado había pasado y sentía curiosidad por saber de él. Qué tonta. Él ya se habría olvidado de ella.

Entre los papeles del hotel buscó información para alquilar un coche. Tenía que seguir sus planes e ir a su casa, Lucas ya no iba a acompañarla, así que debía seguir adelante con lo que tenía que hacer. Un regusto a decepción y frustración le subió por la garganta. Qué rápido se había hecho ilusiones y cómo dolía que su castillo de naipes en el aire se desplomara.

El golpeteo de unos nudillos en su puerta la puso en alerta. Se ciñó el cinturón de la bata corta que llevaba y miró en un espejo el aspecto que tenía. Se puso un mechón de pelo húmedo tras la oreja y calibró que estaba decente para abrir; no obstante, antes de hacerlo preguntó quien era.

—Hart. —La voz se le coló hasta lo más profundo de su ser—. Soy Lucas, ¿puedes abrirme, por favor?

—¿Qué quieres? —preguntó, pegada a la puerta y con el corazón bombeándole en los oídos, pero sin abrir.

—Pedir disculpas.

No supo si fue el tono de voz, casi una súplica, o que no esperaba que fuese a disculparse, pero la emoción resurgió renovada en su pecho y abrió con cautela. Vestía informal, con unos pantalones cortos tejanos de bolsillos, una camiseta Nike, unas deportivas, la gorra que se había comprado la noche anterior y el pañuelo que le había regalado enrollado en una mano. Por cómo empezó a retorcerlo, tuvo la impresión de que estaba nervioso.

—¿Puedo entrar?

Asintió con vacilación y lo dejó pasar. Tras cerrar, se apoyó en la puerta, cruzó los brazos sobre su pecho y lo miró expectante.

—¿Has ido a tu casa?

Negó con la cabeza, él seguía estrujando el fular entre sus dedos.

—Valeria me ha preguntado por ti...

—¿A qué has venido, Lucas?

Audrey presintió que él luchaba consigo mismo, como si buscara las palabras que tenía que decir. Sus alarmas se activaron cuando, decidido, Lucas dio unos pasos hasta ponerse a escasos centímetros de ella.

—Lo siento, yo no quería decir lo que dije.

—No me gusta cómo me has tratado. Me has hecho sentir mal —alegó—. Ya sé que no somos nada el uno del otro, pero me he sentido usada, que no soy nadie.

—No quiero hacerte daño. —La abrazó y Audrey pensó que sus palabras hacían referencia a lo que ella había dicho mientras dormía.

—Vale, ya te has disculpado, ¿algo más? —Puso distancia con él.

—Te he traído el pañuelo.

—Gracias. —Lucas estiró su brazo y se lo entregó. Lo cogió con una sonrisa e, inquieta, se dirigió hacia la cómoda para dejarlo allí. No por guardarlo, sino porque necesitaba poner distancia con él. Su cercanía la afectaba. Pero Lucas la retuvo por el brazo y la giró para mirarla de frente.

—No se me da muy bien esto, pero... pero...

Audrey estaba intranquila, intentó zafarse de su agarre, con tan mala suerte que, al impedírsele, Lucas tiró de la bata y esta acabó abierta, mostrando su cuerpo desnudo. En una milésima de segundo él la escrutó al milímetro, con ojos de un deseo desbordado y, abalanzándose sobre ella, la rodeó con los brazos, la pegó a su cuerpo y devoró su boca como si no hubiera un mañana para ninguno de los dos.

—Audrey... Audrey, me estoy volviendo loco. Te deseo tanto —murmuró es su oído mientras besaba milímetro a milímetro la zona que iba de sus labios al oído—. Me gustas mucho... contigo... déjame probar, sé que puedo hacerlo.

Volvió a besarla y con una clara intención metió las manos por la bata y la apretó contra su cuerpo. Audrey notó la erección que tenía. Apenas podía pensar, lo deseaba. Se iba a deshacer en sus brazos. Pero no podía, no en aquel momento.

—Tú a mi también me gustas, pero no va a ocurrir lo que estás pensando.

—¿No? ¿Nunca? —inquirió con ironía y Audrey vislumbró un trasfondo de decepción—. Te he pedido disculpas.

Pensó que él no la entendía y trató de aclarárselo.

—He de ir a mi casa, tengo que alquilar un coche antes de que sea más tarde.

—Dije que te acompañaría. Había venido a buscarte, aparte de disculparme. Andy nos espera abajo. Pero luego...

—Luego ya veremos, Hart.

Con un espíritu renovado cogió algunas prendas y se metió en el baño a vestirse. Si lo hacía con él delante no iban a salir de aquella habitación.

Capítulo 10

Al llegar al vestíbulo del hotel, Andy los esperaba risueño. Por la mirada que les dedicó, Audrey tuvo la impresión de que sospechaba que entre ellos había ocurrido algo íntimo. Se sintió avergonzada por lo que pudiera creer, pero con un pensamiento positivo decidió que le importaba un bledo lo que los demás pensaran de ella. Ya se había dejado llevar por aquel sentimiento «del qué dirán» tiempo atrás y no quería volver a ser aquella persona.

—Estás muy guapa, Audrey —señaló Andrew. Lucas le dedicó una mirada reprobatoria que la hizo reír, pero el hermano ni se inmutó y añadió para él—: Papá y mamá se preguntaban por qué no habías salido a navegar con nosotros, no te perdonarán si esta noche tampoco apareces.

Aquel comentario encendió sus alertas. Si Lucas no había pasado la mañana con su familia, como dijo que haría, ¿dónde había estado? Aunque con el cabreo que se gastaba pensó que se habría quedado lamentándose de sí mismo.

—Hablé con papá por la mañana, ya sabe que iré... y acompañado —respondió ufano, y con cierta provocación en su rostro la miró y preguntó—. ¿Verdad?

Audrey supo que aquello era una pequeña encerrona, por la mirada expectante de los dos hermanos y, tras unos segundos de expectación, asintió encogiéndose de hombros. Con resignación se dijo que no tenía nada mejor que hacer.

Andrew la sujetó por los hombros y en tono burlón le murmuró jocoso.

—¿Qué has hecho con mi hermano y dónde has escondido su cuerpo?

Explotó en una carcajada y que Lucas, con aire de ofendido, retirara el brazo de su hombro y refunfuñara que no se pasase le hizo sentir la complicidad entre los hermanos, pero sobre todo sintió que cuando estaba relajado parecía otra persona. Aquel Lucas era peligroso porque le gustaba mucho más.

Un coche deportivo los esperaba en la zona de aparcamiento. Audrey silbó, no entendía de coches, pero aquel era espectacular. Se acomodó en el asiento trasero.

—¿Cuál es la dirección? —preguntó Andy con el móvil en la mano.

Tras darle la ubicación y anotarla él en el *Maps* una voz metálica empezó a sonar con las primeras indicaciones. Al ponerse en ruta, Audrey se sintió dudar. Hacía tiempo que no iba a su casa. Quizás ir acompañada no era tan buena idea, no sabía cómo se sentiría al llegar y recorrer la finca. No había llamado a la familia de Albert para informarles de que estaba por allí y menos de

sus intenciones; aunque bien pensado, se consoló, en tres años, ellos no habían hecho gran cosa por saber de ella. Ni su cuñado, Narcís, ni los que fueron sus suegros la llamaron nunca para saber cómo estaba. No quiso culparlos, tampoco ella hizo nada por ponerse en contacto con ellos. Aunque tenía una justificación: se había sentido tan traicionada al saber que las andanzas de su marido eran del conocimiento y, estaba segura, beneplácito de su familia política que los odió por ello. Aquella mujer, con la que su esposo había tenido el accidente, era la hija de los mejores amigos de sus padres. No dudaba de que supieran que estaban liados ni lo del embarazo. Con malicia imaginó a su ex suegra encantada con la noticia. Nunca supo por qué no le había llegado a gustar, pero que su presencia rompiera sus planes de emparentar con una de las familias más adineradas de la isla, quizás era un motivo y aquel futuro niño lo cambiaba todo. Pues se quedó sin nada.

Con un ligero movimiento de cabeza espantó aquellos pensamientos y se dijo que, si no conservaba recuerdos felices de aquella casa, ellos tenían mucho que ver. Además, no les debía explicaciones. Ya se metieron en su vida todo lo que pudieron, ahora no se lo iba a permitir.

Las palabras de los chicos le llegaron como murmullos, apoyó la cabeza en la ventanilla y se dejó arropar por la música de Coldplay que sonaba en la radio.

—Estás muy callada, ¿te pasa algo? —preguntó Lucas y se giró para mirarla. Lo que vio en sus ojos le hizo saber que su malestar se le notaba en la cara—. ¿Nostalgia?

—No es nada... solo que me he puesto triste —le aclaró con una sonrisa tímida—. Hace mucho que no voy allí. Una nunca piensa que la ilusión con la que empieza algunos proyectos se puede ir al garete muy pronto.

—¿Por qué quieres vender la casa, Audrey? —preguntó Andrew, y la miró a través del retrovisor interior.

—Porque aquí no la aprovecho nada, podría comprarme una en Barcelona y la disfrutaría más —contestó, y en su mente apareció la casa de la colina, en Sitges, como la llamaba su amiga.

—Una casa en Menorca siempre es un valor, podrías alquilarla —refutó Andrew.

—Es una casa alejada, no muy grande, aunque hay bastante terreno y está en un acantilado. No creo que le interesara a nadie. Quien viene a Menorca quiere calas y playas.

—Dime una cosa: ¿tú cómo acabaste trabajando en una inmobiliaria? ¿No sabes que siempre hay un público para cada producto? —La atacó con voz burlona. Ella buscó su mirada en el retrovisor y vio que lo que decía no era en broma.

—No quiero tener nada que ver con esa casa, es de mi pasado y hace tiempo que rompí con él. ¿Te gusta más esa respuesta? —respondió molesta.

—Audrey, Andy no quiere molestarte, es así de capullo —explicó Lucas—. Y tú, no te pases. —Golpeó con el puño a su hermano en el brazo y el otro dio un pequeño volantazo, simulando que le había dado tan fuerte que perdía el control.

—¡Ey! —gritó—. Que no quiero salir en las noticias.

Lucas estiró una mano hacia atrás y tocó su pierna, la suave caricia templó sus nervios.

—Hay una casa en Sitges que me gusta —comentó a modo de disculpa por su desplante—. Si vendo esta y me hipoteco de por vida, tal vez podría comprarla.

—¿Tanto te gusta esa casa? —se interesó Lucas que, como al descuido, seguía con la mano en su espinilla.

—Sí, está en una colina, era de una vieja actriz. La familia la tiene en venta, pero piden mucho. Intento desde hace tiempo que bajen el precio. Está rodeada de naranjos, tiene un porche frente al mar precioso... —comentó soñadora—. Me encanta, es la casa de mis sueños, se llama Aurora, como la actriz.

De repente el paisaje empezó a serle dolorosamente conocido.

—Es aquí a la derecha, hay una verja, tendrás que parar para que baje a abrir —anunció, a la vez que registraba su bolso en busca de unas llaves. Al detenerse el coche y descender, se dio cuenta de que la cancela no estaba cerrada; se inquietó al verla tan solo entornada. ¿Cuánto tiempo llevaría así? No le pareció que la cerradura estuviera rota, así que elucubró varias opciones. Sospechó que alguien habría creído que aquel fuese un lugar de paso hacia alguna cala, o quizás algo peor: ¿ocupas? La idea de que la habían manipulado empezó a fraguarse en su mente.

Con cierta incomodidad, y un cúmulo de ideas en su cabeza, volvió a subir al coche. Andy siguió el sendero y al momento llegaron a la casa. Un todoterreno negro estaba aparcado en la puerta.

—¿Vive alguien? —inquirió Lucas.

—No debería —contestó, turbada, sin deshacerse de las dudas que la embargaban, pero Lucas tiró de ella y no pudo responderse a ninguna.

Con mano vacilante, abrió la puerta con sus llaves y los hizo pasar. Que no tuviera la cerradura echada tampoco le gustó. Aquello cada vez iba a peor. La luz los recibió soberbia y, para la sorpresa de los tres, también el cuerpo desnudo de una mujer que gritaba entre risas.

—El que llegue el último prepara la cena.

«¡¿Ocupas?!».

Anonadada, Audrey observó que corría en dirección al jardín, supuso que hacia la piscina. Miró con cara de extrañeza hacia sus dos acompañantes, pero estos, divertidos, contemplaban la escena como si fuese algo muy normal. Una voz conocida resonó en el pasillo y se tensó de golpe. Se sintió la espectadora de una mala película.

—¡Vuelve aquí...! Cuando te alcance veremos quién...

Un hombre desnudo cruzó el salón, como un rayo, pero se detuvo al intuir que no estaba solo. Intentó tapar sus vergüenzas con un cojín que Audrey le lanzó.

—¿Audrey?

—¿Narcís?

—¿Ehh...? no sabía que vendrías. Mis padres no me han dicho nada.

—No sé por qué razón tenían que decirte nada, hace años que no sé de ellos —señaló molesta—. Haz el favor de ponerte algo, si te das cuenta los demás vamos vestidos.

Sus palabras no fueron amables, que él objetara que no le habían avisado era el colmo. ¿Y él? ¿Quién era él para estar allí sin avisar?

Su ex cuñado lanzó el cojín a un sillón, pero cayó al suelo por un mal cálculo y, simulando dignidad, se dio media vuelta para internarse por el pasillo por el que había salido. Con parsimonia, Audrey se acomodó en el sofá y Lucas lo hizo a su lado. Observó la estancia. Había algunos cambios. Andrew dijo que iba a darse una vuelta por fuera y al momento el chillido de la mujer la hizo reír.

—¡Pichoncito, pichoncito...! Hay un hombre en el jardín —gritó la mujer, que entraba veloz y con cara contrariada. Al verlos se frenó en su impulso. Los miró extrañada, pero la muy tonta se quedó embobada mirando a Lucas.

«Por Dios ¿de dónde ha sacado a esta *loba*?».

La chica decidió que ya había corrido bastante porque caminó por el salón a pasos cortos, como quien luce sus encantos, hasta internarse en el pasillo por el que minutos antes había desaparecido su cuñado.

—Deduzco que esto no lo esperabas —indagó Lucas—. Seguro que tiene una explicación.

—Sí, puedo imaginármela.

Él tiró de su mano y salieron de la casa. Audrey paseó la mirada por el enorme vergel antes de pasear por él. No recordaba lo bonito que era. Al acercarse al acantilado, sintió el respeto de la altura de la montaña escarpada. Recordó los planes que tenían de hacer unas escaleras de madera, para bajar por la ladera hasta la diminuta cala, e instalar una plataforma que les diera comodidad para bañarse. Bajar por allí era un suicidio. Lucas llamó a su hermano a gritos y este respondió, en la distancia, con una locución casi inteligible. Seguro que había rodeado la finca y se había internado entre los árboles. Era una casa a cuatro vientos, con mucho terreno alrededor, un bosquecillo bastante virgen, en el que poco se podía hacer y una piscina, en un lado del jardín, con una bonita pérgola con vistas al acantilado. De noche aquel había sido su lugar favorito.

Regresaron al interior de la casa, al ver a Narcís en el porche, con gesto indolente. Había ganado musculatura en aquel tiempo, seguro que se machacaba en el gimnasio. Se había colocado unos pantalones cortos y una camiseta que había tenido mejores tiempos. Al entrar, Audrey no tuvo duda de que disfrutaba de su casa sin ningún remordimiento.

—¿Traes aquí a tus amiguitas?

—No soy su amigueta, soy su novia y vivimos aquí. ¿Se puede saber quien eres tú? —interrogó la mujer con voz aguda detrás de la mole que era su cuñado.

—Cállate —le ordenó Narcís, y la chica lo miró con los ojos desorbitados.

—Pues ves haciendo las maletas, guapa. Soy la dueña de la casa —contestó. No sabía de dónde le salió el coraje, pero estaba segura de que ese día resolvía algunas cosas pendientes.

—¡Esta es la casa de mi hermano! —aclaró Narcís con voz rotunda, la mujer se sonrió sabiéndose triunfadora—. A él no le molestaría que viviese aquí.

—Sí, no lo pongo en duda —confirmó Audrey con indiferencia—. Pero hay un problema. Tu

hermano no está. Se murió. Y la casa es mía. Voy a venderla.

—¡No puedes hacer eso! —exclamó su ex cuñado, furioso y, para su regocijo, la mujercita lo miró decepcionada. Seguro que no sabía esos datos—. La construyó con mi padre. Él no te dejará, tendrás que hablar con él.

—No me has escuchado. La casa es mía. La construiría con tu padre, pero con parte de mi dinero. Además, tengo un montón de papeles que lo dicen, entre ellos el que me hace beneficiaria de sus bienes. Por lo tanto, es mía. Y lo mío, es mío. Yo no comparto. Tu padre no tiene nada que decir, no tengo que pedirle permiso para nada. En cambio, él sí me tenía que haber pedido permiso para que tú pudieras estar aquí.

—Mi hermano me dijo que iba a cambiar el testamento cuando naciese su hijo —refutó con inquina para lastimarla.

—¿Sí? Vaya, no le dio tiempo —contestó bufona y atacó en el lugar donde creía que podía ofenderlo—. Si él hubiese querido que tú, o ese hijo que iba a tener, tuvieseis algo suyo, nada se lo habría impedido. Y a mí también me dijo cosas: como que eras un parásito para él y para tus padres.

Por el rabillo del ojo vio a Lucas posicionarse a su lado, pero en aquel instante Andy hizo su entrada, como si hubiese estado esperando el momento oportuno, porque lo que dijo puso de los nervios al cuñado.

—Es una casa con muchas posibilidades. ¿Cuántas habitaciones tiene?

A Audrey no le pasó desapercibida la mirada acerada de su ex cuñado.

—Cuatro y arriba un estudio —dijo ufana.

—¿Pero es que has venido con compradores? —preguntó Narcís, exaltado.

—Ya le ha dicho que va a vender la casa —intervino Lucas, muy serio. Audrey imaginó que aquel uso de la tercera persona, que ponía distancia, le sentó como una patada en el culo al cuñadito. Sonrió cuando el futbolista se dirigió a ella—: Tal vez sería mejor volver en otro momento, cuando esté vacía, así podremos verla bien y él puede retirar sus cosas con calma.

Audrey creyó que lo mejor era seguir la sugerencia de Lucas, empezaba a ponerse de los nervios y no quería perderlos delante de ellos.

—Está bien —aceptó, allí ya no hacía nada—. Pasado mañana volveré, Narcís. No quiero encontrar nada tuyo aquí. Lo que sea que dejes, lo tiraré. Adiós.

—Buenas tardes —se despidió Andrew y Lucas les dedicó una mirada tensa.

Cuando entró en el coche le temblaban las rodillas.

—Lo has hecho muy bien, Audrey. —Lucas la animó y agarró su mano desde su asiento—. Lo has puesto en su sitio sin soltar un grito.

—No es por meter cizaña, pero ¿no sabías que estaba viviendo en tu casa? —preguntó Andrew.

—Su familia tiene la particular idea de que pueden hacer uso de las cosas de otro pariente, sin pedir permiso —contestó.

—Yo no vendería la casa —intervino Lucas—. Está en un sitio ideal, podrías alquilarla por

semanas.

—¿Quién iba a venir a este paraje solitario? —preguntó, sin dar crédito a lo que decía el futbolista.

—Yo mismo, alguna gente buscamos intimidad de vez en cuando y cuesta encontrarla —respondió con una sonrisa pícaro.

—No lo había pensado.

—Hazlo y mientras tanto cambia las cerraduras —advirtió Andrew. Sí, no era una mala idea.

Al llegar al hotel los hermanos propusieron tomar algo antes de la cena familiar, pero ella quería ir a cambiarse de ropa y ponerse más presentable. No era como ir a conocer a los suegros, pero siempre le había gustado vestirse acorde a la ocasión. Además, quería algo de intimidad para lo que, estaba segura, iba a suceder.

Lucas le dijo que iría a recogerla y Audrey subió a su habitación, sin quitarse la idea de la cabeza de que, en breve, recibiría alguna llamada incómoda. Su ex cuñado no se iba a ir de la casa así, facilito; con el chollo que tenía. Estaba convencida de que Narcís habría avisado a sus papaitos para que ellos le sacaran las castañas del fuego, como hacían siempre. ¿Pero cuando iban a dejar de proteger a aquel eterno adolescente irresponsable?

No se había equivocado, nada más cruzar la puerta sonó el teléfono. Miró la pantalla y, al ver el nombre de la que fue su suegra, esbozó una sonrisa sarcástica.

—Audrey, cariño. ¿Cómo estás? —saludó la otra tan alegre, como si se hubiesen visto la tarde anterior.

—Muy bien —contestó con la misma falsedad—. ¿Y tú qué tal?

—Nos ha dicho Narcís que has ido por la casa. —Rio la mujer—. No te habíamos dicho nada, para no molestarte. Está ahí mientras encuentra otra cosa.

—Sí, claro —respondió con ironía. Se sentó en un sillón y trató de no alterarse. Cómo le gustaría poder filtrarse por el auricular y darle un mordisco a aquella bruja —. ¿Y desde cuando está instalada la *parejita*?

—No sé bien, creo que desde hace poco... unos ocho meses.

Menudos capullos. Pero más tonta era ella por no haberse dado cuenta. Nunca miraba las facturas y seguro que la luz, por lo menos, había aumentado.

—Vale, entonces os enviaré las facturas de la luz, el gas y el agua desde ese tiempo.

—Pero, Audrey... bueno, es lo normal, tienes razón. Joaquín se despistaría de avisarte.

—Sí, lo más seguro... igual que de otras cosas.

—No puedes culparnos... Nos iba a hacer abuelos.

Aquel comentario la ofendió, pero pensó que la mujer era tan simple que ni se daba cuenta de lo que decía.

—¿Qué quieres, Mercedes? —preguntó directa, con un tono que había dejado de ser amable y

falso.

—Perdona, Audrey, no quería decirte eso. Perdí un hijo, compréndeme. Desde entonces estoy con una depresión —se justificó—. No puedes vender la casa, su casa.

—No era su casa, era nuestra casa, de él y mía. Y sí, sí puedo.

—Pero ¿qué vas a hacer con sus cosas? —preguntó indignada—. ¿Y Narcís? ¿Dónde vivirá? No trabaja, el pobre.

—Ese no es mi problema. Que se busque un trabajo y deje de vivir del cuento —alegó sin dulcorar—. En cuanto a las cosas de Albert, llévatelas. Llévatelas todas. No quiero ninguna.

—¡Estás muy subida niña! —se quejó la otra. Por fin salía la bruja que llevaba dentro. Era más fácil enfrentarse a ella así que no como madre desvalida. Aunque a ella nunca se le dio bien hacerlo.

—¿Cómo dices? —preguntó molesta. La mujer no contestó y pudo escuchar el amago de un sollozo. Con la paciencia que fue capaz de reunir, concluyó sin inquina, pero cortante—. Mira, Mercedes, he venido por trabajo y tengo que dejarte, ya hablaremos.

—Dice Narcís que has ido con gente de dinero. ¿Es a ellos a los que venderás la casa de mi hijo?

—No sé a quién venderé la casa —respondió con paciencia—, pero quiero a Narcís fuera de ella.

—No eras nadie antes de conocer a mi hijo. Su dinero te ha dado alas. Esa chica con la que murió. Ella sí valía la pena. —La mujer tiró con dardo envenenado, como cuando Albert no estaba presente—. Y tus padres, ¿qué? Unos abogaduchos del tres al cuarto que emparentaron con una de las mejores familias de Menorca. Tú no...

—¡Mercedes! Ni se te ocurra seguir —estalló, perdiendo los nervios, y gritó al teléfono—. Haré lo que me dé la real gana con *mi* casa y ni tú ni nadie me hará cambiar de opinión. Si tu hijo no tiene dónde vivir llévatelo a la tuya y, ya de paso, lo acuestas contigo. Y si quieres volver a ponerte en contacto conmigo hazlo a través de mi abogado, que por cierto es mi padre.

Cortó la llamada antes de que *la bruja* pudiera soltar algo más por su lengua viperina. No quería llorar, no quería, pero no pudo evitarlo. ¿Por qué esa mujer hacía que se sintiera siempre tan inferior?

Tiró el teléfono sobre la cama y se dirigió a la ducha, pero ni siquiera así se relajó. Al salir se colocó la camiseta de Lucas, le gustaba sentirla sobre su piel. Quizás las sensaciones que él le provocaba y el tacto de aquella prenda en su piel alejaban los sentimientos que su ex suegra le habían causado. Se sentó en la cama y miró el armario abierto con su ropa colgada de forma ordenada en las finas perchas. ¿Qué se podía poner? Lo que menos le apetecía en aquellos momentos era ir a una cena con personas extrañas y además padres del hombre por el que, sin darse cuenta, se había enamorado.

Reconocerse aquel hecho la afectó.

«El karma te la tiene jurada».

Un sentimiento de vacío ganó espacio en su corazón y la tristeza la inundó. No tenía suerte en el amor. ¿Y si conocía a la madre de Lucas y esta también la miraba mal? Como había hecho siempre Mercedes. No pudo evitarlo y, sin querer, las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. Se dejó llevar por unos segundos y lloró como no recordaba haberlo hecho en mucho tiempo. Maldito Albert, ¿por qué no la dejó si no la quería?

El tamborileo de unos dedos en la puerta le hizo saber que Lucas venía a por ella. Aunque trató de limpiarse las lágrimas con las manos, supo al abrir que no había conseguido disimular su aspecto y que estaría horrible.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras? —preguntó con cariño. De la mano la llevó hasta la cama y se sentaron juntos.

—Me ha llamado... Mer... la que era mi suegra —intentó controlar los hipitos que reaparecían y le dificultaban hablar—. Dice que no valgo la pena.

El llanto emergió de nuevo, Lucas la abrazó por los hombros, pero de repente se sintió vacía de aquel abrazo y vio cómo él se metía en el baño y salía con un vaso lleno de agua. Tras unos sorbos se sintió mejor y pudo explicarle la conversación.

—Esa mujer estaba rabiosa, Audrey —comentó—. Nunca se molestó en conocerte, por eso dice esas cosas.

—Siempre me hizo sentir inferior —afirmó, y se secó las últimas lágrimas con la mano—. Ha dicho que no valía nada y me ha dolido mucho.

—Olvídala, ya está fuera de tu vida y no puede dañarte —afirmó, y la besó con dulzura en los labios—. Esa mujer no te conoce, no sabe que eres Audrey *la poderosa*.

—¿La poderosa? —Lo miró con extrañeza, aquel mote no le pegaba nada.

—Sí, porque no sabes todo lo que provocas en mí. Tu mirada enciendo mi sangre y me haces sentir especial.

—Ya eres especial por ti mismo.

—No, yo solo soy un tío con pasta y que hace bien su trabajo, pero tú me miras de una forma diferente y tienes un poder en mí; desde que te conozco estoy raro.

—Quizás ya eras raro —se burló.

Lucas arqueó las cejas y soltó una risotada, ella sonrió también, pero las palabras dichas por Mercedes no se le habían ido de la cabeza.

—Ven. —Tiró de ella y la apoyó en su pecho—. Esa mujer tendrá la importancia y el poder que tú le des. Sácala de tu mente, no importa lo que te dijera, no le des más valor.

Se quedaron así, abrazados, Audrey sintió que así se apoyaban las parejas estables, ya casi no recordaba lo que era eso; compartir un mal momento con alguien a quien se amaba. Se recriminó de golpe: «No abras más esa puerta, él se marchará». Lucas era atento, no la bombardeaba a preguntas, pero le hacía sentir que estaba a su lado y eso era cuanto necesitaba en aquel instante, porque cuando se sentía vulnerable se cerraba del todo.

Al cabo de unos minutos se movió, impaciente. Tenía que aligerar y arreglarse.

—¿Estás mejor? —preguntó él, bajito. Como si no quisiera que nadie los escuchara.

Audrey levantó los ojos y en los suyos vio una ternura que le ablandó de nuevo el corazón.

—Voy a echarte tanto de menos cuando te vayas —admitió casi sin querer.

Lucas la miró a los ojos y se acercó a su boca, en un segundo su lengua la exploraba, primero despacio y luego con ansia. Respondió ávida y se estremeció al notar una mano que se deslizaba bajo la camiseta y acariciaba uno de sus senos. Eso hizo que se olvidara de todo.

—Yo también —dijo él sobre sus labios—. Aunque no lo creas, eres importante para mí. Nunca he tenido una amiga...

—Bueno, amiga con derecho a roce —bromeó.

Se sonrió pícaro.

—Creo que hay cosas que son más fáciles cuando conoces a alguien nuevo —señaló Lucas y Audrey no supo si era algo más para sí mismo que para ella—. Me siento tranquilo contigo. Y te aseguro que escondo algunas zonas oscuras que no quisiera que nadie viera. Pero siento que a ti podría contártelas. No me atrevía a acostarme con ninguna chica por miedo a fracasar, pero tampoco he deseado hacerlo con nadie tanto como contigo.

—Creo que todo está en tu cabeza.

—Puede... Supongo que en la vida de lo que se trata es de coincidir con gente que te dé seguridad y paz a la vez, que te enseñe a ver cosas que tú no ves, aunque mires. Gente con la que te sientas que eres tú.

—Eres todo un filósofo.

—Lo que trato de decir... es que te tengo muchas ganas y cuando volvamos de cenar tú serás el postre.

Audrey estalló en una carcajada, pero él devoró su boca con tantas ansias que se dejó llevar por todo lo que le provocaba. Y, en el fondo, agradeció que él tapara sus labios porque era capaz de confesarle que quería que no la olvidara nunca. Al separarse, aún turbada por sus besos, le pidió en un susurro.

—¿Puedo hacerte una foto?

—¿Piensas venderla? —preguntó, pícaro.

—Podría, me darían una pasta y sabes que la necesito para esa casa que quiero.

—Si es por eso, entonces sí. —Le hizo cosquillas hasta que le quitó el móvil de la mano—. Trae, la haré yo.

Lucas se recolocó a su lado, la abrazó por los hombros y sacó la fotografía. Al revisarla frunció el ceño.

—Tú cámara no hace buenas fotos. Mi móvil es mejor.

Lo observó recoger su teléfono de la cómoda, donde lo había dejado al llegar, y acercarse a ella de nuevo. Se apoyaron en el cabezal, juntaron las cabezas y, tras varios movimientos de la mano, con los que dedujo que buscaba el ángulo y la luz, Lucas sacó la fotografía.

—¿No me digas que esta no es mejor? —aseguró al mostrársela—. Claro, ha salido bien

porque se ve mejor mi camiseta.

Audrey no esperó a que él la besara, se lanzó sobre él y devoró su boca como había hecho él segundos antes. Aquel juego los estaba calentando y no era el mejor momento para retozar, pero le gustaban tanto aquellos besos que la atontaban y les quedaba tan poco tiempo juntos que no quiso privarse de dejar libre su deseo por él. Se rozó contra su entrepierna y él la miró pícaro. El deseo también se asomaba a sus ojos. Con un rápido movimiento Lucas la sentó en su regazo, a horcajadas, y al besarla de nuevo hizo que sus sexos se rozaran con más intensidad. Audrey lo sentía duro, quiso arrancarle los pantalones y dar rienda suelta a todo lo que anhelaba. Embobada como estaba mirándolo no se dio cuenta de que él sacaba otra fotografía.

—Me gusta esta foto, parece que hacemos otra cosa —sonrió malicioso—. Además, tus ojos me dicen lo que pensabas.

Audrey se puso roja al observar la imagen y descubrirse mirándolo con cara arrobada y de deleite. Pues sí, la cara era el espejo del alma.

—Es un recuerdo muy chulo —admitió ella—. La prensa pagaría mucho por ver al gran Hart en esta situación.

—Espero que no la vendas —dijo con burla. Era un momento muy tonto entre los dos, pero muy íntimo. Ese Lucas le encantaba—. Cuando la miremos recordaremos este momento y lo repetiremos en nuestra mente.

Volvieron a besarse y, cuando Audrey pensaba que la cena ya era historia y que por fin iba a tenerlo entre sus piernas, el sonido del teléfono los interrumpió y él, resignado, la apremió para que se arreglara mientras él contestaba. Antes de meterse en el baño, Audrey lo escuchó hablar en alemán.

Capítulo 11

Al llegar al restaurante, Audrey se mortificó al pensar que serían los últimos y darían qué hablar, pero para su sorpresa solo estaban los padres de él. Lucas la presentó con naturalidad, después de darles un beso a cada uno. La saludaron por turnos.

—Mi nombre es Ana y el tuyo es precioso —dijo la madre que, con afecto, le dio un ligero abrazo y dos besos—. ¿Verdad, John?

—Sí —respondió el hombre. Por su pinta y sus modales de *gentleman*, Audrey, pensó que era imposible que no pasara por un inglés. Después de darle un beso en la mejilla la miró con amabilidad y añadió—. Tú también eres muy bonita.

De repente, por el rabillo del ojo vio cómo un torbellino rubio se les acercaba y, al verla, gritó:

—¡Odi, qué aledia!

—Hola, Valeria, yo también estoy contenta de verte.

La abuela cogió a la niña en brazos y le dijo que después se iría a dormir con ella y el abuelito y ella asintió, risueña. Efrén y Alex la saludaron y cuando todos estaban sentados en la mesa que les habían asignado, llegó Andrew. Audrey los miró con disimulo. Formaban un grupo unido y bastante campechano. Tras los saludos y palabras de cortesía se pusieron a hablar de temas bastante concretos que les interesaban: del mundo editorial, éxitos y fracasos de ventas y de fútbol. Ella no podía participar mucho en ninguno, pero Lucas la involucraba a cada rato, con preguntas sobre su opinión y, aquel gesto la hizo sentir muy integrada.

Ana le preguntó a qué se dedicaba. Dijo que era abogada, pero se puso tan nerviosa al ser el centro de atención que casi les detalló su currículum y biografía. Incluso les explicó que había perdido a su marido en un accidente, obviando algunos detalles que consideró que no eran necesarios revelar. Necesitaba que supieran quién era para sentirse bien. Una mujer normal, que trabajaba y era independiente. Se ruborizó al ver cómo Lucas cogía su mano sobre el mantel y la apretaba. Entonces se dio cuenta de que tenía miedo a que no la aceptasen. Sintió la mirada de John sobre ella al escucharla hablar y lo percibió, además de atento, satisfecho con lo que escucha. Se sintió orgullosa. No era una cabeza loca y tenía los pies en la tierra.

Cuando terminó de hablar se hizo un pequeño silencio, hasta que quedó roto por la voz del padre.

—¿Y tú? ¿Ya has pensado qué vas a hacer? —preguntó John a Lucas. Audrey, como los demás,

notó cómo el futbolista se puso rígido.

—Papá, ahora no es la mejor ocasión para tratar esto —intervino Andrew.

—Es tan buena como cualquier otra —respondió el padre—. Di, Lucas, tal vez ahora es buen momento para volver a España.

—No he tomado ninguna decisión todavía, papá —señaló con tranquilidad—. Aunque creo que voy a mirar lo de ser entrenador.

Su padre le clavó los ojos, y Audrey creyó que se le volvían más oscuros, durante unos segundos, luego el hombre relajó el rictus y dijo.

—Supongo que ahora que ya te has recuperado de tu lesión estarás en una buena posición para negociar.

—Sí, acabé la rehabilitación y me siento bien para volver... pero... no he decidido nada aún.

—No sé para qué te esforzaste en estudiar Administración de Empresas —señaló John con resignación.

—Quería tener opciones si dejaba el fútbol, pero si me dedico a otras cosas será una decisión personal, no porque me presiones —contestó Lucas y lo miró con una sonrisa.

—Sé que no tengo buenos argumentos para convencerte, aunque no por eso voy a dejar de intentarlo. Pero me alegra comprobar que has encontrado algo que te hará volver a España —comentó con calma, todos la miraron y Audrey deseó poder volatilizarse. Luego, el hombre levantó la vista y preguntó de nuevo, no se rendía—. Entonces tú, Andrew ¿qué me dices?

—¿Yo, papá? Si no tengo ni idea de negocios, ni finanzas. Lo mío son las relaciones públicas, representaciones y esas cosas.

—Alex, Efrén ¿qué hacemos? Ya veis que estos dos no están por la labor —anunció el hombre. Hizo un silencio como si se pensase algo. Audrey aprovechó para beber de su copa de vino, pero al escucharlo hablar de nuevo casi se atragantó—. Y tú, Audrey, ¿no te interesa el puesto?

—¿Puesto? No sé a qué se refiere —preguntó, y dejó la copa sobre la mesa.

Todos la miraron como si hubiese dicho alguna impertinencia, lo que hizo que sus alarmas se encendieran. No le gustaba tener que estar en guardia y quizás se había relajado un poco.

—Nada de usted, que no soy tan viejo —aclaró con tono jocoso y ella captó el mensaje, se destensó—. Necesito alguien que lleve mi sucursal de Barcelona, ¿tú no eres de allí? Una abogada se adaptaría bien a la dirección.

Como si fuese un partido de tenis, todos volvieron a mirarla, esta vez con muecas divertidas.

—Sí, John, soy de allí, pero yo ya tengo mi trabajo en *Luxury House* y me gusta —respondió con seguridad.

—Pero yo te ofrezco ser directora ejecutiva de una editorial. ¿Crees que podrías hacerlo? —La miró expectante y Audrey se turbó al descubrir que hablaba muy en serio. Lo observó un segundo y negó con la cabeza—. Efrén te ayudaría y Alex y Andrew que, aunque diga que no es lo suyo, estudió para eso y Lucas. No estarías sola.

—Papá... —intervino Lucas al ver su cara de apuro—. Creo que Audrey se está asustando.

—Está bien... pero que sepas que no me rindo fácilmente. Ya hablaremos más adelante.

Respiró tranquila.

—De la que nos hemos librado —dijo Andrew a Lucas que, con un gesto divertido, asintió y chocó su puño con el del hermano—. Ya ha encontrado otra candidata al puesto, estamos libres, tío.

Cuando salieron del restaurante, un grupo de jóvenes se acercaron a Lucas y le pidieron hacerse unas fotos y que les firmara autógrafos. Audrey observó cómo él respondió con amabilidad y entusiasmo, igual que el de sus fans. La madre de Lucas la distrajo de aquella visión, pero sobre todo la sorprendió por el comentario que le hizo.

—Audrey, me ha gustado mucho conocerte, sé que lleváis poco tiempo, pero se le ve muy tranquilo y feliz. Una madre es lo único que quiere para su hijo. No pensé que volvería a verlo así... parece que ya se le fueron los demonios que le rondaban.

Se sintió incómoda por la imagen que habían dado. No eran pareja y quiso sacarla de dudas.

—Ana, Lucas y yo nos conocimos hace apenas un par de días, no somos más que amigos.

La mujer le dedicó una sonrisa amable, no supo si condescendiente o sincera, pero la sujetó del brazo y en un susurro le dijo que por algo se empezaba. Quiso creerla, y deseó, con todas sus fuerzas, que aquello fuera el inicio de algo que no se atrevió a nombrar.

—A mí también me ha encantado conocerte, Audrey —comentó el padre de Lucas y se sintió turbada por las palabras. Quizás es que no estaba acostumbrada a que le regalaran los oídos. Tampoco había hecho nada extraordinario, pero la propuesta de John la sorprendió—. Ya lo sabes, si cambias de idea. Tienes una oferta de trabajo sobre mi mesa, independientemente de mi hijo. Te esperaré el tiempo que necesites para resolver tu situación.

No había procesado del todo la información cuando la vista de un hombre que cruzaba su campo de visión llamó su atención. Lo observó con sorpresa. Agarraba de la cintura a una chica y, con la vista puesta en el futbolista, se acercaron a él. Un extraño sentimiento cruzó su pecho y decidió que aquel espectáculo no se lo perdía.

Se despidió de John y se aproximó al pequeño grupo. Observó al hombre, que se quedaba unos pasos atrás, mientras su acompañante, con cara de niña traviesa y una camiseta que bien podría ser de su hermana pequeña o, tal vez, tener dos tallas menos, se acercaba a Lucas. Con un rotulador grueso en la mano le pidió que se la firmara y con descaro le señaló unos centímetros por encima del pecho. Lucas debía estar acostumbrado a esas cosas porque esbozó una sonrisa taimada.

En aquel justo instante la mirada del hombre barrió la estancia y sus ojos se encontraron con los suyos. La cara de asombro y apuro ya le valieron un regocijo interior. «¡Pillado!». Él se le acercó con cara de compromiso.

—Hola, Joaquín —saludó a quien había sido su suegro.

—¿Audrey? No creí que fueras tú —mencionó con tensión en la voz. Tuvo la impresión de que hubiera preferido salir corriendo en vez de enfrentarla—. Ya me ha dicho Mercedes que andabas por la isla, pero no he acabado de creerlo. Te fuiste y no habías vuelto. ¿Cómo estás?

—Bien... He estado en la casa.

—Ah, y te has encontrado con Narcís —afirmó con cierto desánimo.

—Lo quiero fuera. Tal vez la venda.

—Es una buena propiedad. Estás en tu derecho.

La sorprendió su respuesta, aunque también pudiera ser que tuviera prisa y no quería perder tiempo en discutir algo tan importante allí y menos cuando había sido pillado *infraganti*, pero ella no iba a retirarse tan pronto, quería hacerse una idea completa de la escena. Y no tardó más que unos segundos en obtener la información que intuía.

—¡Cari... me ha firmado aquí! —exclamó la chica, emocionada, y señaló su camiseta, orgullosa. Audrey la miró como si la radiografiase con los ojos, no le sacó más años que los que tenía ella, quizás algunos menos—. Es mi ídolo.

La cara de su ex suegro se transfiguró más todavía. Notó su tensión e incomodidad.

—No, no es lo que crees —se defendió.

Audrey nunca había sido vengativa, pero el silencioso regocijo que sentía en sus entrañas, al pensar en la cornamenta de Mercedes, la hicieron mirarlo con condescendencia.

—¿Sabes? No es mi problema —respondió. Y en su fuero interno pensó que a cada cerdo le llegaba su san Martín. Aquella familia, que siempre se las había dado de íntegra y mejor que ella y sus padres, hacía aguas por todos lados.

Así que no quiso hacer leña del árbol caído. Miró por encima de su hombro y se encontró los ojos de Lucas, que finalizaba su firma de autógrafos y se acercaba a ella, con su hermano al lado.

—Despídete, cariño, nos esperan. Mis padres se van. —Aquellas palabras apaciguaron su alma. Que Lucas le diera ese lugar frente a alguien que la había ninguneado siempre fue como una recompensa y la llenó de resarcimiento.

—Bueno. Joaquín, ya has oído, me esperan —soltó como algo natural, ante un hombre que parecía no creer lo que veía—. Y recuérdale a tu hijo lo que hemos hablado. Adiós.

Lucas puso la mano en la parte baja de su espalda y la dirigió hasta donde estaban sus padres. Audrey no la vio, pero sintió la mirada atónita de Joaquín sobre ella. Para su alegría, los padres del futbolista se despidieron de ella con besos y abrazos, incluso Valeria se le colgó del cuello cuando se agachó a su altura para despedirla. Se sintió importante en aquel instante, ante los ojos de alguien que nunca la había valorado. Aunque era muy consciente de que ella no era la importante, sino Lucas, pero que su familia hubiera sido amable con ella, apenas sin conocerla, decía mucho del tipo de personas que eran. Además, con su actitud, Lucas había dado a entender que entre ellos había algo y eso le bastaba para restregárselo por la cara a Joaquín.

Cuando Ana y John se marcharon con Valeria, Alex la cogió del brazo y dijo divertida.

—¿Te apetece bailar? Vamos a ir a una discoteca.

Miró a Lucas interrogante, no quería repetir la escena de la otra noche. Él le devolvió una mirada juguetona, se le acercó y, seductor, susurró en su oído.

—Puedo atarte a la cama después.

—¿Eso piensas? —se carcajeó—. Ni lo sueñes, que por muy futbolista que seas puedo hacerte un buen regate.

Efrén se les acercó, ajeno a su conversación.

—Venga, Lucas, que parece que quieras atarla a la pata de la cama. Vamos a bailar y le demostramos quiénes son los Hart —mencionó con un contoneo de caderas.

Audrey y Lucas soltaron una carcajada y los demás se unieron a ella, aunque con probabilidad reían por cosas distintas.

Una limusina los esperaba en la puerta del hotel. En el interior el ambiente era distendido y los hermanos se metían unos con otros como si fueran adolescentes, ante las sonrisas de Audrey y Alex, que le dijo que siempre estaban igual. Al llegar, Andrew salió primero y después Lucas, que la tomó de la mano y la avisó de que no se detuviera. Lo siguió e imitó sus gestos. De reojo, vio cómo él bajaba la vista al suelo y supuso que era para no cruzarse con la mirada de nadie. Era un local de moda y la entrada estaba muy concurrida, pero Andy saludó a los porteros que, apresurados, abrieron un paso para ellos. Audrey se sorprendió de la rapidez con la que accedieron al local y supuso que eso era debido a la fama del futbolista. La sala era muy grande y el gentío hizo que pasaran desapercibidos. Así y todo, les facilitaron un reservado en el que podían mantener un poco de distancia con los demás clientes. Durante un buen rato, Alex y Audrey bailaron ritmos de los ochenta y noventa, mientras los chicos compartían alguna conversación; aunque desde lejos, Audrey, sentía la mirada de Lucas. Tras un rato los tres hermanos decidieron sumarse a la pista y se marcaron unos bailes que fueron la delicia de muchas féminas. Alex, atrevida y divertida, la cogió de la mano y tiró de ella para unirse al trío de los Hart. Entre risas, bailaron los cinco como si supieran una coreografía, ella no tenía mucha idea de los pasos, pero Lucas se dedicó a moverla a su compás haciendo que estuvieran sincronizados. Sintió que se liberaba, como si hubiera estado aprisionada con alguna coraza y, por algún encantamiento, esta se había roto. Levantó los brazos, como los otros, canturreó la canción y contoneó sus caderas y su cuerpo hechizada por unos ritmos diabólicos. Acabó agotada y quiso ir a sentarse. Lucas la acompañó. Miró por encima de su hombro hacia la pista y vio a Efrén y Alex bailar muy agarrados; los vio tan enamorados que sintió envidia.

Quizás Andrew malinterpretó su expresión porque tiró de su mano, como si se la ganara al hermano.

—Venga, Audrey, dedícame un baile —murmuró, sin dejar de observar al futbolista.

—De eso nada, búscate una para ti —contestó Lucas y la acercó a él al agarrarla por la cintura—. Esta es mía.

Audrey explotó en risas por el gesto de posesión y la ironía. Quizás en unas treinta y seis horas todo se habría acabado.

—Pues entonces baila tú con ella —objetó Andrew y los empujó a la pista.

No era una canción lenta, pero no le importó; bailaron con las manos agarradas y con los ojos clavados el uno en el otro. De vez en cuando, al compás del ritmo, sentía el cuerpo masculino pegado al suyo y el aliento en su oído la estremecía. Se encendían con los roces, los tocamientos discretos y con las miradas devoradoras que se dedicaban. El deseo estaba a flor de piel y Audrey pensó que tenía que liberar aquella tensión sexual porque si no iba a estallar.

—¿Quieres que nos marchemos? —preguntó Lucas, con la voz ronca y cargada de promesas.

—Sí, por favor.

—Vamos, se lo diremos a los otros.

Al descubrir que se marchaban, Efrén les dijo que se iban con ellos. Andrew, con una mueca risueña y los ojos puestos en una morena, comentó que él esperaba a Alessio, el hijo de Paolo e Isabel.

Cuando se sentó en la limusina fue consciente del cansancio que tenía.

—Audrey, hemos llegado. En un momento estarás en la cama —susurró Lucas en su oído. Ella abrió los ojos y, con apuro, descubrió que estaba apoyada en el torso masculino.

—Lo siento, no pretendía quedarme dormida —confesó, arrepentida.

—Alex ha hecho lo mismo —terció sonriente.

Al salir se dio cuenta de que estaban solos, no había rastro de Efrén y Alex; Lucas le dijo risueño que tenían un poco de prisa. Se acercaron hasta el ascensor y Audrey no protestó, se dejó caer sobre su pecho cuando vio que él tocaba el piso de su suite.

Entraron en la habitación casi a trompicones, sus bocas pegadas y las manos perdidas en el cuerpo del otro. Audrey no supo si fue ella, o él, quien se había abalanzado sobre el otro y se besaron con una pasión que se desbordaba por los poros de la piel. Con miradas cómplices llegaron hasta la cama y se desvistieron sin poder quitarse las manos de encima.

Al momento se retorció por todas las emociones que le provocaba. No quería pensar que quizás él no podría culminar. Lo sentía agitado, con prisa, pero a la vez poseído de un deseo que la contagiaba. No podía dejar de tocarlo y las caricias incendiarias que Lucas le dedicaba la hicieron estallar más pronto de lo que esperaba, retorciéndose del placer. Pero, aunque estaba en una nube, cercana al nirvana, era consciente de que él se ponía nervioso, que bufaba y respiraba con tensión. Que se apresuraba por penetrarla y, así, no perder la turgencia de su miembro que fluctuaba y lo frustraba.

Audrey lo detuvo y se movió para salir de la cama.

—¿Dónde vas? —preguntó él, molesto.

Acarició su cara y lo besó con dulzura en los labios, notó que él se relajaba.

—¿Me dejas probar una cosa?

—Haz conmigo lo que quieras —respondió Lucas, abriendo los brazos y colocándolos en cruz —. Creo que no voy a poder llegar a la meta.

Sintió su frustración, pero no quiso darle cancha y que se infligiera más daño en su autoestima.

—Todavía no hemos terminado.

Los ojos y las cejas del futbolista se levantaron en un gesto de incredulidad.

—Dame un segundo, ahora vuelvo.

Audrey fue a la sala y buscó el fular que llevaba, el que él le había regalado. Al entrar en la habitación con él en las manos, Lucas la miró con cara de interrogación y una sonrisa ladeada.

—¿Piensas atarme?

Negó con la cabeza. Nunca se había sentido tan sexi como en aquel momento. Tampoco había hecho nunca lo que pensaba hacer.

—¿Confías en mí? —preguntó. Y sujetó el fular con las dos manos y lo tensó frente a él

Audrey lo observó, Lucas necesitó unos segundos para comprender sus intenciones. Vendarle los ojos. Dudó, pero al final accedió. Decidida se sentó a horcajadas sobre él y le colocó el pañuelo. Él aprovechó para meterse un seno en la boca y lo succionó fuerte. Supo que le había hecho alguna señal, pero se dejó hacer removiéndose sobre él.

—Voy a tenerte a mi merced, no sé cómo te atreves a marcarme. Mi venganza puede ser terrible

Él rio y la abrazó por la cintura. Audrey lo observó. Tenía el pelo alborotado, el pañuelo alrededor de los ojos y vestido solo con sus tatuajes, encima de aquella cama enorme.

Se dejó hacer, lo sentía inquieto, pero lo besó apasionada y él se perdió en aquel beso, luego con caricias suaves de su boca rodeó su mentón y bajó por la nuez. Lucas tragó saliva, pero no dejó de torturarlo. Paseó los labios por todo su torso musculoso y le dio pequeños mordiscos debajo de las costillas, él respondió con suspiros tensos llenos de expectativas. De pronto sintió que algo la rozaba, era su miembro endurecido, preparado para la acción. Sin embargo, lo obvió, como si no estuviera invitado a la fiesta. Acarició con la yema de sus dedos los oblicuos masculinos y lo bordeó sin tocarlo.

—Me estás matando, lo sabes, ¿verdad?

—Shh, no hables.

Notaba la excitación de Lucas; sus suspiros y jadeos la animaban a seguir, al mirar su miembro vio que su turgencia podía ser aceptable para la tarea, pero siguió con caricias, sin tocarlo y enloqueciendo al futbolista.

—Házmelo, preciosa... coge un preservativo. No voy a aguantar.

—No seas impaciente. Y no pienses eso.

Se dejó llevar por su propia excitación rozándose con él, sintiéndose cada vez más lubricada. En algún lugar de las sábanas había dejado un preservativo. Como decía su amiga Ali, no había que hacerlo sin sombrerito. No era por evitar un embarazo, que para eso ya tomaba los *antibabys*, sino por las ETS, que esas, las enfermedades venéreas, eran más peligrosas que un niño.

Le colocó uno a la vez que lo acariciaba. Notar bajo sus manos y su cuerpo cómo él se agitaba y se deshacía, le dio sensación de poder. Lucas estaba entregado. Lo besó con ganas y él llevó sus manos a sus pechos. Audrey le susurró al oído que se tumbara y ella se dejó caer sobre su miembro erecto sin avisarlo. Este respondió tensándose y abriéndose paso en ella.

Al segundo, Lucas empezó a embestirla desde abajo y ella lo frenó, le pidió que no se moviera. Ardua tarea que el futbolista cumplió a regañadientes, pero lo sintió perdido en un mar de sensaciones cuando oyó sus gemidos. Sentada sobre él, con la vista por todo aquel cuerpo musculoso, lo cabalgó como nunca había hecho y al verlo arquear el cuerpo liberó su propia tensión sexual al explotar en un clímax que anhelaba tanto como él. Quizás había sido corto, pero muy placentero.

Lucas no esperó a que le retirara el pañuelo, se lo quitó de un tirón. Al mirarlo a los ojos los vio vidriosos.

—¿Te-te ha ido bien?

Le contestó con una sonrisa.

—¿Sabes? Ha sido una experiencia nueva para mí —admitió con el pañuelo entre sus dedos—. No lo olvidaré para otra ocasión y siempre pensaré en ti. Audrey *la poderosa*. Esa eres tú para mí.

Ella también se sentía exultante, pero no le hizo gracia pensar en él, con los ojos vendados, con otra chica, pero disimuló el ramalazo que le dio en el estómago y disfrutó del momento de verlo feliz y del mote que le acababa de poner. «Poderosa». Sí. Así la hacía sentir él.

Pero aquella victoria le supo a poco a Lucas porque a mitad de noche la despertó con ganas, solo que él no pudo marcar gol como quería y se frustró. Empezó a maldecir y a infravalorarse. Audrey lo tumbó en la cama con paciencia y lo dejó que se acurrucara en su pecho. Él necesitaba sexo, lo notaba, y dejó que la explorara y la llevara al clímax con las manos, luego ella le devolvió el favor con la boca y entonces él se apresuró a penetrarla envuelto en un ardor que le hacía jadear alto y decirle cosas ardientes que la provocaban. Cayeron vencidos en la cama y Audrey se dio cuenta de que había cometido un error muy grande. Se había enamorado.

Sintió unos labios en el cuello. Era un dulce despertar. Al abrir los ojos vio a Lucas vestido junto a ella. Se asustó. ¿Era miércoles?!

—¿Te vas? —preguntó, alarmada. Él se sonrió y la besó en los labios.

—Voy a desayunar con mis padres y a despedirme.

—Si no te importa yo también quisiera decirles adiós —dijo con vacilación—. Me gustaría ver a Valeria otra vez. ¿Puedo acompañarte?

—Claro que puedes. Venga, te espero.

—Tengo que pasar por mi habitación.

—Pues date prisa.

Le dio un cachete en la nalga cuando se levantó. Audrey se dio una ducha muy rápida y se colocó la ropa del día anterior, pero por nada del mundo pensaba aparecer así ante sus padres. Quedaron en verse en el comedor y fue a cambiarse a su habitación.

Audrey encontró a la familia en el comedor de la terraza, bajo una pérgola. Con cortesía, Lucas le mostró un asiento vacío a su lado. Al pasar junto a él, sus manos se rozaron en una tierna caricia. El desayuno fue divertido y distendido y escuchó cómo hacían planes para un próximo encuentro. Estaban muy organizados, los vio cuadrar sus agendas y sintió envidia al ser consciente

de que ella no estaría en su próxima quedada. De repente, tuvo el anhelo de poder ser parte de aquella estupenda familia y le dolió el deseo porque nunca pasaría. Intentó inhibirse de la conversación. Valeria estaba revoltosa y le propuso sentarse en su falda para que le explicara a dónde se iba. La niña lo hizo encantada al ver que alguien le hacía caso. Alex le dedicó una sonrisa de agradecimiento. Lucas y Efrén se levantaron y fueron a un aparte, los vio hablar y, de vez en cuando, la miraban, lo que la hizo sospechar que ella sería parte de aquella conversación. Simuló no darse cuenta, pero se sintió algo incómoda. Al finalizar su cháchara, se dieron un abrazo sincero y acabaron chocando sus puños, algo que le pareció ser típico de los Hart.

Tras el desayuno todos se levantaron de la mesa y fueron hacia el vestíbulo.

—Ha sido un placer conocerte, Audrey —dijo John, tras darle un afectuoso beso en la mejilla.

—Ven a visitarnos si viajas a Madrid —le propuso Ana con un abrazo.

Lucas recibió otro abrazo de su madre y a Audrey le recordó a cuando la suya se los daba a ella, como si siguiese siendo la niña que fue. De repente se arrepintió de haber bajado a despedirse, se censuró por haberlos conocido. Le encantaban y lo más probable era que no los volviera a ver. Empezó a sentir una tristeza que la desarmaba y sus ojos se llenaron de lágrimas, que trató de retener.

—A mí tampoco me gustan las despedidas —anunció Andrew a su lado, sorprendiéndola.

Lo miró y forzó una sonrisa. Al sentirse descubierta, no supo qué decirle. Por su cara pasaron un montón de emociones que, estaba segura, él podía descifrar una a una. Con disimulo se llevó el dedo índice al contorno del ojo para retirar una lágrima que amenazaba con rodar por su mejilla.

—Lo siento —se lamentó—. Soy una tonta.

—No, no lo eres, pero él sí.

Quiso preguntarle qué quería decir, pero entonces llegó Lucas acompañado de un joven con pinta de modelo. Era Alessio.

Lucas propuso salir a navegar y ella entendió que iban a salir los chicos y se excusó para retirarse. Se alejó unos pasos, pero el futbolista la cogió del brazo.

—¿No quieres venir? —le preguntó con asombro en la voz. La separó un poco de los otros, para hablar con cierta intimidad—. ¿Te pasa algo?

—Bueno, es que... pensé que querías salir con ellos...

Antes de que pudiera responderle, Andrew dijo en voz alta.

—Audrey, sube de una vez a por un bikini o tendrás que bañarte desnuda.

—Ni lo sueñes —respondió Lucas en actitud recriminadora y todos rieron—. Dadnos diez minutos.

Pasaron por la habitación de él primero, y luego fueron a la suya. Se habían cambiado de ropa, pero metió en una bolsa de playa algunas cosas que creyó que podía necesitar en el barco. Antes de salir de la habitación Lucas la retuvo.

—¿Haces *top less*?

—¿Te importaría? —No le gustaba hacerlo, pero la intrigó el tono de la pregunta.

—Si tú quieres enseñarlas, no puedo decirte que no lo hagas, las tienes estupendas —bromeó—. Pero si puedo opinar te pediría que no lo hicieras.

—Bueno, tendré que pensármelo —respondió, algo molesta por el tono machista que percibió en las palabras.

—Piénsalo, nunca se sabe dónde hay alguien con una cámara.

Aquellas palabras la hicieron darse de bruces con la realidad. Con Lucas no era fácil pasar desapercibida.

Capítulo 12

El barco resultó ser un velero, monocasco, con algo más de nueve metros de eslora, y dos camarotes. Atada a una gruesa cuerda llevaban una moto acuática. Subieron a bordo por el acceso de popa y Audrey casi tropezó con unas bombonas de buceo que estaban mal colocadas.

En pocos minutos estaban navegando. Audrey se maravilló de las calas y lugares que no conocía, desde el agua la costa tenía otro perfil. La travesía era tranquila, tenían buena mar, y mientras los chicos charlaban ella aprovechó para tomar el sol en cubierta. Cuando ya se habían alejado suficiente de la costa, Andrew, a quien Alessio había dejado manejar el barco, lo detuvo y los chicos se vistieron con trajes de buzo para sumergirse. Los observó prepararse y, hasta que no desaparecieron de su vista porque se habían sumergido, no regresó al lugar en el que tomaba su baño de sol. Un par de horas después, Alessio subió y, tras arreglarse, se hizo cargo de la comida. Quiso ayudarlo, pero fue una mera espectadora de las dotes en la cocina del hombre. Preparó fetuchini con almejas, sepia y gambas. Los hermanos habían ascendido en ese tiempo y, tras quitarse el traje de neopreno, aparecieron con sus bañadores estilo pantalón corto y una camisa. En un periquete los tres hombres controlaron la comida, prepararon la mesa y abrieron el vino mientras ella los observaba sin apenas intervenir. La comida se llenó de risas y, entre ellos, se pisaban las palabras como si ninguno quisiera quedarse sin aportar una anécdota de cuando eran pequeños y salían a pescar.

Después del café, Audrey aprovechó que los chicos hablaban de fútbol, algo que podía ser muy normal para ellos, pero que ella no dominaba en absoluto, para levantarse con discreción, bajar al camarote e ir al baño. Al salir se encontró a Lucas muy risueño y con una mirada pícaro que anunciaba demasiadas cosas. La cogió del brazo y la regresó al compartimento con unas intenciones que no le pasaron desapercibidas.

—¿Qué haces? —Con prisa, Lucas apartó la camisola que portaba y en un segundo sus manos le agarraban los pechos, al colarse por su bikini.

—¿No te lo imaginas? —preguntó él con los labios surcándole el cuello. Se estremeció de lo que sintió, pero estaba en alerta.

—Vamos arriba, pueden venir.

—Niña, no va a venir nadie. —Atrapó sus labios y la besó con intensidad.

Audrey sintió que sus sentidos se embotaban. Lucas olía a mar y a sal, sus besos eran deliciosos

y, también, tenían un punto de peligro. Notaba vagar sus manos por su cuerpo y este le pedía unas cosas y su cabeza otras. Estaba a punto de caer en el embrujo que ejercían sus besos cuando las risas de Alessio y Andrew en popa o en proa, no sabía de dónde venían, la sobresaltaron y la hicieron regresar a la realidad.

—Uno rápido... —murmuró Lucas—. Me tienes loco con este bikini.

—No, Lucas, no estoy cómoda —respondió convencida y trató de apartarse. Se le había cortado el rollo y un sentimiento de vergüenza la atenazó. Los demás podían escucharlos lo mismo que ellos oían sus risas.

—Son discretos, no van a venir.

—Pero yo sé que están ahí... no puedo, Lucas, no soy capaz —insistió en su negativa, pero él se rozó en ella y con un gesto travieso le mostró la erección que dejaba ver la prenda de baño. Volvió a besarla y a aturdira. Pero ella lo apartó con las manos apoyadas en su torso.

—No me dejarás así, ¿verdad? —preguntó, risueño. Audrey supo que aquella sonrisa había sido fatal para muchas féminas. Le costó un triunfo resistirse.

—Lucas...

—Venga, uno rápido.

Su tono era jocosos, pero le molestaba que insistiera, la hacía sentir mal. Pensó que no estaba muy acostumbrado a recibir negativas, que pocas veces le habrían dicho que no ante aquella sonrisa seductora, pero no estaba dispuesta a hacerlo allí con gente que podría escucharlos. No era tan moderna, así que lo separó estirando sus brazos y marcando distancia con aquel torso fibroso y añadió muy seria.

—Me muero por estar contigo, mañana te irás y no volveré a verte, pero tengo que serme fiel a mí misma si no quiero odiarme después. Llámame mojigata si quieres, pero no voy a hacerlo contigo sabiendo que tenemos público. Para mí hacer el amor es un acto entre dos, solo tú y yo. Y si crees que voy a hacerlo porque tú quieres o porque estás cachondo, es porque no me conoces bien. Lo siento si esto hace que no quieras saber de mí.

La mirada que recibió era de esas incatalogables. Entre sorprendido y molesto. Entre desconcertado y frustrado. Cogió sus muñecas y la atrajo hacia él. Audrey intentó negarse, pero él era más fuerte. Recibió un fuerte beso sobre los labios y, sin saber a qué atenerse, percibió cómo se separaba de ella.

—Te deseo, no te imaginas cuánto.

Vio la derrota en sus ojos, Lucas apoyó su frente contra la de ella y aferró las manos en su cintura.

—Lucas...

Repitió el beso, pero era de otra intensidad. Suave, lento, sin prisa. Como si tuviera todo el tiempo del mundo y pudo apreciar cómo se contenía. Sus ojos estaban vidriosos de pasión cuando se separó de ella y se alejó, sin mirar atrás. Su corazón bombeaba tan a prisa que tuvo que sentarse sobre la cama y necesitó un momento para saber qué era lo que había ocurrido.

Las risas del exterior la sacaron de dudas. Risas pero, de repente, silencio. Salió del camarote y, al subir, no vio a ninguno de los tres hombres en cubierta. Desconcertada, se acercó a estribor y vio a Alessio y a Andrew nadando uno junto al otro como si hicieran una competición. De repente sintió unos brazos que la agarraban por la cintura y otros por detrás de las rodillas. No podía ser otro que su futbolista particular. Rio al notar que la elevaba del suelo.

—Si yo tengo que mojarme las ganas, tú también, preciosa —dijo Lucas, sujetándola con fuerza sobre sus brazos y, antes de que pudiera darse cuenta, la lanzó por cubierta hacia el mar. Audrey escuchó su propio grito dentro del agua y tuvo que cerrar la boca para no tragar el salado elemento. Cuando fue dueña de sí, se impulsó con las piernas para salir a la superficie. Pero la camisola se le pegaba al cuerpo y le impedía nadar. Sintió que una mano la agarraba y presintió que Lucas la socorría.

—Me las pagarás, Hart —amenazó al salir a flote, presa de su agarre. Lucas la abrazó y, por cómo la miraba, supo que no podía enfadarse. Rodeó con las piernas el cuerpo del futbolista y, sujeta con ellas a su cintura, soltó las manos para retirarse bien el pelo de la cara.

—¿Cómo que Hart? —rio él.

—¿No es así como te llaman? Andrew me ha dicho que ese es el nombre que pone en tu camiseta.

Lucas asintió risueño y trató de hacerle una ahogadilla, pero Audrey fue más rápida y se la hizo ella primero. Durante unos minutos jugaron en el agua, a ver quién ahogaba a quién, mientras los otros dos hombres seguían con su competición particular. Lucas le explicó que era una apuesta lejana la que provocaba aquella competencia, que Andrew nunca conseguía batir la marca de Alessio.

De nuevo en el velero y ya con ropa seca, los cuatro se sentaron en cubierta en una zona con cojines. Lucas estaba muy pendiente de ella y la acomodó entre sus piernas para que se apoyara en su pecho.

—Dice Andrew que tienes una casa en Ciudadela —comentó Alessio—. ¿De verdad quieres venderla?

—¿Estás interesado?

—Personalmente no, pero podría ayudarte si quieres alquilarla a gente de la *jet*, gente como estos dos pijos de aquí —respondió con sarcasmo a la vez que señalaba a los hermanos Hart—. Es mejor negocio.

—¿Quieres decir? —preguntó curiosa.

—La propiedad siempre será tuya y podrías disfrutarla también.

—Pero se necesita mucho dinero para acondicionarla —repuso—. Además, estoy interesada en otra casa en Barcelona. Sería una por la otra.

—Podrías hacer una permuta —intervino Andrew—. Pero si quieres un socio yo me apunto, te ayudaría a convertir esa casa en un refugio para *esa gente de la jet*. —Con indiferencia hizo un gesto con la mano, como si hablara de otra gente.

—Si quiere un socio, seré yo —conjeturó Lucas en tono posesivo.

—Tú ya tienes a la chica —se mofó el hermano—. Los negocios déjamelos a mí.

—Si tan buen negocio es, ¿por qué no lo habéis hecho ya? —preguntó Audrey, un poco desconfiada, pero en realidad aquella frase dicha la había descolocado—. Parece que venís mucho a la isla, pero aquí no tenéis ninguna casa, ¿no?

—Tenemos tres —soltó Andrew condescendiente—. En Fornells, Mahón y Cala'n Bosch.

—En Fornells está la casa de mis padres, pero están de reformas, hacen una ampliación. Las otras están alquiladas —explicó Lucas—. Por eso la familia vinimos al Hotel. Este velero es de mi padre.

—¡Ah! —exclamó y añadió con vacilación—: Me pensaré lo de alquilar la casa. Mañana iré a ver cómo la ha dejado Narcís.

—No vayas sola —demandó Lucas ante la mirada de los otros dos—. ¿Puedes acompañarla, Alessio?

—Claro, tío, seré su guardaespaldas —respondió con una carcajada.

Andrew entonó la famosa canción de Whitney Houston, *I Will Always Love You*.

—No te tomes en serio el papel, ¿eh? —advirtió ante las risas de los demás—. Andy, deja de hacer el capullo y llévanos a puerto —pidió al final Lucas.

Audrey quedó con Alessio en que iría a recogerla al día siguiente, por la tarde, para ir a su finca. Solo el hecho de nombrar un espacio temporal hizo que su corazón se agitara. Lucas ya se habría marchado. Había empezado la cuenta atrás.

Llegaron a puerto a media tarde; Lucas y Audrey se despidieron de los otros y regresaron al hotel, envueltos en una bruma de tensión sexual no resuelta.

En el hotel, Audrey se empeñó en ir a su habitación, él insistió en la suya. Ganó él, pero ella lo obligó a esperar hasta que no recogió, de su cuarto, algunas cosas que necesitaba para aquella última noche.

Al entrar en la suite del futbolista perdieron el control y, sin importar quién de los dos se abalanzó primero hacia el otro, se besaron con una pasión desbordada. Audrey sintió que su cuerpo tenía vida propia, se pegó al de Lucas y se dejó llevar por lo que su mente había reprimido durante el paseo en el velero.

—Audrey... ¿Qué me estás haciendo?

—Quiero volverte adicto a mí, para que me eches de menos cuando estés lejos —respondió sin pensar, embriagada como estaba. Al darse cuenta de sus palabras quiso que la tierra se la tragara, ¿se había roto la conexión entre su boca y su cerebro? Quizás se le habían fundido las neuronas con el sol, pensó con amargura. No podía mostrar sus sentimientos, ni exponerse de aquella manera. Sin embargo, el susurro de él sobre su cuello la noqueó.

—Lo estás consiguiendo...

El ruido del teléfono de Lucas rompió el hechizo. Audrey lo dejó en la sala mientras atendía la llamada y, con la excusa de una ducha, se metió en el baño. Necesitaba espacio, un momento en el

que centrar su corazón. No quería llorar, pero tuvo que esforzarse en contener las lágrimas que pugnaban por salir. ¡Qué mala suerte tenía! Se había enamorado de un imposible. Había conocido a un hombre maravilloso y lo perdía a los tres días. Quizás, si él no hubiera sido tan encantador, ella no habría caído en su red, conjeturó. Cuando se marchara no volverían a verse, nunca más, su nube se pincharía y regresaría a su realidad. Él la olvidaría nada más abandonar el hotel, aunque ella iba a recordarlo el resto de su vida. Dejó que el agua, casi fría, empapara bien su cabeza, que se deslizara por su cabello hasta su cuerpo y refrescara su mente y su corazón. Se obligó a alejar aquellos pensamientos. Se había prometido no estar triste.

De repente, la puerta de la mampara se abrió y entró Lucas, con una sonrisa pícaro dibujada en la cara y un «ahora no te escapas» en los labios.

Y no pudo escaparse porque él la alzó y la encajó en su cadera para introducirse en ella. Fue rápido, fue intenso, fue brutal, pensó Audrey al jadear junto a su oído y sentir el corazón del futbolista bombardearle en el pecho pegado al suyo a la vez que murmuraba.

—¡Qué ganas te tenía!

Entre risas y roces se enjabonaron el uno al otro. Se ponían cardíacos en un prelude de pasión. Precisaban aplacar sus impulsos o acabarían haciéndolo otra vez y le preocupaba que él no respondiera y se frustrara. Lucas debió intuir que debía poner freno porque, en un alarde por generarle expectación o para posponer lo inevitable, con una mueca de suficiencia, le propuso lavarle el pelo. Lo hizo con esmero. Audrey pudo sentir en su cuero cabelludo la sensualidad de cada caricia que le hacía con las yemas de los dedos. Era delicioso. Cuando estuvo satisfecho la aclaró e intuyó que era un momento íntimo y cómplice entre los dos.

Al salir del reducido espacio se secaron frente a frente. Ella se enrolló el cuerpo con una toalla mullida y blanca. Él rodeó su cintura con otra y quiso peinarla. Frente al espejo parecían una de esas parejas de novela en un momento cargado de erotismo. Audrey no quería pensar, no quería, pero no podía dejar de hacerlo. Lucas iba a arrasarse con ella como un incendio en monte bajo. Necesitó controlar algo y le cogió el peine de las manos y lo abandonó sobre la encimera al girarse hacia él. Había deseo en los ojos del futbolista. Lo peinó con sus propios dedos. Cuando acabó se separó de él y bromeó.

—Hala, ya estamos limpios.

—¿Tienes hambre? —preguntó Lucas con una sonrisa—. Porque yo tengo mucha.

La miró travieso y por su tono de voz creyó que no se refería a comida. Aunque quizás era su mente que la engañaba.

—Pediremos algo al servicio de habitaciones. —Se encogió de hombros. El hambre que la apremiaba a ella era de otra cosa. Salió del baño detrás de él—. ¿Te importa que cenemos aquí?

—No, solo tenemos esta noche y no quiero compartirte con nadie —dijo sincera.

—Yo tampoco.

Audrey se acercó hacia las cosas que había traído, pero Lucas la tomó por la cintura y la retuvo. Ahuecó la mano en su rostro y con el pulgar repasó sus labios, ella no pudo evitar

mordérselos. Era deseo puro lo que sentía por sus venas. Se miraron a los ojos y él la besó con tanta pasión que se dejó llevar. Con fuerza, Lucas, la sujetó por las caderas y la alzó, sin separar su boca de la de ella. Audrey rodeó su cintura con las piernas, a la vez que sentía que él se movía y no tuvo duda de que en unos segundos iban a caer sobre el lecho y ya no podrían parar.

Las toallas habían caído en algún lugar, quizás en el momento de tumbarse en la cama, antes de que la pasión los atrapase. Pero tenía miedo, miedo a que él no pudiera hacerlo, miedo a sentir demasiado, miedo al adiós.

—Lucas...

—Sé que puedo —respondió él, como si hubiera leído su pensamiento—. Sígueme, Audrey, te siento lejos.

—Es que... mañana...

—No pienses en mañana, quíereme hoy.

No necesitó otras palabras para entregarse. Sintió su boca descender por sus pechos, rodearlos y jugar con su lengua traviesa y ávida de ellos; luego, cuando pareció saciarse de la blanca carne, Lucas descendió por su torso hasta llegar a su sexo y apoderarse de él. Audrey no pudo evitar soltar un hondo gemido al notarlo allí, en aquel lugar tan íntimo, con tantas ansias de complacerla. Se sentía desinhibida, expuesta y deseosa de que tomara de ella todo lo que quisiera.

Estaba perdida en una nube de excitación cuando lo sintió dentro de ella. Rodaron por la cama en un torbellino de pasión. Él la colocó encima y ella se inclinó para quedar sentada y poder moverse con libertad e ímpetu. El frenesí los había cautivado, todo lo que habían reprimido durante el día salió en forma de desenfreno. Quizás nunca lo había hecho así, de una forma tan intensa, con tanto en juego. Podía sentirlo duro, fuerte en su interior, dándole todo, a la vez que, con palabras susurradas, en voz tensa, le decía lo que le gustaba. Audrey iba a flaquear, le faltaba energía para seguir su ritmo. Él debió adivinarlo porque con un rápido movimiento la colocó bajo su cuerpo y la embistió despiadado. Lo siguió tratando de no desfallecer, así muriera en el intento, pero aquel polvo iba a recordarlo mientras viviera, era lo único que se iba a llevar de él.

—Es-Estás cansada...

—No... sigue...

Se apoderó de su boca y renovó su brío. El ardor que vio en los ojos del jugador era contagioso. El placer, la excitación, el anhelo que sentía era lava por sus venas, pero al cernirse de nuevo el cuerpo masculino sobre el suyo vislumbró que una lágrima se le escapaba de los ojos a Lucas; sin embargo, seguía con el mismo frenesí en sus envites. Intuyó que se sentía liberado. Ninguna de las veces anteriores había aguantado tanto como aquella vez. No había contención en sus gestos, ni frustración en su rostro, solo tensión y la fogosidad del momento. Sintió que la seguridad invadía al futbolista; sus manos volaban por su cuerpo en caricias ardientes que incendiaban cada poro de su piel. Los gemidos lo llenaban todo.

—Audrey, suéltate... —gritó él en un momento de abandono.

Aquella demanda fue como un revulsivo, su cuerpo se arqueó cuando ya el latigazo del placer

llegó a sus entrañas y no pudo retener el orgasmo que la atravesó y la dejó temblorosa.

Con un hondo quejido, Lucas se vertió en ella, con su nombre en los labios y algo más que no fue capaz de discernir.

Durante unos segundos ni siquiera se atrevió a mirarlo, temía que pudiera leer en su cara sus sentimientos. Necesitó un instante para ser dueña de sí misma.

—Ha sido increíble —confesó, risueño, mirándola a los ojos—. Tú eres increíble.

—Y tú eres un dios del sexo, ha sido el mejor polvo de mi vida —bromeó ella, como defensa a lo que sentía ante aquella alabanza.

Lucas salió de ella y rodó hacia un lado de la cama para quitarle el peso de su cuerpo. Se acomodó a su lado, con la cabeza apoyada en su pecho, como si fuera un niño pequeño que buscaba consuelo. Audrey pasó un brazo por encima de él y le acarició despacio el pelo. Era fino, aún estaba húmedo y enredó sus dedos en él. Se habían quedado sin palabras, pensó Audrey. Con pudor, trató de tapar su cuerpo con la sábana que tenía revuelta bajo ella y dejó las piernas al aire.

—¿Estás bien? —inquirió Lucas.

—Sí, eres... —No supo qué decir, así que lo echó por el camino del humor y lo alabó con una sonrisa traviesa—. Eres muy bueno en el sexo. No debes dudar cuando estés con una mujer. Tu problema... creo que se ha resuelto.

Lucas acarició su vientre sobre la sábana y la miró risueño.

—Cuando esté con otra mujer —repitió sus palabras—, será en ti en quien piense.

—No lo hagas, por favor. Debes centrarte en la persona que tengas a tu lado —respondió con sequedad—. A las mujeres nos gusta sentirnos únicas y especiales para el hombre con el que estamos.

El silencio se cernió sobre ellos como un compañero incómodo.

Para salir de la situación, Audrey se levantó, como si aquello que habían dicho no le afectara. Fue al baño y se aseó un poco, al salir Lucas ocupó su lugar. Cogió la ropa que había traído. Quizás se había venido arriba, con las prisas había sacado del armario un vestido que aún no había estrenado, nunca había encontrado la ocasión. Siempre lo había visto demasiado escotado y corto; aunque Ali solía decirle que era una antigua si pensaba así. Para su amiga era el modelo perfecto para una cita. Ni demasiado atrevido, ni muy recatado. Desde el baño un sonido la sacó de sus pensamientos. Era el ruido de una maquinilla de afeitar e intuyó que él también se estaba acicalando. Echó otro vistazo al vestido y pensó que aquella iba a ser la ocasión perfecta. «¡Qué narices! No seas remilgada después de este súper polvo que te ha quitado todas las telarañas que tenías desde que perdiste la virginidad», se rio de sí misma.

Quería lucir bonita y también sorprenderlo, así que se armó de valor. A medida que se vestía un cosquilleo recorría su cuerpo. Iba a darle una sorpresa.

Cuando Lucas salió del baño parecía que se había vuelto a duchar, iba tal como su madre lo trajo al mundo. Era un provocador.

—Te has vestido, preciosa —murmuró y le pareció decepcionado.

—Aunque sea nuestra última noche me gustaría estar presentable.

—Con ropa o sin ella, tú siempre estás presentable —contestó, y se acercó para colocarle un mechón detrás de la oreja—. Y, por favor, no repitas más eso de que es nuestra última noche, siento que te abandono y...

—Tienes razón, me pediste tres días, ni uno más.

Lucas hizo una mueca que le indicó que su comentario no le había gustado, pero el timbre de su teléfono la salvó de seguir aquella conversación incómoda. Lo buscó rastreando el sonido y lo halló sobre una mesita cerca del ventanal que daba a la terraza. Al ver que era Ali le anunció por mímica que salía a la terraza para hablar con su amiga.

—Hola, guapa. ¿Cómo estás? —le preguntó con alegría.

—¿Cómo estás tú? Debería preguntarte yo —respondió Alina, con burla.

Desde la tranquilidad que le daba la distancia y el exterior de la habitación, que le aseguraba que Lucas no podía escucharla, le hizo un breve resumen de la situación que vivía y le restó toda la emoción que pudo al momento de la despedida. Necesitaba soltarlo para que la angustia no la engullera. Su amiga la atendió en silencio, y algo pasmada, al confesarle que había conocido a un futbolista y había estado con él aquellos tres días.

—¿Hay alguien ahí, contigo?

—No, estoy sola en la terraza, Lucas está dentro... vamos a cenar.

—Entonces... —Audrey intuyó que detrás de la calma que aparentaban aquellas palabras vendría un grito y no quedó defraudada al escucharlo, tuvo que retirarse el teléfono de la oreja—. ¡¿Te crees que me he caído de un árbol?! Te conozco. Ya lo estás soltando, todo.

—Ali, se va mañana y no volveré a verlo.

—Te dije que te dieras una alegría, que pusieras distancia, no que pensaras en matrimonio. —Le dolió el sarcasmo, pero Alina tenía razón. La había animado a enrollarse con un hombre, no a enamorarse.

—Soy tonta, lo sé, pero es que es tan... tan dulce, amable y atento conmigo. Cuando me toca me deshago —contestó, y bajó la voz por si él pudiera escucharla—. Sé que no debería pensar esas cosas, se va y no volveré a verlo, pero es que, Ali, me había hecho ilusiones de que no fuera una simple aventura de verano.

—Claro, y que sea una estrella famosa del fútbol no tiene que ver —contraatacó y el comentario la molestó.

—¿Crees que es por eso por lo que me gusta? —inquirió, dolida—. Creí que me conocías y no me juzgarías.

—No te juzgo, Audrey. Te conozco y sé que no es eso, pero debe estar rodeado de gente que es lo primero o lo único que vean. Para él eres una más.

—Ya sé que soy una más. Me he enamorado como una tonta y sé que se marchará y no volveré a verlo. Se olvidará de mí, pero no me arrepiento de nada de lo que he vivido estos días —respondió, convencida—. Aunque cuando llegue a Barcelona esté llorando el resto del año.

—Pero cariño, ¿qué esperabas?

—Lo sé, lo sé... pero no sé cómo ha ocurrido. Es tan poco tiempo.

—Ya. Te lo dicen y no lo crees, ¿verdad? —Ali hizo un silencio y después cambió el tono de voz como si quisiera darle ánimos—. Bueno, mira Bisbal. La Tablada se lo llevó al huerto y tuvieron una hija, aunque se les acabó el amor, pero hay algún actor americano que después de tres hijos aún les dura.

—Estoy hecha un lío, Alina.

—Pues tendrás que hacer algo —le aconsejó—. Te bajas de la nube en la que te has subido o le dices lo que sientes y que haga con esa información lo que quiera. Por lo menos habrás sido sincera, contigo y con él.

—Él no cree en el amor.

—Tú hace una semana, tampoco.

Audrey se puso en alerta, le pareció oír ruido cerca del ventanal, miró asustada, pero no percibió a nadie tras las cortinas. Sabedora de que estaba hablando demasiado en el lugar menos adecuado, cambió de tema. Le explicó que había ido a su casa y que encontró al impresentable de su ex cuñado, le habló también de los proyectos que tenía si no vendía. A Ali le gustó aquella idea y le propuso pasar allí una semana después de su viaje a las islas griegas. Le pareció un plan genial, sería una excelente manera de cerrar aquella etapa de su vida.

Tras despedirse de su amiga entró en la habitación con un nudo en el estómago. Dudaba de si él la habría escuchado, algo le decía que sí. Sin embargo, lo encontró en su vestidor. Se había puesto unos pantalones blancos con una camisa azul, muy claro, que se había remangado. Lo miró en busca de algún indicio de reproche, pero no lo encontró, si la había oído no lo demostró.

—¿Cómo estoy, preciosa? ¿Te gusta?

Asintió, estaba muy guapo.

A los pocos minutos les trajeron la cena. La sirvieron en la terraza, a petición del futbolista. Junto al succulento plato, *suquet* de rape y ostras, había una botella de cava. Lucas se apresuró a abrirla y sirvió dos copas, le ofreció una.

—Porque se cumplan tus deseos —murmuró Lucas a modo de brindis.

—Porque se cumplan los tuyos —respondió.

Se contemplaron por encima de las copas al beber. Audrey notó el líquido entrar frío por su garganta y el gusto que le dejó en la boca le gustó mucho. Estaba delicioso. Miró atrevida la botella dentro de la cubitera. Sonrió al ver la marca.

—No pensarías que iba a brindar contigo con cualquier cosa. Con un buen champán francés se acierta, siempre —presumió Lucas a la vez que estiró la mano para que se la cogiera—. Deja de pensar en mañana, yo procuro no hacerlo, cenemos y después hagamos que sea inolvidable este momento.

Cenaron comentándose cosas de sus vidas, como si fuera lo más normal del mundo, pero tras una larga parrafada de él, Audrey no supo qué más añadir. No tenía sentido explicarle nada; sin

embargo, le gustaba escuchar sus planes de futuro. Lucas tenía muchas ideas y no sabía por cuál decidirse.

—Te has quedado muy callada.

—Es que parece que no tenemos mucho en común. A ti te gusta hablar de fútbol y yo no tengo idea de nada —le expuso a la vez que hizo una mueca como si fuera obvio lo que hablaba.

—A veces es mejor no tener nada en común —respondió y luego añadió divertido —: Verás, voy a explicártelo de forma sencilla.

Lucas retiró los platos de la mesa en la que habían cenado y los dejó sobre otra auxiliar, luego colocó unos cubiertos, imitando dos porterías, una a cada extremo de la mesa; uno en su lado, otra en el de ella y retiró la chapa del corcho del champán.

—Se trata de dos equipos contrarios, enfrentados como si de una batalla se tratara. En cada uno hay once jugadores y se enfrentan en un campo, a cada extremo hay una portería. —Señaló el espacio marcado por los cubiertos y distintos puntos, que representaban a jugadores—. El terreno donde tiene lugar el encuentro es de césped y para controlar que haya deportividad, y se cumplan las normas, un árbitro regula la contienda, luego están los *liniers*. Pero bueno, para centrarnos, lo que debes saber es que la máxima autoridad sobre el césped es el árbitro —explicó muy serio, Audrey lo miraba muy interesada, como si estuviera desvelándole la aplicación de la fórmula de la relatividad—. El balón se pone en juego —lanzó la chapa al mantel y le dio un empujoncito con su dedo índice haciendo palanca con el pulgar—, los jugadores de ambos equipos tratan de hacerse con la pelota para marcar en la portería contraria —empujó la chapita y la coló entre los cubiertos que ella tenía frente a sí—. El equipo que meta más goles en la portería contraria, durante el tiempo que dura el partido, gana. ¿Lo has entendido?

—Interesante —asintió, muy concentrada y seria—. Creo que empiezo a entender por qué medio mundo está abducido por esta incógnita. ¿Quién será el ganador? En el fondo es una lucha de gladiadores, pero sin leones, ni muertos.

Lucas rio con ganas ante la seriedad que ella había impregnado a sus palabras.

—Y tú... ¿Cuántos goles has metido en esta temporada?

—No he jugado mucho, la lesión me apartó del campo, pero tengo buena media, he metido dos.

—¿Buena media? Yo diría que son bastante pocos.

Lucas se levantó y preparó un bol con fruta cortada que habían traído con la cena. Se dirigió a los sofás y estiró la mano para que la tomase y se sentara con él.

—¿Así que son bastante pocos? —Metió un trozo de piña en la boca de Audrey y ella sintió que había cambiado la temperatura de su cuerpo; la masticó despacio, percibiendo el ácido sabor mezclado con el deseo que había despertado en ella con aquel gesto—. Preciosa, mi función no es marcar goles, más bien defender que los otros no los metan, pero si veo la oportunidad, subo hasta la portería contraria y... ¡sorpresa! Nadie me espera.

Ella seleccionó un trozo de sandía del recipiente e hizo lo que él había hecho con ella, se lo ofreció y luego chupó su propio dedo sin dejar de mirar a Lucas. Observó que, al morderlo, una

pequeña gota de líquido se vertió de la comisura de su labio. Atrevida, acercó su cara a la de él y con su lengua recogió el líquido, repitió la operación con otro trocito de sandía y volvió a pasear su lengua por los labios masculinos. Aquel gesto debió poner cardiaco al futbolista, porque la agarró por las nalgas y la sentó a horcajadas sobre él. Mientras Audrey se dedicó a darle pequeños trocitos de fruta, y comer algunos, él acariciaba su muslo en una clara intención que ganaba terreno bajo la falda de su vestido.

—Esto sí que es una sorpresa... Vas a matarme.

Su mano había descubierto que iba sin ropa interior.

—Creo que no voy a olvidarme nunca de lo especial que me has hecho sentir —murmuró Lucas—. Nunca he deseado tanto a una mujer como a ti, quiero que lo sepas. Conociste a un hombre desvalido y me has devuelto el deseo y las ganas. Estoy en deuda contigo. Si me pides algo haré lo que pueda por dártelo.

Audrey se quedó tonta al escucharlo y el filtro de su cerebro y su boca debió fundirse, porque de nuevo dijo algo inapropiado.

—Quédate conmigo.

Lucas la miró absorto, como si quisiera aprenderse todos los matices de su cara y en un susurro, obviando sus palabras, la avisó.

—Voy a hacerte el amor, Audrey López, porque es lo que más deseo en estos momentos.

Y así, sin más, le quitó el vestido y le hizo el amor en los mullidos cojines del sofá en la terraza del ático del hotel.

Después del apasionado encuentro entraron en la habitación y tras una ducha muy casta se metieron en la cama. Estaban saciados y cansados. Sin embargo, era pronto para dormirse. Audrey pensó que podría pasar toda la noche despierta, aunque solo fuera observándolo. Lucas se apoyó en el cabecero y tiró de ella hasta que se acurrucó en su pecho. Audrey pudo escuchar los latidos de su corazón bombear agitado, quizás los suyos también iban igual de desbocados.

—Creo que tenerte así me estremece el alma. Desde el día que nos conocimos me siento raro.

Audrey no podía seguir por aquel camino; no quería que su cerebro se cortocircuitara y se le escapara lo que pretendía esconder en el fondo de su corazón. Soltó con una pizca de humor.

—Hart, prohibido enamorarse.

—¿Seguro, preciosa? Yo no podría darte lo que quieres —confesó con un tono de voz que le hizo pensar que había escuchado su conversación telefónica. ¡Maldita fuera! ¡Cómo había sido tan tonta de decir aquellas cosas allí, tan cerca de él? Sonrió avergonzada y pensó que él no se daba cuenta de cuánto daño le hacían sus comentarios—: Aunque, bien pensado, ya que me has hecho un gran favor y me has demostrado que puedo estar con una mujer te concedo un deseo. Pídeme lo que quieras por esa boquita de fresa.

Orgullosa, le contestó que el favor se lo había hecho él, ya no parecería oxidada al estar con otro hombre. Lucas la miró muy serio, con una mueca que empezaba a conocer y, para salir airosa y dejar atrás aquella conversación, soltó divertida.

—Si puedo pedir lo que quiera no voy a reprimirme. Prepárate, Hart. Quiero tu camiseta preferida.

—¿Preciosa, me pides mi camiseta preferida pudiendo escoger lo que sea de mí? —bromeó y la acercó más a él—. Dinero, joyas, entradas de fútbol, tus cinco minutos de fama...

—Tu camiseta, *precioso*.

—No sé, tendré que pensarlo. Es una decisión difícil. ¿De verdad no prefieres otra cosa?

No supo si es que trataba de darle algo material y debía sentirse ofendida, pero entonces, por cómo la miró, supo que estaba de broma. Sin embargo, una idea había cruzado por su cabeza y tiró de ella.

—Está bien, quédate esa camiseta. Pero ¿puedo hacerte una pregunta personal a cambio?

—Todas las preguntas son personales, tal vez no quiera responder.

—¿Qué te pasó? —Lucas la miró con cara tensa, como si hubiera metido el dedo en la llaga—. ¿Qué te pasó con Gisela?

Se levantó de pronto y se separó de ella.

—Dices cosas que me confunden. Creo que te pasó algo que te marcó y te dejó...

—¿Impotente? ¿Crees que fue por algo con ella?

—Sé que nunca has puesto afecto en tus relaciones y eso te ha pasado factura, pero creo que hay algo más.

—¿Quieres saber si soy gay o bisexual?

Audrey pudo sentir la amargura de aquella conjetura. No quiso presionarlo, no quería que los últimos momentos que estuvieran juntos se llenaran de dolor o que acabara diciéndole algo que la destrozara por dentro.

Se acomodó en los almohadones, preparándose para dormir. Él se mantenía en silencio, absorto en sus pensamientos. Cuando ya pensaba que él no diría ni siquiera buenas noches comenzó a hablar.

—Gisela quería una relación abierta, más liberal. Estaba obsesionada en ser tres... —Hizo una pausa y continuó—. Acabé accediendo, pero puse unas condiciones, unas pequeñas normas que ella se saltó. Preparó una cita en un club, el Nirvana. Yo pensé que nos íbamos a reunir con otra mujer, pero mi primera sorpresa fue que no era una chica sino un tío. Me negué, pero ella dijo que era libre de marcharme y me quedé. ¡Me quedé! Y aún me pregunto por qué.

—No querías perderla —dijo, a modo de consuelo.

—Quizás, no sé... Ya puedes imaginar qué pasó, no hace falta ser muy explícito. La cosa se animó bastante. Creí que ella quería que la viera con otro y metido en faena esa imagen era hasta excitante. Al principio éramos los dos para ella, pero en un momento en que yo se lo hacía con la boca, sentí que me masturbaba, me dejé llevar por ese placer, se lo metió en la boca, pero algo no iba bien. Yo... yo estaba con ella. De pronto... de pronto me di cuenta de que era aquel tío el que me tocaba, sentí asco y... y...

—¿Tuviste un...?

Lucas la cortó con un gesto y se tapó la cara avergonzado. Ella trató de acercarse, pero también se lo impidió. Audrey se dio cuenta de cuánto sufría.

—Lucas, fue el resultado de la estimulación. No te atormentes.

—Es que... es que... ¿Y si me gustó? ¿Y si soy gay?

—Mira, si fueses gay no pasaría nada, ¿pero entonces cómo explicas lo que acabamos de hacer?

—Me convertí en medio hombre después. No podía estar con una mujer.

—Creo que eso era más un rechazo psicológico, no aceptabas lo que habías sentido.

—Sí, no lo dudo, pero lo peor es que rompimos porque ella no veía la relación como la veía yo. Al tiempo quiso volver, pero yo no. Trató de coaccionarme, dijo que estaba embarazada, la avisé de que pediría una prueba de paternidad y ella se ha dedicado a ir por las televisiones diciendo que la dejé embarazada. Cuando se sintió acorralada dijo que lo había perdido por el estrés. —Audrey pudo sentir la decepción y el dolor en su voz, estaba absorto en su discurso—. Ni siquiera sé si es cierto, si lo estuvo o no, si abortó de forma espontánea o no. Me lo creería todo, dudaba de que fuese mío por las prácticas que le empezaron a gustar. Pero ir por las televisiones de víctima le ha rendido bastante y mi imagen ha salido dañada. Sabe que yo nunca diré qué nos pasó para defenderme. Por eso te abordé de aquella manera, cuando creí que me grababas. No necesito escándalos en mi vida, que te cuelguen un hijo nunca se olvida y cada vez que haga algo, bueno o malo, siempre habrá alguien que pueda tirar de aquel hilo.

Lucas no la miró y Audrey necesitaba que la sintiera, que tuviera confianza en sí mismo, como había tenido aquella noche. Lo besó y acarició, no sabía qué hacer para que dejara de torturarse. De repente, él respondió a su beso de una forma apasionada y lo llevó al lugar que él le había enseñado, al mundo de los sentidos. Y así se acabó la conversación.

Capítulo 13

La despedida era más difícil y dura de lo que Audrey había pensado. Sentada en la cama, con su short y una camiseta de tirantes, lo observó recoger sus cosas. Quiso aparentar normalidad, pero estaba deseando que saliera por la puerta para derrumbarse. Después recogería sus propias cosas y abandonaría aquella habitación para no regresar jamás.

—Fue fácil hablar contigo, nunca hubiera imaginado que podría soltarlo así, de esa manera, y sentir que me sacaba una piedra del bolsillo, una que pesaba mucho —le había dicho nada más despertarse.

Le dio las gracias por escucharlo y ella lo agradeció, pero no era lo que quería oír. Como tampoco que le pidiera que le guardara el secreto. ¿Cómo podía decirle aquello? Estaba claro que no la conocía y en aquellos tres días no había aprendido nada de ella.

Escondió el dolor que asomaba a su corazón y lo miró risueña cuando salió del baño, vestido como un modelo de tejanos. Se levantó y se le acercó, le revolvió el pelo en un gesto cariñoso.

—Ha estado bien, ¿eh? —dijo él.

—Sí, genial... Puedo acompañarte si quieres. ¿Os llevo al aeropuerto?

Andrew había telefoneado hacía una hora, supuso que para asegurarse de que no se le pegaban las sábanas; incluso había tenido unas palabras para ella, lo que la hizo pensar que quizás no todo estaba perdido, que había un futuro, pero eso solo pasaba en su cabeza porque Lucas no decía nada.

—No, Andy tendrá un taxi esperándonos. —Sus miradas quedaron enganchadas y Lucas apoyó la frente en la suya—. Aunque no lo creas, se me hará difícil irme si te veo en el vestíbulo o en el aeropuerto. Prefiero decirte adiós aquí.

—De acuerdo, lo entiendo.

Lucas echó un último vistazo a la habitación, ya lo tenía todo recogido. De pronto posó su mirada en una cosa. Audrey miró hacia donde él observaba y vio su camiseta. La recogió y se acercó de nuevo a ella con la prenda en la mano. Hizo ademán de ponérsela, pero antes la besó en los labios. Su ternura se convirtió en pasión en décimas de segundos. Al cortar el beso le colocó la prenda por encima de la que llevaba. La contempló en silencio, un silencio doloroso para Audrey.

—Puedo darte lo que me pidas, pero tendrás que quererme fiel.

Dijo Lucas sosteniéndole la mirada. Audrey lo miró extrañada, medio alucinada, medio atontada.

—Eso dice la camiseta —explicó tenso.

—¿Y el ocho? —miró el dibujo, similar al tatuaje de su muñeca.

—Es un eslogan publicitario. Andrew lo inventó para mí. El ocho... soy yo —manifestó con una sonrisa—. Cuídala, ¿eh? No tengo otra.

—¿Tienes tu propia marca deportiva? —preguntó con asombro.

—No tanto como eso. Pero es una idea.

Se puso de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos.

—Hart, voy a echarte de menos, me hubiera gustado... —No, no iba a decirle nada de eso—. Bueno... que tengas buen viaje, dime algo cuando llegues. Si quieres, claro.

—Yo... Ha estado bien, ¿verdad? —preguntó de nuevo, y le pareció que estaba nervioso. Asintió con un nudo en la garganta y él sonrió. Era una sonrisa triste—. Tengo que irme, niña.

La besó con una pasión que Audrey no esperaba. Pero antes de que ella pudiera perderse en aquel beso él la soltó, cogió su maleta y se marchó sin mirar atrás.

Justo en el momento en que escuchó cómo la puerta se cerraba, Audrey rompió a llorar. Ni siquiera trató de evitarlo, las lágrimas corrieron por sus mejillas como ríos hacia el mar. Se tapó la cara con ambas manos y lloró desconsolada.

A pesar del dolor se sintió ridícula. Habían sido tres días maravillosos, quizás los mejores de su vida, pero le dolía la posibilidad perdida, creer que él la quería. ¿Cómo había podido ser tan tonta de pensar algo así?

Llevada por su propia pena se dejó caer sobre la cama. El ruido de la puerta al abrirse la alarmó, alguien entraba. Se incorporó tan rápido que pareció que un resorte imaginario la había alzado.

—Audrey...

Era Lucas que, con el rostro desencajado, corrió hacia ella, la abrazó y repartió besos por toda su cara, hasta que se apoderó de sus labios y se fundieron en un beso apasionado, como si hiciera días que no se veían.

—Pero...

—¿Qué te pasa, por qué lloras?

—Yo... es que soy un poco sentimental.

—Soy un cobarde —musitó y Audrey lo miró con cara de no entender nada. Él sujetó sus manos—. Quizás es una locura, pero yo... yo siento cosas y pienso que tú también. Has puesto mi vida del revés. No me sigues deslumbrada por lo que hago, ves al tipo que hay debajo de la camiseta. Das normalidad a mi vida y creo... creo que me has curado. Ven conmigo. Ven conmigo a Alemania y descubramos qué son esas cosas. Porque tú sientes algo por mí ¿verdad?

—Por Dios, Lucas, claro. ¿Es que no ves la cara de tonta que tengo? —Volvieron a besarse y fue un beso cargado de promesas y deseos. Iría con él al fin del mundo, pero tenía que ser sensata,

no podía dejar colgada su vida por seguirlo. La parte racional que siempre la había dominado le pidió calma—. Pero tengo que tener los pies en la tierra. No puedo irme contigo, no así, por mucho que lo esté deseando.

—¿Dónde está el problema? —inquirió extrañado.

—Mi trabajo, mi familia. ¿Sigo?

—Deja el trabajo, conmigo no tendrás problema.

Lo miró con una mueca de desagrado.

—No me mires así, Audrey, conmigo ya sabes lo que te espera. Que eso no te eche para atrás, tú estás por encima de esas cosas. Y yo quiero dártelo todo.

—No voy a dejar que te ocupes de mí —alegó, y no le pasó desapercibido que el consultaba el reloj.

—No tengo tiempo, niña, no puedo perder el avión. —Puso cara de resignación, pero en sus ojos había otra luz más luminosa—. Te quiero conmigo, te necesito. Dame una promesa a la que agarrarme, dime que vendrás, todo lo demás ya lo iremos resolviendo.

—Tengo que ocuparme de unas cosas, pero en una semana puedo coger vacaciones, iba a irme con Alina a Grecia, hablaré con ella y cambiaré el viaje.

—Es una promesa.

Volvieron a besarse. El teléfono de Lucas sonó, pero él lo ignoró con un quejido. No quería separarse de él, pero se habían hecho una promesa y debía dejarlo partir. Lo acompañó a la puerta y descubrió que había dejado su maleta en mitad del pasillo del hotel. Se sintió muy feliz cuando la besó de nuevo, como si no hubiera un mañana; sin embargo, tenían un futuro lleno de esperanza. ¿Cómo podía cambiar tanto la vida en un minuto?

—Hablamos más tarde, cuando llegue... Una semana, niña, una semana.

Qué el la llamara «niña» le gustó. Estaba nervioso y se lo había repetido varias veces.

Cuando cerró la puerta detrás de él, se apoyó en ella y empezó a hiperventilar. Le costaba creer lo que acababa de pasar, incluso se pellizcó en el brazo como una tonta. Se sentía muy feliz, pero a la vez llena de miedo e incertidumbre. Los sueños podían esfumarse con demasiada rapidez. El pitido del móvil la sacó de sus pensamientos. Al cogerlo y abrir el mensaje vio que era Lucas.

Lucas: Ya te echo de menos. Se me va a hacer eterna esta semana.

Le envió un *Sticker* con un beso y reprimió soltar un montón de burradas y ñoñerías, ya se escribirían cuando él hubiera llegado.

Necesitó sentarse y poner en orden sus ideas, ya se arrepentía de no haberse liado la manta a la cabeza e irse con él. Pero la Audrey sensata tomó el control y estableció una lista de prioridades en su cabeza. Primero debía ir a su casa y resolver si Narcís se había marchado. Tenía dudas de si la vendía o alquilaba, pero aquel tema había pasado a un segundo nivel de importancia. Después buscaría un vuelo para adelantar su regreso a Barcelona; allí hablaría con sus padres, de Lucas y, con Alina sobre cambiar sus planes de verano. Seguro que su amiga ponía el grito en el cielo, pero también sabía que se alegraría cuando le explicara el motivo. La Audrey impulsiva le decía

que olvidara las prioridades y corriera al aeropuerto, aún tenía tiempo de coger un vuelo y seguirlo al fin del mundo.

—¡Basta! —se gritó en alto a sí misma—. Voy a hacerlo bien.

Sí, tenía que calmarse. Envío un mensaje a Alessio; él iba a acompañarla a su casa, por la tarde. Quería ganar tiempo y, quizás, podían ir por la mañana. Este contestó de inmediato, estaba ocupado, quedaron en ir como habían planeado, pero tan pronto cerró la conversación, decidió que no lo necesitaba para ir a su propiedad. Solo necesitaba un coche de alquiler. Así que cambió los planes sobre la marcha.

Encontró la verja semi entornada, como la vez anterior. Bajó del coche para abrirla y luego condujo hasta la casa. Antes de entrar en ella, merodeó por el jardín; lo imaginó con muebles como los del hotel, con zona *chill out*. Se acercó a la piscina y dio un rodeo. Era un lugar precioso, lo observó todo con otros ojos. Podría sacarle mucho rendimiento.

Algo llamó su atención, se dirigió a ver unas plantas. De repente sintió una especie de zumbido y algo impactó sobre su hombro, apenas le dio tiempo de girar sobre su cuerpo, un ardor intenso se expandió por la zona a la vez que de nuevo un silbido sordo pasó rozándole la sien. Se llevó una mano a la cabeza y la otra al hombro. Las piernas dejaron de sostenerla al ver el líquido viscoso y rojo en sus dedos. Se desplomó en el suelo, casi a la vez que alguien se le acercaba.

—¿La has matado? —preguntó una vocecita que no le era desconocida.

—Que se joda. Cógele las piernas.

—Ay, pichoncito, no quiero tocarla.

—¡Que la cojas! Ayúdame —gritó con rabia el hombre—. Y deshazte del bolso.

—Es de marca —alegó la mujer, como si eso justificara el no hacerlo.

—Narcís... —musitó Audrey, con voz apagada—. ¿Por qué me haces esto?

—Cállate zorra, ahora no pareces tan chulita.

Notó cómo le sujetaban por las piernas y las axilas sin poder impedirlo, se sintió muy débil de pronto. La movieron, quería oponer resistencia, pero no era capaz de nada. Pensó en Lucas, camino de Alemania, en sus padres, Alina, incluso en Alessio. Todos estaban ajenos a lo que le ocurría. No le había dicho a nadie que iría a la casa y, si era cierto lo que había escuchado, su bolso, y todo lo que contenía, estaría volando por el acantilado. ¿Qué pensaban hacer con ella? No quiso imaginarlo. El miedo le recorrió la espalda y la atravesó. Trató de zarandearse, quizás podía escapar de aquellos dos locos. Pero era inútil, la sujetaban con fuerza y ella se sentía cada vez más mareada, temía perder el sentido y no saber qué iban a hacer con ella.

Chilló con desesperación, pero lo único que consiguió fue una mirada de desprecio por parte de su ex cuñado. Sin mediar palabra, sintió que la soltaban, pero notó que su cuerpo flotaba en el aire, como si fuese una hoja, hasta que impactó contra algo fuerte y duro. El golpe la aturdió y, sin poder evitarlo, resbaló por un terreno escarpado, golpeándose con lo que encontraba a su paso,

hasta que un árbol la detuvo. Se agarró a él para evitar deslizarse más. No sabía en qué momento había cerrado los ojos y se atrevió a abrirlos, cuando estuvo segura de que el ruido de un motor le indicó que las personas que le habían hecho aquello se alejaban. Los cerró al instante. El mar rugía al fondo del precipicio. Gritó despavorida al ser consciente de dónde se encontraba. La habían tirado por el acantilado, un árbol y algunos arbustos de monte bajo detenían su caída.

Se despertó en una cama de hospital, pero el recuerdo vívido de la experiencia se representó en su mente con una claridad desgarradora, y su cuerpo empezó a convulsionar. Solo había podido ser consciente de que estaba unida a algunos cables, mediante una vía, y de que su madre y Alina cuchicheaban en el fondo de la habitación, cuando escuchó un grito.

—¡Ha despertado! —exclamó su amiga. Su madre llegó junto a ella de un salto, se le abrazó casi al mismo tiempo en que rompió a llorar.

—Por fin, Audrey —celebró su madre, emocionada—. Estábamos tan preocupados.

Las miró sin ser capaz de articular palabra. Tenía la garganta muy seca y le dolía, parecía como si hubiera tragado espinas.

—Sentirás molestias, has estado entubada, pero ayer te retiraron la respiración asistida. ¿Sabes qué te ha pasado? —Alina apretó su mano, la miró y notó que sus ojos se inundaban de agua —. Tranquila, ordena tus pensamientos.

—He ido a la casa y creo que me disparó y... y... Narcís y su novia me han tirado por el acantilado —soltó con angustia, entre lágrimas.

—¿Narcís?! —preguntó su madre en un grito—. Pero... ¿Por qué? Ay, Dios mío, ¡fue él!

Su amiga intentó calmarla. Audrey trataba de pensar, pero no podía.

—Y papá, ¿no ha venido?

—Se ha marchado hace un momento, tenía que ir al despacho. Voy a llamarlo, tiene que saber que has despertado. ¡Ay, Dios! Mi niña, pero ¿qué te ha hecho ese loco?

La mujer empezó a farfullar algo por teléfono, luego le puso el dispositivo al oído y Audrey pudo escuchar la voz de su padre. Estaba tenso, pero le habló con suavidad.

—Papá, ven por favor —lloriqueó.

Era lo único que fue capaz de decir.

Alina había avisado a enfermería y, al momento, varias personas entraron en la habitación, sacaron a las visitas y empezaron a tocar las máquinas y a bombardearla a preguntas. El médico, con aplomo y una lucecita en sus ojos, le preguntó si sabía dónde estaba y el día que era. Por la expresión de sus caras, Audrey se dio cuenta de que algo no iba bien, decían que era martes, pero aquello no podía ser.

Por inercia se dejó manipular por el personal sanitario. Le retiraron los cables que la conectaban a una máquina y un suero y le dejaron una vía abierta, en el dorso de la mano. La enfermera dijo que le harían una ecografía y que cuando estuviera en la planta de hospitalización,

donde iban a trasladarla, pasaría el médico a hablar de su estado. Apenas sentía nada, solo una gran angustia en el pecho. La espera le resultó larga, pero al fin la trasladaron a una habitación y, cuando dejaron entrar a alguien conocido, se sintió mejor y más segura

—¿Cuándo habéis llegado a Menorca? —preguntó a Alina

—Estás en el Clínico, en Barcelona. Estabas en cuidados intensivos y habían dejado que entráramos a verte cuando has despertado —contestó su amiga—. Tienes que ser fuerte, Audrey, vas a escuchar cosas que... pero lo importante es que estás bien.

—¿Qué cosas? —preguntó, y de repente Lucas apareció en su pensamiento—. ¿Y mi móvil?

—No sé, se perdió.

La angustia volvió a morderla. Lucas. Lucas la habría llamado y con seguridad no sabía qué le había ocurrido.

—¿Cómo voy a llamarlo?

—No te desesperes, en la nube tendrás todos tus contactos.

—No, no suelo usarla.

Alina la miró resignada.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —preguntó con vacilación. No le pasó desapercibido que su amiga se hacía la despistada—. ¿Alina? Nadie ha preguntado por mí. ¿Lucas?

—Audrey... —titubeó. La notaba tensa y supo que había algo que no sabía cómo decirle.

—¿No quiere saber de mí?

—No es eso... espera que vengan tus padres... Ellos, ellos te lo dirán.

La puerta se abrió y entró su madre que, llorosa, se le acercó y volvió a abrazarla. No fue capaz de descifrar su mirada.

—Dime, mamá, ¿qué ocurre? ¿Me pasa algo grave? —Movi6 las piernas por instinto.

—¿Grave? No cariño, no es grave —contestó y la cogió de la mano—. Pronto estarás en casa y te cuidaremos. Tuvieron que sedarte un poco, con anestesia, pero todo está bien.

Un médico y una nueva enfermera entraron y, como si fuese una película, Audrey escuchó que la habían llevado en helic6ptero a Barcelona, no sabían decirle cómo la habían encontrado. Le explicaron que sus heridas no eran significativas, pero sí los golpes que había recibido y la sangre que había perdido. Por eso había quedado inconsciente.

—Entonces no lo sabíamos, pero luego...

—¿Desde cuándo estoy aquí? —preguntó descolocada, necesitaba saberlo y cortó su discurso.

—¿No lo sabes? Llevas con nosotros un mes —respondió el facultativo con normalidad—. Ahora te llevarán a hacer una ecografía para ver cómo está el bebé. Te hemos monitorizado mucho, por precaución. Si todo marcha bien solo tendrás que cuidarte, tus heridas están casi curadas.

—¿Bebé? ¿Qué bebé?

—Audrey, estás embarazada —afirmó su madre sin soltarle la mano.

La angustia no le dio tregua y empezó a llorar desconsoladamente. ¿Embarazada? Pero si

tomaba pastillas. ¿En qué momento se las había olvidado? No fue capaz de recordarlo. En lo único que podía pensar era que llevaba un mes aislada del mundo y de que Lucas no sabía nada. Necesitaba llamarlo, pero ¿dónde? Sin su móvil no tenía el teléfono y no era capaz de acordarse de su número. Entonces se dio cuenta de que la única prueba de su relación estaba allí, en su maldito teléfono, en la tarjeta. Sus fotos, sus mensajes. Ahora no tenía nada. Se sintió al borde del abismo y de pronto una imagen cruzó su mente. La terrible idea de que en cualquier momento rodaría por la ladera de la montaña y caería al mar desde el acantilado. La angustia la desbordó.

—Cariño, no llores, si no quieres tenerlo, el doctor dice que...

Nunca en su vida había tenido algo tan claro. Ni siquiera lo dudó o pensó los pros y los contras. Era el hijo de Lucas, no sabía qué iba a suceder entre ellos dos, pero quería seguir adelante

—Sí, sí quiero tenerlo.

—Bueno, creo que son muchas emociones juntas. Descansa y luego vendrán a por ti. Pediré que te traigan líquido para ingerir —anunció el médico, y sin más salió de la habitación.

Se acurrucó y replegó contra sí misma, al ser consciente de todo lo que había ocurrido en unos segundos, en su mente, y en un mes de su vida; no fue capaz de detener las lágrimas. ¿Qué habría pensado Lucas? Él ocupaba todo su pensamiento, ni siquiera analizó el por qué estaba allí. Fue su madre la que la hizo darse cuenta de aquel detalle.

—Tenemos que poner la denuncia, Audrey; ahora, cuando venga tu padre llamaremos a la policía. ¿Estás segura de que fue Narcís?

—Sí, mamá, él y su novia me tiraron al barranco del acantilado y me dejaron para que muriese allí.

Verbalizarlo rompió sus defensas y entró en crisis de angustia. Trataron de calmarla, nunca había escuchado a su madre maldecir tanto a alguien, ni a su amiga secundarla con ahínco. Por suerte, la puerta se abrió de golpe y entró su padre con la cara llena de tensión, pero le otorgó la seguridad que no sentía minutos antes. Él la abrazó y la besó por toda la cara. Sus fuertes brazos la hicieron sentir en casa. Aunque durante unos instantes lo único que se escuchaba en la habitación eran los sollozos de todos.

Con dolor les relató lo sucedido, necesitaba sacárselo de dentro, no por decirlo desapareció la sensación que le oprimía el pecho, pero se sintió algo mejor. Les habló de Lucas, de su propuesta, de las promesas que se habían hecho.

—Por eso fui a la casa, quería adelantar mi viaje. No supe que me habían disparado hasta que escuché hablar a Narcís y a su novia.

Repitió la absurda y perversa conversación que aquellos dos habían tenido, mientras se proponían lanzarla al vacío. Alina lloraba en silencio y sus padres se mostraban contenidos. La sorprendió comprobar que estaban en modo abogado. Su padre grababa con el móvil todo lo que decía.

—Cariño, de momento con esto bastará —concluyó su padre—. Tendrás que repetirlo varias veces. Voy a llamar a un policía conocido para que vengan a tomarte declaración y poner la

denuncia.

—Espera, papá, ¿tú sabes quién me encontró? —preguntó con curiosidad.

No le pasó desapercibido el cruce de miradas entre sus padres, pero saberlo no podía ser peor que lo que su mente no dejaba de recordarle. Miró a Alina, con un ruego silencioso. Necesitaba quedarse a solas con su padre. Con una excusa trivial, su amiga consiguió llevarse a la mujer, quizás hacia la zona de *vending* del hospital.

—¿Qué no me habéis contado? —le preguntó al instante de quedarse a solas.

Su padre titubeó, pero fiel a la complicidad que siempre habían tenido, le habló sincero.

—Te encontró un forestal. Llevabas dos días en la montaña, no sé cómo sobreviviste, Audrey. —El hombre se sentó junto a ella y la abrazó; su voz estaba cargada de tensión y rabia—. Te divisaron desde un helicóptero que controlaba incendios. Pudieron saber quién eras porque en el hotel pusieron una denuncia por el coche de alquiler. Lo encontraron en la casa y lo asociaron contigo. Dicen que repetías un nombre. Llamabas a Lucas, hija.

—¡Lucas! Él no sabe lo que me ha ocurrido, ¿verdad? —inquirió en voz muy baja.

—No, cariño. No he querido hacer nada hasta que tú despertaras. El médico decía que cuando estuvieras preparada tu mente se despejaría —la informó. Audrey se sintió como la niña que fue, acurrucada entre sus brazos, y buscaba refugio tras una caída. El hombre siguió hablando, absorto en sus pensamientos—. Cuando nos dijeron que estabas embarazada no podíamos creerlo, con lo que habías pasado nos pareció un milagro. Pero debe ser fuerte ese nieto que me vas a dar, tan fuerte como tú, porque ahí está, agarrado a la vida.

Volvió la angustia, quizás era que no se había marchado. Llorar era lo único que podía hacer. Sentía dolor, rabia y temor por el futuro, pero los brazos de su padre le dieron la seguridad que necesitaba.

—Buscaremos a Lucas, si quieres. Y no descansaré hasta que ese criminal de Narcís pague por lo que te ha hecho.

—¿Podremos demostrarlo? —preguntó con vacilación y temor—. ¿Y si hay cosas que no recuerdo bien?

—La policía sabrá qué hacer.

Se quedaron en silencio. Audrey sollozaba entre los brazos de su padre, mientras él la sostenía con fuerza. El tiempo pasó sin que ninguno de los dos se moviera, hasta que la madre los interrumpió para ir a la comisaría. Alina se quedó con ella. No hizo falta que rellenara el silencio con palabras vanas, tan solo agarró su mano y eso le bastó a Audrey. Aquel gesto le transmitía que no estaba sola. Aunque necesitaba tiempo para digerir todo lo que le habían revelado; sin embargo, no era consciente de que precisaría días para asimilarlo.

Sus padres no se habían atrevido a contárselo todo de golpe, se ayudaron de los médicos para que estos le transmitieran el estado de su cuerpo. Era una especie de «milagro andante» le habían dicho, aunque andar, lo que se decía andar, le costaba un poco. Necesitaba tiempo para reponerse del todo y, a nivel psicológico, quizás necesitaría terapia; con suerte no le quedarían secuelas

traumáticas.

Audrey afrontó con entereza su nueva situación, pero esta, por novedosa, le generaba angustia cuando se detenía, más de la cuenta, a pensar en ella. Era lógico la dificultad de locomoción, después de todo un mes inmovilizada y, también, tener lagunas en sus recuerdos. Le habían dicho que era por el estrés sufrido; sin embargo, lo que de verdad le preocupaba eran sus piernas. No la sostenían. Aunque los médicos le habían augurado un buen pronóstico.

El neurólogo que la había visitado le explicó que tanto su cerebro, como su estado emocional, habían sufrido un gran impacto. Cuando la encontraron no estaba del todo inconsciente, pero al saberse segura, cayó desvanecida. También la ayudaron a quedarse en aquel estado de seminconsciencia. Sabían que cuando estuviera preparada para despertar, lo haría; aunque existía el riesgo de que no recordara lo que le había ocurrido. Pero se habían equivocado y, Audrey, lo lamentaba con amargura, ojalá no se acordara de nada del ataque que había sufrido. Así no reviviría, una y otra vez, aquella agonía de saber que podía morir en cualquier momento. Algunas veces, cuando cerraba los ojos, escuchaba las olas del mar a lo lejos, como un canto de sirena, que le anunciaba que pronto estaría con ellas. En esos momentos se quedaba muy quieta, como si todavía estuviera entre aquellos matojos, a merced de árbol que la retuvo.

De forma inconsciente la mano se le dirigió hacia el vientre y rozó la barriga. «Todo está en tu cabeza, Audrey. Estás sana y segura». Alina le había dicho que debía tener un ángel de la guarda en algún lugar, porque no dejó que cayera por el precipicio y le gustaba pensar que así había sido. Porque todo lo que le había ocurrido, desde que entró en la finca, presagiaba una desgracia.

Le habían explicado muchas cosas, las quiso saber todas, pero necesitó asumirlas con calma, algo que no siempre conseguía. Tras encontrarla la habían operado del hombro, con anestesia local. El proyectil había atravesado su cuerpo, por suerte sin astillar ningún hueso, aunque sí desgarró músculos y la herida de la cabeza, era superficial, pero había requerido curas. La bala había rozado su sien y quemado la zona. En su lugar le había quedado una herida que con el tiempo sanaría y quizás nadie notaría, aunque ella sabría que estaba allí, como señal de un suceso trágico y siempre le recordaría lo que le había ocurrido. Las marcas del cuerpo, si su cerebro no lo recordaba, serían la señal de que habían intentado matarla.

Su madre le había explicado que, a las dos semanas de estar en cuidados intensivos, alguien tuvo la idea de hacerle una prueba de embarazo. Se angustiaron al saber lo del bebé, por los estragos de su cuerpo, pero a la vez fue la gota de esperanza a la que se agarraron. Entre lágrimas le contó que dejaron en manos de la providencia si llegaba a término, dadas sus circunstancias. Los médicos y las enfermeras les habían asegurado que no sería la primera mujer en coma, y gestante, que lograba llegar hasta el final del embarazo sin secuelas para el bebé y sin consecuencias neurológicas para la madre. No tenía ningún órgano vital afectado, solo su cerebro necesitaba de un tiempo para recuperarse del estrés vivido.

Aceptaron al bebé como un regalo. El neurólogo se había encargado de controlar su actividad cerebral, era un misterio cuándo despertaría, aunque había tenido microdespertares en los que se

apreciaba un gran revuelo en su interior, a través de los rápidos movimientos de los ojos y, porque, al estar monitorizada, observaban que le subía el ritmo cardíaco de una forma preocupante. Su padre había solicitado que no le administrasen más fármacos de los necesarios y, por lo visto, tan solo con escuchar su voz, podía relajarse. Una ginecóloga se iba a encargar de controlar al bebé que se iba formando con algunas ecografías, para ver que todo estuviera correcto. Pero, por suerte, había despertado.

Cuando fue consciente de su situación, con toda su complejidad, pensó en la ironía del destino. Dudó de que si existía un dios no jugara a los dados. Su vida había dado un giro inesperado, como la trama de una novela de acción. Corría por iniciar una nueva etapa con un futbolista del que se había enamorado en tres días y, al parecer, él también de ella. Quería cerrar un capítulo del pasado para abrir un futuro. Pero sus planes trastocaban los de otro que se creyó con derecho sobre ella. Jamás habría pensado que su ex cuñado, aquel joven trasnochado y vago, pudiera ser tan cruel y mala persona. Se había deshecho de ella como si fuera una colilla que se tira sin mirar atrás.

Sus padres le comentaron que la denuncia contra Narcís estaba en marcha, aunque estaba en paradero desconocido. Confió en que su mala estrella le hiciera cometer algún error y pudieran encontrarlo. Solo así podría estar tranquila. Pero lo que más la inquietaba era pensar en Lucas. Se preguntaba si la habría buscado, otras veces se angustiaba al pensar qué habría pensado al no aparecer. Se animó con la idea de que al salir lo localizaría y le explicaría lo que le había pasado. Quizás estaba desesperado.

Pero no todo fue tan sencillo. Las pesadillas empezaron a aparecer casi a la vez que retomó la conciencia, el miedo a ellas la hizo evitar dormir y el problema se agravó. Solo la compañía de alguien permitió que se relajara y entonces el sueño la vencía. Su madre pidió al equipo médico que la visitara un psicólogo. Audrey se negó al principio, pero tuvo que reconocer que hablar con alguien que no se pusiera a llorar cada vez que ella decía cómo se sentía o que no le dijera lo que tenía que hacer, la ayudó. La tranquilizó desahogarse sobre los recuerdos negros que la asaltaban.

—Esos flashbacks del ataque son normales, con el tiempo desaparecerán —le informó el profesional, un psicólogo serio y enjuto, pero amable y que le transmitía paz cuando le hablaba—. Son producto de la ansiedad tan alta que tienes.

Le costó asimilar que lo que le ocurría era parecido al estrés postraumático que sufrían personas que habían vivido ataques terroristas o habían estado expuestas a situaciones de gran estrés emocional. Algo similar a lo que los soldados padecían cuando regresaban de la guerra, personas que perdían sus casas por un terremoto o habían sido violadas. Lo peor era que los síntomas podían durarle mucho tiempo y afectarle en otras áreas de su vida si no elaboraba y resolvía aquel conflicto emocional y psicológico. El cuerpo sanaría, le dijo, pero la mente quizás se quedaba atrapada en aquel dolor. Le aconsejó hacer terapia y no dudó en que la visitara cada dos días.

—Sé lo que me pasó, las imágenes de caer por la ladera me mortifican, pero no recuerdo pasar

allí dos días —confesó al segundo día al psicólogo.

—Pero tu inconsciente sí, de alguna manera te protege del horror.

La terapia psicológica no era lo único que la mantenía ocupada. Aunque Audrey hubiera preferido que la dejaran abandonarse en su pena más tiempo del que le permitían. Tuvo que hacer rehabilitación para reafirmar su masa corporal. El tiempo de inmovilidad la había perjudicado. La primera vez que se levantó de la cama se habría caído al suelo si no la hubieran sujetado. Tuvo la impresión de que no sabía andar. Un fisioterapeuta la ayudaba todos los días y la ponía en forma.

Pero el tiempo de hospitalización pasó y por fin, tras varias semanas, la dejaron salir del Clínico. Sin embargo, tuvo que olvidarse de ir a su propia casa, sus padres insistieron en que fuese a la de ellos. Quizás no era tan mala idea, tal vez aquello era un trámite para poder normalizar su vida.

Audrey había rogado a su padre que la mantuviera informada de todo lo que averiguaba, y se sintió satisfecha, a medias, cuando le dijo que Narcís seguía desaparecido, pero que habían detenido a la novia; esta había hecho un trato y confesó su participación. Nunca hubiera imaginado lo que escuchó, aunque después de lo que le había ocurrido ya no era tan incrédula y jamás volvería a dejarse llevar por la primera impresión que le causaba alguien.

—Todo fue para que no descubrieras la plantación de marihuana que tenían. Algo muy lucrativo que perdería si lo echabas de allí —había concluido su padre.

Tras varios días en casa de sus padres, Audrey sentía que la baja la carcomía; su jefe la había visitado y le dijo que no se preocupara y se tomara todo el tiempo que necesitara. Trataba de dormir, pero una idea le rondaba la mente y no dejaba de darle vueltas a algo. Con sigilo se levantó y fue hasta el despacho de su padre. Sin prender la luz encendió el ordenador y *bicheó* por internet el nombre de Lucas Hart. Al instante aparecieron un montón de entradas, buscó las últimas noticias y se mareó cuando empezó a leer. Se especulaba si seguiría en el Bayer o acabaría su carrera en el Atlético de Madrid, el club donde se formó, inició su carrera y tuvo sus primeros triunfos. Clicó sobre «imágenes», quería verlo, lo necesitaba. Una la impactó. Lucas estaba en la inauguración de una tienda de Hugo Boss y colgaba de su brazo una rubia. Sintió náuseas de golpe y tuvo que salir corriendo hacia el baño. Cuando volvió a la pantalla trató de adivinar su estado de ánimo. La fotografía era de hacía una semana y tuvo la impresión de que era una sonrisa que el futbolista tenía para la galería. Pero de repente se asustó cuando se reconoció en una instantánea; no se le veía bien la cara, la tapaba su melena. Se veía a Lucas en la cubierta del velero, la soltaba de sus brazos y ella estaba en el aire; segundos después de que la lanzara por la borda al agua.

¿Quién había captado aquella imagen? No se habían dado cuenta de que no estaban solos, quizás la habían hecho con un gran objetivo desde otra embarcación. Pero el susto fue mayor cuando se percató de otras fotografías: aquella primera que había hecho con su móvil. Se

horrizó al ver las otras: ella y Lucas, con caras sonrientes en la que la tomaba por los hombros y la otra, su foto, aquella que tenía un significado especial para ellos dos. Sintió que la angustia la atrapaba, se le secaba la boca y una opresión se adueñaba de su pecho. Era un conjunto de cuatro imágenes bajo el epígrafe: «¿Quién es la aventura de verano de Lucas Hart?».

«Por Dios, va a odiarme», se lamentó.

La luz del despacho se encendió y su padre entró en él con cara de censura.

—La curiosidad mató al gato —le dijo—. No quería que te enteraras así.

—¿Qué hacen aquí estas fotografías? Estaban en mi móvil —inquirió sin apartar la vista de la pantalla—. No creo que las haya colgado Lucas. Pero él sí habrá pensado que he sido yo, creará lo peor de mí, papá, me odiará —deploró, sin poder retener las lágrimas.

—No llores. Aunque no lo creas, para nosotros es bueno, porque estamos tras la pista de quién las ha publicado o vendido a la revista —admitió en modo abogado—. Si como dices estaban en tu móvil, puede ser una prueba que puede ayudarnos.

—Tengo que localizar a Lucas, necesito hablar con él, papá. Su padre tiene una editorial en Madrid, sería un punto de partida. —Era un sitio por donde no quería empezar, pero era el único que se le ocurrió, allí estaba Alex y podría ayudarla.

—Mañana, cariño. Lo haremos mañana. —Su padre apagó el ordenador y la hizo levantar—. También puedes hablar con su representante.

—¡Andrew! ¿Tienes el contacto?

—Google lo tiene todo.

La hizo reír con el comentario. Audrey se sintió como una niña cuando la acompañó a su habitación y besó su frente. Ansiosa, se acostó y revivió todos los momentos junto a Lucas. Sin darse cuenta acarició su barriga. ¿Cómo iba a decírselo? Pero no era eso lo que más la inquietaba, sino cómo él iba a tomárselo.

Capítulo 14

Estaba nerviosa al móvil, mientras esperaba el tono. Le había costado días y esfuerzo conseguir el número de teléfono. El contacto que salía en internet correspondía a un contestador automático en el que había dejado más de cinco mensajes. Como no había tenido respuesta, se atrevió a localizar a Alex. En la editorial Hartbook le comunicaron que estaba en una feria, pero la había atendido una empleada muy amable y charlatana. Con un poco de osadía y algunas mentiras piadosas y bien intencionadas consiguió de la secretaria el número de Andrew, el personal.

Uno, dos, tres... su voz alegre la recibió y el nudo que tenía en el estómago se apretó.

—Ho-hola, Andrew... Soy Audrey.

—¿Audrey? —preguntó extrañado e hizo un silencio. Tuvo la impresión de que comenzaba a moverse—. ¿En qué puedo ayudarte?

Su voz se había vuelto aséptica.

—Necesito hablar con Lucas.

—Un poco tarde, ¿no crees? —respondió con sarcasmo.

—Andrew, creí que podrías ayudarme. —Le tembló la voz y se dobló para no dar una imagen pésima. Se armó de valor, así no conseguiría nada—. Perdí mi teléfono, me...

—Nunca pensé que tú pudieras hacerle eso.

Audrey entendió que se refería a las fotografías de la prensa, pero también podía ser a que no había dado señales de vida. Se impacientó, ella solo quería, necesitaba, hablar con Lucas y la ansiedad le destrozaba el estómago.

—Andrew, yo nunca haría algo así... Es una larga historia, me ata... sufrí un accidente.

El silencio que hizo fue demasiado largo, no sabía si había cortado la llamada, pero de pronto el corazón se le paralizó al escucharlo decir:

—Lo encontrarás en el Hotel Palace, en Barcelona, mañana regresa a Madrid, está rodando un anuncio.

—Gracias, Andy...

—Audrey, yo no te he dicho nada —señaló—. Y no esperes un buen recibimiento.

Alina se había negado a que fuese sola, la convenció cuando le aseguró que la esperaría en el bar del hotel. Subió a la habitación que Andrew le había indicado en un mensaje. Templó sus nervios y picó con los nudillos en la puerta, el corazón se le iba a salir del pecho mientras

esperaba a que Lucas abriera. Cuando lo hizo tenía el móvil en la oreja. Al verla, su expresión mutó de la sorpresa a algo que no supo descifrar, quizás fastidio y cortó la llamada.

—Hola, Lucas...

El futbolista la observó durante unos segundos que le parecieron muy largos, no dijo nada, ni siquiera le ofreció entrar. Se impacientó y trató de leerle la expresión, parecía una tabla rasa. Cuando habló sus esperanzas se hicieron añicos.

—Qué... ¿Qué demonios quieres?

—Necesito hablar contigo.

—No he pedido compañía, no sé qué has venido a buscar.

La frase tuvo el efecto de una bofetada, una con la mano abierta, en la cara. Pero su dignidad se había batido en retirada e insistió en que la escuchara.

—Por favor. Es... es importante. —Dio un paso hacia delante y él se alejó, se apartó de ella. Audrey entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí.

—Voy a matar a Andrew cuando lo vea —espetó él con enfado—. ¿Has hablado con él?

No quería delatar a su hermano, pero sus ojos debieron confirmárselo. Lucas se pasó las manos por el pelo y lo arrastró hacia atrás a la vez que soltaba aire por la boca en un bufido lleno de tensión. Audrey se armó de valor y empezó a hablar.

—No-no pude...

—¿Cuánto te dieron? —le preguntó con rabia. Audrey se quedó descolocada, no esperaba aquella acusación, por lo menos no que fuera lo primero que le decía. La miró con ojos de hielo—. Di, ¿cuánto sacaste por vender aquel momento?

—Yo no he hecho lo que crees... déjame explicarte.

—Y yo no necesito que me expliques nada —admitió con sequedad, sus ojos la contemplaban con furia y alzó la voz—. ¿Es que no has sacado bastante? ¿Quieres más? Deja de llamar a mi familia, deja de buscarme. Una semana ¿recuerdas? Me dejaste sin explicación alguna, ahora llegas tarde.

—No me conoces, yo nunca haría algo que te perjudicara.

—Es verdad, no te conozco. Fueron tres días en los que estuve con alguien que se dejó follar como quise y mira, solucioné mi problema —expresó con socarronería, sus palabras le dolieron en el alma.

—He pasado por un infierno, deberías escucharme —suplicó.

—No. No quiero nada de ti. Me traicionaste —la acusó—. Pensé que tú eras diferente, pero me equivoqué. Me engañaste bien y casi te lo di todo. Quería dártelo todo, menudo idiota. Solo eres una calentapollas, como dijo aquel imbécil.

La rabia le llegó a los ojos y Audrey respondió a su ataque con ira.

—¡Eres un gilipollas! —le gritó a la cara a la vez que estampó su mano en ella. Lucas se frotó la mejilla y la observó con dureza.

—¡Será mejor que te vayas! —bramó y señaló la puerta—. Jamás he tratado mal a una mujer y

no quiero que tú puedas acusarme de tal cosa. Querías tus minutos de gloria y los tuviste, nada más obtendrás de mí.

—Yo, jamás... —Contuvo las ganas de vomitar que la atacaron y se enfrentó a la verdad. Lucas no quería saber de ella, la odiaba, o quizás ya se le habían pasado las ganas de estar con ella, tal vez nunca quiso hacerlo. No podía hacer nada para cambiar aquello, ni siquiera decirle lo del bebé. Pensaría lo peor de ella—. No sabes distinguir lo auténtico de la mierda.

Lo miró con desdén y se encaminó a la puerta. Pero su pregunta la detuvo.

—¿Qué es lo que vienes a buscar? ¿Quieres un polvo? Las mujeres como tú siempre vuelven a por más.

Lo enfrentó. Había desprecio en sus palabras. Así y todo, intuyó que estaba dolido y quiso intentar de nuevo poder llegar hasta él. Se tragó el orgullo y el dolor que le provocaba todo lo que le había dicho.

—Lucas, por favor, necesito explicarte. No me trates así, he venido porque te quiero, porque...

—¡Llegas tarde! —la cortó—. No quiero escucharte. Te has vendido como si fueras...

—Ni se te ocurra terminar la frase —exigió con dureza.

Lucas se rio con desprecio y fue como una segunda bofetada.

—¿Te gusta ir de digna? Creí que te necesitaba, que nunca volvería a ser el mismo. Por lo menos ahora a las mujeres que se me acercan las veo venir y reciben lo que buscan. ¿Quieres un polvo? Busca a Andrew, seguro que no le importa hacértelo, no sería la primera vez que se folla a alguna de mis mujeres. Y pobre de ti con lo que digas por las televisiones...

—Deja de decir estupideces y escúchame. Yo...

—Me importa una mierda lo que tengas que decirme ahora.

—Estás muy equivocado y si pudiera haría que te comieras tus palabras —lo cortó con la emoción en la voz.

Si había miradas que mataban la que se dedicaron sería una. Lo vio moverse por la habitación y supo que no tenía nada más que hacer. Ya estaba todo dicho.

—No quiero volver a verte. No llames más a mi familia, sal de mi vida —dijo con desdén, después de un silencio. Como si soltar aquellas palabras le hubiera dolido, aunque la rabia indicaba lo contrario.

Lo miró y se embedió de su imagen; por un momento creyó ver en sus ojos el mismo tormento que debían mostrar los suyos, pero Lucas Hart escondió rápido sus emociones y su mirada se volvió fría, distante. Era el fin de un sueño.

—Adiós, Lucas.

Lucas se dio media vuelta, después de mirarla de arriba abajo con desdén, como si nada hubiera existido entre ellos dos. Como si ni siquiera fuera digna de unos segundos de su tiempo, ni pudiera ocupar en ella uno solo de sus pensamientos. La ignoró de una manera que la hizo sentir miserable.

Toda la angustia que había reprimido se clavó como una daga por aquellas palabras. De sus

ojos brotaron unas lágrimas que se precipitó en retirar. No iba a dejar que la viera llorar. Aunque él se había volteado justo para no verla, la despreciaba. Audrey le dio la espalda también, y se dirigió a la salida. No iba a suplicar, ni a exigirle nada; no se podía hablar con quien no deseaba que se le hablara, ni siquiera escuchar. Cuando agarraba el pomo de la puerta él la llamó, pero no fue capaz de girarse, sabía que si lo hacía la poca dignidad que le quedaba se esfumaría y no podría retener las lágrimas que reprimía con ahínco. Se rompería en mil pedazos al mirarlo y no quería darle aquella satisfacción de verla destruida.

—Audrey, olvídate, porque yo ya te he olvidado.

Salió de la habitación sin mirar atrás.

Necesitó apoyarse con el hombro en la pared del pasillo y dar órdenes a sus piernas para que no se derrumbaran. Las arcadas la sorprendieron y vació su estómago en el macetero de un árbol de plástico. Corrió hacia el ascensor y salió del hotel en busca de aire que le insuflara un poco de vida.

Cuando la puerta se cerró, Lucas se sentó en el primer lugar que pudo. Con los codos hincados en las rodillas, y las manos enterradas en el pelo, escondió la cara, atormentado. Audrey se le había metido muy hondo, pero había sido tan alta su traición que no conseguía perdonarla. Ni siquiera había permitido que Andy la dejara en buen lugar y la justificara; no quería que nadie la defendiera. Ella había vendido su intimidad. Había aceptado aquel contrato publicitario en Barcelona con la idea de buscarla, pero luego no había sido capaz de hacerlo. ¿Por qué su hermano había interferido cuando le pidió que no lo hiciera? Iba a matarlo. Necesitó un momento para serenarse. ¡Qué guapa estaba la condenada! Tenía que aprender a blindar su corazón. Con Audrey en él nadie más conseguiría entrar. Se prometió sacársela de ahí a base de acostarse con otras mujeres, otros besos lo harían olvidar.

Se levantó con furia. Llamó a su hermano, sabía que esperaba en el bar del hotel. Tardó en responder.

—Quiero irme de aquí en unas horas —espetó cuando le contestó—. Encuentra un vuelo.

—¿Ya? ¿No puedes esperar? He conocido a alguien.

—Me importa una mierda, me voy contigo o sin ti.

Audrey pasó una semana deprimida. Las palabras de Lucas habían sido como un mazo que derrumbó su autoestima y su coraje. No tenía ganas de nada, apenas comía y gritaba a todo aquel que pretendía que se levantara de la cama. Fue su madre la que la sacó del estado lamentable en el que había entrado.

—El bebé tendrá problemas porque tú has decidido no cuidarte.

Con el alta médica definitiva decidió que podría regresar al trabajo. Tenía que romper aquel

círculo de autocompasión y reproche. No sería la primera mujer embarazada de la que el padre de su hijo no quería saber nada. El bebé iba a odiarla también si no se cuidaba más. El psicólogo le había dicho que debía normalizar su vida, pero cada vez que escuchaba aquella palabra recordaba que ella normalizaba la vida de Lucas.

Decidió establecer prioridades y eso pasaba por poner en venta la casa de Menorca. No pensaba volver por allí, jamás. Pidió ayuda a Alina. Iba a encargarse sola del bebé, y aunque tenía la ayuda incondicional de sus padres, incluso de Ali, no quería que nada le faltara y, quizás, podía hacer una oferta por la casa de la colina.

Fue entonces cuando Ali le dijo algo que llamó su atención. Su amiga era única.

—Sé que estás hecha una mierda —le había dicho, algo que subía su autoestima una barbaridad—, pero quiero decirte que el día que fuimos al hotel de Lucas conocí al hombre de mi vida.

Al principio creyó que era una broma para hacerla sonreír, pero no, su amiga le hablaba en serio. Le sonrió con cierta tristeza.

—Solo tu podías sacar algo bueno de un día tan malo.

Pero los planes no siempre salían bien. El día antes de reincorporarse al trabajo quedó con Alina para cenar. No la había visto demasiado en las últimas semanas y echaba de menos a su amiga, estar recluida en casa tampoco la había ayudado. Esperaba que le contase los chismes de la oficina, pero su primera noticia hizo que se derrumbara un poco.

—Han vendido la casa de la colina.

—¿Cómo que la han vendido? ¿Cuándo?

—Por lo visto los propietarios encontraron un comprador —explicó con seriedad y dejó de lado la carta—. Me ha dicho Antonio que se pusieron en contacto con él hace un par de semanas. Él ha hecho la gestión.

Se decepcionó. Había puesto mucha ilusión; incluso en el banco le habían dado esperanzas.

—Audrey, puedes mirar otra casa, esa se te salía del presupuesto.

—Lo sé, pero me hacía tanta ilusión. Llevaba años soñando con ella —confesó, desanimada.

—Tengo varios interesados en la de Menorca —señaló de pronto—. Si puedo organizarlo, viajaré el próximo fin de semana para enseñarla. Concertaré todas las visitas el mismo día.

—No vayas sola, por favor —suplicó y de repente recordó a Lucas, que le decía esas mismas palabras. Si le hubiera hecho caso... pero tenía tantas ganas de empezar su nueva vida y, además, ¿quien iba a pensar que Narcís se volvería loco?

—No he tenido tiempo de contártelo, pero no iré sola —contestó con una sonrisa pícar—. Germán me acompañará.

No hizo falta que le dijera nada más.

—¿Me estás diciendo que te has liado con Germán? —preguntó sorprendida—. Germán, el de la oficina, ¿no?

—¿Qué otro conocemos? —Rio su amiga—. Es un diamante en bruto, Audrey, y la tiene enorme.

Eso la hizo reír, igual que a la pareja de la mesa de al lado, al ver sus gestos con las manos.

—Bueno me alegro por ti. Pero... ¿y aquel tío que conociste?

—¿Harper? Nos vemos de vez en cuando, no es de aquí y viaja bastante —se encogió de hombros—. Germán y yo no vamos a casarnos, solo lo pasamos bien juntos —alegó a la vez que bajaba el tono de voz—. Creo que también tiene otros sitios donde anidar.

—¿Y no te importa estar con dos a la vez?

—En el fondo no, es sexo sin compromiso —murmuró, pero Audrey supo que Ali intentaba disimular sus sentimientos—. Harper es genial, Audrey, me encanta, pero nos vemos poco y Germán está más a mano.

—Alina, te mereces algo mejor.

—Lo sé, pero mientras llega el hombre adecuado, disfruto.

Audrey se reincorporó al trabajo y en pocos días su rutina era la misma que meses atrás. Su barriga había crecido, aunque apenas se notaba, los compañeros la felicitaron por su estado, pero nadie hizo preguntas desagradables; la mayoría sabía lo de su accidente, que era como lo llamaban, y ella tampoco dio mayores explicaciones. Alina había viajado a Menorca, pero regresó como se había marchado, bueno igual no, casi: saciada de sexo, pero con la casa sin vender.

Cuando tuvo que hacerse la ecografía de las veinte semanas, su madre y Alina la acompañaron. Deseaba ver a su «canijillo» como su padre había empezado a llamar al bebé. Aún no le había pensado un nombre, pero en su interior, si era niño, quería llamarlo como su padre, aunque este nunca supiera de él. En el momento en que el gel frío cayó en su vientre Lucas acudió a su mente. A pesar de las feas palabras que le había dicho no le guardaba rencor, era el padre de su hijo, nunca podría odiarlo.

—Audrey, parece que vamos a tener suerte —auguró la doctora rotando el aparato sobre el gel—. Si te fijas bien esto de aquí es su mano, te está saludando. Y... ¿quieres saber el sexo?

—Sí, por favor.

—Es un niño.

—Ahí tienes a tu pequeño futbolista —señaló Ali y se abrazó a su madre, que apretaba su mano con cariño y tensión. Ninguna de las dos había querido perderse ese momento y agradeció la compañía, cubría un poco el vacío que sentía.

No pudo contener más la emoción y las lágrimas rodaron por sus mejillas. Se sentía tan feliz como nunca había soñado y no pudo evitar tener un sentimiento para Lucas: «Un niño para jugar al fútbol con él». De repente, un fuerte sonido captó su atención y se asustó.

—¿Qué ocurre? ¿Le pasa algo?

—Eso es su corazón.

Audrey no creía que pudiera olvidar nunca aquel sonido. Cuando la doctora le facilitó el papel de la ecografía no supo ver nada y se frustró. Pegado a una pared había un anuncio de ecografías en cuatro y cinco dimensiones y se interesó por ellas. Solo tuvo que pasar a otra sala para que le hicieran una. Deseaba ver a su bebé. La abuela se había vuelto loca y le envió la foto por wasap a

todo el que pudo. La nueva tecnología le permitió ver mejor los rasgos del bebé: su cara y cuerpo. El milagro de la ciencia la impresionó al mostrarle las facciones, incluso el tono de la piel del bebé.

De regreso a casa su madre sacó un tema incómodo para ella. Se molestó, aunque sabía que tenía razón. Era absurdo seguir conservando su piso de alquiler, estaba bien viviendo con ellos, Alina le dio la razón. Miró a su amiga con enfado, quizás debería haberla apoyado con más ahínco.

—Míralo como una inversión, más adelante buscamos un pisito para los dos —dijo Ali con burla y tocó su barriga con caricias circulares.

A escondidas, por las noches, buscaba información de Lucas. No quería que la sermonearan. Había sabido que se quedó en el Bayer para terminar allí su carrera. La mayoría de las veces tenía que traducir con el *google translate* lo que decían los periódicos alemanes. Los titulares sugerían que mostraba su mejor juego, agresivo en la defensa; los contrincantes debían marcarlo como si de un jugador de ataque se tratara. A la que podía, cruzaba el campo. Recordó cuando le habló del fútbol con la chapita de champán. También había encontrado imágenes y noticias en las que se le veía con mujeres, alguna modelo o actriz. Se moría de envidia y su mente lo imaginaba en la cama con ellas, besándolas como la besó a ella. Rastreó otras entradas y pudo leer cómo, meses atrás, una mujer aseguraba en distintos medios que el hijo que esperaba era del futbolista. Las lágrimas que vertía parecían tan sinceras que hasta Audrey dudó de que mintiera, pero en otro lugar, con rostro imperturbable, había asegurado que se había equivocado y, en otro, que tenía mucho estrés y había perdido a su bebé. Le costó entender que hubiera gente así, pero la había y podía aparentar muchas cosas con tal de estar en el candelero.

Las noticias que más le gustaban eran las que estaba con su familia y eso le hacía pensar en su hijo; entonces le surgían preguntas que la angustiaban. ¿Qué le iba a decir cuando preguntara por su padre? ¿Urdiría ella una mentira?

Una tarde que veía la televisión, distraída, y pasaba los canales haciendo *zapping*, y la imagen de Lucas la impactó. Le hacían una entrevista en un canal deportivo. Se mostraba muy amable y simpático con la periodista. Pero lo que la afectó en realidad fue verle un tatuaje en el brazo y, cómo él explicaba que era la representación de Cupido y Psique. Corrió hacia al ordenador y abrió el navegador. Encontró una imagen muy parecida a su dibujo: *El rapto de Psique*. El mito le dolió. Quiso poder rogar a Afrodita para que le concediera recuperar el amor de su Eros.

Tenía que arrancarlo de su corazón, pero se justificaba a sí misma que reunir información de él era para poder contársela a su hijo, como si fuera un cuento, y su papá un dios, como los de esas historias de la mitología. Buscarlo en internet no la ayudaba, pero no podía dejar de hacerlo. Era como una obsesión.

El tiempo había pasado, pero ella no lograba olvidar todo lo rápido que deseaba.

Aquel fin de semana Lucas venía a la ciudad con su equipo y eso la tenía más nerviosa de lo que la convenía.

—¿Quieres que vayamos al Camp Nou? —le preguntó Ali y no supo si bromeaba o no.

—¿Queréis ir al fútbol? —se interesó Germán, intrigado—. Me apunto.

—No —contestó y le dedicó una mirada asesina a su amiga—. No tengo yo el cuerpo para eso. Cada vez estoy más pesada.

—Hoy no haces buena cara —señaló Alina—. ¿Por qué no te vas a casa?

—¿Cuánto te falta? —inquirió Germán.

—Unas cuatro semanas —contestó y se levantó. Tenía los pies bastante hinchados y necesitaba caminar.

El recepcionista la avisó de que tenía una llamada y se la pasaba; caminó con prisa hacia su mesa para atenderla.

—¿Audrey? Soy John Hart, ¿me recuerdas?

Durante unos segundos su mundo se paralizó al escuchar el nombre, se quedó sin palabras.

—¿Audrey? ¿Estás ahí?

—Sí, sí señor Hart, es que me ha sorprendido su llamada, eso es todo.

Audrey cruzó una mirada con Alina que, al escuchar el nombre que dijo, se acercó a su lado.

—Disculpa que te moleste en tu trabajo, pero como mi hijo juega en Barcelona —comentó el hombre con vacilación, hizo una pausa y continuó—. No sé si lo sabes.

—No... no lo sabía.

—El caso es que estoy en la ciudad y había pensado que podríamos vernos.

—Perdone que le pregunte. ¿Para qué quiere verme? —Audrey había empezado a temblar, decidió que debía poner distancia por eso no lo tuteó.

—Sé que ha pasado tiempo, y... —El padre de Lucas vaciló, pero con tono amable siguió—. Te hice una propuesta y cumplo mi palabra, siempre.

—Ah, es eso. —Respiró aliviada—. Bueno, ya le dije que me gusta mi trabajo.

—Sí, es cierto, pero... Me gustaría verte —titubeó un poco—. ¿Puedo hacer algo por ti? ¿Podríamos tomar un café y charlamos? —insistió y no supo cómo rechazarlo.

—John... de verdad, no puedo.

—Lo entiendo... Él no está bien, Audrey, le afectaron mucho aquellas fotografías en la prensa, que lo dejaras sin...

—Yo no lo dejé, me... tuve un accidente —lo cortó sin pensar y cuando se dio cuenta ya era tarde.

—¿Un accidente? Pero...

—John, tengo que irme —mintió. Tenía que colgar, su cuerpo reaccionaba mal y necesitaba ir al baño—. Me espera un cliente.

—Sí, entiendo... te llamaré otro día.

Se despidió y al colgar se abrazó a sí misma, a la vez que se replegaba sobre su cuerpo; no podía dejar de temblar. Alina reaccionó rápido y la sacó de la oficina sin que los demás se percatasen de su estado, paró un taxi y la metió en él.

—Cálmate —le pidió—. Al salir voy a tu casa.

Que Lucas estuviera en Barcelona, en algún hotel, la tenía desquiciada. No conseguía tranquilizarse. La llamada de su padre la inquietó y pensó mil cosas. ¿Y si descubrían su embarazo? Creía que lo había olvidado, aquellos tres días estaban ya muy lejos y había pasado página. Ahora solo estaban ella y su bebé.

Sin embargo, los nervios no eran buena compañía en su estado. Se acostó inquieta y de madrugada empezó a encontrarse mal. Un dolor en el bajo vientre la asustó. Llamó a sus padres para ir a urgencias. Se quedó ingresada. Su pequeño futbolista quería salir ya, tenía prisa por conocer el mundo. Debía hacer reposo absoluto para que no llegara antes de tiempo.

Iba a volverse loca con aquella inmovilidad. Se desesperaba; una enfermera le aconsejó que escribiera un diario y le pidió a su madre que le comprara una libreta bonita. Aquella tarea disminuyó su angustia como no había imaginado. Empezó aquel diario para su pequeño Luc y le contó cómo su padre y ella se habían conocido. Incluyó dibujos entre el texto, una mala copia del tatuaje del omóplato de Lucas, con su ocho en medio y también del velero en el que navegaron. Le habló de Valeria, la valquiria de pelo rubio y castillos en la arena, de sus tíos y abuelos. Le explicó lo que hacía su papá, incluso pegó una fotografía suya vestido de futbolista que recortó de un periódico deportivo en la que se le veía el tatuaje. Pidió a sus padres y a Alina que escribieran algo para él y todos le habían explicado alguna cosa de ella. Le contaron cómo lo esperaba, lo que hacía, cuánto lo quería y cada vez que leía aquellas palabras se emocionaba y lloraba. Luego culpaba a las hormonas. Alina le hizo una fotografía. La imprimió y la había pegado en una de las hojas. Alrededor dibujó flores y corazones. Le gustaba aquella instantánea porque estaba sentada en un sillón, distraída miraba el pequeño libro y apoyaba la mano en su vientre; justo en aquel momento Luc le había dado una patadita y la cámara captó su sonrisa.

Alina iba a verla cada tarde y la entretenía hablándole de sus romances. Aquel día le contó que había roto con Germán; este le había pedido una relación más exclusiva, como ella se negó él la había dejado. Audrey entendió su negativa cuando habló de Harper. Supo que su amiga se había colgado de aquel hombre. Quiso saber más, pero el timbre del teléfono fue la salvación de Alina, que se escaqueó de responder al tener que atender.

—Acabo de vender tu casa —dijo sonriente al cortar la comunicación y aplaudió feliz, por fin se libraba de aquel lugar—. Es una mujer holandesa. Necesitaré unos poderes, Audrey, para que tu padre pueda actuar en tu nombre.

Luc llegó de madrugada. Un dolor agudo la sorprendió y todo sucedió muy deprisa. Le hicieron la cesárea ante la sospecha de un sufrimiento fetal; después de lo que había pasado, no podían arriesgarse. En diez minutos tuvo al niño entre sus brazos. Era lo más bonito que había visto en su vida. Su pelo era clarito, casi rubio, y tenía un montón. Le dio mil besos ente sollozos y uno fue por su papá.

Capítulo 15

La maternidad tenía cosas buenas y cosas malas. Las mujeres no las contaban todas y era un misterio cómo enfrentarse a ellas. Las dudas de cómo ser una buena madre asaltaron a Audrey en el mismo instante en que tuvo a Luc en sus brazos por primera vez. Por suerte, la suya pudo darle algunos consejos. Sin embargo, no podía dejar a un lado el analizar los pros y contras desde que era madre. Los aspectos malos eran las noches sin dormir, la angustia de no saber por qué lloraba el niño, qué le pasaba, si se enfermaba, la incertidumbre de si sería feliz cuando fuese mayor, si la culparía por cómo había actuado con relación a su padre. Las buenas eran todo lo demás: los momentos del baño, tenerlo pegadito a su cuerpo, dormido junto a ella en la cama, hablarle bajito o cantarle una canción. Cuando le daba el biberón y después se le acurrucaba en los brazos para dormirse. Mirarlo sin cansancio. Olerlo a colonia de bebé, al Nenuco de toda la vida. Nunca podría odiar a Lucas, se decía cuando miraba al niño, dormido sobre su pecho; él le había dado lo más hermoso de su vida, a Luc. Era suyo, solo suyo; aunque cuando pensaba que podía descubrirlo la angustia y la tristeza la embargaban. Sin embargo, se consolaba con el pensamiento de que él la habría odiado si lo hubiera sabido, tampoco le dejó otra opción que ocultárselo. Sí, era mejor así; además, Lucas ya se habría olvidado de ella.

Habían pasado tres meses desde que nació el niño. Aquella tarde había quedado con Alina para salir a pasear y celebrarlo, pero sobre todo porque quería hablar con ella, lejos de casa. Sentía a sus padres extraños y le preocupaba que algo ocurriera entre ellos. Hablaban a escondidas de ella y le parecía que discutían. Además, tenía la impresión de que la habían incluido en una especie de calendario de vigilancia, no la dejaban sola. Por lo general la acompañaba uno de los dos, como si no pudieran estar juntos y se parapetaban en ella. Lo cierto era que notaba que se habían vuelto controladores. Le preguntaban de continuo con quién se mensajeaba o con quién salía. Tenía la impresión de haber regresado a sus trece años.

Creía que sentían lástima por ella y por eso no le decían qué les ocurría. Sabía que el hecho de que fuera madre soltera les preocupaba, sobre todo después del *accidente*, y le molestó la falta de confianza en que pudiera sacar adelante al niño sola, sin la presencia del padre o un hombre al lado. Pero estaban raros. Algunos días la controlaban hasta cotas insoportables y otros, como aquel, la dejaban sola para que saliera con su amiga como hacía meses que no había hecho.

Tenía que darle el biberón a Luc, pero lo vistió primero. Después de su toma iban a dar un

pequeño paseo, Alina había insistido bastante y lo agradeció porque necesitaba despejarse. El timbre de la puerta sonó dos veces y sonrió. Por una vez su amiga llegaba puntual. Dejó al niño en su cuna y se dirigió a la puerta para abrir. Su cuerpo se envaró al descubrir quién esperaba en el umbral. No era su amiga.

—Hola.

En un gesto defensivo entornó la puerta, pero su corazón reaccionó al verlo. Tenía el pelo más corto y su expresión era seria. Pero su olor... su aroma despertó todo lo que había enterrado. Pensó rápido... ¿Cómo la había encontrado? Hacía mucho tiempo que no lo veía. Se había engañado si alguna vez creyó que había pasado página, acababa de descubrir que no era cierto, nunca fueron solo tres días de su vida.

—Hola —trató de que la voz sonara natural, pero no lo consiguió—. ¿Qué... qué haces aquí, Lucas?

—He venido a ver a mi hijo.

Se quedó petrificada al escucharlo. No supo si por cómo lo exigió, como si fuese algo que ya sabía y tuviese derecho, o porque lo dijo sin preámbulo, sin anestesia. Un escalofrío le recorrió la espalda y sintió miedo. En un gesto que no esperaba él dio un pequeño empujón a la puerta, pero no entró.

—¿Dónde está? Quiero verlo.

Durante un segundo lo observó, no había ninguna sonrisa en su cara, solo sus ojos azules la escrutaban y esperaban su respuesta. Resignada, como el que acaba de ver sus cartas, se apartó hacia un lado sin decir nada y con un movimiento de la mano le cedió el paso. Después de que entrara en la vivienda cerró la puerta. Se contemplaron en silencio, pero con mucha tensión.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó incrédula.

—Me lo ha dicho mi padre. —Lucas miró a su alrededor y se acercó al sofá. Sobre él había una pequeña jirafa de goma, la cogió y Audrey pudo observar cómo su tez se transfiguró conteniendo la emoción.

—¿Cómo lo supo él? —inquirió con asombro—. ¿Quién se lo dijo?

—El tuyo. —En su mirada había alguna cosa que no supo descifrar—. ¿Dónde está, Audrey? No me lo niegues.

Aquella frase la desarmó. Pensaba que podría presentar batalla, pero saber que había sido su propio padre quien la había delatado la frustró. ¿Por qué lo habría hecho? Durante un momento se quedó sin saber qué hacer, pero Lucas se movió inquieto por el salón, observándolo todo: las toallitas húmedas sobre la mesa de centro, una tumbona pequeña en una esquina, un osito de trapo con el que Luc solía dormirse cuando estaba intranquilo. No fue capaz de impedirle ver al niño. Con un gesto de la mano le pidió que la siguiera y lo llevó a su habitación. Luc estaba boca arriba con los ojitos abiertos. Le pareció que supo quien era Lucas porque le dedicó unos gorjeos y una sonrisa.

—¿Puedo? —preguntó él, a la vez que hacía un gesto para cogerlo. Por un instante sus miradas

quedaron enganchadas. Lucas no disimuló, lo vio en sus ojos, esos que brillaban con un mar de lágrimas que luchaban por salir.

—Sí, claro.

Audrey no quería perderse nada y fue testigo del cariño y cuidado con el que Lucas, el futbolista que la había tratado de la peor manera posible la última vez que se vieron, cogía a su niño y se lo apoyaba en el pecho, a la vez que le daba besitos en el pelo. Luc hizo unos ruiditos que parecían decir: «Hola papá». La expresión de Lucas se suavizó y un montón de emociones cruzaron su cara. Ella, emocionada, intentó reprimir las lágrimas al ver la escena e hizo verdaderos esfuerzos para que no cayeran.

—¿Cómo se llama?

—Lucas, pero yo lo llamo Luc.

—¿Por qué le pusiste mi nombre?

La mirada que él le dedicaba la incomodó, necesitó poner algo de distancia.

—Me daba muchas patadas en la barriga y pensé que sería futbolista, como su padre. —No supo cómo fue capaz de hacer una broma en un momento como aquel, él pareció tomárselo bien porque soltó una carcajada y la tensión que había entre los dos se relajó. Pero eso solo hizo que aumentara su alerta.

El niño empezó a llorar, tal vez se había asustado; aunque también podría ser que tuviera hambre, era la hora de su biberón. Intentó cogérselo, pero no se lo permitió, lo meció un poquito y el llanto cesó.

—Val se dormía así —señaló, en una clara referencia a su sobrina.

—Dame al niño —pidió, pero Lucas negó con la cabeza—. Tiene hambre, le toca su toma. Íbamos a salir.

—Sal, yo me quedo con él y le doy el biberón —propuso, y con naturalidad buscó dónde sentarse y lo hizo en el sillón donde ella solía acomodarse con el niño en brazos. Audrey lo miró con asombro y vio a Luc muy a gustito. Era un traidor.

—Esto no va así, Hart —soltó muy seria—. ¿A qué has venido?

—A conocer a mi hijo y a establecer un acuerdo contigo.

—No tienes ningún derecho —afirmó con tensión—. Es *mi* hijo, no quisiste saber nada, cuando...—Las lágrimas asomaron a sus ojos—. No quiero pelear contigo delante del niño. Ya lo has conocido y ya te puedes marchar.

—No pienso marcharme, así que prepara de una vez ese biberón o dime cómo se hace —expresó con un susurro autoritario. Audrey supuso que no quería asustar a Luc, pero al ver que se incorporaba quiso cogerle al niño y Lucas se apartó—. Me he perdido ya muchas cosas de mi hijo, así que no pienso irme.

—Si te las has perdido es porque no quisiste saber de él.

Lucas la observó con recriminación. Con seguridad, por su mente pasó la última escena que compartieron. Audrey estaba convencida de que no negaría que no la dejó explicarle nada, al

quedarse callado se insufló su autoestima y preguntó con actitud chulesca

—¿Por qué crees que es tu hijo? —Casi pudo verle sonreír. La miró de arriba abajo, con un buen repaso.

—Por la cara que has puesto cuando me has visto con él en brazos. —Dio un paso hacia ella y el niño hizo un gemido y volvió a lloriquear. Esta vez Lucas no pudo calmarlo meciéndolo, y Audrey vio que se ponía nervioso.

Le fastidiaba la situación, pero no iba a dejar llorar al niño solo por quedar por encima de Lucas; ya hablarían. Se dirigió hacia la cocina y sintió que la seguía muy de cerca. Escuchó que él le iba diciendo cositas a Luc para calmarlo: tuvo que reprimir las ganas de arrancárselo de los brazos y hacerlo ella, pero se resistió. No había imaginado que viviría un momento así.

—Ahí tienes la leche en polvo. —Señaló las cosas que había sobre la encimera—. Debes calentar el agua.

Por la expresión con que la miró, Audrey supo que no pensaba soltar al niño. Dejó escapar un bufido y, ante un nuevo lloriqueo de Luc, empezó a preparar el biberón. Lucas se colocó a su lado y se dio cuenta de que no perdía detalle de cómo se hacía. El muy traidor del niño estaba tan a gustito en los brazos de su padre que parecía que se había vuelto a dormir.

—¿Y estos polvos serán suficiente? —preguntó, desconfiado—. ¿Por qué no le das el pecho?

No quiso analizar si aquellas preguntas eran de desconfianza o por deseo de saber. Pero de repente se escuchó explicándole que el niño nació por cesárea y que cuando le subió la leche, Luc ya no quiso el pecho, se había acostumbrado a los biberones. Terminó de hacer el que preparaba y se lo entregó a Lucas, a la espera de que él rehusase, pero no, este lo cogió y se lo colocó en la boquita al niño que, al notarlo sobre sus labios, succionó con ganas.

Su teléfono móvil empezó a sonar en el salón. Pretendía obviarlo, pero el comentario de Lucas la molestó.

—Puedes ir a atender la llamada. No hace falta que me vigiles, no es tan difícil hacer esto. —Audrey se dio media vuelta y lo ignoró. Mientras salía de la cocina escuchó a Lucas dirigirse al niño con voz risueña—. Tu mamá piensa que no vamos a hacerlo bien.

Cogió el teléfono y aceptó la llamada. Era Alina. Su amiga, con la voz del que sabe que acaba de hacer una encerrona, le explicó que sabía con quién estaba, sus padres la habían avisado, pero solo quería estar al tanto de si se encontraba bien o necesitaba que subiera y sacara al futbolista de una patada en el culo. No quería perder mucho tiempo y se quedó con las ganas de preguntarle por qué, por qué su padre la había traicionado así, pero ya hablaría con ellos. Escuchó que Lucas se acercaba al salón y lo observó con el niño en brazos. No tuvo dudas, estaban bien. Por lo menos aún no se habían tirado los platos a la cabeza. Lucas se rio al escucharla. Aquello era surrealista, como si fuera tan normal la situación, pero ella no se fiaba un pelo. Cortó la comunicación con un: «Luego te llamo».

—Ahora tienes que hacer que eructe, pónelo recto. —Le indicó y señaló cómo tenía que hacerlo, él lo apoyó en su hombro y Luc no tardó en soltar un eructo, pero con él vertió un poco de

leche en su camisa. A Lucas pareció no importarle, volvió a acunarlo y el niño se quedó adormilado de nuevo, entre aquellos brazos fuertes y novedosos que había aceptado tan bien. Audrey salió del trance que suponía observarlo y señaló—. Será mejor que lo dejes en el moisés o en la cuna y te limpies eso, apestarás luego a leche agria.

Lucas parecía que no se fiaba mucho, pero aceptó. Se dirigió a la habitación del niño. Audrey no lo siguió. Esperó en el salón, retorciéndose los dedos, impaciente por saber qué era lo que quería. Sin darse cuenta llevó una mano al corazón, le bombeaba rápido. ¿En qué momento dijo que había pasado página? Estaba más guapo y atlético que cuando se conocieron. Pero no podía dejarse impresionar por él, había venido por Luc, no por ella. Le dio su tiempo con el niño, tardó en salir y cuando lo hizo lo dirigió al baño, humedeció una toalla con un poco de jabón y le limpió bien la mancha. Audrey se arrepintió entonces de aquel gesto espontáneo. Estaban muy juntos, con la cercanía su aroma le enturbiaba el pensamiento. Necesitó poner distancia.

—Estaba enfadado... —justificó él de pronto—. Me dejaste, Audrey, me dejaste y casi me vuelvo loco buscándote.

Escucharlo le dolió. Se separó de golpe.

—Yo no te dejé —contestó—. Quise explicártelo.

No era capaz de estar con él tan cerca y salió del baño. Él la siguió al salón, pero casi cuando pensaba que estaba segura, él la cogió por la cintura. Se revolvió sobre sí misma con rabia. No quería que la tocara, sus manos le quemaban, le hacía daño aquel contacto.

—No he sabido lo que te pasó hasta hace unos días —confesó Lucas, en su voz había tensión—. Por lo visto tu padre se puso en contacto con el mío. Le explicó lo que Narcís te había hecho y que estabas embarazada. No le pedía nada, solo le informaba de la situación. No entiendo por qué se quedó al margen, creo que tuvo miedo de que la situación me salpicara, aunque me han dicho que tu padre y él acordaron darse un tiempo, esperar a que las cosas se enfriaran. Pero el mío me lo ocultó. Quizás quería protegerme, pero también creo que era porque no dejaba que nadie me hablara de ti. Yo estaba ciego, no era capaz de perdonarte que me abandonaras, que desaparecieras sin dejar rastro. Y después de aquellas fotos en la prensa, me hundí. No podía creer que me hicieras eso. Aquella foto tan nuestra, ahí a los ojos de todo el mundo. —Lucas se retiró el pelo de la frente hacia atrás, con signos de nerviosismo—. Cuando viniste a verme me enfurecí, no estaba preparado para verte. Me molestó que recurrieras a Andrew, preferiste llamarlo a él antes que a mí. No quería saber tus excusas. Estaba tan dolido... —Audrey quiso intervenir, pero él la cortó con un gesto—. No, déjame decirlo todo, si no lo hago ahora tal vez no tenga otro momento... Hice creer a todos que no me importabas, Audrey, que solo fueron tres días. Pero quería hacerte daño, vengarme. Quise quitarte algo que deseabas, como tú me lo habías quitado a mí. Pero... me he arrepentido tanto de lo que te dije. Esperé a que volvieras a buscarme. Algunos de mis amigos decían que lo harías, pero no lo hiciste. Traté de rehacer mi vida y no podía, estabas en mi cabeza, no te ibas. Cuando hace unos días mi padre me lo contó todo, creí que me moría. No puedo imaginar por lo que pasaste y me atormenta pensar que podías haber

muerto mientras yo te acusaba de abandonarme. Me censuro no haber estado junto a ti en un momento así y echarte de mi lado cuando viniste a buscarme, fue una canallada. Ni siquiera me confesaste lo del niño. ¿Por qué, Audrey? ¿Por qué me lo ocultaste? ¿Por qué me dejaste decirte todas aquellas cosas sin confesar lo del niño?

—Dijiste que no querías explicaciones. No quisiste escuchar lo que tenía que decirte. Me trataste como si fuera una fulana —respondió, molesta—. ¿Qué hubieras dicho si te digo lo del bebé? Que quería cazarte o algo por el estilo; ya lo habían intentado ¿no? ¿Para qué insistir si te había perdido?

—No me habías perdido, yo te quería. Te quiero —confesó, e intentó abrazarla, pero ella se zafó; no podía permitir que la tocara, no se fiaba de sí misma—. Tienes que venir conmigo, Audrey, tenemos que estar juntos.

—Es tarde. Ha pasado mucho tiempo y demasiadas cosas.

—Audrey, necesito hacer algo, quiero estar con Luc, reconocerlo —admitió nervioso—. Déjame arreglarlo.

—Si lo que necesitas es que te perdone por cómo me trataste, estás perdonado, pero Luc es mío. Que seas su padre no significa que seamos una familia.

—No puedes hacerme eso. —Se llevó las manos a la frente, Audrey percibió que trataba de controlarse, ella misma tenía el estómago en un puño. No quería llorar, ni alterarse, pero le faltaba muy poco para desmoronarse—. Puedo... puedo llevarte a juicio y solicitar la custodia compartida.

Aquella frase terminó de hacerle perder los nervios.

—¿Quieres... quieres quitarme a Luc? —Rompió a llorar.

—No, por Dios, yo no quiero eso —se excusó y añadió serio—. Pero no dudes de que lo haré si no me dejas formar parte de su vida.

Le dolió mucho aquella amenaza. Luc lloriqueó en su cunita, quizás echaba de menos su paseo. De forma mecánica, Audrey se dirigió hasta él y lo tomó en brazos. Necesitaba abrazarlo, solo con pensar que podía perderlo su angustia aumentó. Lucas entró en la habitación y la encontró con el niño encerrado en su pecho y llorando desconsolada.

—Audrey, te pido un acuerdo —solicitó con voz pausada, parecía que no quería asustarla—. Quiero verlo, pasar tiempo con él, que sepa quién soy yo.

—Quieres alejarlo de mí, llevártelo a Madrid —contestó, sorbiéndose las lágrimas.

—¿Por qué no nos sentamos y hablamos con calma? —propuso, él también estaba nervioso, pero Audrey no se fiaba—. Has dicho que ibas a salir, ¿quieres dar un paseo?

—No.

—¿Vives aquí?

—Sí —contestó más tranquila y añadió—: Al principio necesité ayuda al salir del hospital y acabé dejando mi piso y me instalé aquí.

La fastidió no tener más control sobre lo que decía; no le debía explicaciones.

—Eh... Entonces podrías invitarme a algo y... y tal vez dejar que coja un poquito más a Luc, prometo no salir corriendo.

Audrey fue consciente de que Lucas quería congratularse, suavizar la tensión que había en el aire con humor, pero no pudo reírle la gracia. La había amenazado con quitarle a Luc. Sin embargo, no podía oponerse a que lo viera, eso sería peor. Así que, tras dudar un momento, acabó por aceptar lo inevitable. Le dio al niño y observó cómo Luc se acomodaba en sus brazos, como si hubiera estado en ellos toda su corta vida. Se limpió la cara con ambas manos y templó sus nervios para sonar serena.

—No impediré que estés con Luc. Mañana si quieres puedes venir a verlo, pero no esperes que te deje llevártelo.

Lucas la miró con seriedad, frunció el ceño contrariado y la sonrisa que dibujaba al contemplar al niño se tornó decepción. Quizás no esperaba aquella respuesta.

—Está bien, Audrey. Vendré mañana y pasado mañana y todos los días hasta que aceptes que formo parte de vuestras vidas —confirmó, resignado y con frustración.

Ya se habían dicho lo que tenían que decirse, pensó Audrey cuando Lucas le entregó al niño, pero un halo de temor la recorrió entera. Él se despidió hasta el día siguiente y no supo si aquello sería bueno o malo para Luc y para ella también. El beso que le dio al niño en la cabecita le llegó al corazón, pero estaba asustada por lo que podía pasar a partir de aquel momento.

Cuando sus padres regresaron a casa estaba acurrucada en la cama, con Luc entre sus brazos. Decidió dejarlo en su cuna y salir a hablar con ellos.

—¿Por qué lo has hecho, papá?

—Porque te quiero.

—¿Quiere llevarse a Luc! —gritó, y el llanto la abordó. Su madre la calmó e hizo que se sentara en el sofá.

—¿Llevarselo? ¿Dónde? —preguntó la mujer, alarmada.

—No va a llevarselo —respondió el padre muy seguro—. Acepta su responsabilidad. No podemos ocultárselo. ¿Qué pensabas decirle a Luc cuando creciera?

—No sé papá, ya lo pensaría, pero quiere la custodia compartida. Y me ha amenazado con llevarme a juicio si no accedo a que vea al niño.

La pareja se miró como si entre ellos se entendieran. Audrey estaba muy preocupada, pero que ellos no estuvieran alarmados la serenó. Quizás como abogados veían cosas que a ella se le escapaban.

Tras explicarles cómo había ido la conversación volvió a la habitación a atender al niño, le tocaba el biberón. Después, como había hecho todas las noches desde que iniciara el diario de Luc, se dispuso a escribir en él. Tenía algo novedoso: aquella tarde había venido su papá a conocerlo. Por mucho que aquel hecho la asustara y le generara incertidumbre, se alegró por su pequeño. Cogió el libro que tenía sobre la mesita, lo apoyó en sus rodillas y abrió por la última página, donde descansaba el bolígrafo. Una letra destacaba de la suya. Las lágrimas la

sorprendieron casi en el mismo instante en el que empezó a leer.

Lucas Hart López, ese es tu nombre, Luc. Un nombre fuerte como tu mamá y como yo, tu papá. Nos hemos conocido hoy, ya sé que es un poco tarde, pero tienes que saber que te quiero desde el momento en que supe de ti. Tenerte en mis brazos ha sido lo más hermoso de mi vida. Tú has mostrado tu enfado por mi ausencia, me has vomitado encima y ahora huelo un poco mal, pero no me importa porque eres el mejor regalo que me han hecho y, por eso, voy a querer a tu mamá toda mi vida. Por eso y por otras cosas, que no puedo decirte, ya lo descubrirás cuando seas mayor y conozcas a una chica que te robe el corazón. Vas a tener que ayudarme, campeón, porque tu mamá es dura y me lo va a poner difícil.

Tu papá

El escrito la conmovió y lo leyó varias veces, pero no podía bajar la guardia. Le costó conciliar el sueño, Lucas no se le iba de la cabeza. Luc también debió notar la novedad porque estuvo muy intranquilo. Se despertó lloriqueando varias veces y le costó calmarlo, llegó a meterlo en su cama, algo que se había prohibido desde que nació, pero esa noche lo necesitaba con ella. Quizás era la reaparición del futbolista en su vida, se sentía nerviosa e inquieta por el futuro y estaba convencida de que esa tensión la había captado el niño.

Lucas llegó a casa de Audrey a las cinco de la tarde; su aspecto era radiante y ella se sintió como si le hubiera pasado una apisonadora por encima. Pero él no reparó demasiado en ella, estaba claro a quién iba a ver; la saludó deprisa, algo que la molestó, y fue directo al moisés de Luc. Audrey esperaba que le pidiera permiso para coger al niño, quiso reñirlo por despertarlo y sentarlo en su regazo, pero la imagen de padre e hijo, el vínculo que en apenas un rato habían establecido, le tocó el corazón. Con disimulo escuchó que Lucas le susurraba bajito al niño y percibió que la inquietud que desde la noche anterior lo había angustiado desapareció del lenguaje corporal de Luc.

—¿Le estás hablando de fútbol? —preguntó sorprendida.

—Por supuesto, ¿de qué voy a hablar con él cuando sea más grande? —contestó, como si fuera lo más normal del mundo.

Audrey iba a replicar, pero abrió la boca y la cerró al instante. Solo pudo sonreírle. Él siguió con su charla, mientras el niño lo observaba como si entendiera todo lo que le explicaba. Cuando llegó el momento de preparar el biberón, Lucas quiso ocuparse. Ella había sido previsora y había dejado las cosas listas y él se manejó muy bien. Le costó, pero se abstraigo y hasta intentó relajarse con un libro. Al terminar, Lucas se sentó más cerca de ella, con el niño apoyado en su hombro.

—Toma, no quiero olvidarme —señaló y le extendió una libreta bancaria que sacó de su bolsillo trasero.

—¿Qué es esto? —preguntó, perpleja.

—Para que compres cosas.

Abrió la cartilla y comprobó que estaba a nombre de los tres: Lucas, Luc y ella; pero lo que realmente la sorprendió fue la cantidad de ceros que había.

—Luc tiene lo que necesita —refutó, molesta, y se la devolvió, aunque él no la aceptó—. No le falta nada y esto es excesivo.

—Ya sé que tiene lo que necesita, pero así tiene más —contestó airoso y añadió con sarcasmo—: No quiero que me acuses de no pasar ninguna pensión. —Lucas la observó y mudó su expresión por otra más seria; se levantó, dejó al niño en una hamaca de bebé y volvió a sentarse—. Audrey, tendremos que acordar algunas cosas, ¿no te parece?

—¿No tienes que ir a jugar al fútbol y esas cosas que haces: como ir a un evento con alguna rubia descerebrada? ¿No te espera ninguna? —respondió, molesta.

—No, no me espera ninguna. —Se sonrió pícaro y Audrey se arrepintió por haberse dejado llevar y mostrar sus celos—. Tampoco tengo que ir a jugar al fútbol. Me he retirado.

«¡Lucas!».

Ahogó la exclamación. Reprimió el impulso de abrazarlo y contestó lo más seria que pudo.

—No lo sabía.

—Ya.

—¿Cuándo lo has dejado? —Sabía que habría tenido que ser una decisión difícil—. Te iba muy bien en los partidos. Eras un defensor muy agresivo en el ataque, has metido por lo menos cinco goles.

—¡Vaya! Para no saber de fútbol, estás bien informada.

—Cosas del Google.

Aquel comentario los hizo reír y Audrey sintió que algo de la tensión que había en el aire se dissipaba. Quizás había esperanza y podían relajarse y ser ellos mismos.

—Al acabar la liga colgué las botas.

—¿Y qué harás?

—Tengo un proyecto, pero aún es pronto para desvelarlo y... no estoy con nadie, Audrey.

—Es tu vida, no me importa nada.

—Ya...

No quería saber, esa era la verdad, así protegía su corazón. Además, tenía que centrarse en lo importante. Por poco que le apeteciera no podía eludir que tenían una conversación pendiente. Era mejor afrontarla de una vez.

—¿En qué hotel estás?

—En el de siempre, por ahora —contestó, misterioso—, pero he de viajar a Madrid. Si quieres puedes acompañarme y así mis padres pueden conocer a Luc. Le hice unas fotos y se las envíe. Están ansiosos por verlo.

—No tenías derecho a sacarle fotos sin decírmelo.

—Quería tener una foto suya. Y son sus abuelos, podrían... también podrían escribir en su diario.

—Hart, no creas que me has tocado el corazón con esas frases —mintió—. Desde que nos conocimos me he endurecido bastante, ya no soy tan tonta.

—Yo nunca he pensado que lo fueras.

De repente se acordó de algo que había dicho el día anterior y no había entendido.

—¿Por qué dijiste ayer que querías quitarme algo que yo deseaba?

Lucas la observó reticente. En silencio parecía sopesar si contestar o no. Ella esperó paciente.

—Compré tu casa.

—¿Mi casa? ¿La de Menorca? —preguntó con asombro.

—No, la otra, la de la actriz.

—Fuiste tú...

No fue capaz de terminar la frase. Se levantó y puso distancia con él.

—Niña, ibas a perderla, estaba muy por encima de lo que podías pagar.

—No me llames así, no soy tu niña.

Audrey se enfureció. A pesar de que él tenía razón, le dolía su jugada. Lo había hecho para vengarse de ella. Le dio la espalda. No quería que viera en su cara todas las emociones que pasaban por su mente. Él se le acercó por detrás y colocó las manos en sus hombros. Le costó el contacto; cerró los ojos y esperó que el anhelo pasara.

«Dios, no me hagas esto. Aire, tiene que correr el aire entre nosotros dos», pensó con angustia.

—Sí que lo eres y lo sabes —susurró en su oído. Luego, con cierta distancia, su tono cambió y con vacilación añadió—: He hablado con mi abogado y si quiero la custodia compartida tengo que venirme a vivir aquí. La casa ya está reformada y me voy a instalar en ella. Tú tienes dos opciones: una, estás con Luc unos días sí y otros no. Lo que marque el juez en la custodia; dos, estás con él todos los días porque te vienes a vivir conmigo. Decide lo segundo, Audrey, es tu mejor alternativa.

Lucas la giró despacio, sus brazos la rodearon y buscó su boca. Audrey sintió aquellos labios suaves que la besaban con lentitud y mucha ternura, pero algo se revolvía en su estómago. Se sintió coaccionada y no podía permitirlo. Posó las palmas sobre el duro pecho y lo empujó para separarlo de ella.

—No vuelvas a hacer esto —pidió, a la vez que daba unos pasos para alejarse de él.

—¿Por qué? Me ha parecido que te gustaba, tu cuerpo reacciona al mío, lo noto —refutó con suficiencia—. Esto que tenemos...

—Tú y yo no tenemos nada —lo cortó con sequedad, quería mostrarse con entereza. No quería llorar—. Solo tres días.

—No digas eso —pidió. Tal vez a Lucas le molestaba que negara que hubo algo entre ellos, pero Audrey no había olvidado, como parecía haberlo hecho él, las duras palabras que le dedicó cuando había ido a buscarlo—. Tenemos un mundo. Tres días y una vida me parece suficiente como para querer intentarlo.

—Es un partido que perderás.

Lucas la contempló dolido y ella se apresuró a aclararle algunas cosas.

—Si quieres tener al Luc, lo tendrás —dijo, enfrentando su mirada—. Pero no a mí. Si has

consultado con un abogado, haré lo mismo. Ahora, será mejor que te marches.

—Por favor, Audrey, piénsalo bien. No me obligues a... —Lucas se cortó y dejó en el aire lo que iba a decir. Desconfiada, Audrey, dio un paso atrás cuando él intentó acercársele—. Podemos arreglar esto sin abogados. No quiero pelear contigo por la custodia; no puedo perderte otra vez.

—No se pierde lo que no se tiene. Me echaste de tu vida y yo no te pido nada.

Lucas se movió inquieto como si quisiera decir otra cosa, al final concluyó como una sentencia.

—No seré un contrincante fácil. Tengo que ir a Madrid mañana, a mi regreso espero que tengas las maletas preparadas o nos vamos a destrozarnos en los juzgados. La prensa se cebará con nosotros. ¿Es eso lo que quieres?

Quizás era el rencor lo que hacía que Audrey se posicionara, pero ella tampoco iba a rendirse sin pelear. Con una calma que la sorprendió, lo llamó.

—Lucas. Haz lo que tengas que hacer, pero no voy a dejar que te lleves a mi hijo.

La mirada que él le dedicó estaba llena de indignación.

—No te reconozco, no me esperaba eso de ti.

—Es cierto, no me conoces. Tú y yo no somos nada, pasamos tres días juntos, nada más.

Lucas se volteó dolido, se acercó al pequeño Luc, le dio un beso cargado de cariño en su cabecita y se despidió de él.

—Hasta pronto, campeón.

Cuando pasó por su lado, camino de la salida, solo le dedicó una mirada cargada de tensión y se fue sin despedirse.

Capítulo 16

Tan solo hacía quince días que Lucas sabía que había sido padre. No se había enterado de la mejor manera. Había acudido a una cita con unos abogados, López y Martínez, y lo que él pensaba que era una reunión de negocios resultó ser la noticia de su vida. Pero jamás había pasado tanto miedo.

No solo le mostraron una prueba de paternidad, a la que su propio padre había dado el visto bueno, sino que, minutos después de desvelarle aquella realidad, le exponían unos sucesos que a medida que los procesaba su cerebro, el temor le encogía el corazón. Los ojos se le inundaron de lágrimas y no disimuló ante todos los presentes. Era una historia muy dura la que escuchaba. No dudó ni un segundo de la veracidad. Su familia no se habría prestado a nada de aquello y la pareja que tenía delante, al otro lado de la gran mesa oval, tenían algo en sus facciones que, adivinaba, había heredado su hija.

—Es horrible por lo que ha pasado. ¿Está bien? ¿Y...? —La voz se le cortó. Era padre, padre de un niño y nada menos que se lo había dado el amor de su vida. Aquella a la que despreció cuando fue a contárselo después de vivir un infierno. Se cubrió la cara con ambas manos y la angustia se apoderó de él. Sintió un apretón en su hombro y de reojo vio a su padre que lo miraba con entereza.

—Sí, está bien. El niño también —respondió una mujer. Mari Carmen, había dicho que se llamaba. Pensó que, de mayor, Audrey, tendría aquella mirada—. Los médicos la mantuvieron en un estado de coma químico para que no sufriera, ni ella ni el bebé. La ciencia está llena de milagros.

—Les juro que no lo sabía. —Miró a su hermano y después a su padre—. ¿Por qué me lo ocultasteis? Sabíais lo del bebé, lo de su accidente...

—Lo supimos después de que ella fuese a buscarte, mucho después... —justificó Andy.

Le dieron razones que entonces no le sirvieron de mucho y entendió que él tampoco lo había puesto fácil. Estaba deseando salir corriendo e ir al encuentro de Audrey, de conocer a su hijo. Pero aquella noticia no era la más importante. Lo peor era que su familia, porque él ya consideraba que Audrey y el pequeño eran su familia, estaban en peligro. Alguien había enviado anónimos a la casa de sus padres, con los que vivía, con su cara y la del bebé en un punto de mira. Aquello era de locos.

—Los *mossos* creen que se trata de Narcís, están tras él. Nosotros no podemos protegerla, la policía no nos ayuda como quisiéramos, por eso recurrimos a ti —dijo Santiago López, el padre de Audrey.

—Tienes que llevarte a nuestra hija y al niño contigo —pidió la mujer—. Pero debes prometerme que no le dirás nada de esto hasta que detengan a Narcís. Ya ha sufrido demasiado.

—Creo que no será tan fácil, ¿y si me odia?

—Ese puente tendrás que cruzarlo tú solo, pero te ayudaremos en todo.

Audrey no entendía por qué, de repente, todos trataban de convencerla para que no entrara en enfrentamientos legales por la custodia. Se sentía mala persona por no ceder a los deseos de Lucas y esperaba escuchar argumentos sobre que él no podría ganar aquella batalla. Pero su madre, con bastante frialdad, le comunicó que a la larga lo haría; su padre, un poco más romántico, le advirtió que tenía una segunda oportunidad y que dejara atrás el dolor, y Alina le dijo muy tajante que quizás no cedía porque no perdonaba a Lucas y eso perjudicaría a Luc. Aquel comentario era el que más la había enfadado, sobre todo porque su amiga tenía razón.

El sonido el móvil la sacó de sus pensamientos.

—Hola, preciosa.

Era Lucas, respondió con voz neutra.

—Hola. ¿Quién te ha dado mi número? —Estaba claro quien había sido, por lo visto su padre se había dejado deslumbrar por el astro del fútbol, aunque alegó que se lo dio por cuestiones legales.

—¿De verdad eso importa? —respondió Lucas, obviando su tono—. ¿Qué tal están mis tesoros?

—Lucas, no te pega esta faceta.

—Ah, ¿no? —preguntó, contrariado, pero cambió su tono e inquirió de forma aséptica—. Entonces, ¿cómo está Luc? ¿Ha preguntado por mí?

Su pregunta rompió la coraza que Audrey intentaba poner en su corazón y, sin querer se le escapó la risa.

—Te echa de menos.

—¿En serio? —Lucas sonó alegre.

—Sí, por las tardes está algo inquieto —explicó ella. Era algo tonto, pero compartir esa preocupación que tenía por la intranquilidad de Luc la ayudaba—. Creo que tu voz lo calmaba.

—Será que le has hablado bien de mí —murmuró, y Audrey lo imaginó con una sonrisa en los labios—. Vuelvo pasado mañana. Eh... Audrey, ¿qué vas a hacer? ¿Vendrás conmigo a la casa de Sitges?

—No me dejas otra opción. —Sintió que la casa de la colina podría convertirse en una jaula de oro.

—Cierto —murmuró taxativo—. Os recojo en dos días. Besos a Luc.

Aquellos dos días se le pasaron a Audrey en un suspiro. Una mujer llamada Elvira la llamó poniéndosele a la orden. Era la encargada de la casa de Lucas y le informó de que irían unas personas a ayudarla con el traslado. Apenas lo comunicó en casa, su madre pareció encantada y la ayudó a empaquetar las cosas más importantes, de ella y del niño. Tuvo la impresión de que tenía ganas de perderla de vista. Quizás no lo había apreciado bien y, desde que había vuelto a vivir con ellos, la pareja se había resentido y por eso estaban tan raros. Para cuando fue Lucas a recogerlos los de la mudanza ya se habían llevado las cosas. Solo quedaban ella y el niño.

La actitud de sus padres frente a Lucas le llamó la atención, era como si ya se conocieran. Sabía que habían hablado por teléfono, pero quizás se habían encontrado para tratar algún tema. Sí, sería eso; empezaba a desconfiar de todo.

Al llegar a la mansión era casi de noche y Lucas la llevó, a ella y al niño, a la habitación que sería de Luc. Era preciosa. Estaba pintada de azul, parecía un cielo y el techo estaba lleno de estrellas que se iluminaban en la oscuridad.

—Espero que te guste, la han arreglado en muy poco tiempo —comentó el futbolista a la vez que dejaba un bolso infantil sobre una cómoda.

—Es muy bonita —respondió con Luc en sus brazos y lo tumbó en el cambiador.

Audrey empezó a desnudar al niño que estaba medio dormido y le pidió a Lucas que le diera un pijama del bolso. Este en vez de dárselo le señaló un armario y lo abrió. Estaba cargado de pañales, toallitas y cosas de aseo. En otro lado estaba colocada su ropa, junto a otra nueva. Mientras él se dedicó a cambiar el pañal al niño ella revisó las cosas. Cogió un pijamita de un cajón y se lo mostró. Lucas sonrió y se encogió de hombros. Audrey sintió mariposas en el estómago al ver cómo se le iluminaba la sonrisa cuando se lo dio para que se lo pusiera. Era un pantaloncito con una camiseta repleta de balones de fútbol. Se echó a reír.

Durante unos minutos observaron al niño dormir. Lo habían acostado en su nueva cuna y no extrañaba nada el lugar. Luego, Lucas apagó la luz y el techo se iluminó como una noche estrellada. Agarró su mano y tiró de ella. Audrey, nerviosa, quiso soltarse, pero él no se lo permitió. Le mostró varias estancias hasta llegar al salón. Desde los ventanales se podía ver el mar. No pudo evitar comparar con el día en que se conocieron y la llevó a su habitación. También se veía el mar desde la suite del hotel de Menorca. Se sintió abrumada por el lujo que la rodeaba.

—Estás muy callada, Audrey.

—Es una casa preciosa, Lucas —contestó con vacilación—. Me-me siento un poco rara, eso es todo.

—Si algo no te gusta, cámbialo. Quiero que te sientas cómoda, esta es tu casa ahora... Ven. —Volvió a tomarla de la mano, esta vez no intentó soltarse. La llevó hasta un dormitorio y supuso que era el de él—. Si te parece, por el día te enseño el resto.

La habitación era muy grande y estaba decorada con muebles de madera oscura. Las paredes eran de color tierra. Sobre una de las mesillas de noche, un portarretrato llamó su atención, lo

tomó en su mano y lo observó sobrecogida. Era aquella fotografía que se habían hecho y representaba tanto para ellos. Sintió que Lucas se le acercaba por la espalda y le rodeaba la cintura con los brazos. Un pequeño estremecimiento recorrió su cuerpo, de la cabeza a los pies. Quiso separarse, pero él la retuvo.

—Aunque no lo creas, esa fotografía me ha acompañado desde el día en que nos despedimos. —Retiró su pelo con una mano y le besó el cuello.

—Yo las perdí todas, apenas me acordaba —admitió con falsa indiferencia. No sabía el tiempo que iba a poder mantener el control, necesitaba distancia para ser dueña de sus emociones. Dejó el retrato en la mesita y se separó de él.

—No me rechaces, Audrey —murmuró Lucas cuando enfrentó su mirada.

—¿Cuál es mi habitación? —preguntó seria. Él señaló la estancia, pero ella negó con la cabeza —. Esta es la tuya.

—Pero han puesto aquí tus cosas —señaló, como si aquella fuera la lógica por la que tenía que quedarse allí. Abrió unos cajones y miró hacia el vestidor. Audrey volvió a negar con la cabeza e hizo una mueca con los labios fruncidos. Se acercó al cajón que él había abierto y cogió, sin mirar, unos de los camisones.

Durante un segundo que parecía eterno él la contempló, luego salió del dormitorio y lo siguió. Con la mano, Lucas, le señaló varias habitaciones.

—Elige la que quieras —murmuró molesto—. Si estás muy cerca de mí puedes irte al piso de arriba, hay otros cuartos.

Audrey quiso replicarle. ¿Qué esperaba? ¿Que se metiera en su cama como si no la hubiera coaccionado para ir allí con él? Era el colmo del despropósito. Y lo peor era que él no se lo cuestionaba.

Escogió la habitación que estaba más cerca de Luc. Aunque la de Lucas estaba al otro lado. Él se despidió con un «hasta mañana» y la dejó sola. Audrey se sentó en el borde de la cama y miró a su alrededor. ¿Cómo había podido aceptar ir allí, con él? ¿Se había vuelto loca? ¿Y sus padres, cómo lo habían consentido? Aquello era toda una prueba de supervivencia, no sabía el tiempo que iba a poder resistirse a él, a sus besos y sus abrazos. Por un lado, los deseaba y, por otro, dudaba de que, pasada la novedad, él pondría distancia con ellos.

Había tenido la ilusión de que el hecho de cambiar de lugar las pesadillas no la atosigarían, pero se había equivocado. Un mal sueño la despertó, como solía ocurrirle la mayoría de las noches. Narcís quería hacerle daño, la perseguía. Inquieta, encendió la luz. El corazón le bombeaba rápido y le angustiaba volver a cerrar los ojos y que él, Narcís, siguiera allí, en su mente. Se levantó trémula y fue en busca de Luc, él la calmaba, pero el niño no estaba en su cuna y se asustó. Con premura se metió en el cuarto de Lucas y nada más entrar se detuvo. La imagen que vio la enterneció. La luz del pasillo se filtraba por la puerta abierta y le mostró a padre e hijo durmiendo juntos, destapados. Lucas había rodeado a Luc de almohadones y el niño, muy pegado a su pecho, había cogido un dedo del padre y lo apretaba en su manita. Los dos dormían plácidos y

tranquilos. De un impulso salió y fue a su habitación a por su móvil, al segundo estaba allí de nuevo para inmortalizar el momento en una fotografía. Los observó emocionada y al final se marchó con el corazón dividido.

Cuando se levantó se metió en la ducha para despejarse, le había costado conciliar el sueño, pero Luc no tardaría en reclamarla. Al salir con la toalla alrededor de su cuerpo, y una pinza que recogía su pelo húmedo, se dio cuenta de que toda su ropa y sus enseres estaban en la otra habitación. Con sigilo entró en el cuarto de Lucas y vio la cama vacía, creyó que estaría cambiando al niño y, con premura, se coló en el baño para coger sus cosas y salir disparada de allí. El vaho la sorprendió y apenas tuvo tiempo de coger nada cuando la mampara de la ducha se abrió y salió Lucas, desnudo y sin ningún pudor. Se miraron durante un instante y pudo comprobar que él se estaba excitando. Avergonzada, se giró sobre sí misma y, con las manos ancladas en el pecho para sujetar su toalla, salió disparada. Nerviosa, rebuscó en el vestidor y sacó de una percha un vestido veraniego. Al voltearse encontró al futbolista detrás de ella, apoyado en una cómoda; por lo menos, para su salud mental, se había puesto una toalla alrededor de la cintura.

—Buenos días —saludó retraída.

—Buenos días, preciosa. ¿Qué haces por aquí? —respondió risueño. Lucas la provocaba al saber que estaba azorada, seguro que se había ruborizado.

—Necesitaba mi ropa. —Apretaba con fuerza el vestido contra su pecho.

Lucas abrió un cajón y tanteó con la mano. Audrey lo observaba desde la distancia, sin querer sus ojos se iban hacia sus abdominales. ¿Cuánto ejercicio necesitaría para mantenerlos así? Él, provocador, cogió con dos dedos una prenda. Se la mostró. Era una braguita lila, de raso y encaje. La sujetó con la otra mano y sacó el sujetador a juego.

—Combinan con ese vestido. —Se le acercó para entregárselos. Luego, tentador, le retiró la pinza del pelo y este le cayó con rapidez sobre los hombros.

Audrey se quedó casi petrificada cuando Lucas ahuecó las manos entre los mechones de su cabello, la atrajo hacia él y la besó como le gustaba. Con la boca abierta y succionándole los labios. La lengua se abrió paso con premura y se encontró con la de ella, que le devolvió el beso. Las manos masculinas empezaron a dibujar el contorno de su cuerpo, bajaron por sus costados hasta las caderas, pasaron sobre la toalla hasta el borde de esta, para colarse por él y tocar sus nalgas con una caricia tentadora, pero aquel contacto sacó a Audrey de su ensoñación y se separó de golpe. Lucas la aturdí de tal manera que perdía el sentido y debía mantenerse cuerda.

—Audrey...

—No.

Salió de la habitación como quien huye de un peligro; por el rabillo del ojo vio que Lucas se metía de nuevo en el baño, con un gesto de frustración y, no dudó, al escuchar correr el agua, de que se daba otra ducha para mojarse las ganas.

Fue un día anormal. Lucas pasó gran parte del tiempo en el gimnasio, casi evitándola; no le extrañó, así cuidaría aquella tableta de chocolate que la volvía loca. Ella trató de adaptarse a la

casa, la recorrió entera. Sola y, después, con él, mientras Elvira atendía a Luc. Él no trató de volver a besarla y, cuando estaban con el niño, percibió que Lucas procuraba tenerlo en brazos todo lo que podía. Era como si quisiera recuperar el tiempo perdido. Entonces le narraba jugadas deportivas, o le inventaba historias, y el pequeño, como si aquella voz fuese un canto de sirena, se adormilaba acurrucado en sus brazos.

Otra pesadilla despertó a Audrey; debía hablarlo con su terapeuta. Con el nacimiento de Luc había distanciado las visitas, pero quizás el estrés emocional la tenía más alterada y debía retomarlas. Nerviosa, salió al pasillo y prendió la luz. Quiso ir a ver al pequeño, pero acudió a la habitación de Lucas; se dio cuenta de que estaba allí cuando lo observó tendido en su cama, boca arriba. Tenía las sábanas enredadas en las piernas, solo vestía un bóxer negro y lo miró embobada; tenía un cuerpo escultural, fibroso y se moría por tocarlo. Sin reprimirse acarició su pelo. De repente él abrió los ojos y su mirada se clavó en la suya. Sin saber cómo había ocurrido se encontró bajo el cuerpo masculino, con sus manos acariciándola entera y los labios pegados en su cuello, que se deslizaban hacia el sur, por el valle de sus senos. Sintió cómo su boca se apoderaba de uno de ellos y lo chupaba por encima del fino camisón que utilizaba. La mente se le llenó de imágenes de ellos dos juntos, en aquel hotel. Su aroma la embriagó y casi la hizo perder el sentido, pero tenía que ponerle freno o se perdería en aquel instante.

—Lucas, Lucas, por favor.

Él empujó su pelvis contra la suya a la vez que trataba de besarla.

—Lucas... no...

El futbolista se detuvo en el acto. La miró con los ojos crispados y se separó de un brinco para incorporarse. Audrey respiró agitada, apoyó los codos en el colchón mientras su pecho subía y bajaba, acelerado bajo el escrutinio de la mirada de Lucas.

—¿A qué has venido? —preguntó con tensión en la voz.

—Tenía una pesadilla —titubeó, pero fue sincera y reprimió un sollozo, Lucas la miraba con dureza.

—Pues si no quieres meterte en mi cama, vete.

Regresó a su habitación más afectada que cuando había salido. No era buena idea estar bajo el mismo techo. Se planteó aceptar la custodia compartida. Podían hacerse mucho daño y no quería que el niño viviera en un ambiente tenso. Además, ¿cuánto iba a durar aquella farsa? No eran una pareja, no eran nada. Quiso recoger sus cosas y salir corriendo, pero no podía hacerlo. Pensar en Luc la frenó. Sin embargo, tomó una decisión. Si él quería luchar por estar con el niño tenía su derecho. Ya había iniciado los trámites para reconocerlo, así que acordarían la custodia y cada uno podría seguir con su vida. Si no se ponían de acuerdo sería la ley quien decidiera.

Tras aquella reflexión cayó en un sueño lleno de angustia. Cuando se levantó no estaba mucho mejor. Se sentía embotada, con dolor de cabeza y muy cansada. Luc dormía plácido y lo dejó un

poquito más antes de darle el biberón. Al entrar en la cocina Elvira le sirvió un café. Mientras lo tomaba recapacitó sobre las decisiones que se había planteado. Tenía que hablar con Lucas. Le pidió a la asistenta que se ocupara del niño. Quizás estaba confundida, pero tenía que marcharse de allí. Con aquella idea en la cabeza buscó a Lucas en el gimnasio.

—¿Buscas algo? —preguntó él al verla entrar y de inmediato cesó en su ejercicio. Audrey no esperaba encontrarlo en la máquina de remo, sin camiseta. Se dio una torta mental cuando él cruzó los brazos sobre su pecho. No podía dejar que su torso desnudo la distrajera. Ni los tatuajes que llamaban su atención.

—Siento lo de anoche —señaló avergonzada.

—Yo también —respondió, a la vez que se levantaba de la máquina. Cogió una toalla y se limpió el sudor de la cara, luego se restregó los brazos y el pecho—. Aunque seguro que por razones distintas.

—No es buena idea que esté aquí, Lucas —soltó rápido, no quería darle más vueltas—. Esto no... Voy a marcharme.

—Si lo haces pediré la custodia compartida —amenazó serio. Audrey asintió con la cabeza, él la miró tenso, se le acercó y se detuvo a escasos pasos de ella—. No quiero perderme la vida de Luc.

—Haz lo que tengas que hacer —contestó, pero fue incapaz de seguir sosteniéndole la mirada, iba a echarse a llorar—. Si sigo aquí acabaremos odiándonos.

—No volverá a pasar lo de anoche —refutó y acortó la distancia—. A menos que lo quieras, claro.

Audrey se mordió el labio en una mueca de tensión. Las palabras de Lucas la conmovieron.

—No te vayas, Audrey, encontraremos la forma de convivir.

—¿Y qué pasará cuando quieras estar con una mujer? —Ella misma se sorprendió de la pregunta. No quería imaginarse la situación, pero no era tan descabellada.

—Cuando surja esa posibilidad no vendré aquí, me iré y volveré.

—¿Y cuando quiera yo? —Le pareció, por la expresión de Lucas, que él no esperaba esa opción.

—Tú verás, pero aquí no entrarán terceras personas... —Hizo un silencio mientras la contemplaba con fijeza y al instante continuó—: Dame hasta el final del verano, si para entonces deseas marcharte no te lo impediré y arreglaremos los papeles.

Audrey calculó rápido. Faltaban dos meses para el final del verano. Podía ser un día a día muy duro. ¿Qué clase de vida iban a tener? Pero, bien pensado, solo tenían que adaptarse, debía intentarlo por Luc. No quería reprocharse un día que no le diera la oportunidad.

—De acuerdo, Lucas.

Él asintió, agradecido. Audrey creyó que no tenía nada más que decir, se dio la vuelta y se dispuso a salir, pero él la sujetó por el brazo.

—¿Sueles tener pesadillas?

—Algunas noches —respondió con cautela. Se deshizo de su agarre y caminó hacia la puerta. La sensación de que Lucas tenía clavada la mirada en su espalda la acompañó hasta que abandonó el gym.

Aquella noche Lucas no cenó en la casa. Elvira se lo comunicó antes de marcharse. Aunque la mujer le dijo que había quedado con su hermano y le había pedido que la avisase, ella pensó que era una excusa para salir con alguna mujer. Al día siguiente, mientras él estaba metido en la piscina con Luc, Audrey lo observaba con disimulo, pero con cierta desconfianza. La duda de con quién habría estado la carcomía y los celos empezaron a agobiarla; ni siquiera las miradas que él le lanzaba mientras ella tomaba el sol en una tumbona le quitaron aquella idea. A media tarde, Lucas volvió a decirle que salía y ella, contrariada, le dijo que también lo haría. Pero se encontró con el primer escollo. No había traído su coche, su padre le había dicho que se lo llevaría, pero aún no lo había hecho. Quizás Alina podía hacerlo.

Llamó a su amiga y le explicó lo que le ocurría con Lucas. No esperaba que la psicoanalizara. La respuesta fue contundente. Le dijo que todo estaba en sus manos, que debía decidir qué quería y, si no era estar juntos, que hiciera la maleta y se marchara. No dudó de que tenía razón, pero le había prometido dos meses a Lucas.

—Entonces, Drey, quizás es que no querrás marcharte.

Alina no la dejó regodearse en su situación. Tampoco la vio muy decidida a ayudarla cuando le pidió que le trajera su coche. Se excusó con que había quedado con Harper. La noche anterior no se habían visto porque él había quedado con su hermano, por lo visto atravesaba una crisis, se burló. Sentirla tan contenta con aquel chico la hizo olvidarse de ella misma. Su amiga le prometió que iría a verla y se despidió con prisas.

Audrey se quedó despierta hasta que escuchó que Lucas llegaba, era absurdo, pero saberlo en casa la serenaba y se durmió tranquila.

Las ganas de salir se le disiparon. Lucas permanecía todo el día en la finca. Luc dormía bastante y, sin darse cuenta, habían establecido una rutina y pasaban juntos mucho rato: en la piscina, viendo algunas películas en una televisión enorme o charlando de cosas triviales. En ocasiones lo veía trabajar en un proyecto y estaba muy intrigada, le parecía que supervisaba algunos diseños. Cuando no pudo más de curiosidad le preguntó. La respuesta la sorprendió. Creaba su propia marca de ropa deportiva.

—¿No querías ser entrenador? —preguntó curiosa.

—Sí, tal vez más adelante —respondió y señaló los papeles que tenía sobre una mesa—. Esto era un proyecto que inicié hace tiempo y me apetece relanzarlo.

—¿Y Hartbook? —se interesó por la editorial, su padre contaba con él.

—Mi padre es insistente, pero entiende, y sabe, que no quiero estar allí.

—¿Y qué estás haciendo? —Miró los dibujos que hacía.

—Intento hacer un nuevo logo. —Señaló un circulo que encerraba una letra, la H.

—¿No hay gente que hace esas cosas?

—Sí, pero quiero hacerlo yo. —Sonrió—. ¿Qué te parece un color para esta zona? —reparó una L—. Y otro para esta —terminó de reseguir la H.

—¿Dentro de un círculo? —Observó el papel durante unos segundos—. ¿Por qué en vez de un círculo no pones el tatuaje que llevas? Es bonito. Sería tu marca personal.

—No es mío y no tengo idea de quién lo diseñó. Tendría que obtener su permiso —afirmó, a la vez que redondeaba con un lápiz el círculo de la H que había dibujado—. ¿Podría usar el tuyo?

—¿El mío? —preguntó extrañada—. No sé a cuál te refieres.

—El que dibujaste en el diario de Luc.

Lo miró con interrogación. Si era igual al que él portaba. Lucas se levantó y sospechó que iba a por el librito. Al momento regresó con él en la mano.

—Son diferentes. —Se quitó la camiseta y le mostró su omóplato a la vez que abría el libro por la página en donde estaba el dibujo que había hecho ella. Necesitó unos segundos para recuperarse de la conmoción que la sobresaltó al ver su torso desnudo, pero, sobre todo, la embargó la emoción al ver el nombre de Luc tatuado sobre su corazón—. ¿Ves? —preguntó sin darse cuenta de su turbación—. Tú hiciste ondas marinas y el mío tiene una greca.

Audrey lo observó, perpleja. Vaya ojo tenía. Su mente lo había rellenado con otra información que había olvidado. Sin darse cuenta paseó los dedos por el *tattoo*, lo resiguió, a la vez que giraba sobre él, hasta llevar la yema del índice al nombre de su pequeño y notó cómo él se estremecía. Lucas le agarró la mano con la suya, se la llevó a los labios y la besó. Cuando intentó atraerla hacia él, por la cintura, Audrey dio un paso a tras y se separó.

—Tu cuerpo responde a mis caricias, Audrey, pero tu mente me rechaza —susurró a media voz—. ¿Qué es lo que no me perdonas? ¿Tan duro es estar aquí, conmigo?

—No, no es eso —respondió vacilante. Ni ella misma se entendía, ¿cómo iba a decirle que no era él?

—¿Es por lo que dije el día que viniste a buscarme?

No pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas. Aquellas palabras aún resonaban en su mente.

—Es eso... —afirmó él con decepción—. No puedo borrar lo que dije, no puedo borrar lo que te pasó. Solo pienso que, si te hubiera llevado conmigo, no te habría pasado nada. Yo tampoco me perdono.

—Yo no te culpo.

—Eres generosa y buena. —Se acercó, pero esa vez no intentó tocarla—. Quiéreme, Audrey, dame una oportunidad. Dije cosas feas, estaba dolido, pero te quería. Aún te quiero. ¿Eso no cuenta?

—Lucas, yo...

—Después de aquello estuve enfadado mucho tiempo, entonces me hice este tatuaje. —Se señaló el brazo izquierdo y le mostró a *Psique con Cupido*. Durante unos segundos se quedó absorta, con la mirada fija en él. Tenía un bonito colorido, era precioso—. No soy original, me lo

copié de Beckham. Quería tener algo que te representara. Me sentí traicionado y no quise escucharte, pero quiero recuperarte. Contigo me sentí normal, nunca me has adulado... No soy mala persona. Dame una oportunidad.

—¿Por eso me has traído aquí, a la fuerza?

Lucas frunció el ceño, tuvo la impresión de que no le gustaba su comentario. Se puso la camiseta y durante aquel instante lo miró embobada.

—No, tengo que protegeros. No puedo permitir que tú y Luc estéis en peligro. Es mi deber cuidaros. Parece mentira que te lo cuestionen.

Audrey se extrañó del alegato, iba a preguntarle, pero la voz de Elvira que se acercaba charlando con alguien, los interrumpió. Al instante, Andrew, que cargaba a Luc en sus brazos, llegó hasta ellos. Lucas lo miró con mala cara, pero él ni se inmutó.

—Tardabais tanto en invitarme a conocer a este campeón que no he podido resistirme a venir —señaló sonriente. Lucas le quitó al niño de los brazos y Andrew, sin ningún reparo, se le acercó y le dio un fuerte abrazo—. Audrey, estás estupenda. Más guapa que antes.

—Tú estás como siempre.

Se sentaron en los sillones blancos. Al momento, Elvira trajo unas cervezas y unos refrescos. Audrey se sirvió una Coca-Cola Zero, Lucas cogió un Aquarius y Andrew una cerveza.

—Dime, Audrey, ¿se sabe algo del que te disparó? —preguntó Andy y la mirada desaprobatoria de Lucas no le pasó desapercibida. Lo vio exagerado, tampoco es que no pudiera hablar del tema por esta traumatizada—. Cuando tu abogado, bueno, tu padre, se comunicó conmigo y me explicó todo el asunto no podía creerlo. Alessio se sintió muy mal durante bastante tiempo.

—¿Mi padre te llamó? —inquirió, extrañada.

—Tardó un poco, pero quiso avisarnos por si la policía se comunicaba con nosotros, para que pudiéramos estar preparados con la prensa. Seguían el rastro de las fotografías, de la IP de donde se enviaron —respondió Andrew. Audrey no podía creerlo. Lucas bajó la vista hacia el suelo, como si se avergonzara o arrepintiera. No quería pensar mal. ¿Lo había sabido todo desde el principio? Las palabras de Andy no le dieron toda la paz que esperaba, aunque sí le despejaron algunas dudas—. Quisimos verte, pero no nos dejó y después de cómo te había ido con Lucas, pensamos que era mejor así. Si tú no le habías confesado lo de Luc tendrías tu razón y la respetamos. Entonces, entre mi padre y yo decidimos no contarle nada, no queríamos que le salpicara. Hacía tiempo que rulaban las fotografías y habíamos salido airosos. En verano siempre hay algún famoso pillado infraganti y tuvimos suerte, miraron hacia otro lado.

—Lo siento —se disculpó Lucas, como si supiese los estragos que le producía aquella confesión.

Les dedicó una sonrisa forzada. La superficialidad con la que lo había explicado Andy le pareció que aquello le había ocurrido a otra. «No querían que le salpicara a Lucas», era el colmo. ¿Es que la vida contaba menos que la imagen de uno? Había cosas a las que creía que no se acostumbraría nunca.

—Tendrás que perdonarnos —pidió Andrew ante su cara de estupefacción.

Qué fácil.

—No sé nada. —Quiso salir de allí, se sintió mal. No le gustaba hablar de lo que le había ocurrido, pero le dolió que ni siquiera tuvieran en cuenta cómo lo había pasado. Se doblegó, había gente que restaba importancia a muchas cosas—. Solo que Narcís está desaparecido.

—Están tras su pista, Audrey —soltó Andrew—. Pero aquí estás segura, no podrá acercarse a ti.

Lucas miró a su hermano con los ojos muy abiertos, censurándolo, Andrew pareció darse cuenta de que acababa de meter la pata.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella con asombro.

Audrey fue testigo de la incomodidad de su pregunta y vislumbró que había cosas que ella no sabía y ellos no se habían percatado. Intentaron disimular y cambiaron de tema a otro más trivial, pero los increpó con un grito.

—¡Eh! —No controló el tono de su voz y Luc se asustó y rompió a llorar. Lucas lo meció un poco y lo calmó, pero llamó a Elvira para que se lo llevara.

—Audrey, cálmate —le sugirió al quedarse los tres solos.

Audrey se levantó y empezó a dar vueltas por el salón. Su mente empezó a elucubrar conversaciones a medias que había escuchado entre sus padres, la amenaza manifiesta de Lucas y la escasa preocupación de su familia porque él le quitara al niño. Explotó al juntar todas las piezas. A sus padres no les ocurría nada, la vigilaban para que no le ocurriera nada a ella. Todos la habían engañado, pero tenía que descubrir por qué.

—¡Me amenazaste con pedir la custodia... Con llevarte a Luc! ¡Te has pasado, Hart! ¿Pero qué os habéis pensado al ocultarme cosas? —preguntó con rabia. Cogió su móvil.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió Lucas y se le acercó.

—Hablar con mi padre.

De repente estalló en llanto y Lucas la rodeó con los brazos, se pegó a su pecho y dejó que la angustia saliera. Lucas justificó sus actos con un susurro en su oído, casi podía entenderlo.

—Sí, deseaba la custodia compartida, pero no quería perderte en el intento, Audrey. Traerte aquí era lo mejor que se me ocurrió. Esto es como una fortaleza. Aquí no podrá tocarte. He buscado alguien para que te cuide cuando salgas, pero hasta dentro de unos días no llegará. La conocí en Alemania, en una chica, casi un armario ropero, ha estado en el ejército y se dedica a la seguridad de futbolistas —explicó Lucas con preocupación. Audrey asentía a todo lo que él decía, agradeció su sinceridad—. No quería que salieras y por eso estás sin coche, pero prometo que tendrás el tuyo o uno nuevo, como quieras.

Audrey le sonrió.

—Eres fuerte, Audrey. No te derrumbes ahora —señaló Andy, con cariño, cuando se separó de la seguridad de los brazos de Lucas.

Audrey se dio tiempo para hablar con su padre. Este le explicó que habían recibido anónimos

con amenazas. Necesitaban toda la ayuda posible y por eso contactó con el padre de Lucas y luego con él. Tenían que decirle lo del niño y valorar cómo respondía para saber si podían contar con él. Sabía que sus padres querían protegerla, pero le molestó que confiaran tan poco en ella como para ocultárselo. Sin embargo, la verdad y la realidad, cruda y dura, la hizo tambalearse. ¿Narcís se había vuelto loco?

La tensión pudo con Audrey y, tras cortar la llamada, al acercarse a donde los hermanos Hart conversaban, se desplomó en el suelo. Se despertó en el sofá con Lucas a su lado con cara de preocupación.

Andrew se quedó con ellos a cenar, entre los hermanos procuraron distraerla y se sintió como aquellos tres días en Menorca; parecía que había pasado mucho tiempo de aquello. Lucas le propuso hacer una fiesta para Luc, el fin de semana y, así, reunir las dos familias. Aquella idea le gustó, era lo que necesitaba para sentirse bien y alejar el miedo y los fantasmas.

Audrey se despertó con un grito tras una pesadilla. Narcís había conseguido cogerla y volvía a tirarla por el acantilado. El mar rugía bravo bajo sus pies, y la sostenía un débil arbusto. Al instante, Lucas entró en la habitación y prendió la luz de su mesilla. Se sentó en la cama y la abrazó. Ella rompió a llorar en su hombro.

—Shsss... Ha sido solo un sueño, no pasa nada.

Encontró la calma poco a poco. Su corazón se acompañó a los latidos de Lucas, que eran más pausados. Entre sus brazos se sintió vulnerable. Le rozó la piel con los labios, iba sin camiseta, tan solo con unos pantalones cortos. Las manos masculinas empezaron a acariciar su espalda. Audrey sintió, al principio, que eran para que se tranquilizara, pero algo había prendido en su pecho, el calor le recorrió el cuerpo, como si la sangre se le calentara y, al mirarlo a la cara, vio el deseo agazapado en sus ojos. No lo pensó, se lanzó a su boca con desespero y lo besó con fuerza. Durante un minuto, o diez, no tuvo conciencia del tiempo, devoró con ansia sus labios, su cuello, su pecho.

—Audrey... —Lucas sujetó su cara con ambas manos.

—No, no me dejes sola —suplicó.

Por respuesta obtuvo una sonrisa y Lucas tomó el control. La inclinó sobre la cama y volvió a besarla. Sus besos eran tan intensos como los que ella le había dado. Sintió sus labios recorrerle la mandíbula y bajar por su cuello, dejando una estela de fuego en su piel. Se entretuvo con sus pechos, los succionó por encima del camisón corto que llevaba. Por reflejo, su cuerpo se arqueó y sintió la mano de Lucas que presionaba sobre su vientre, acariciándolo. Fue como la chispa que incendiaba el bosque. Ardía de deseo. Aquella mano viajó hasta su entrepierna y sintió su propia humedad. Ya no fue capaz de frenar el delirio que la inflamaba y necesitaba más caricias para resolver el ardor de su cuerpo.

Audrey perdió la poca cordura que tenía en aquel instante y se dejó llevar por la pulsión que

sentía. Estaba muy excitada y necesitaba explotar. Impulsada por la tensión que la apremiaba, se volteó y se subió a horcajadas sobre Lucas, llevó sus manos al borde del camisón y se lo retiró, lanzándolo por los aires. Él pareció enloquecer con aquel acto y se inclinó para adueñarse de sus pechos y succionarlos de forma alternativa. Pero Audrey estaba acelerada y nerviosa, quería que sus fantasmas se alejaran de su mente. En un gesto inesperado, agarró las manos de Lucas y lo recostó sobre el colchón, sujetando sus muñecas a ambos lados de su cabeza y lo besó con tanto ímpetu que le mordió los labios.

—Tranquila...

Se frotó con él a la vez que le acercaba los pechos a la boca para que los degustara. Sabía que si él quisiera podría voltearla y hacerla suya, pero Lucas respetaba que ella quisiera controlar y mandar en aquel momento, le encantó aquel detalle. Se dejaba hacer y disfrutaba de su impulso. Con picardía bajó una mano hacia la protuberancia que se apretaba en su entrepierna. Sintió la mano libre del futbolista sobre sus braguitas y el ruido que escuchó le hizo saber que las había rasgado. Con prisa bajó su pantalón, atrapó la erección con la mano y la frotó con fricción. Los sonidos que salían de su garganta la enloquecieron.

—Lucas... —estaba muy agitada y necesitaba sentirlo dentro.

Él debió entenderla porque la movió hasta que se coló en su interior y la sujetó por la cintura para que se meneara a su antojo, encima de él.

Audrey cerró los ojos. Cimbrecó la cintura y galopó como si le fuera la vida en ello. Empujaba hacia abajo a la vez que él lo hacía hacia arriba. Era un juego de oposición en el que los dos se iban perdiendo, el uno en el otro, pero el cansancio hizo mella en Audrey. Los nervios por no sentir la explosión en su cuerpo la aceleraron más. Las lágrimas se le escaparon y no fue capaz de retenerlas. Quería explotar de placer, caerse por el mismo abismo por el que la había llevado en otras ocasiones, en aquellos tres días que estaban tan lejos, pero no pudo. No conseguía que la marea la arrasase.

—De-déjame... déjame a mí.

Apenas lo escuchó. Estaba muy concentrada en sentir. Necesitaba encontrar otra emoción más fuerte. Una que fuese capaz de llevarse el dolor y la angustia que presionaba su pecho y su alma. Necesitaba tener un orgasmo.

—Audrey, cariño...

De pronto, abrió los párpados y la sonrisa que recibió la sorprendió. Lucas se incorporó un poco, la besó con ternura y Audrey cedió todas sus defensas. Se rindió a él para que la condujera por el camino del placer. Se tumbó sobre ella y se movió despacio para introducirse en ella, como si tuviera todo el tiempo del mundo, a la vez que la besaba y vertía palabras cariñosas en su oído. Con sus delicadas caricias le desprendió todas las sensaciones amargas que la envolvían tan solo hacía unos minutos y la llevó al lugar que ansiaba, donde sus sentidos recordaron que estuvieron ahí otras veces. Un remolino de emociones se agitó en su estómago.

Frenesí, ardor, pasión. Su cuerpo recibía los envites de Lucas y respondía a ellos. Dentro,

fuera. Lujuria. El fuego corría por sus venas reclamando más y más, hasta que un quejido le anunció que su orgasmo estaba a la vuelta de la esquina. La respiración de él la avisó de que estaba en el mismo punto y con las manos entrelazadas consiguieron romper la barrera del dolor.

Audrey sintió que caía por el precipicio, pero Lucas estaba con ella y la llevaba de la mano.

Necesitaron un momento para que la respiración se les normalizara. Lucas se apoyó en sus antebrazos para retirar el peso de su cuerpo, pero siguió dentro de ella. Sus ojos buscaron su mirada. Audrey lo contempló con arrobó, lo que veía era el amor de Lucas y fue consciente de cuánto lo amaba ella. Entonces él le sonrió y la besó en la punta de la nariz.

—Te quiero tanto, Audrey, no imaginas cuánto.

Lo miró sería, tenía tantas cosas que decir, pero en aquel instante solo una era la importante y necesitaba que la supiera. No sabía cómo les iría, pero estaba segura de que no quería perderlo.

—Yo también te quiero, Lucas... creo que desde el primer día.

Audrey fue testigo de todas las emociones que recorrieron el rostro masculino, sus ojos se humedecieron y sintió que su pecho retumbaba de emoción. Lucas soltó un suspiro y sonrió satisfecho. Le dio un beso en el seno izquierdo y, por un instante, apoyó su mejilla en él, como si quisiera ser testigo del bombeo de su corazón

Después se acomodó a su lado y la estrechó entre sus brazos. Audrey notó que sus temores habían cedido, se sintió muy a gusto y segura. Apoyada en su pecho se durmió, por primera vez en mucho tiempo, sin sentir temor.

Capítulo 17

Audrey abrió los ojos y encontró los de Lucas, que la observaban con deleite. Le dedicó una sonrisa somnolienta a la vez que le dio los buenos días, y le pareció que aquel gesto fue la señal que él esperaba para que, con un rápido movimiento, se le subiera encima y le diera un largo beso que la despertó del todo. Nunca iba a acostumbrarse al ímpetu de aquel hombre; ni tampoco a cansarse.

—¿Qué estás haciendo, Hart? —preguntó, como si no lo supiera.

—Recuperar el tiempo perdido, preciosa. Tengo hambre.

Lucas se acomodó entre sus piernas y le regaló mil besos desde la línea imaginaria entre el lóbulo de su oreja y el canal de sus pechos. Suspiró fuerte cuando se introdujo un seno en la boca y lo chupó con ansia contenida, pero entonces el llanto desconsolado de Luc los sorprendió y Audrey no pudo evitar soltar una carcajada.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Lucas con preocupación.

—Creo que él también tiene hambre —respondió con guasa.

Lejos de molestarse, Lucas, que estaba superpreparado para la acción, se templó de golpe y saltó de la cama, dejándola confusa y a medias.

—¡Voy yo! —exclamó, emocionado. Ni en sus mejores sueños, Audrey había imaginado una situación así. Lo observó colocarse un pantalón deportivo y, antes de salir por la puerta, se le acercó e, inclinado sobre ella, besó sus labios. A continuación, le susurró de una manera tan sensual que le erizó la piel—. Luego terminaré lo que he empezado, preciosa. Mi campeón me espera.

Audrey saltó del lecho y se metió en el baño. Al salir observó a Lucas, tumbado de nuevo en la cama, esta vez de costado y con Luc junto a él.

—Le toca su biberón —indicó sonriente y se sentó al lado, en el borde de la cama. Al hacerlo se dio cuenta de que el niño se había vuelto a dormir.

—Es un poco temprano, ¿podemos esperar un poquito? —inquirió Lucas, feliz.

Audrey se acomodó de costado, junto a Luc, y apoyó la cabeza en su propio brazo. Lucas la agarró con su mano y entrelazaron los dedos; posó sobre su cintura la otra, como si cerrara en un círculo al bebé.

—Me encanta estar así, los tres —señaló, a la vez que se movía para acomodarse.

Por un instante, los dos se miraron en los ojos de otro y, durante unos minutos, quedaron atrapados. Luc los sacó del hechizo en el que habían caído. Con un sonoro berrido rompió la magia que se había creado.

—Le haré el biberón.

Como una familia sincronizada en las rutinas matutinas, Audrey se levantó y se dirigió, presta, a la cocina. Lucas se quedó para atender al niño. Y casi sin darse cuenta inició un nuevo día lleno de pequeños momentos.

Con el soplo del viento podía cambiar el curso de una vida, así había virado la suya, pensó Audrey emocionada, pero el miedo a perder lo que tenía le dio un pequeño pellizco a su corazón.

Por la tarde, su amiga Alina la avisó de que iría a visitarla. Ilusionada, cuando creía que ya estaría al llegar, Audrey se acercó a la verja de la entrada a la finca. Con ojos vigilantes y en alerta observó hacia la carretera a través de los barrotes de la puerta. Saber que Narcís podría buscarla la llenaba de angustia, pero se sintió segura en aquella fortaleza. Al mirar hacia una esquina de la mansión, donde Lucas le había dicho que habían situado una cámara de vigilancia, se quedó petrificada al ver lo que había en la pared. Era su nombre con una gran A. Lucas había puesto su nombre a la casa. Sin pensarlo, regresó sobre sus pasos. El futbolista estaba en la terraza, bajo una pérgola. Trabajaba en su ordenador y tenía junto a él a Luc, en una hamaca.

—¿No viene tu amiga? —preguntó.

—¿Por qué has puesto mi nombre a tu casa?

La miró sorprendido.

—Lo pusieron hace unos días, ¿no te habías dado cuenta? —Negó con la cabeza y esperó su respuesta—. Y no es mi casa, es nuestra casa.

—Aquí no hay nada mío —replicó, molesta, pero él no pareció afectado.

—Ah, ¿no? ¿Y Luc? ¿Y yo?

—Ya me entiendes... yo no he colaborado en nada.

—Has decorado mi vida, para mí es suficiente —respondió, engreído. Sin dejar de contemplarla, se levantó y se acercó a ella para abrazarla. Audrey percibió que él se daba cuenta de su incomodidad—. Seguro que no lo digo muy bien, niña, pero tú me has dado un hijo y no me exigiste nada a cambio. Has sido generosa cuando yo te traté un poco mal. Así que yo quiero regalarte algo a ti. Hablabas de esta casa con tanta vehemencia, parecía que la deseabas tanto, que me hiciste desearla a mí también. Quise tenerla, porque me creía que así tenía algo tuyo y vendrías a reclamarme.

Lucas terminó la conversación con un beso y hubiera sido muy largo si una tosecilla no llega a interrumpirlos. Era Elvira y junto a ella estaba Ali.

—Por mí no os cortéis, seguid a lo vuestro —señaló Alina con sarcasmo.

—¡Ali! —exclamó Audrey, miró a Lucas y le señaló con tez seria—. No fue un poco, fue

bastante, pero... Ya hablaremos.

Audrey corrió hacia ella y las dos amigas se abrazaron como si no se hubieran visto en años. Por el rabillo del ojo vio a Lucas que se quedaba en un segundo plano, las observó risueño y les dio todo el espacio que precisaron. Al separarse, ella le hizo un gesto con la mano para que se acercara.

—Ali, este es Lucas —los presentó—. Lucas, Alina, mi mejor amiga.

Lucas se les aproximó con una sonrisa pintada en los labios. Se acercó a Ali para darle dos besos, pero su amiga se lanzó hacia él y lo abrazó con fuerza, de una forma muy cómica.

—Ay, deja que te dé un abrazo, nunca he tenido un famoso tan cerca —dijo emocionada.

Lucas se dejó agasajar durante unos instantes, entre risas divertidas, y la amiga, puso una cara parecida al éxtasis. Audrey rio al contemplarlos, Alina era muy teatrera, además de una descarada.

—Si es por eso, aprovecha... aunque puedo presentarte a alguno más.

—Déjame pensar —respondió Ali con cara pensativa—. Con tantos peces en el mar ahora no se me ocurre ninguno.

Tras los saludos y bromas previas, las dos amigas se acercaron a la hamaca de Luc y Alina lo cargó en brazos y repartió pequeños besos por su cabecita.

—Pero si ha crecido desde la última vez que lo vi. ¡Está enorme!

Después de los mimos, Luc volvió a la hamaca y ellas entraron en la casa, mientras Lucas se quedaba con el niño en la sombra de la pérgola. Al entrar en el salón, Alina silbó, asombrada.

—No me extraña que no salgas a la calle, aquí lo tienes todo —murmuró su amiga y la sujetó del brazo para añadir—. Tienes cara de estar bien servida. Nada que ver con tus lloriqueos de la otra tarde.

Audrey le explicó cómo habían sido de tensos los primeros días entre Lucas y ella en la villa, hasta el encuentro de la noche anterior, donde habían dado rienda suelta a sus anhelos y fantasías. Alina sonreía cómplice, pero su risa se heló cuando le contó las últimas noticias sobre Narcís y la preocupación que la embargaba en algunos momentos.

—Estás protegida, Audrey —la consoló—. No tengas miedo, Lucas no dejará que te ocurra nada, ni a Luc tampoco.

Después de mostrarle la casa regresaron a la terraza con Lucas. Elvira les sirvió unos refrescos y se llevó al pequeño Luc para cambiarlo. Mientras ellas hablaban de sus cosas, Lucas pareció concentrarse en la pantalla de su portátil.

—¿Y cómo te va? —preguntó Audrey.

Aquella inocente pregunta no era tan inocente. Alina se sonrió pícara y respondió con ironía.

—La oficina es como siempre, aburrida. —Enfatizó la voz—. Pero...

Audrey se preparó, podía soltar cualquier cosa.

—Germán está arrepentido y desesperado por pillarme en la fotocopidora —conjeturó e hizo aspavientos con la mano. Aquel gesto podía indicar que le quitaba importancia al asunto—. De

momento tengo bastante con mi Harper.

—¿Harper? —preguntó Lucas, curioso.

—Un ligue de Ali —respondió Audrey a Lucas, que las miraba medio perplejo, y entonces ella fue consciente de cuándo conoció Alina a Harper y se dio cuenta de cuánto había cambiado su vida desde entonces. Algo más cruzó su cabeza, pero no fue capaz de retener aquel otro pensamiento—. ¿Habéis quedado?

—Sí, pero no nos vemos mucho, la verdad. Parece muy ocupado, aunque siempre encuentra tiempo para mí —contestó, y revisó su móvil.

—¿Esperas alguna llamada? ¿Un mensaje? —preguntó Audrey con burla. En aquel instante entró un mensaje en el teléfono de su amiga, porque esta lo miró y se sonrió pícara. Quiso picarla y preguntó con sarcasmo—. ¿Es de la oficina?

—No, guapa —respondió con suficiencia—. Me escribe mensajes.

—Mensajes guarros, quieres decir.

Estallaron en risas y se abrazaron como si un resorte las hubiera empujado la una contra la otra. Audrey vio feliz a su amiga con aquella relación a distancia, pero que parecía llenarla. No la juzgaba. Verla feliz era lo único que necesitaba. Por el rabillo del ojo vio a Lucas mirarlas como si fueran dos locas y se sonreía sin disimulo, aunque también pudo apreciar una mueca que no supo interpretar.

Elvira regresó con Luc y Ali se lo arrebató de los brazos para sentarse con él bajo la pérgola. Lucas se acercó entonces a ella, la sujetó por el brazo y acercó la cabeza a la suya para hablarle en confianza.

—¿Tú conoces al Harper ese?

—¿No me digas que estás celoso? —contestó. Lucas negó con la cabeza y una mueca en los labios—. No, lo conocí en el Palace.

—¿En el hotel Palace? ¿Cuándo?

Lo miró con suspicacia. Había cosas que no había olvidado, aunque no pensara en ellas y su visita al Palace era una de ellas. Trató de quitar toda la tensión de aquel recuerdo y respondió indiferente.

—Un día que me acompañó a hacer una gestión ¿Por qué, te interesa?

—¿Esa gestión tenía que ver conmigo? —inquirió, y Audrey intuyó que él ya sabía la respuesta. Así y todo, asintió con la cabeza—. Tengo una intuición. Creo que... —Lucas soltó una pequeña carcajada—. No te lo vas a creer, pero creo que se trata de Andrew.

—¿Andrew? —curioseó, sorprendida. Lucas le pidió con un gesto que bajara la voz y añadió con guasa—. ¿Andrew el peligroso?

—Sí, niña, es una larga historia, pero Harper es su mote.

—¡Eh! ¡Vosotros! —gritó Ali—. Que si queréis intimidad nos vamos. —Miró a Luc y le preguntó como si el niño pudiera entenderlo—. ¿Qué hacemos, Luc? ¿Nos vamos y los dejamos solos para que se metan mano?

Lucas y Audrey se acercaron a ellos.

—Oye, Ali, ¿Sabes a qué se dedica Harper? —preguntó Audrey, curiosa.

—Es relaciones públicas, aunque no sé de dónde —contestó distraída. Luc llevaba una gorrita y, con cariño, Alina bajó la visera para protegerlo del sol.

—Yo tengo un hermano que podría explicártelo, se dedica a eso —intervino Lucas, y Audrey lo miró atónita. Pensó que iba a soltárselo sin paños calientes—. ¿Le has hablado de Audrey y de mí?

Alina lo contempló con suspicacia, durante un segundo, luego viró sus ojos hacia su amiga, en una mirada interrogativa.

—¿Qué iba a contarle? —inquirió a la defensiva—. Quizás algo de Drey, no sé, pero es que no nos hemos contado la vida, ¿sabes?

Audrey se había puesto nerviosa, no quería que su amiga malinterpretara a Lucas, ni tampoco decir de más sin estar segura de las sospechas del futbolista, así que cortó rápido el tema. Tenía la solución.

—El sábado vienen los padres de Lucas y sus hermanos, también mis padres. Me gustaría que vinieras —le propuso—. Es una fiesta de Luc para la familia.

—Vale.

Audrey miró a Lucas con una súplica en los ojos para que no dijera nada. Pensó que si, como decía el jugador, su hermano era Harper, tenía muchos números para que Ali no le perdonara la encerrona. Se había precipitado, quizás debían verse a solas sin tanta gente alrededor pendiente de ellos. Sin analizarlo mucho decidió.

—Vente el viernes y hacemos una noche de chicas.

Audrey entró en el baño de la habitación y encontró a Lucas metido en la bañera, con Luc acurrucado en su pecho. La imagen le tocó el corazón y corrió a por su móvil, para inmortalizar el momento en una fotografía. Después sacó al niño del agua y lo arrojó con una toalla mientras lo escuchaba gorjear. Tenía que ponerle un pijama y darle el biberón.

—Te espero aquí —dijo Lucas con tono seductor.

—Quizás tarde un poco, vas a arrugarte —contestó entre risas.

—Ya procuraré que no se me arrugue nada, preciosa.

Lucas le dedicó una mirada pícaro que no disimuló sus intenciones. Ese hombre tenía una buena colección de miradas seductoras que la hacían temblar. Casi en un susurro le murmuró que tenía que atender a Luc y se giró con el niño en los brazos. Era mejor poner distancia porque podía flaquear.

Tras el biberón, Luc se durmió más rápido de lo que esperaba, Audrey pensó con humor que quizás estaba compinchado con su papá. Lo dejó en su cuna y se llevó con ella el pequeño *walkie-talkie* con el que podría escucharlo. Al entrar en la habitación lo colocó en la mesilla y observó

que Lucas había preparado un ambiente romántico. Sonaba música de jazz bastante bajita de volumen y la luz era tenue, pero él no estaba. Lo buscó en el baño y allí lo encontró; seguía en la bañera, pero parecía que la espuma había aumentado. Cogió una pinza y sujetó el cabello en un moñete. Al instante, se quitó la ropa frente a él, que la observaba como si estudiase sus movimientos. Le cedió la mano para que la ayudara a entrar en la bañera pero, antes de que pudiera hacerlo, él se incorporó y se puso de rodillas delante de ella, sin salir del agua. Con sumo cuidado resiguió con los dedos las heridas que marcaban su piel. Primero tocó, con una suavidad extraordinaria, la del hombro operado y la besó; de ahí subió hasta su sien donde, oculta por el pelo, tenía la señal por donde la bala disparada por Narcís había quemado la zona. Lucas también la besó. Por último, con la yema de los dedos, resiguió la diminuta marca de la cesárea, se inclinó y de nuevo le dio un beso.

—Estas marcas en tu cuerpo me dicen que no estuve contigo.

—En mi pensamiento sí que lo estabas.

No quería que se pusieran tristes, así que se movió para entrar en la bañera. Lucas se sentó y ella lo hizo delante de él, dándole la espalda, y apoyó la cabeza sobre las manos que colocó encima de sus rodillas flexionadas. En un segundo él vertió agua sobre su nuca, Audrey la notó caer en chorro, como si hubiera estrujado una esponja, y no se equivocó. Después, Lucas la atrajo hacia sí al agarrarla por los hombros y ella se dejó caer sobre su pecho. Era un momento muy romántico. Se sintió desfallecer al percibir las yemas de los dedos de Lucas sobre la piel de sus brazos, a la vez que repartía besos por su cuello, libre del cabello. Se quedaron en silencio, pero Audrey no fue capaz de estar callada mucho tiempo.

—Deberías llamar a Andrew y quedar con él el viernes —propuso Audrey, con voz segura—. A Ali no le gustará enterarse, delante de la familia, de que él la ha engañado.

—Ya lo he hecho —contestó. Lucas empapó de nuevo la esponja de agua, y la estrujó sobre su clavícula. El líquido corrió hacia sus pechos dejando un camino de fuego—. Me he dado cuenta cuando la has citado para una noche de chicas.

—Se conocieron en el bar del Palace y desde entonces se ven bastante, cuando él viene.

Lucas dejó pasar un segundo y después añadió:

—No sabía que se trataba de tu amiga, no caí en el nombre, pero Andy me ha hablado de ella. Le gusta, aunque quizás le haga daño. Andrew no es como yo, no busca un compromiso.

—Andrew, el peligroso...

Se rieron de su broma particular, pero Audrey pensó en su amiga. Si lo que decía Lucas era cierto, Ali lo iba a pasar mal.

—No es que me preocupe demasiado, pero ¿tomas pastillas?

—¿Quieres otro hijo, Hart?

—Un equipo de fútbol.

—A lo mejor a Luc le gusta el tenis. —Lucas atacó su punto débil y comenzó a hacerle cosquillas por la cintura. No pudo evitar reír.

—Mañana le compro un balón —replicó y simuló ofenderse.

—Tomo pastillas y ni hablar de un equipo de fútbol, que he de tenerlos yo.

—Pues una niña, pero no hace falta que lo decidamos hoy, tenemos tiempo de planearlo. —La voz de Lucas le sonó a promesa pero, sobre todo, a que se lo pasarían muy bien en el intento.

Audrey se acurrucó en sus brazos y disfrutó del momento. Planear un futuro juntos era algo que había soñado muchas veces, pero nunca creyó que pudiera hacerse realidad. Y ahora todo parecía un sueño. Sin embargo, el temor a que Lucas se cansase y los abandonase estaba agazapado en el fondo de su mente. Tampoco se podía desprender de la angustia y el peligro que la amenazaba: el loco de Narcís la había tomado con ella, como si fuese la responsable de sus males. Sintió la zozobra de la incertidumbre en su corazón. ¿Hasta cuándo iba a sentirse así?

Al salir de la bañera se vistieron cómodos y Lucas propuso preparar unos sándwiches. Camino de la cocina, no pudieron evitar entrar en el cuarto de Luc y lo observaron dormido.

—Es lo más bonito que tenemos —murmuró Lucas—. Ya no imagino mi vida sin él.

—Yo tampoco, todo lo hago por él.

Lucas la miró con suspicacia y Audrey no entendió por qué, hasta que él se decidió a hablar.

—No me dejarás, ¿verdad? —preguntó con recelo—. En septiembre acaba el plazo que me has dado.

—También puedes dejarme tú —se defendió.

—Yo quiero una vida contigo, ¿es que no te has dado cuenta? —respondió con pesadumbre—. Luc y tú sois míos, lo que más quiero en el mundo. Necesito saber que estamos bien. Que no te irás y te lo llevarás.

Audrey pudo comprender su angustia, a ella la atenazaba una similar. De pronto estaban muy tensos. Tiró de su camiseta y lo obligó a inclinarse hacia ella. Al tener cerca su boca lo besó con ternura. Él respondió con dulzura, estrechándola entre sus brazos.

—Estamos bien —susurró sobre sus labios al cortar el beso—. No pienso irme a ningún lado. Y ahora —cambió el tono y bromeó—, vamos a preparar esos sándwiches.

Lucas la hizo sentar en un taburete de la isla central de la cocina, mientras él se encargaba de la cena. Sirvió dos copas de vino blanco de aguja y empezó a cortar lechuga después de sacar el pan de molde y varias latas de atún de la despensa y la mahonesa de la nevera. Ella había insistido de que en una bandeja había carne en salsa preparada, pero Lucas tenía una idea fija: comerse un sándwich. Cuando terminó de elaborarlos, los sirvió en sendos platos, colocó uno ante Audrey y se sentó a su lado, con el suyo propio delante.

—¿Cuándo vuelves al trabajo? —preguntó Lucas.

—Después del verano.

—¿Por qué no lo dejas y te planteas otra cosa?

Audrey sintió que todas sus alarmas se encendían.

—¿Tienes algo en contra de *Luxury House*?

—No, si a ti te gusta, pero podrías hacer otras cosas. —Lucas dio un gran mordisco a su

bocadillo—. Ahí no crecerás profesionalmente. Estoy montando una empresa, tienes buenas ideas, sabes de leyes y finanzas, necesito alguien como tú. Pero si quieres independencia, tienes la editorial, mi padre necesita alguien de confianza aquí en Barcelona, ahí podrás crecer mucho, dirigirla un día. Pero la decisión final es tuya.

Audrey se quedó medio pasmada, no sabía qué decir, pero tampoco quería ser desagradecida. Tuvo la impresión de que él no quería coaccionarla, aunque esperara que aceptara alguna de aquellas ofertas.

—Me lo pensaré —afirmó con cautela.

—Estupendo... mañana. Quiero que mañana vengas conmigo a un sitio.

—¿Adónde?

Lucas levantó las cejas en un gesto de expectación y dijo muy serio.

—Sorpresa.

A la mañana siguiente, Audrey tardó en poder dejar a Luc con Elvira, se sentía extraña al salir sin él. Aunque acompañar a Lucas era como un sueño. Era la primera vez que iban a salir los dos como si fueran una pareja normal. No se sentía coaccionada y vio la oportunidad como una manera de creerse que esa vida que vivía era la suya, junto al hombre que amaba.

—¿Qué tipo de empresa estás constituyendo? —quiso saber—. Pensé que te interesaría entrenar a un equipo o algo así.

—Sí, pero tendría que hacer un curso de entrenador y estoy con otro proyecto. —Lucas pareció pensarse lo que iba a decir—. El lanzamiento de mi marca deportiva está casi listo.

Habían llegado a un edificio en la zona alta de la ciudad, junto a una tienda de ropa íntima femenina, muy exclusiva, Le Plaisir. A Audrey los ojos se le fueron hacia las prendas del escaparate, pero él tiró de su mano hacia la portería que daba entrada al inmueble y lo siguió. Era un vestíbulo normal, típico de pisos de alto standing; sin embargo, al acceder a una de las plantas se dio cuenta de que lo que debían ser varios pisos, se había convertido en un estudio de diseño.

Al entrar nadie pareció reparar en ellos, nadie excepto una mujer muy voluptuosa que rápido se acercó a ellos para saludar a Lucas, Audrey se sintió prácticamente ignorada.

—Rafa está dentro, en el taller —anunció la joven—. Podéis pasar.

Tras unas cristalerías, Audrey descubrió un taller de costura con largas mesas en las que había telas extendidas. En otras zonas, varios diseñadores discutían sobre una imagen en una pantalla de ordenador; pero lo que más llamó su atención fueron los muchos bocetos y retratos de modelos famosos que adornaban las paredes. Lucas se detuvo frente a una mesa de trabajo en la que, de espaldas a ellos, un hombre alto y delgado revisaba una gran pantalla de ordenador, que otro chico más joven manipulaba. De pronto, como movido por un instinto, el hombre se giró y con una gran sonrisa se abalanzó sobre Lucas y lo abrazó, a la vez que la miraba a ella con ojos escrutadores.

—Qué bien acompañado vienes, traidor —dijo con una sonrisa que delataba su orientación.

—Rafa, ella es Audrey.

—No me digas más. —El hombre se le acercó y también le dio un abrazo sentido. Al separarse de ella le confesó con malicia—. Chica, me das una envidia tremenda, tener a este hombre en la cama debe ser para no dormir.

—Ten por seguro que dormimos —señaló ella, divertida.

—Sí, sí. —Se rieron de la expresión picara que les dedicó.

Rafa hizo un gesto al joven que estaba frente al ordenador para que se levantase, ocupó su lugar y se dirigió a Lucas.

—Recibí tu e-mail y creo que has acertado. Queda muy bien. Supongo que queréis verlo.

El hombre abrió un archivo y de repente empezaron a aparecer diferentes imágenes del logo de Lucas en varios colores y tamaños.

—Ahí tienes tu marca —señaló Rafa y, a golpe de clic, abrió otro archivo. Era de prendas deportivas: camisetas, polos, sudaderas, pantalones y chándales. Todas las prendas llevaban el logo serigrafiado—. Cuando tengamos el registro y la patente podremos empezar a bordarlo. Quedará así, ¿te gusta?

Lucas asintió con una amplia sonrisa. Audrey lo observó satisfecho con lo que veía. La idea que había gestado ya era casi una realidad y ella se sintió feliz porque la hubiese hecho partícipe al elegir su dibujo como logotipo de su marca.

—¿Qué te parece, Audrey, te gusta? —le preguntó.

—Sí, queda fantástico —contestó orgullosa.

Audrey los observó comentar posibles combinaciones de colores y lugares donde podría estamparse el sello de la marca Hart y se sintió desplazada, pero sobre todo porque no sabía qué podía aportar ella; sin embargo, verlo a él tan implicado le gustó. Se alejó de ellos y curioseó un poco por el taller, pero el recuerdo de algo le dio una idea. Sin muchas explicaciones, le dijo a Lucas que regresaba en un momento. Él, protector, le pidió que no se alejara, y ella, con una mueca pícaro, le prometió que no saldría del edificio. Lo tranquilizó con un beso en los labios, una sonrisa y un ahora vuelvo.

Bajó hasta la planta baja y, decidida, entró en la tienda de lencería por una puerta de acceso que había en el vestíbulo. Era un lugar muy amplio, de decoración exquisita y con una zona para socios Vips. No quiso analizar qué significaba aquello, pero escuchó a una de las empleadas que era el acceso a un club privado. Su mente se llenó de fantasías que jamás había tenido. La lectura de algunas novelas la estaba influenciando. Sin embargo, con Lucas se sentía que podía con todo, o casi todo, y se propuso que iba a seducirlo aquella noche. Desde el embarazo su cuerpo no era el que había tenido y le generaba inseguridad, aunque por su constitución tampoco es que se viera fea del todo, pero temía no gustarle a Lucas. Aquellas prendas que observaba levantaban la moral. Era algo superficial, pero en ocasiones la invadía el pensamiento de que él se había codeado con modelos y mujeres muy bellas y ella era normal, una chica mona y nada más. De repente se dio una colleja mental. No podía infravalorarse, ella tenía algo que a él le gustaba y quería estar con

ella, eso debería ser suficiente. «Tú le das normalidad a su vida», pensó. «Él te quiere a ti, eso es todo lo que necesitas».

Apaciguado el ataque de histeria que había tenido lugar en su mente, seleccionó varias prendas; al final escogió un camisón largo en satén de color champan. Aquello era lo que buscaba.

Regresó al estudio y encontró a su chico en el mismo lugar donde lo había dejado. La esperaba para marcharse. Los hombres concretaron algunas cosas más y, tras despedirse, salieron del local de la mano.

Lucas se interesó por lo que había en la bonita bolsa negra de letras doradas. Quiso quitársela y curiosear, pero ella, apartándola de su alcance, solo le dijo que tendría que esperar.

Capítulo 18

Audrey se miró en el espejo del baño, no sabía si sería capaz de salir así y seducir a Lucas. Era más fácil en su mente. Tampoco es que fuera vestida para matar, era un camisón con tirantes finos, un gran escote en el pecho y la espalda, pero tenía una caída que le daba un efecto espectacular. Había gastado un buen puñado de euros, aunque no se arrepentía. El día que habían pasado juntos le había hecho sentirse la chica de Menorca, que estaba dispuesta a todo. Habían comido en el hotel Wela, donde coincidieron con unos amigos del futbolista y él la había presentado como su pareja y la madre de su hijo y, luego, habían ido al cine; como una pareja normal y corriente. Habían hablado de sus familias e incluso habían hecho planes de futuro.

Se dio un último vistazo y salió a la habitación. Lucas no estaba; lo oía en la habitación de Luc, a través del *walkie* que tenía sobre la mesilla y le estaba susurrando una cancioncilla infantil. Eso la emocionó. Lucas la había sorprendido como padre.

Pensó cómo esperarlo y de pronto se dio cuenta de que había olvidado algo. Regresó al baño y vertió unas gotas de perfume en la yema de sus dedos y los pasó por la piel de debajo del lóbulo y por su escote. Sonrió a su imagen y regresó a la habitación. Al apagar la luz y cruzar la puerta vio a Lucas que se quitaba la camiseta y la lanzaba sobre un pequeño diván que decoraba una zona del dormitorio. Sus miradas se engancharon enseguida. La de él se paseó por su cuerpo y sintió cómo la calentaba por dentro. Pero ella no se reprimió de echar un vistazo a aquel torso musculoso con tatuajes, su marcado abdomen y los oblicuos que asomaban por el tejanos de cintura baja que tenía medio desabrochado. Estaba descalzo y le pareció una imagen impresionante, como aquellas de algunos calendarios incendiarios para mujeres que habían protagonizado algunos bomberos y deportistas. Solo que este era enteramente suyo.

Lucas se le acercó con los ojos llenos de deseo.

—Niña... eres una provocadora y si juegas con fuego puedes quemarte —murmuró con una voz ronca que subió el nivel de su excitación.

Casi se abalanzó sobre ella y le cubrió la boca con la suya. Audrey tuvo que recular hasta apoyarse en la pared que tenía a sus espaldas. Lucas se entregó en aquel beso, la sujetó por la cintura y subió las manos por sus costados, con los dedos le rozó los pechos, lo que hizo que ella se le pegara más y pudiera sentir que él estaba tan ardiente como ella.

—Estás preciosa y lo que más me gusta es que te has vestido para mí, para que pueda

deleitarme con el tacto de esta prenda y para que disfrutemos juntos de esta noche.

—Quería gustarte, estar bonita para ti.

—Me gustas, me gustas mucho y no dudes de lo guapa que eres, de lo sublime y encantadora que yo te veo. —Lucas besó sus labios con ternura—. Nunca te dije lo bien que me hiciste sentir cuando tenía mi problema, con tu actitud me diste seguridad y confianza —confesó tenso. Colocó un mechón de pelo detrás de su oreja y con el pulgar le acarició la mejilla—. No necesito nada que esté más allá de ti. Eres mi Psique, Audrey, y quiero ser tu Cupido, tu Eros.

No supo qué contestar, solo dibujó una sonrisa y lo miró llena de deseo y anticipación.

—Quiero ser lo que tú quieras —dijo al fin.

—Ya lo eres.

Durante lo que le pareció una eternidad, Audrey sintió la mirada de fuego de Lucas sobre ella. Expectante, observó hipnotizada cómo llevaba unos dedos a sus labios y los rozaba; por impulso, los succionó, chupándolos sin despegar sus ojos de los del futbolista. Luego, como si Lucas necesitara tocarla para saber que no era un espejismo, él deslizó aquellos dedos húmedos por su piel, bajó por su mandíbula a la vez que se le acercaba y besaba su cuello.

—Qué bien hueles.

El susurro sobre su piel la hizo zozobrar y sintió la lengua, y los dedos, dibujar eses en su dermis camino a sus pechos.

Lucas la miró a la cara mientras con el pulgar dibujaba la aureola de uno de sus senos, a la vez que arremangaba la fina prenda con la otra mano para colarla bajo ella, y tener todo lo que quería al descubierto. Audrey cerró los ojos al sentir cómo él la exploraba.

—Abre los ojos, quiero verte.

Clavó las pupilas en las suyas. Se mordió el labio inferior y abrió las piernas para darle más accesibilidad. Notó su propia respiración acelerarse cuando él chupó por turnos sus pechos, mientras uno de sus dedos, traviosos, se introducía en ella y otro rodeaba el botón de su placer.

—Lucas...

Apoyó su mano en la cabeza masculina y enterró sus dedos en el pelo, apretándolo contra ella.

Lucas, en un arrebato, la cogió por la cintura y la alzó. Como respuesta, ella rodeó su cintura con las piernas, mientras se perdían en un beso abrasador. Así la llevó a la cama y cayeron sobre ella. Con una paciencia que Audrey no tenía, él le quitó el camisón y luego, a la vez que la observaba, se deshizo de las prendas que aún vestía.

—Me vuelves loco y, ¿sabes? Tenías razón. Hacer el amor enamorado cuando eres correspondido es mucho más excitante.

—¿Cuándo he dicho yo eso? —preguntó, acariciando su cara.

—La noche en que nos conocimos. Qué pena que no te acuerdes, yo recuerdo todas y cada una de las cosas que hablamos.

—Recuérdamelas después —pidió, seducida por la proximidad de su cuerpo.

Rodaron por el lecho en un abrazo intenso que anunciaba que aquella noche iba a ser muy larga

y placentera. De pronto, Lucas se incorporó, y ella, desconcertada, lo observó rebuscar en los cajones.

—¿Qué buscas? —preguntó con la sensación de que su libido se había ido a hacer puñetas.

—Esto.

Lucas le mostró una corbata, y necesitó unos segundos para darse cuenta de lo que él pretendía.

—¿Piensas atarme, Hart?

—No, preciosa, pero voy a devolverte la experiencia.

Supo que él iba a venderle los ojos y no se equivocó. Una vez estuvo privada de la vista, dejó que él la colocara sobre la cama, percibió que se posicionaba de rodillas frente a ella, y luego la subió en su regazo para deslizarla sobre sí e introducirse despacio. Notó todo con más intensidad, sus sentidos se habían agudizado. El tacto absorbió muchas sensaciones: la presión de las manos masculinas en su cintura, el movimiento de sus cuerpos cimbreados, cómo él la zarandeó y se rozó con ella; el oído captó otras: la respiración jadeante de ambos, los gemidos, los suspiros, los «no pares», «me encantas», «me tienes». El olor a sexo en el aire, el gusto de sus besos. Audrey se sintió poderosa, como él la había apodado, y pudo sentir toda la dulzura y la lujuria que ponía en aquel acto. Los labios de Lucas succionaron su barbilla y con la lengua la tentó hasta que ella enredó con él la suya una y otra vez.

—Muévete, Audrey, muévete como hiciste aquella noche.

—Para eso tendría que estar encima.

—Y lo estarás, cariño. Arriba, abajo, de pie, sentada, yo a tu espalda... y siempre dentro de ti.

Se dejó llevar por la pasión que él impregnaba al momento. Se movió deprisa hasta desfallecer; entonces, él salió de ella y cambió la posición. En algún momento el lazo cayó y sus ojos se encontraron; él dentro de ella, ella agarrada a su espalda. Ambas bocas suplicando liberarse.

Fue una larga noche de pasión. Lo hicieron de todas las formas que él le había prometido, y Audrey gozó como nunca lo había hecho, porque, sí, hacer el amor enamorada y correspondida era una nueva experiencia para ella. Y antes de caer vencida, por el agotamiento y el sueño, tuvo miedo; miedo a perder aquello que había encontrado sin querer.

Audrey y Lucas compartían la mañana con su pequeño en la terraza, pero, sin poder controlarse, las manos se le iban a uno y a otro. Necesitaban tocarse, sentirse.

—Anoche fue genial y muero por repetirlo.

—Estamos con Luc, Hart. No seas impaciente.

En aquel instante, Elvira apareció y les dijo que se llevaba al niño adentro para darle su toma y acostarlo un poquito. Lucas le dedicó una gran sonrisa y cuando la mujer se marchó, cogió a Audrey del brazo y la llevó con él.

Bajaron al sótano, donde había una gran sala con una pantalla enorme de cine y unos grandes sofás de piel blanca.

—¿Quieres que veamos una película? —preguntó con guasa.

—Sí, la que representemos tú y yo.

Audrey rio.

—Alina está a punto de llegar.

Seguro que nos espera en la piscina.

Lucas se bajó los pantalones cortos que vestía y apenas le dio tiempo a reaccionar cuando la volteó y se posicionó a su espalda, tuvo que sujetarse al respaldo del sofá.

—Dime que no quieres esto como yo y me mojo las ganas en agua fría.

Notó la palma masculina que se paseaba por su entrepierna y soltó un suspiro.

—Preciosa, no me engañes, estás deseosa.

Audrey no se reconocía. Desde que había decidido vivir lo que fuera con Lucas, su cuerpo estaba revolucionado y solo quería sentirlo dentro. Se sentía extasiada por cómo él la trataba y la hacía vibrar. La noche pasada había sido muy apasionada, pero no se había saciado, quizás nunca lo haría.

Lucas ni siquiera la desnudó, le retiró la braga del bikini que llevaba por debajo de una camisola de playa y, sujetándola por las caderas, se introdujo en ella con un hondo suspiro.

—Lucas, por Dios, pueden oírnos —dijo entre risas.

—Es nuestra casa.

Sintió cómo jadeaba en su oído y le susurraba palabras bonitas. Lucas era un romántico, aparte de estar loco.

No duraron mucho tiempo. Fue un encuentro rápido y explosivo.

Al salir de nuevo a la terraza encontraron a Andrew bajo la pérgola. Audrey miró a Lucas con espanto. Alina estaría al caer y ella no la había puesto sobre aviso.

—¿Dónde estabais?

—Resolviendo algo —contestó Lucas sin darle mayor importancia.

Audrey notó un poco extraño a Andrew, no hizo ninguna broma jocosa y, según su parecer, se notaba mucho de dónde venían. Dejó a los hermanos en sus cosas y se fue en busca de Luc y, al verlo dormido como un bendito se metió en su habitación y llamó a su amiga. Esta atendió tras varios tonos.

—Ey, ¿por dónde andas? ¿Estás cerca? —quiso saber antes de decir nada más.

—No voy a venir, Audrey, me han surgido otros planes.

No esperaba aquel plantón.

—¿Ha ocurrido algo?

—No, no, nada... Bueno ¿sabes? Es que quizás no pueda estar mañana en la fiesta de Luc, solo eso.

—¿Por qué? —se alarmó, pero indagó con malicia—. ¿Te vas con Harper?

—No, no, con mi hermano, a Roses.

Aquello era una vil mentira. Alina no soportaba a su cuñada, era demasiado estirada y

mandona, no la dejaría ni cargar el móvil sin que ella controlara el enchufe desde el que podía hacerlo. Algo pasaba y tenía que averiguarlo. La dejó hablar un rato, pero cuando estuvo harta de que le mintiera, la cortó.

—A ver, Alina Muñoz, que no me he caído de un árbol, como dices tú. ¿Qué demonios te pasa?

Audrey no quería decirle por teléfono que sabía que Harper era el hermano de Lucas, no tenía idea de si ella sabía que se llamaba de otra manera. Ni tampoco que él había llegado a su casa, pero tampoco quería que se encontraran allí sin avisarla. Esperó a escuchar qué le decía.

—¿Va todo bien con Harper? Lo has visto, ¿no?

—¿Harper? Sí, sí lo he visto —afirmó, Audrey captó que no dejaba salir el tono alegre que solía usar cuando lo mencionaba. Le pareció que no quería hablar del tema, porque cambió muy rápido de asunto y se interesó por Luc. Con paciencia, insistió.

—¿Habéis discutido?

Alina dejó pasar un silencio y Audrey comprendió que sí, algo iba mal, muy mal.

—Hemos roto —confesó.

—¿Y por qué, si puede saberse?

—Bueno, pues para ser literal te diré que ha dicho que se ha cansado de este rollo que nos traemos entre manos.

—Así que es eso —dijo, sin pensar, al evocar lo apagado que lo había visto.

Alina sin darse cuenta de su comentario, siguió con su discurso.

—¡Rollo! —soltó, indignada, para gimotear después—. ¿Te lo puedes creer? —Se preocupó de verdad. Alina siempre había sido abierta en sus relaciones, cuando se acababa, se acababa. No recordaba haberla visto así de afectada al dejar a un chico.

—Pero ¿cuándo te ha dicho eso?

—Lo dijo después de un polvo increíble en el que yo me solté la lengua y hablé de más.

—¿Qué quieres decir?

—Le dije que me estaba enamorando. Quise saber de él, Drey, le pregunté por su vida y era tan parco en palabras que empecé a sospechar. —La voz le sonó apagada—. ¿Y si está casado?

—Seguro que no es eso, tenéis que hablar.

—Se levantó y se fue de mi casa sin decir nada. Pero, hay más. —Hizo una pausa y continuó—. Fui a buscarlo a su hotel, quería respuestas. No te lo vas a creer, allí no conocían a ningún Harper, me ha engañado, y lo peor es que luego, cuando salíac lo vi con otra mujer, una pelirroja, y se montaban en un coche. ¿Será que es un chico de esos... un boy? Vamos, un puto.

Audrey pensó que su amiga había tratado de disculparlo mentalmente, pero al final había salido el cabreo que llevaba.

—¡Como va a ser un puto, por Dios! —bromeó—. Mira, tesoro, él... quizás se asustó. Cómo puedes pensar así. —Quiso restar importancia, pero en realidad no quería que su amiga pensara así de Andy. Tampoco podía decirle quién era, ya era tarde para eso. Pero no era tarde para cantarle las cuarenta a Andrew.

—Audrey, mañana hablamos, ¿vale? —pidió sin ganas—. Ahora no tengo ánimos.

—Vale, pero mañana te quiero aquí. Te reservo la habitación del ático —dijo entre risas y consiguió una risilla de su amiga.

—Vale, pero espero que esté insonorizada, no quiero escuchar ni un suspiro que me diga que estáis haciendo guarradas al lado de mi sobrino.

Cuando cortó la comunicación salió disparada en busca de *Harper*.

Para su sorpresa lo encontró solo en el salón, cambiaba los canales de la tele, sin verlos en realidad. Se dirigió a él como un Miura, pero Lucas apareció de pronto y le cortó el paso. Debó intuir sus intenciones, porque la cogió del brazo y la llevó a un aparte.

—Lo ha dejado con Ali, ¿lo sabes? —le anunció, con quejac en un susurro.

—Sí, está cagado —respondió Lucas con una sonrisa—. ¿No te parece divertido?

—¿Divertido?

—Sí, *Andrew el peligroso* está enamorado y no sabe qué hacer con lo que siente —explicó. Audrey intuyó que en su fuero interno Lucas disfrutaba de ver así a su hermano.

—Ella sabe que le ha mentado, aunque no en qué exactamente. Además, lo vio tonteando con otra.

—Niña, es solo su orgullo. Elegir a una mujer es renunciar al resto.

—¡Vaya! Si alguien te interesa de verdad, el resto no importa. Elegir es perder. ¿Te crees que las mujeres no tenemos ese dilema? —preguntó con censura—. Esto nos va a saltar en las narices. Mañana puede haber aquí un choque de trenes, que lo sepas.

Al día siguiente, Audrey se sentía nerviosa ante la llegada de su amiga. Intuía que la había traicionado y, quizás, las cosas no se resolvían como ella había imaginado. Por otro lado, Andrew se había instalado con ellos al dejar su hotel; no había podido sacarle nada, aunque sabía que él y Lucas habían hablado mucho la noche anterior.

Al salir a la piscina con Luc lo encontró bajo la pérgola.

—¿Tú no te machacas en el gimnasio? —le preguntó, y dejó al niño en su hamaca.

—Hoy no estoy de ánimo.

—¿Mal de amores? —atacó directa.

—Ni te imaginas. ¿Tu amiga viene acompañada? —inquirió él con curiosidad, para su sorpresa—. Necesito distraerme y lo que menos me apetece mañana es una fiesta de parejas.

—No es una fiesta de parejas, es la fiesta de Luc —aclaró risueña. Lo vio hecho polvo, pero quiso provocarlo—. Mi amiga, Ali, vendrá en un rato, sola... Te va a volver loco cuando la veas.

—No creo, Audrey. No estoy para nadie. Es una mala idea que me quede —murmuró, apático y, como absorto en sus pensamientos, curioseó—. ¿Ali, es de Alicia?

—No, de Alina, creí que lo sabías.

—Sí, seguro. Últimamente oigo mucho ese nombre. —Por un momento, Audrey pensó que él iba

a decir algo, pero su teléfono sonó y aceptó la llamada casi a la desesperada, sin mirarlo siquiera. Sospechó que no era quien él esperaba y contestó de mala gana.

Sin duda hablaba con una mujer, pero no respondía entusiasmado por quedar con nadie. Cuando cortó la conversación, se levantó con desánimo. Audrey creyó que era su oportunidad de indagar.

—¿Qué te ocurre, Andrew? Nunca te había visto así.

—Ni yo. —Hizo ademán de marcharse y ella calculó que no iba a decirle nada, pero se equivocó. Andy la miró de pronto y dijo—. La he jodido, Audrey, y ahora no sé cómo arreglarlo.

No quiso que se le notara lo que le gustó escuchar aquella frase, quizás había esperanza para su amiga.

—¿Supongo que te refieres a joderla con una mujer? —Le dio tiempo para que respondiera. Él asintió con la cabeza. Sus ojos eran dos lagunas azules llenas de ansiedad—. Da la cara. Habla con ella. Dile lo que sientes. Ese es un comienzo.

—No atiende mis llamadas —confesó, decepcionado.

—Ve a buscarla, a veces resulta. Otras no.

—Tú fuiste a buscarlo y no te recibió bien. No quiso saber de ti.

Aquel recuerdo le dolió; sin embargo, aquella era su historia, tenía que centrarse en la de él, porque concernía a su mejor amiga.

—Pero hice lo que tenía que hacer. Si no lo intentas no sabrás qué puede pasar.

—¿Qué te dijo mi hermano para que lo perdonaras?

—Bueno, no creo que sea tu situación... —Recordó a Lucas frente a ella, arrogante y a la vez contrito, confesándole que la había querido y la seguía queriendo—. Vino a buscarme y me abrió su corazón. Claro que también me amenazó con llevarse a Luc, pero me dio tiempo y me ha demostrado que me quiere.

Audrey lo observó rumiar, creyó que analizaba sus palabras. De pronto, Andy la abrazó y le dio un beso en la mejilla, justo en el momento en que Lucas entró en el jardín.

—¡Eh! Tío, no te pases —gritó con burla—. ¡Que está mi hijo delante!

Andrew y ella soltaron una carcajada y Luc gorjeó contagiado por la risa.

—Eh... vendré luego, ¿vale? —anunció Andy—. Necesito hacer una cosa.

Se alejó cabizbajo y Lucas le gritó.

—¡Ey, Harper...! Sé tú mismo.

Audrey miró cómo desaparecía por la casa y deseó que las cosas se resolvieran a su favor.

Al cabo de dos horas, Alina llegó a la casa. Audrey pensó que aquella tensión iba a provocarle una úlcera o un sarpullido. No sabía nada de Andy y suponía que volvería, de donde quisiera que hubiera ido, de un momento a otro y no tenía idea de cómo preparar a su amiga. Esta se había presentado bastante apagada, aunque lo disimulaba bastante bien. La chica de «mientras llega el hombre adecuado disfruto» se había enamorado y la había pillado con el pie traspuesto.

Compartieron un buen rato con Lucas y el niño. Audrey sintió que se caían bien y una de sus preocupaciones inconscientes se evaporó. Con miradas cómplices intentó preguntarle al futbolista

si sabía algo de su hermano, pero este solo se había encogido de hombros.

Buscaron la intimidad del salón y se sentaron en el sofá. Alina estaba muy pendiente del teléfono. Le entraban mensajes muy seguidos, algunos los leía y contestaba; otros, no. Quiso sincerarse, no aguantaba la presión.

—Verás, Ali, yo...

Un nuevo pitido, que anunciaba que entraba otro mensaje en el teléfono de su amiga, la interrumpió. Esta lo leyó y sus ojos se humedecieron.

—Dice que ha ido a buscarme al bar donde solemos quedar y que regresa a casa de su hermano. Me pregunta si quiero ir, que tenemos que hablar —informó, y dejó el móvil en su regazo y añadió con queja—: Nunca ha querido presentarme a su familia. Yo sé que venía a verlos; uno de sus hermanos vive en Barcelona desde hace poco, se reconcilió con su mujer.

—¡Ay, Ali...! Creo que debo decirte algo.

—¿Qué le digo, Audrey? Me muero por verlo, me ha escrito un montón de mensajes pidiéndome perdón.

—Di... dile que venga a buscarte, envíale la ubicación.

«A situaciones desesperadas, soluciones desesperadas».

En aquel momento escuchó a Lucas llamarla a gritos, anunciaba que Andy había llegado. Le iba a dar un ataque y su amiga ni se enteraba. ¿Cómo había dejado que las cosas llegaran a aquel punto?

Audrey intuyó que iba a presenciar un choque de trenes y se preparó. Alina se había distraído con el teléfono, con la cabeza inclinada hacia el dispositivo tecleaba en la pantalla, y no se dio cuenta de quién entraba en el salón. Andrew la miró, perplejo. Le pareció que reconoció enseguida a su invitada y no sabía qué decir, aunque su vista estaba clavada en Ali, sus ojos danzaron, en muda pregunta, desde una a la otra mujer. Lucas apareció por detrás de su hermano, con el niño en brazos y una sonrisa divertida en la cara. A ella no le hacía tanta gracia. Se levantó muy digna del sofá y con toda la naturalidad que pudo fingir habló.

—Andrew, te presento a mi amiga Alina. Ali, él es Andy, el hermano de Lucas.

Su amiga, al escuchar su nombre levantó la mirada del teléfono y dio un salto. Lo contempló desconcertada.

—¿Harper? ¿Co-Cómo has llegado tan rápido?

El cruce de miradas entre Andrew, Lucas y Audrey pareció dar las pistas suficientes a Alina. Casi pudo apreciar cómo su cerebro maquinaba una respuesta.

—Encantada, Andrew, ¿no? —respondió con sarcasmo, luego se volvió hacia ella y la interrogó con enfado—. ¿Qué significa esto? ¿Tú lo sabías?

Audrey movió despacio la cabeza en una vacilante afirmación.

—¿Cómo broma no tiene precio! —espetó Alina.

—Lo descubrimos el otro día —se justificó.

—Alina, yo... yo no sabía que eras la amiga de Audrey —admitió Andrew en tono de disculpa.

—Os lo habréis pasado bien a mi costa —refutó, enfadada.

—Bueno, ya está bien —soltó Lucas, impaciente, con el niño encaramado a su hombro—. Vosotros tenéis que hablar y daros las explicaciones que sean. Nosotros solo sumamos dos y dos.

Alina se inclinó para coger su móvil, que había abandonado sobre el sofá y lo guardó en el bolsillo trasero del pantalón.

—No puedo quedarme, Drey. Lo entiendes, ¿verdad?

—Claro, Ali. —Audrey le dio un abrazo, quería brindarle todo su apoyo. Quizás ella, en su lugar haría lo mismo, marcharse.

Junto a los hermanos, observó cómo su amiga cogía el bolso, que había dejado sobre una mesa, y salía de la estancia. Andy la observaba petrificado, con la cara tensa.

—¡Harper! —lo llamó Audrey y él pareció reaccionar—. Si esperabas un momento para mostrar tus cartas, es este.

Andrew despertó de su aturdimiento y salió deprisa detrás de Alina. Lucas se le acercó con una cara sonriente, como si aquella escena le hiciera gracia, Audrey pensó que en el fondo se estaba descojonando.

—Pues no ha ido tan mal, ¿no?

Le cogió a Luc de los brazos y lo colocó en el moisés que tenían en el salón, para que durmiera cómodo, luego se sentó en el sofá junto al futbolista, quien trasteaba con el mando los canales del televisor y bajaba el volumen. Al momento, unos gritos que llegaban desde el exterior la asustaron, sobre todo al ver a Elvira entrar a la carrera.

—¡Ay! Lucas, Audrey, que esos dos se van a matar.

—¿Qué pasa? —interrogó Lucas, irguiéndose.

—Andrew ha cogido a su amiga y no deja que se marche... Han... han caído en la piscina.

—¿Cómo que han caído en la piscina? —preguntó ella alarmada.

—Id, yo me quedo con el niño.

Audrey y Lucas salieron hacia la terraza y, con asombro, los vieron forcejear, metidos en el agua. Alina consiguió zafarse del agarre del hombre y nadó hacia el borde, apoyó las palmas y de un salto salió. Pero sin poder retenerse se giró sobre sí misma y gritó a Andy que permanecía en el interior de la piscina.

—¡¿Tú eres imbécil o qué?!

Audrey se le acercó con una toalla y se la echó por encima. Luego, rodeándola por los hombros, la entró en la casa. Subieron al piso superior, a la habitación en la que había pensado instalarla y donde Elvira había subido su bolsa de equipaje. Ali no dejaba de despotricar de «Harper».

—¿Te lo puedes creer? Como no me detenía, ni le hacía caso, me ha cogido en brazos y me ha lanzado a la piscina.

—Una acción bastante desesperada.

—¿Acaso estás de su lado?

—No, Ali, yo estoy del tuyo, por supuesto... Solo digo que es una acción desesperada. Por

cierto ¿y tu móvil?

Ali soltó un alarido al echarse la mano al trasero y sacarlo empapado del bolsillo.

—Tranquila, lo meteremos en arroz, seguro que eso sirve.

—¿Lo has visto en el CSI?

Audrey soltó una carcajada y su amiga, aunque molesta, acabó también contagiada de su risa.

—No te vayas, Ali —pidió con una súplica infantil al juntar sus manos como si rezara, pero esta negó, mientras se desnudaba y, entonces, apeló a su lástima—. Noche de chicas, ¿recuerdas? No puedo salir apenas de casa, hay un loco suelto por ahí que me busca.

—No me das ninguna pena, ¿sabes? Tienes una casa fantástica y un chico que bebe los vientos por ti. Pero me quedaré solo por fastidiar a *ese*. —Audrey supuso que «ese» era Andrew.

Observó cómo Alina sacaba ropa seca de su bolsa y se vistió. Estaba convencida de que, si se quedaba, ella y Andy encontrarían un momento para poder hablar, porque si su amiga hubiera querido marcharse de verdad se habría ido, aunque estuviera empapada de agua. Cuando ya estuvo preparada cogió su móvil en la palma y señaló con ironía.

—Solo espero que tengas arroz y que el invento funcione.

La cena fue un poco tensa, aunque Andy se tuvo que cargar de paciencia ante las pullas que Alina le lanzaba. Al terminar, los chicos fueron al salón del sótano a ver un partido, que Lucas tenía grabado, en la pantalla panorámica y ellas acamparon en el salón, junto al carrito de las bebidas y el *walkie* del pequeño Luc. Pero ninguna estaba dispuesta a cocerse a mojitos, así que se dedicaron a hablar como hacía tiempo no hacían. Audrey pudo confesarle la angustia por tener que regresar al trabajo y dejar a Luc, tan chiquito. Todavía le faltaba un tiempo para que eso sucediese, pero anticipaba la ansiedad. Conciliar maternidad y mundo laboral era una cuestión difícil, aunque tuvo que callarse al ironizar su amiga que vivir en aquella casa llena de lujo debía ser horrible; con niñera y señora que se la cuidara. No se ofendió, sabía que estaba dicho desde el cariño, pero estaba dicho y tuvo que agradecer aquellos privilegios.

—No vuelvas a la oficina —aconsejó su amiga—. Yo si pudiera me marcharía. Las cosas están cambiando y ¿sabes? puedes perseguir otras metas y sueños. No pasa nada por tener otras aspiraciones. Y si montas algo, me llamas, que yo llevaré tu agenda de señoritinga.

Soltaron una carcajada y rieron durante algunos segundos, luego Audrey soltó un bostezo y después otro.

—Será mejor que nos vayamos a dormir, tú tienes alguien que te reclamará a mitad de noche y yo, yo quiero dormirme y olvidarme de Harper.

—No seas tan dura, Ali, dale una oportunidad —sugirió a la vez que se levantaba y recogía el *walkie*—. Está enamorado, pero no sabe qué hacer con lo que siente. Lo asustaste, guapa.

—Salió corriendo, eso es decepcionante y luego está lo del nombre. ¿Por qué me engañó? ¿Por qué dijo que se llamaba Harper?

—No sé, tendrás que preguntárselo si quieres saberlo. Consúltalo con la almohada.

Audrey entró a ver a Luc antes de llegar a su habitación, estaba dormido como un bendito.

Lucas no había llegado; se dio una ducha y cuando acababa de meterse en la cama, apareció. Se deleitó en mirarlo mientras se desvestía.

Cuando lo tuvo junto a ella no pudo evitar acurrucarse en su pecho.

—Que mañana no nos pase nada —auguró Lucas entre risas—. ¿Dónde has instalado a Ali?

—En la habitación de arriba, la de las cortinas azules —contestó con voz inocente.

—Pero si Andrew está al lado y... comparten baño.

—Bueno... —dijo traviesa—. Si oímos gritos ya sabemos qué pasa.

—Se me ocurren muchas cosas en las que entretenernos, para no estar pendientes de si eso pasa —susurró Lucas muy bajito y sus manos ya se habían internado bajo su ligero camisón.

Saciados y felices, mucho más tarde, los encontró Morfeo.

Capítulo 19

Ala mañana siguiente, al entrar en la cocina con Luc en brazos, Audrey encontró a Alina, que observaba su teléfono, metido en un tarro lleno de arroz, con escepticismo. Al verla, le cogió al niño y se sentó en una silla con él en el regazo.

—No me dijiste que el baño comunicaba las habitaciones —señaló con un tono neutro.

—Ah, eso. Sí, se me olvidó —contestó, distraída, mientras preparaba el biberón, de espaldas a su amiga—. ¿Algún problema?

—No, ninguno —respondió, y pudo notar el toque de ironía. Se volteó para mirarla.

—¿Has pasado buena noche? —preguntó, en la misma línea de sarcasmo.

—Sí, muy buena. —Su cara pícara le anunció que sí, había sido fantástica. Le entregó el biberón, cuando lo tuvo listo, para que se lo diera al niño.

Alina le explicó que, al salir de la ducha, se había topado con Andrew que, justo en aquel instante, entraba en el baño medio desnudo. Las miradas que se dedicaron les calentó la sangre porque acabaron en la cama de él e hicieron el amor de una forma salvaje, pero Ali no era capaz de olvidar que la había engañado y se vengó de la peor forma. Justo después de encontrar su propia satisfacción se retiró y lo dejó a medias, encendido y empalmado. Se había metido en su habitación y cerrado la puerta para que él no pudiera ir a reclamarle. Eso no le había gustado a Andrew que le gritó, ofendido, que lo había usado.

Ali dejó el biberón vacío sobre la mesa y, con voz cariñosa, al erguir a Luc sobre su hombro, lo miró risueña y le dijo como si el niño comprendiera:

—No hagas caso de estas cosas que dice la tita Ali, ¿eh, renacuajo? —Besó su frente y añadió en un susurro—. Pero se lo merecía.

Lucas entró en la cocina y agarró a Audrey por la cintura y, sin tener en cuenta que había público, le dio un beso apasionado que la dejó medio turulata.

—Nada, vosotros seguid a lo vuestro, que Luc y yo no estamos.

Risueño, y tras dedicarle una mirada abrasadora, Lucas comentó que iba a ir al aeropuerto a recoger a sus padres y a Efrén y sus chicas. Audrey no supo cómo se resistió y no volvió a lanzarse a sus brazos. La llegada de Andy a la cocina la distrajo; no tenía muy buena cara, pero nadie hizo alusión, aunque las amigas compartieron una mirada cómplice.

—¿Tú también vas, Andrew?

—No, yo me quedo. Estaré en el gimnasio —cogió una manzana de la cesta de frutas y salió sin saludar a Ali. La tensión podía cortarse con un cuchillo.

Audrey pensó que le gustaría desaparecer con Lucas y dejar a aquellos dos allí, para que resolvieran sus diferencias, pero sus padres estarían al llegar y además el coche ya iba al completo para el regreso. Pero que se fuera solo no le gustó.

Lo acompañó al garaje y se despidieron con un nuevo beso que la dejó con ganas de más. Cuando él abrió la portezuela del coche para meterse, lo llamó.

—Lucas... Te quiero, no lo olvides.

Él sonrió, pero se le acercó con premura y la abrazó.

—Yo te quiero más, preciosa. —Lucas acarició su mejilla y le puso un mechón detrás la oreja tras darle un suave beso en los labios—. Antes de que te des cuenta estaré de vuelta para la fiesta de Luc. Hoy es un gran día para nosotros, niña.

Le gustó aquel «niña», no siempre lo usaba, pero reconocía que aquella manera cariñosa de llamarla le gustaba. Tenía que pensar cómo podría llamarlo ella. «Hart, es tu futbolista particular». Sonrió ante aquel pensamiento y se movió para que Lucas pudiera salir con el Q7.

Audrey estaba bajo la pérgola de la piscina con sus padres y Luc. Lucas había llamado para decirle que el vuelo se había retrasado. Pensó que podría ir a buscar un pastel o unos dulces para la fiestita. En el pueblo había una pastelería que los hacía deliciosos. Su padre dormitaba a la sombra y su madre atendía al niño, emocionada de ejercer de abuela. Fue en busca de Alina para que la acompañara, pero tras unas vueltas no la encontró y supuso que estaría con Andy en algún rincón.

«Mejor, que hagan las paces».

Avisó a Elvira en la cocina, que preparaba el pescado que comerían más tarde. La mujer le puso algunas objeciones. Lucas no quería que saliera sola, pero ella afirmó que iría con su amiga. Subió a su habitación a buscarla, tampoco estaba allí, vio las llaves de su coche sobre la mesilla y no lo dudó; las agarró al vuelo, volvería antes de que la descubrieran. Si le pedía el coche a su padre, querría acompañarla y lo veía muy a gusto y tranquilo bajo la pérgola. Se escabulló sin dar más explicaciones.

Ya en la pastelería, a la espera de su turno, recibió una llamada. Al ver en la pantalla el nombre de Lucas, pensó que quizás no estaría de buen humor si había descubierto su travesura. Y no se equivocó. Lucas acababa de llegar a casa. Le preguntó dónde estaba con tono enfadado y cuando le dijo que en la pastelería se enfureció.

—No tardo nada, cariño, mira, ya me toca. Te dejo.

Pidió una bandeja de diferentes dulces. A los pocos segundos, el teléfono volvió a sonar. Era su padre. La riñó como si fuera una niña pequeña y también escuchó algunas frases de censura de su madre. Estaba claro que cuando llegara a casa se la iba a cargar. Se sintió avergonzada ante las

miradas de otros clientes por tener que justificarse. Cuando cortó la llamada y escuchó el timbre de la entrada de un mensaje y ver que, de nuevo, era Lucas, se agotó su paciencia. Silenció el teléfono, no quería escuchar más reprimendas y, como la dependienta le entregaba el paquete con los pasteles, se lo guardó en el bolsillo del pantalón. Abonó la cuenta, recolocó el bolso en el hombro y cogió la bandeja de pastelitos. Al llegar al coche tuvo que hacer malabarismos para poder sacar las llaves con una mano, mientras con la otra sujetaba los pastelitos; con esfuerzo lo logró y consiguió abrir la puerta. No había terminado de dejar el paquete, sobre el asiento del copiloto, cuando alguien la llamó y notó una presencia a su espalda. Se incorporó despacio y lo miró. Aquella voz había conseguido que se le helara la sangre.

—¿De compras, Audrey? ¿Qué celebras? —preguntó Narcís con un rictus de ironía y más cerca de ella de lo que deseaba. Notó algo en su costado y empezó a temblar al intuir que se trataba de un arma—. Pensé que nunca saldrías sola de esa casa. Está blindada.

Con brusquedad, su ex cuñado le arrebató el bolso y lo tiró hacia el fondo del coche. La sujetó del brazo y la apartó para cerrar la puerta con un portazo. Audrey se resistió a dar un paso, pero él hincó más el cañón del arma y no dudó de que podría hacerle daño si no la acompañaba.

—Ni se te ocurra gritar. —Narcís la amenazó con desprecio—. Antes de que alguien pueda ayudarte te he metido un tiro y te aseguro que ahora no fallaré.

—¿Por qué haces esto? —preguntó con miedo. Por el rabillo del ojo vio que tenía la cara desencajada, parecía un loco.

—¿Por qué iba a ser? Por dinero. Quiero saber lo que vales para ese novio que tienes. —La empujó hacia una furgoneta blanca. Al acercarse, la puerta se abrió y otro hombre apareció en su campo de visión. Audrey intentó recular; si la metían allí dentro podría pasarle cualquier cosa, pero sintió el hierro en su costado que la apremiaba. De un empujón entró y cayó sobre el suelo. Horrorizada, comprobó que no había asientos.

—¿Has tirado el móvil? —preguntó el otro.

—He dejado el bolso dentro de su coche —espetó Narcís, con una mirada fría sobre ella. Se había incorporado y, sin mediar palabra, la golpeó en la cara y Audrey volvió a caer. El miedo que sentía se agrandó en su pecho y empezó a suplicar que no le hicieran daño.

Antes de que pudiese darse cuenta recibió otro puñetazo en la cara y, sin poder evitarlo, todo se tiñó de oscuridad.

Se despertó tirada en el suelo de un almacén mugriento que olía a orín y a moho. Su primer pensamiento fue para Luc, se preguntó si volvería a verlo. Después pensó en Lucas, en que se había enfadado con ella por salir. De repente recordó algo pero, antes de hacer ningún movimiento, revisó con la vista a sus captores. Narcís estaba muy cerca y el otro algo más apartado. Puso sus sentidos en alerta para saber si aún conservaba el móvil y percibió que sí. Estaba tirada de costado, atada de pies y manos y tenía la boca cubierta con una cinta de embalar.

Narcís soltó una carcajada llena de sarcasmo cuando sus miradas se cruzaron.

—¿No es como tu castillo, princesa? —inquirió con rabia su ex cuñado al ver que ella miraba

el lugar y la abofeteó de nuevo. Audrey sintió fuego en el labio y, de pronto, el sabor metálico de la sangre—. Qué a gusto me he quedado. Eso por quitarme la casa y hacerme perder un negocio de mucha pasta. —Le dio una patada en las costillas y sintió un gran dolor, pero la mordaza amortiguó el grito—. Y esto porque me da la gana.

Se hizo un ovillo sobre sí misma, no podía controlar las lágrimas que rodaban por sus mejillas ni el dolor punzante. Sintió que el teléfono vibraba y elevó el tono de sus sollozos, por nada del mundo quería que descubriera el móvil y temía que escuchara la vibración.

—Vas a llamar a tu novio. —Narcís la obligó a sentarse y tiró de su brazo para incorporarla. Audrey lo miraba llena de espanto, estaba muy asustada. Pensó que él se sentía poderoso al tenerla acobardada y humillada. Con rabia, tiró de uno de los extremos de la cinta de su boca y la arrancó con furia. Soltó un chillido de dolor. Ufano, él se sonrió con malicia, acercó una navaja a su cara y la paseó por su mejilla. Audrey no se atrevió a moverse y notó cómo una lágrima solitaria escapaba de la cuenca de su ojo y rodaba hacia su cuello, a la vez que trataba de mirar de reojo el pequeño cuchillo. Narcís la aterrorizaba y se burlaba de ella. Suplicó que no le hiciera daño y él, por respuesta, se rio. Después cogió sus muñecas, unidas por una cinta americana que cortó con la navaja. Lo miró extrañada y este le puso un móvil delante de su cara para que lo cogiera. Intentó concentrarse y tener la mente fría, tenía pocas posibilidades. Cuando tuvo el teléfono en sus manos vio que habían pasado cuatro horas desde que desapareció. Lucas estaría como loco buscándola. De pronto, se colapsó. Su dedo se quedó parado, no sabía el número. Las lágrimas regresaron a borbotones. Al ver que no tecleaba nada, él le gritó—. ¡¿A qué esperas?! ¡Llama de una vez!

—No... no puedo... no me sé el número de Lucas.

—¡Hay que joderse! —exclamó el otro tipo.

—¡Serás inútil! —vociferó Narcís en su cara y volvió a darle una bofetada. Luego, como si fuera un león en una jaula, dio varias vueltas a su alrededor.

—No queríamos que nos localizaran por su móvil, pero no pensamos esta posibilidad al tirar el bolso —anunció el compinche, nervioso—. Se nos está echando el tiempo encima, tío. ¿Qué hacemos?

—¡Cállate, joder! No me dejas pensar —gritó Narcís, enloquecido—. ¡A tu padre! Te sabrás el teléfono de tu padre, ¿no?

Asintió nerviosa y se repitió mentalmente el número para confirmarlo, rezó para no equivocarse.

—Marca... y cuidado con lo que dices —le advirtió.

Con dedos temblorosos tecleó el número que repetía sin cesar en su mente.

—¿Diga? —La voz de su padre fue como un bálsamo para sus oídos.

—¡Papá, ayúdame...! —Recibió una patada y Narcís le quitó el teléfono.

—Si quieres ver a tu princesa otra vez quiero cinco millones de euros —espetó con desprecio—. Díselo a la estrella de fútbol.

De pronto, él se echó a reír y Audrey se sintió desconcertada. El muy loco se regodeaba en sus palabras.

—Qué bien, están juntitos —anunció, sarcástico, con la mirada puesta en ella; luego se centró en la conversación—. Cinco millones, si la quieres con vida. Tienes hasta las seis. Volveré a llamar para decirte dónde debes dejarlos. Si no los tienes te la enviaré a trozos.

A Audrey se le rompió el corazón, Narcís fue tan perverso como para colocar el dispositivo en su palma, para que pudiera escuchar cómo su padre le advertía que, si le hacía algo, no descansaría hasta dar con él. Pero lo que más la afectó fueron los gritos y amenazas que salían por la boca de Lucas, a quien intuía pegado al teléfono. Su ex cuñado se rio como un loco y cortó la comunicación.

—Debes chuparla muy bien —señaló, y la agarró por el pelo—. Tal vez deje que me la comas antes de irme.

El otro hombre empezó a reír, mientras Audrey sentía arcadas y ganas de vomitar. Para su sorpresa, vio cómo tiraba el móvil al suelo y lo pisó hasta destrozarlo.

—No pensarás que somos tan estúpidos como para dejar que nos localicen, ¿no? —Le enseñó otro teléfono que sacó del bolsillo y, con una voz llena de satisfacción y suficiencia, soltó—. Pronto tendremos el futuro resuelto. Vamos a comer, Willi. Tengo hambre.

—¿Qué hacemos con ella?

—Todavía no podemos matarla, pero no tenemos por qué estar aquí y soportar sus gimoteos —dijo con desprecio—. Átala.

El hombre se le acercó como una rapaz a su presa y le manoseó los pechos. Audrey se movió y le escupió con asco. Narcís rio al ver la escena.

—Déjala, tiene agallas la ratita.

El otro, molesto, se limpió el escupitajo de la cara y sujetó con fuerza sus muñecas, le hizo daño, pero Audrey estaba dispuesta a lo que fuera y susurró en su oreja.

—¿Crees que a ti te dejará con vida? —Forcejeó para impedir que la atara, necesitaba tener alguna mano libre—. Le estorbas, querrá quedarse con todo.

Narcís se había alejado del lugar

—Me necesita, no se deshará de mí —anunció, triunfal, pero ella siguió su estrategia, ponerlo nervioso y generarle dudas. Además de distraerlo para que no quisiera atarle las manos a su espalda.

—Ya sacrificó a su novia. Ella está en la cárcel y él no.

—¿Vienes o qué, tío? —gritó Narcís desde la puerta del almacén.

El tal Willi rodeó sus muñecas con la cinta; para cortar el trozo, mordió con sus dientes y paseó su lengua por la fina piel. Audrey sintió asco, pero eso era mejor que sentir sus asquerosas manos sobre ella. Para su sorpresa, cuando iba a ponerle otro trozo de cinta en la boca, esta se le pegó en los dedos. Se rio de él, creyó que desistiría, pero este se la quitó con los dientes y arrancó un nuevo pedazo; se lo pegó sobre los labios con fuerza y rabia.

—Sí, tío, ya está. —La soltó y le dedicó una última mirada lasciva sobre su cuerpo. Mientras caminaba hacia la salida, preguntó a su compinche—: ¿Cuándo volvamos me dejaras probarla?

A Audrey se le heló la sangre.

Se sentía dolorida por los golpes, pero una rabia interna la hizo sobreponerse. No sabía el tiempo de que disponía, pero debía intentarlo. No podía detenerse a pensar lo que podía ocurrirle cuando aquellos locos regresaran. Se dio cuenta de que no iba a poder despegar la cinta de sus muñecas, así que se tumbó y se retorció un poco. Con gran dificultad logró meter los dedos en su bolsillo y agarró el móvil, ayudada de movimientos cimbreados de su cuerpo. Lo sacó y lo dejó caer al lado de su costado para poder teclear la pantalla.

Por unos segundos se entretuvo con la imagen que tenía de salvapantallas: Luc durmiendo con su papá. Lloró por el miedo que le daba pensar que no los volvería a ver, que su pequeño creciera sin que ella estuviera a su lado.

Templó sus nervios y controló la angustia. Se centró en pensar si tendría cobertura. Apenas tenía unas rayitas, pero sopesó que debía intentar mandar algún mensaje. No, no podía escribir, pero sí podía enviar algo. Cuando consiguió abrir la aplicación de wasap descubrió un montón de Lucas, entró en ellos. No podía detenerse en leerlos. Los ojos se le humedecieron, pero se dijo que estaba a punto de conseguirlo y se esforzó por presionar sobre el pequeño signo de «más» que había junto al espacio para escribir el texto y accedió a otra pantalla. Allí presionó sobre «ubicación».

La imagen de un mapa apareció a los pocos segundos, le costaba conectarse, pero respiró aliviada al comprobar que se enviaba. Se dejó caer sobre su espalda y miró al techo. De repente la vibración del iPhone le anunció que recibía una llamada, miró la pantalla y vio que era Lucas, con esfuerzo la aceptó, aunque solo pudo gemir y salieron unos sonidos incoherentes por su boca. La cinta le impedía hablar. La llamada se cortó y las lágrimas le salieron sin control.

«Lucas, ven a por mí», se dijo para sí misma, como si fuese un pensamiento que él pudiera escuchar.

Se dobló, no podía derrumbarse, tenía que ser fuerte.

Con desespero y la dificultad de tener las manos unidas por las muñecas volvió a meter el teléfono en el bolsillo y estiró la blusa para que lo tapara.

Contempló su alrededor, era una antigua nave vacía. A saber dónde estaba. Buscó con la vista algo que pudiera servirle para cortar las ligaduras. Tenía los pies atados con cinta de embalar, y había perdido una de sus sandalias. Al posar los ojos en una ventana tuvo la impresión de que estaba en un sótano. Se arrastró hacia la claraboya, con más lentitud de la que le gustaría, pero al llegar hasta ella le alegró descubrir que, aunque tenía barrotes, los cristales no eran gruesos. Sin pensarlo demasiado y con la adrenalina bombeando oxígeno a su corazón, se tumbó de espaldas y culeó un poco, hasta ponerse a la distancia necesaria. Apoyó los pies en el sucio vidrio y flexionó para, al segundo siguiente, dar una patada. Los cristales le cayeron encima como una lluvia de puntas afiladas y se le clavaron en la planta y el empeine.

Se estiró y arrastró todo lo que pudo para coger uno de aquellos pedazos que habían caído, uno grande. Nerviosa, agarró el vidrio con los dedos, pero todo era más fácil en su mente, no era capaz de seccionar la cinta. Sollozó de impotencia.

«¡Aggg! Por favor, Dios, una ayudita», gritó en su interior.

Se arrastró sobre sí misma y regresó al lugar en el que estaba. Con un gran esfuerzo se inclinó y pudo sentarse. Intentó cortar la cinta con el cristal, sujeto con los dedos, pero era muy difícil y lento. Trató de agarrarlo con las rodillas y lo consiguió. Era una ardua tarea, pero frotó con desespero contra el afilado cristal y, cuando casi lo había conseguido, escuchó ruido de la puerta de hierro. El tiempo se le acababa y Narcís y el otro iban a aparecer de un momento a otro.

El corazón le dio un vuelco cuando lo vio entrar solo. En la décima de segundo que le dio la espalda, para cerrar la entrada, Audrey serró el trozo que le quedaba por seccionar. La cinta se rompió y pudo liberar sus manos. Sin embargo, simuló que seguían atadas y ocultó el cristal entre las palmas. Se horrorizó al ver la sangre que tenía entre sus dedos, pero ya era tarde para resolver aquello. Narcís llegó a su lado y, para su sorpresa, se sentó en el suelo, frente a ella. Pocos metros los separaban, la contempló con suficiencia y condescendencia. Tras unos angustiosos segundos sin decir nada, y en los que a Audrey le hervía el cerebro, Narcís sacó el arma y la apuntó con ella. Su corazón se saltó un latido; angustiada y temerosa, comprobó que él se entretenía con un macabro juego, que no era otra cosa que simular que le disparaba, a la vez que decía «pum», «pum», «pum». Aterrorizada, se lanzó contra el suelo al escuchar que martilleaba el arma. Se hizo daño en el costado.

—¿Piensas cuándo me atreveré? —preguntó con burla.

Narcís reía a carcajadas, como si aquello lo divirtiera, se jactaba de la cara de pánico que había puesto y le exigió que se incorporara, antes de darse cuenta ya la había encañonado otra vez. Parecía disfrutar. Las lágrimas no le daban tregua. Ese hombre estaba loco. Le imploró que dejara de asustarla, pero mientras más suplicaba más perverso era él. La apuntaba y calibraba al mirar por la mirilla, luego, con un sonoro gruñido que simulaba un disparo, levantaba la pistola imitando el movimiento del retroceso del arma al disparar. No lo reconocía, estaba enloquecido. Sintió que le daba una tregua cuando lo vio bajar el arma y mirar el reloj; la sorprendió escucharlo hablar.

—No entiendo por qué nunca le gustaste a mi madre, con lo lista que eres. Te has calzado a un futbolista, has tenido un hijo y vives como una gran señora. No creo que la fulanilla con quien te engañó mi hermano fuera más que tú —comentó serio y Audrey detectó un gran rencor a su familia—. Nunca tuve nada en contra tuya, pero los negocios son los negocios, cuñada. Me vas a hacer ganar más de lo que me hiciste perder. —Sacó una bolsa con polvo blanco, colocó un poco sobre el dorso de su mano, enrolló un billete y se hizo una raya delante de ella—. Yo en el fondo sentía lastima por ti, te casaste ilusionada, lo dejaste todo por él y él te la pegaba con su novia del instituto. El muy cabrón necesitaba el dinero que le diste para terminar la casa. No te merecía. Mi madre se creía que, al relacionarse mi hermano con aquella chica, su padre le abriría las puertas a

su club de amistades, los invitarían a su yate los domingos y subiría en el escalafón social. Qué hipócrita. Pero la gente con dinero es muy selectiva y muy falsa. Yo era la oveja negra de la familia que nadie quería en sus reuniones, pero a quien buscaban sus hijos para colocarse.

Audrey no entendía qué pretendía al contarle aquello. Ya poco le importaba su familia y lo que ocurrió. Solo le preocupaba que había pasado mucho tiempo desde que envió el mensaje. No quería descubrirse, pero miraba la puerta de reojo, más de lo que debía.

—No sé por qué miras tanto hacia la puerta, Willi no vendrá —dijo él con una carcajada—. Quería hacerte cosas malas y yo no iba a consentirlo.

Audrey abrió mucho los ojos, asustada y, sin querer, se le escapó un lamento. ¿Y si lo había matado?

—¿No pensarás que me lo he cargado? —Rio—. Todavía lo necesito. Está haciendo guardia en el lugar donde tu novio tiene que dejar la pasta, pero lo controlo por el móvil. Si me la juega lo encontraré. —Se lo mostró, en la distancia, con arrogancia, y luego lo guardó en su bolsillo. Se levantó y se le acercó—. Yo he venido a despedirme y darte lo que te he prometido. Nos veremos en la otra vida...

Lo miró, asustada, el miedo recorrió su cuerpo en una décima de segundo y reculó hacia atrás al notar su proximidad. Narcís quiso agarrarla del pelo, pero su mano quedó suspendida en el aire al percibir algo que ella tenía. Miró hacia donde él clavó su vista y vio cómo vislumbraba la sangre de sus manos y dedos... y quizás algo más.

—Pero qué coño...

De repente, con gran estruendo, la puerta del local se abrió. El espacio se llenó de gritos y algunos *mossos de esquadra* que los apuntaban con pistolas. La policía había rodeado el almacén, pero Narcís seguía frente a ella, con su arma.

En un acto defensivo y con una frialdad pasmosa, la posó en mitad de su frente. Audrey deseó poder clavarle el cristal que escondía entre las palmas de las manos en su zona más preciada, pero le temblaba el cuerpo entero y no coordinaba bien. Sentía que el miedo la paralizaba.

—¡Retiraos o me la cargo! —gritó él sin piedad. Del susto, el vidrio resbaló de su agarre y repiqueteó en el suelo. Narcís amartilló el arma, Audrey cerró los ojos y su pensamiento voló a sus padres, a Lucas, a Luc.

El hierro estaba templado, ni frío ni caliente; percibió un olor extraño al que no supo ponerle nombre y apretó con más fuerza los ojos. Horrorizada, su mente se quedó en blanco, solo percibía aquel hierro pegado a su piel. Estaba perdida y se encomendó a quien tuviera la potestad de recibir las vidas, una vez estas eran sesgadas.

De pronto sonaron unos disparos, rápidos, ensordecedores. Por instinto, se lanzó al suelo. Durante un instante quedó agazapada en una posición extraña, hasta que percibió que no sentía ninguna quemazón en su cuerpo. En milésimas de segundos evaluó la situación. Era él quien los había recibido y lo observó caer al suelo, desplomado a sus pies. En su rostro tenía dibujada una expresión en la que no pudo dilucidar ninguna culpa. Trató de separarse de él, entonces su ex

cuñado la agarró del pie y murmuró.

—Me-me caías bien.

Varios agentes, con precaución, y todavía empuñando sus armas, se acercaron; uno dio una patada a la pistola de Narcís, a la vez que no dejaba de apuntarlo, y otro tiró del brazo de Audrey para alejarla de él y le preguntó si estaba herida. Toda la angustia, el miedo y el desasosiego vividos, le impidieron que la voz le saliera clara. Volvieron a preguntarle. No era capaz de decir algo sensato, decía que sí a la vez que negaba con la cabeza. Temblaba y lo único que quería era salir de allí. El policía que le preguntaba se agachó y colocó dos dedos sobre la yugular de Narcís y negó con la cabeza al compañero. Este guardó su arma.

El mugriento almacén se llenó de más policías, no era capaz de distinguir quién estaba al cargo. Audrey había reulado con gran esfuerzo para poner distancia con el cuerpo sin vida de Narcís. Varias personas se le habían acercado para decirle que todo había acabado. Pero, así y todo, no era capaz de dejar de temblar. Una *mossa* cortó la cinta que rodeaba sus tobillos, ella quiso alzarse, pero esta la detuvo; sin poder retener el impulso se lanzó a los brazos de aquella mujer de pelo rizado, recogido en una coleta y sonrisa amable.

—Gracias, gracias, pero... tenía un cómplice.

—Cálmese, no puede caminar —la avisó y miró sus pies. Ella los observó también. Tenía pequeñas heridas por varios lados y mucha sangre, ni siquiera se había dado cuenta. Por un *walkie* la policía informó a alguien—. Que venga un equipo de la científica y que dejen entrar a los sanitarios, la mujer no puede andar.

Audrey le explicó que, en el teléfono, Narcís tenía la localización donde el otro hombre esperaba el rescate. Ella la tranquilizó, tenían todo bajo control.

—Ha sido muy valiente, se ha jugado la vida.

—¿Sabe mi familia que me han encontrado?

—Sí, no se preocupe, enseguida los verá.

Los sanitarios aparecieron con una camilla y en pocos minutos la sacaron de aquel lugar; al verse fuera se estremeció, era una construcción abandonada en mitad de ninguna parte. La mujer policía estaba con ella y otros agentes se le acercaron, quizás eran los encargados de la investigación. Le dijeron que enviar aquel mensaje le había salvado la vida. Entonces, todo el peso del riesgo que había corrido, todo lo que había pasado, se convirtió en agua en sus ojos.

La llevaron a una ambulancia para hacerle las curas y le vendaron los pies. Le dijeron que iban a trasladarla a un hospital. Pero Audrey no quería moverse de allí sin ver a algún familiar. Se sentó en el peldaño de la ambulancia y se replegó sobre sí misma, no podía dejar de llorar. Todo había acabado, pero hasta que no tuviera a su niño en sus brazos no se sentiría del todo tranquila. De repente, se estremeció al sentir una presencia muy cerca.

—¡Ey, niña! He venido a por ti.

La voz de Lucas le llegó al alma, irguió la cabeza para verlo, pero él cayó a sus pies, de rodillas, y la abrazó con tanto sentimiento que le hizo daño en las costillas, pero no pensaba

quejarse.

—Cuánto miedo he pasado —susurró, emocionado, entre sollozos.

Durante algunos minutos estuvieron abrazados. Audrey se embebió del aroma que él desprendía. Aquellos brazos eran como estar en casa.

Capítulo 20

Su madre había insistido en que la atendiera un médico. Cuando le permitieron ver a sus padres, se les abrazó llena de amargura y lo único que repetía era que lamentaba haberse escapado sin avisarlos. Su padre la consoló como cuando era una niña y hacía una travesura. Necesitó tenerlos muy cerca para sentirse bien.

Después de un largo reconocimiento en el hospital, Audrey obtuvo el alta médica. No tenía nada roto, solo magulladuras por los golpes recibidos. Incluso la angustia había cesado al tener a Lucas junto a ella. Aunque le habían dicho que quizás, durante unos días, podría tener picos de ansiedad; si ese era el caso, le aconsejaron tomar ansiolíticos. Ella pensó que, tal vez, acudir a su antiguo psicólogo no le haría mal y lo prefería a los medicamentos. No quería que aquella experiencia le generara mayores consecuencias. No obstante, le dieron el alta con algunas recetas de analgésicos y benzodiacepinas. Le habían vendado los pies tras una nueva cura más concienzuda y le habían retirado un cristal que tenía incrustado en el talón. Pero, aunque el vidrio había sido retirado, al colocar el pie en el suelo vio las estrellas. Se dobló ante aquel dolor y lo disimuló; por nada del mundo quería darles una excusa para dejarla allí, ingresada. Ardía en deseos de poder abrazar a su pequeñín.

El trámite de tener que declarar la agobiaba. Tenían que hablar con ella, pero su padre había solicitado que algún policía fuese a casa para hacerlo. Así y todo, no se había librado de algunas preguntas por unos agentes que habían ido a verla al Clínico. Al salir de urgencias, un revuelo de periodistas los esperaba en la puerta. Los observó, abrumada. La cantidad de medios de comunicación que divisó a la espera de que salieran la dejó por unos segundos paralizada. Por suerte, un celador les dijo que podían escabullirse por otra puerta menos transitada y así lo hicieron.

Sin embargo, la prensa también esperaba en la casa de la colina. Era impresionante cómo la noticia de su secuestro había despertado tanto interés. Audrey no lo entendía, ella no era famosa, ni nada parecido, quizás Lucas sí, por su trabajo, pero era excesiva tanta atención a su caso. Su padre era quien conducía y tuvo que reducir la velocidad para no llevarse a nadie por delante. Eran atrevidos y estaban en mitad de la calzada que llevaba a la casa, sin ninguna protección. Gritaban su nombre al pasar. Audrey no tenía idea de cómo lo habían averiguado tan rápido. Asustada por la cercanía de la gente al coche y las cámaras que disparaban sus flashes sin medida,

se refugió en el pecho de Lucas, que la abrazaba por los hombros.

Qué poca piedad tenían —pensó, aturdida por la atención generada—. Ni siquiera respetaban el dolor ajeno, todo era noticia. Quizás los límites del derecho a la información se habían desvirtuado.

Al entrar en el salón de la casa, los presentes se le abalanzaron para abrazarla, todos querían darle una muestra de cariño y aliento. Palabras de amor. Pero Audrey no tenía ojos para nadie, con la vista buscó a su hijo y lo encontró en brazos de la abuela, la madre de Lucas. Esta se le acercó y se lo entregó. Se asió a él con fuerza, Lucas se les unió y los rodeó con sus brazos. Era un momento muy íntimo. Un silencio se hizo a su alrededor y solo pudo escucharse la voz rota de Lucas que le decía cuánto los quería.

—Un abrazo, Hart —pidió Andrew, con un tono de voz elevado, en el que la emoción se apreciaba sin disimulo. Al momento, Audrey, se sintió atrapada por cuerpos que se pegaban a ellos en un abrazo familiar—. Venga, López, Alicia, un abrazo colectivo.

Tanto sus padres como su amiga no se hicieron de rogar y todo aquel amor que la envolvió le tocó el corazón. Enjugó sus lágrimas y sonrió al escuchar, de pronto, una vocecita de niña que sobresalía en el silencio.

—¿Cuándo me toca a mí coger al primito?

Las risas distendieron el momento y, cuando se liberó de todos, se dirigió a la pequeña valquiria de ojos azules.

—¿No has podido coger a Luc todavía?

—No, la abuelita no lo soltaba —se quejó la niña.

Una risotada general se escuchó en el salón. Audrey se acercó al sofá y se sentó con Luc en su regazo y Valeria muy pegada a ella. Luc empezó a llorar.

—Apenas ha tomado su biberón anterior —informó la madre de Lucas, compungida—, creo que notaba la tensión y tu ausencia.

Audrey observó a Lucas que salía de la estancia e intuyó que iba a preparar uno nuevo. Sus hermanos lo siguieron y ella pensó que por muy fuerte que se quisiera mostrar su futbolista, estaba afectado. Miró a Ana, que también los observaba con un gesto compungido. Al darse cuenta de que ella la observaba le sonrió con un gesto comprensivo y en silencio le dijo que no se preocupara.

Audrey se percató de que Valeria estaba a la espera de que le depositara al niño en su regazo; le costaba soltarlo pero, ante su carita de ansiedad, no pudo resistirse. Se lo recolocó y la niña lo acunó con fuerza, lo miraba orgullosa a la vez que le decía palabritas dulces.

—No llores, Luc, ya estamos juntitos.

Valeria le puso el chupete, que se le había caído, y el llanto cesó.

—Valeria —la llamó Alex—. Luc tiene que comer, es chiquito y tiene hambre.

La niña, como si no fuera con ella, siguió hablándole a Luc, quien parecía que atendía a su voz.

—Yo soy la prima mayor y tendrás que hacerme caso.

Con una sonrisa en sus rostros, Audrey fue testigo de cómo todos miraban la escena, embelesados. Alex explicó lo nerviosa que se había puesto porque tardaba en regresar. No se habían percatado, pero la niña había escuchado que se la habían llevado a la fuerza.

—Pero ya le hemos explicado —señaló Alex, más para que Valeria lo escuchara que para ella— que era un señor que quería que fueses con él, pero el tío Lucas y tu padre no lo han permitido.

—Es verdad, me han encontrado. —Sonrió Audrey a la niña.

—Yo te quiero mucho.

—Eso es muy bonito, Val. Y yo, no lo olvides nunca. —Sonrió y la abrazó, con el corazón estrangulado de pensar que podía no haber regresado a casa.

—El tío Lucas también, lo escuché una vez que se lo decía a mi papá.

—¿Así que escuchas conversaciones de mayores? —inquirió, simulando seriedad, el abuelo—. Eso está...

—No está feo, abuelito —replicó la niña—. Yo no espíe y fue hace tiempo, él vino a casa y lloraba como las niñas cuando lo dijo.

Las tiernas e inocentes palabras que la niña declaraba los hicieron sonreír a todos. Pero el gesto compungido que hizo la intrigó.

—¿Y qué te preocupa?

—Que tienes unos zapatos raros.

Audrey miró hacia sus pies y reparó entonces en que llevaba una sola sandalia y en el otro pie, aparte de una gruesa venda, llevaba unos pololos verdes de hospital.

—Es que se me ha perdido una sandalia y así no caminaba descalza —le explicó, y la niña pareció convencida con la respuesta.

Luc volvió a llorar y Valeria frunció el ceño, como si no le gustase; en ese momento, Lucas apareció con un biberón en la mano y Audrey le cogió el niño del regazo, lo acurrucó en su pecho y aceptó la toma que Lucas le ofrecía. Se sintió feliz al ver que su niño se tomaba su biberón tranquilo y satisfecho. Fue como si una burbuja los rodeara a los dos y todo lo feo del mundo quedara fuera de aquel lugar. Lucas los observaba en silencio, tuvo la impresión de que sus ojos estaban rojos, como si hubiera llorado, pero él lo disimuló con una gran sonrisa. Aquella sonrisa le curaba el corazón.

Las abuelas se habían ocupado de la cena y dieron por finalizada la jornada de Elvira, que había permanecido junto a ellos, hasta que llegó la noche. La mujer había estado muy pendiente de todos y Audrey le agradeció aquellos cuidados. A solas, las dos se habían abrazado emocionadas tras el reencuentro, la asistenta se creía responsable por dejarla marchar y se había sentido muy mortificada al pensar que la culpa de lo ocurrido había sido suya.

—Tuya no —señaló Audrey, con cariño—, ni lo pienses un minuto más. Yo fui irresponsable, pero la culpa ha sido de Narcís. Solo un loco pensaría que iba a salir indemne.

—Yo no creo que estuviera loco —afirmó Alina que estaba junto a ellas en la cocina—. Nos cuesta creerlo, pero hay gente mala por el mundo.

—Sí, la maldad existe —concluyó la asistenta.

Un rato después de que Elvira se marchara —su marido había ido a buscarla—, sus padres decidieron despedirse, había sido un día largo.

—Nos vamos a casa, Audrey. Necesitas descansar —anunció su madre.

La miró llorosa, no quería despegarse de los suyos.

—¿Por qué no os quedáis? Hay sitio para todos —propuso Lucas—. Mañana celebraremos el día todos juntos.

Audrey no tuvo que convencer a sus padres, que aceptaron encantados. Quiso organizar las habitaciones, pero ni su madre ni la de Lucas la dejaron. Este se encargó del niño y ella pudo estar un rato a solas con su amiga. Le habían dicho que se acostara, pero necesitaba alargar el tiempo y compartir con todos un ratito.

Alina le habló con angustia, Audrey pudo deducir que se sentía culpable por haber desaparecido, si no lo hubiera hecho la habría acompañado, o quizás le habría quitado la idea de salir de la cabeza.

—Estaba con Andrew —confesó, y Audrey trató de dilucidar si el hecho de que lo llamara por su verdadero nombre era bueno o malo. Una tenue sonrisa en sus labios le avisó de que, por lo menos, algo habrían arreglado.

Cuando Lucas regresó a su lado se sentó junto a ella y la abrazó con fuerza.

—Deberías irte a dormir —susurró sobre su cabeza.

—Cuando tú lo hagas —respondió.

John le preguntó si Narcís estaba solo y de repente Audrey se vio relatando algo que creyó que no podría volver a narrar nunca. Le había costado con la policía, pero ellos dirigían unas preguntas que la ayudaban a pensar; en aquel momento su mente revivió lo ocurrido, pero hacerlo fue catártico.

—Corriste mucho riesgo al enviar el mensaje. Pensábamos que te quitaron el móvil —conjeturó su padre.

—Narcís me abordó en el aparcamiento y me quitó el bolso, pero no me registró los bolsillos, lo tenía ahí.

—Te llamamos muchas veces, pudieron descubrirte —señaló Lucas.

—Lo tenía en silencio. Después de que me echarais la bronca por marcharme no quería más llamadas, lo guardé en mi bolsillo sin darme cuenta —explicó y con naturalidad añadió—. Necesitaba las dos manos libres para coger los pasteles.

—No voy a enfadarme por hacer eso porque te ha salvado la vida —admitió el jugador con humor—, pero ya hablaremos, no quisiera que tomaras por costumbre ignorarme.

—Va todo en el lote, Hart. Esa cara bonita y sus desplantes —soltó Alina con burla y la tensión que había en el aire, tras relatar ella su cautiverio, se relajó.

Lucas obligó a Audrey a acostarse, necesitaba descansar y que su cerebro desconectara. Ella, antes de meterse en su habitación, necesitó pasar por la de Luc. Verlo dormido y feliz, a salvo de dragones, le generó ternura. Había pasado tanto miedo porque creyó que no volvería a verlo que aquel pensamiento la hizo llorar. Su futbolista particular, atento a todas sus emociones, la abrazó y con delicadeza la dirigió a su dormitorio. Audrey se había duchado con la ayuda de su madre. Tenía un morado considerable en las costillas que le dolía y no quería que se lo viera Lucas. Aunque no sabía el tiempo que él tardaría en descubrirlo. Además, su cara evidenciaba los golpes recibidos.

Al meterse en la cama caviló en Narcís. Pensar que ya no existía le generó un sentimiento extraño y se acordó de Mercedes, su ex suegra. Sintió pena por la mujer.

Lucas se acostó junto a ella y la rodeó con sus brazos, ella se recostó en su pecho.

—¿De dónde sacaste todo el dinero que pedían? Escuché que llevasteis el rescate.

—Hay que tener amigos en todas las esferas —señaló con burla—. El dinero es solo dinero, cariño, y tú eres mucho más importante para mí. Y por suerte tengo muy buenos amigos.

Rio con sus palabras. Por suerte el dinero había sido recuperado y ella, por lo menos, se sentía más tranquila por eso.

Lucas parecía sumido en sus pensamientos y de pronto comenzó a relatar su propia historia.

—He pasado mucho miedo, creí que te iba a perder y cuando recibí el mensaje con tu localización casi me da un infarto. Como no regresabas fui con Andrew y Alina a buscarte, creí que me moría al ver el coche abierto, los pasteles, tu bolso tirando sobre la alfombrilla de atrás y ningún rastro tuyo. Andy llamó a la policía, vinieron pronto a casa; tu padre también llamó a alguien. Al recibir el mensaje con tu ubicación y tú no responder a las llamadas, pensamos que no podíamos dejar pasar el tiempo. Andrew se ha encargado de todo, con dos llamadas consiguió el efectivo. El dispositivo se ha activado enseguida. La guardia civil y unos *mossos* nos han acompañado todo el rato. Tu padre tiene unas amistades interesantes —señaló con humor y continuó—. Estaban tras la pista de Narcís. Lo han coordinado todo muy rápido y, en poco tiempo, ya sabían que tenía un cómplice. Estaban a la espera de que cometieran algún error.

Audrey necesitó besarlo, como si así le demostrara que estaba bien. Él la miró con el ceño fruncido y colocó ambas manos alrededor de sus mejillas, supo qué observaba. En su piel quedaban rastros de las bofetadas de Narcís, pero solo eran eso, marcas que delataban una acción, cuando se borraran todo habría pasado, Audrey se propuso ser feliz y no dedicarle más pensamientos.

Se despertó a mitad de la noche, estaba sobre Lucas. La luz de la mesita del lado del futbolista estaba encendida y él parecía velar su sueño.

—¿No puedes dormir? —preguntó, bajito. Como si no quiera asustarlo.

—Necesito vigilar tu sueño, tengo miedo de despertarme y que no estés.

—Cariño, no va a pasarme nada. Estoy bien, créeme.

Audrey intuyó que él temía que sufriera pesadillas o, quizás, era él quien las tenía. No se sentía

sexí, ni muy arrebatadora, pero quiso impregnar al momento toda la ternura y deseo del que fue capaz. Necesitaban exorcizar la angustia que los acechaba. Buscó sus labios y lo besó despacio, impregnando todo el amor que la hacía sentir.

—Necesitas dormir —afirmó Lucas, con la voz ronca. Audrey intuyó que no era muy buena ocultando sus intenciones.

—Te necesito a ti.

Tomó sus labios de nuevo y sintió cómo Lucas acomodó su cuerpo al suyo con cuidado. Sin querer, un quejido amortiguado en el hombro masculino escapó de entre sus labios cuando él la sujetó por la cintura. No dejó que le viera los golpes. Y buscó su boca, de nuevo, a la vez que rodeaba su cuello con los brazos, en una clara invitación.

Desató la pasión.

—Yo también te necesito. No sabes cuánto.

Casi con desespero se deshicieron de la ropa del otro. Sus cuerpos se acoplaron, concedores del camino hacia el placer.

—Tendrás que estar muy calladita —susurró, travieso. A Audrey, escucharlo le encantó. En una décima de segundo él se había despojado de la tensión que se acumulaba en sus hombros y se reflejaba en su rostro—. Tenemos a toda la familia por la casa.

Audrey se perdió en un mar de sensaciones cuando él se introdujo en ella; despacio, delicado, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Acarició su espalda, fuerte, musculosa y besó la piel tatuada de su brazo y, como si no quisiera que se enterara, musitó muy bajito entre jadeos un «te quiero».

—Mírame, cariño —le pidió Lucas, con la voz tomada por la pasión. Audrey no pudo resistirse al fuego de sus ojos; le gustaba verse en los de él, contemplar todo su deseo contenido—. Yo también te quiero.

Un nuevo gemido de dolor se filtró entre sus labios y Lucas detuvo sus movimientos. Malditas fueran sus costillas por irrumpir en aquel instante, quiso ignorar la molestia, lo apremió a continuar. Lo sentía en su interior, palpitando. Sus ojos, llenos de tensión, la observaron como si fuese lo único en el mundo.

—Cásate conmigo, Audrey López. Llena mi vida de glamur.

Su petición la hizo sonreír.

—Me casaré contigo porque te quiero. —Quiso sonar seria, pero la voz se le cortó por la emoción que atravesaba su garganta—. Ya pondrás tú el *glamur*, mi adorado futbolista.

Se fundieron en un beso impetuoso, fogoso y ardiente; cargado de tanta pasión que desbordó el deseo que tenían contenido por las venas y la piel. Audrey sintió que Lucas le hacía el amor muy lento, para no hacerle daño con sus embestidas y se dejó llevar. Era la única forma en la que podían exorcizar todos los miedos que los habían atenazado. Aquel amor tenía la fuerza de sanar todas sus heridas.

El mañana se dibujaba lleno de esperanza. En su haber ya no solo contaban tres días, sino todos

los que vendrían después. Tenían un futuro, un hijo; había vuelto a nacer y, con Lucas, no solo tenía un proyecto de vida, sino un camino por recorrer a su lado.

Abrazados, saciados y vencidos, encontraron la paz que los meció en los brazos de Morfeo. Y allí, en el lugar donde viven los sueños, Psique paseaba de la mano de Cupido, su Eros en el mar de los tiempos.

Epílogo

Cuatro años después...

Audrey cerró la maleta, de nuevo, y la miró con desconfianza. Había accedido a hacer aquel viaje, pero una cosa era decirlo y otra, muy distinta, enfrentarse a él y con eso a todos sus fantasmas.

Casi sin darse cuenta el muro de sus recuerdos se desmoronó y, como los fotogramas de una película, instantes de su vida pasaron ante sus ojos. Se tapó la cara con ambas manos y respiró profundo, soltó el aire despacio.

«No puedes evitarlo toda la vida», se dijo para insuflarse ánimos.

Había llegado a creer que solo el amor incondicional de Lucas la ayudaría a superar su secuestro, pero no había sido así. La fuerza del amor no siempre lo cura todo. La angustia sufrida destapó otra anterior, la que creía superada por su «accidente». Tuvo que poner nombre a lo que le había ocurrido. Habían intentado asesinarla primero, secuestrarla después, y a saber qué final hubiera tenido si no la hubiesen encontrado. Había necesitado tiempo y terapia, más de la que creía necesaria.

La mente era compleja y buscaba las maneras de adecuar la realidad. Sin darse cuenta había dejado de acudir a sitios, a justificar que prefería comer en casa, a preparar reuniones con amigos y familia para no tener que salir. Y cuando lo hacía, una extraña inquietud la acompañaba y se apresuraba en sus tareas para regresar al único lugar en el que se sentía segura, el salón de su casa. Por supuesto, no había hablado con nadie de sus miedos. Disimulaba la angustia que le generaba ir a sitios nuevos, desconocidos, o el temor que le generaba no controlar la salida de los lugares que visitaban, como si necesitara tener claro un plan de escape.

Había abandonado el trabajo y empezó a ayudar a Lucas con los temas fiscales y legales, no tenía por qué ausentarse del despacho que se había montado en una de las salas de la casa. El niño crecía sano, tenían mucho espacio en el exterior y sus padres, o los de Lucas, venían tan a menudo a visitarlos que no le daba tiempo a echarlos de menos.

Lo tenía todo, pero no era feliz.

Había desoído la primera señal de alarma. Aquellas navidades, las primeras con Lucas, cuatro años atrás, iban a celebrarlas a Madrid, con los Hart, pero su padre se cayó y se rompió una pierna. A Audrey le costaba tanto irse lejos que rápido cambiaron los planes, y los Hart y los

López, todos juntos, pasaron aquellos días festivos en la casa de la colina. Alina y Andy también acudieron y aquellas fiestas fueron el principio de todo.

Por eso, en aquel momento, estaba así; con la maleta hecha, y ya, sin excusas.

Si se paraba a pensarlo no había sido consciente de lo que le sucedía hasta que fue muy tarde. Ocurrió a principios de año, cuando quiso llevar a Luc unas horas a la guardería. No sabía qué le pasaba, pero ir a aquella escuela infantil que habían elegido ella y Lucas con tanto cuidado, se le hizo difícil la primera semana, los días que Lucas no pudo acompañarla; a la siguiente, para no ir sola si él no estaba, pidió a Elvira que lo hiciera y siempre daba alguna excusa. Se acostumbró a hacerse acompañar y un día en que trató de salir de casa sola, no fue capaz. Había desatendido todos los síntomas que se le habían ido presentando y había tenido una gran crisis. La ansiedad le produjo tal cataclismo a su organismo que creyó que se moría de un ataque al corazón. La trasladaron a urgencias y allí, una médica le preguntó algo muy sencillo, solo fueron tres palabras y se desmoronó.

—¿Qué te pasa?

Su mente la situó en aquel acantilado, la llevó al almacén abandonado, oyó el amartillado del arma de Narcís que la apuntaba, se vio sin Luc, sin Lucas. Se vio sola y creyó morir. Para salvarse había creado una falsa seguridad, los muros de su casa eran una fortaleza, allí nadie podría hacerle daño.

La doctora la derivó a un psiquiatra y este a un psicólogo que la hizo hablar y pensar y elaborar todo lo que le había ocurrido y que ella, en un intento de huir hacia adelante, había pretendido olvidar como el que corre un tupido velo.

Pero todo aquello era el pasado, el futuro estaba cargado de esperanza. Se había casado con Lucas en una ceremonia muy bonita, y no tan discreta e íntima como hubiera deseado: en la Sagrada Familia de Barcelona. Habían esperado a que Luc tuviera dos años para hacerlo. Él les había llevado los anillos junto a Valeria, que vertía pétalos de rosa para que ella, del brazo de su padre, llegara al altar, donde Lucas, vestido con un *smoking* impresionante, la esperaba lleno de emoción. Aquel día había sido el más feliz de su vida.

Seguían en la casa de la colina, pero ahora como segunda residencia porque, al iniciar Luc el colegio, se habían instalado en Sant Cugat, muy cerquita de Alina y Andrew, que también se habían casado y eran padres de una niña de un año, la pequeña Aina. A nivel laboral, se había convertido en la mano derecha de Alex y, junto con Alina, se encargaba de la dirección de Hartbooks en Barcelona.

Tenía mucho por lo que ser feliz y los miedos no podían paralizarla, se dijo. Regresar a Menorca no era trágico; allí había encontrado lo mejor de su vida. Iban a celebrar el aniversario de los padres de Lucas, iba a volver adonde todo empezó.

Lucas entró en la habitación, se colocó a su espalda y la agarró por la cintura.

—¿Ya estás lista o te falta algo más?

Notó cierto sarcasmo en su voz. Había revisado el equipaje un par de veces. Audrey se volteó

entre sus brazos y él aprovechó para inclinarse sobre ella y besarla. Aquellos besos habían sido su mejor medicina. Los nubarrones que se le habían formado en la mente se disiparon como si una brisa de aire limpio los empujara y se dejó llevar por aquella ternura.

De repente notó cómo Luc se colaba entre ellos dos y los separaba con vehemencia.

—Has dicho que venías a buscar a mamá, no a darle besos —se quejó el niño.

—¿No quieres que papá me dé besos?

—No, porque entonces vas a tener un bebé. El abuelito nos espera, voy a salir a pescar con él esta tarde.

Audrey miró a Lucas con cara de asombro y observó que este trataba de amagar una sonrisa.

—¿No quieres un hermano? —preguntó el padre a la vez que se ponía en cuclillas frente al niño.

—No. Vámonos.

Y con aire autoritario el niño se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—Luc —lo llamó Audrey y se le acercó—. ¿Quién te ha dicho que se hacen así los niños?

—Val dice que cuando los papás se quieren mucho vienen los niños.

—Sí, es verdad lo que dice tu prima —afirmó Audrey con una rodilla hincada en el suelo. Le remitió la camiseta, con un ocho xerografiado en el pecho, por el pantaloncito corto y añadió—: pero cariño, así no se hacen los niños.

—Creo que es tarde, a este paso perderemos el avión —intervino Lucas, que agarró la maleta y tiró de ella. Se dirigió al pequeño con voz cautelosa—. Luego te lo cuenta mamá.

—¡De eso nada, Hart! —exclamó Audrey, a la vez que se ponía en pie y tomaba la mano del pequeño—. Cariño, si tú quieres saber cómo se hace un hermanito solo tienes que preguntarlo y papá y yo te lo explicamos. *Juntos*.

—Bueno —respondió Luc poco convencido—. Otro día.

Así de fácil se acabó la conversación. La cara de alivio que le vio a Lucas le provocó una pequeña carcajada.

Al salir del dormitorio Lucas la retuvo y la miró con ojos escrutadores.

—¿Estás bien? Sé que visitar Menorca te genera angustia, pero algún día teníamos que ir.

Audrey lo contempló con fijeza y, por un segundo, analizó qué iba a decirle.

—Claro que estoy bien y te mentiría si no digo que me genera inquietud regresar allí, pero he de enfrentarme al último de mis dragones. Ese que vive en mi imaginación. Te aseguro que le clavaré la espada como hizo San Jordi.

Lucas le recolocó un mechón de pelo detrás de la oreja y besó sus labios. Él siempre encontraba la excusa perfecta para besarla, acariciarla, tentarla, y a ella le encantaba que creara esos momentos. La volvía loca el hombre que era con ella: dulce apasionado, seductor, provocador, excitante, sexi. Cuando se ponía así, «cariñoso», le provocaba la imperiosa necesidad de sentirlo dentro, de escuchar sus gemidos por alcanzar el placer. La hacía sentir poderosa y ansiaba que la llevara al éxtasis una y otra vez hasta que cayera agotada.

—Y yo te ayudaré. Crearemos nuevos recuerdos. Te quiero, niña. —Audrey, de reojo, vio a Luc que trataba de mirar hacia otro lado para no ver cómo volvían a besarse. Iba a tener que hablar con él, pero ahora debía relajarse, no era momento para excitarse. Lucas le sonrió pícaro, tenían que aguantarse las ganas—. Mis padres querían celebrar su aniversario con todos y se mueren de ganas por ver a Luc. Además, si se porta bien —dijo con la clara intención de que el niño se diera por aludido—, pasado mañana iremos a hacer *snorkel* con Valeria.

Al escuchar aquella propuesta, Luc dio un pequeño salto. Le encantaba estar con su prima.

—Sí, sí, porfi. —Emocionado por aquello trató de ayudar al padre—. Yo te ayudo.

—Espera, cuando baje las escaleras —pidió Lucas al niño, que pretendía tirar del asa de la maleta como si él pudiera con ella—. Ten cuidado.

Audrey los observó. Sus chicos eran su tesoro.

Unas cuantas horas más tarde, aterrizaron en el aeropuerto de Menorca. John y Ana los esperaban, sonrientes. El pequeño, al verlos, corrió hacia ellos. Ambos lo contemplaron feliz con los abuelos

—Cuando dejemos a Luc con mis padres, tú y yo nos escapamos —murmuró Lucas con un tono que insinuaba muchas cosas.

La mirada ardiente que le dedicó hizo que Audrey se estremeciera y anticipara lo que le esperaba, lo que ya había fantaseado. Una noche de sexo apasionada. Así y todo, quiso provocarlo.

—¿No tienes ganas de ver a tus hermanos?

—Tengo más ganas de estar contigo y quiero celebrar algo. Mañana es el aniversario de mis padres y no podré tenerte para mi solo.

Había sido el aniversario de sus padres cuando se conocieron. Su recuerdo voló a aquella noche en la que ella escuchó la conversación que mantenía con su hermano; entonces no lo sabía, pero aquel loco que la increpó y creyó que lo espiaba iba a ser el centro de su vida.

—Cariño, ¿te estás quejando de que no tienes sexo? —indagó con curiosidad y cara pícar—. Porque anoche no tuve esa impresión.

A su cabeza vino la imagen de Lucas con las manos ancladas a sus caderas y ella cimbreado su cintura sobre él, en un movimiento que los enloquecía. Lo deseaba ya y reconoció el ardor que recorría su cuerpo como la expectativa del adicto.

Audrey ansiaba su cuerpo, sus besos, su piel. Anhelaba sus caricias y deshacerse por todo lo que le hacía sentir. No se dio cuenta, pero todo el temor que había imaginado que volvería se evaporó.

Lucas era su universo, su marido, el padre de su hijo, el hombre que amaba. Quien le dio todo: Tres días y una vida.

FIN

Nota de autora

Detrás de esta historia de amor hay un tema que preocupa y padecen muchos hombres, y en consecuencia muchas mujeres. La disfunción eréctil. No he pretendido hacer un análisis, ni descripción de síntomas, tratamientos o pronóstico como si fuese un caso clínico. Quizás a alguien le parezca que pasé muy por encima del problema, pero mi intención no era escribir sobre la impotencia sexual masculina, sino mostrar que sus causas, la mayoría de las veces, son psicológicas, y que la seguridad en uno mismo y el desbloqueo emocional son parte de la solución.

Quiero comentar que ese aspecto de la trama de mi novela está basado en una historia real. Hace muchos años tuve un paciente, un joven deportista (ni mucho menos famoso) que padecía este problema y llegó a mi consulta lleno de angustia por la vergüenza que pasaba con las mujeres, a las que llegó a evitar; porque, o no conseguía una erección, o padecía eyaculación precoz.

Este problema es más frecuente de lo que nos creemos y la comprensión de la pareja es un aspecto fundamental. He de decir que tiene «cura» (sobre todo si la causa es psicológica). El trabajo psicoterapéutico es fundamental; aunque cada vez más las personas quieren pensar menos en qué les pasa y recurrir a la industria farmacéutica que, en este aspecto, ha encontrado cómo paliar los síntomas para resolver muchas tristezas de alcoba.

El caso descrito me sirvió para pensar qué pasaría si juntaba a un deportista de élite (que se supone que la vida le va genial) y una chica normal con sus inseguridades, proyectos y problemas por una relación fallida a la espalda. Todo parecido con la realidad es pura coincidencia.

Otros temas que aparecen en la novela (el abuso, la adopción, las drogas, las madres solteras) son ficción, aunque la imaginación siempre tiene un pie en la realidad.

Los problemas de Lucas se resuelven cuando deja de prestarles tanta atención e importancia. A todos nos gusta pensar que el amor nos cura, eso también es terapéutico. Porque, ¿quién no necesita amor?

Agradecimientos

A Penguin Random House Grupo Editorial, a Selecta y a todo el equipo que hay detrás. Gracias por la confianza y, en especial, a Lola Gude, cumplidora de sueños; la mejor editora, por el cariño, amabilidad y paciencia con la que contesta todos los emails y resuelve las dudas.

A las lectoras y lectores por su acto de comprar mi libro, de leerlo. Agradezco con sinceridad su apoyo. Me enorgullece que les gusten mis novelas. Y si, además, al terminarla van a la plataforma donde la adquirieron y dejan su valoración con una opinión, me ayudarán a llegar a otros lectores que quizás no me conozcan y no sepan cómo son mi escritura o mis historias.

Por supuesto agradezco a mi familia el estar ahí, sus ánimos y afecto. Y, sobre todo, doy las gracias a mi marido, la persona más importante de mi vida. Él es quien me aguanta, me soporta, me cuida, me hace reír y me inspira.

Gracias a ti, que me lees, por llegar hasta estas palabras. Espero haberte emocionado y si no, por lo menos, haberte entretenido.

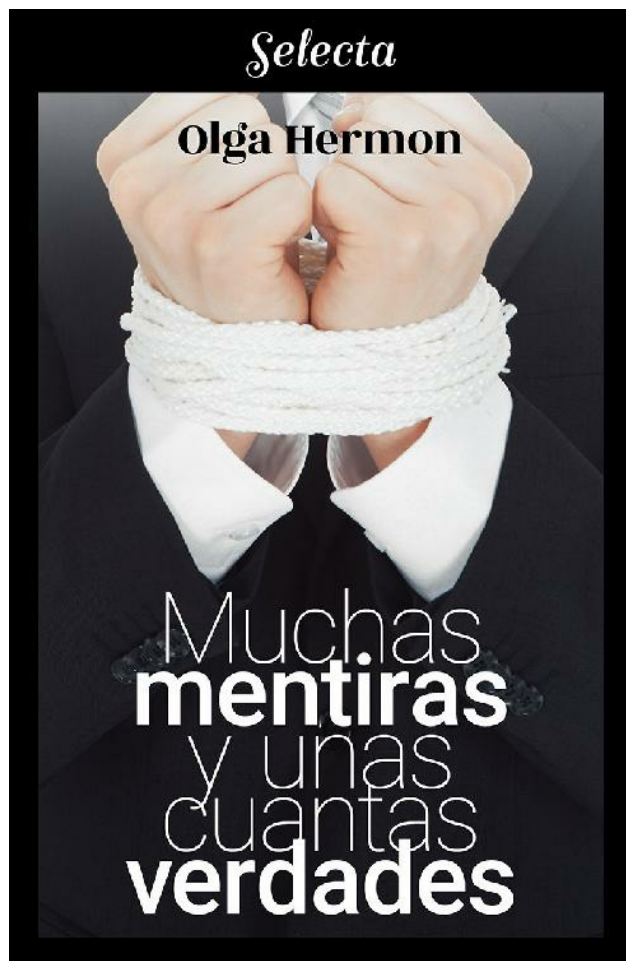
Si te ha gustado

Tres días y una vida

te recomendamos comenzar a leer

Muchas mentiras y unas cuantas verdades

de *Olga Hermon*



Capítulo 1

«Temo por mi vida y por la de mis hijos ¡Tú eres mi única salvación!».

Mientras hacía antesala en el aeropuerto, en un ir y venir enloquecedor que ya tenía mareado al resto de la concurrencia, en el cerebro de Helena, todavía retumbaban las palabras dichas por su hermana.

Apenas tenía dos horas de sueño cuando la despertó el timbre de su celular, que había olvidado silenciar después de una larga jornada de trabajo nocturno en el hospital donde prestaba sus servicios como enfermera titular del área de quirófanos.

Luego de muchos balbuceos a través de la línea, que lograron confundirla y alarmarla más, Helena accedió a trasladarse a Hidden City de inmediato. Serían tres horas de vuelo, pero era la ciudad más próxima a la que Margaret podía ir sin ausentarse demasiado de casa.

El viaje le pareció eterno sin que lograra poner orden a la conversación que en dos minutos puso su tranquila vida de cabeza.

—En mi casa no...

—Creo que me vigilan...

—Te estoy hablando de un teléfono público...

Todo parecía sacado de una película de espionaje, muy ajeno al estilo de vida de su hermana, por eso no lo dudó dos veces antes de embarcarse para ir en su auxilio.

Helena pidió en el hospital un permiso de dos días sin dar más detalles que motivos familiares; Margaret así lo había exigido, como también le dijo que compraría un celular de prepago que usaría para decirle el lugar donde se reunirían una vez llegara a la ciudad. Sería en uno de esos cafés de las afueras.

—¡Querido Dios!, te pido que cuides a mi hermana y a mis sobrinos; son mi única familia. — Helena miró al cielo, por la pequeña ventana de la nave, con los ojos empañados en lágrimas y con el estómago hecho un nudo de nervios.

Tiempo después...

—¡Margaret! —Helena solo movió los labios al llegar a la mesa donde se encontraba su hermana. En cuanto la vio venir, ella le hizo una señal de que guardara silencio.

Le costó trabajo reconocerla con los grandes lentes oscuros, que le cubrían medio rostro, y con la pañoleta que envolvía sus rubios cabellos.

—¡Helena, hermana!, qué bueno que estás aquí —susurró en su oído en tanto le daba un abrazo que hablaba por sí solo.

A pesar del camuflaje de la rubia, se notaba el contraste entre las dos chicas. Margaret era diez años más grande e hija del primer esposo de su madre. Alta, de tez canela y ojos verdes, era el vivo retrato de su padre.

En cambio, Helena era de estatura media; de larga melena negra como la noche; de tez tan blanca que, cuando vestía oscuro, la hacía parecer etérea, y de ojos color de la miel. Solo se tenían ellas dos y ahora estaban los niños de la mayor. Sus progenitores habían ido muriendo muy

jóvenes. El padre de Margaret, de una enfermedad arrasadora, y los padres de Helena, en un trágico accidente de auto.

Por la diferencia de edad, fue poco lo que las mujeres habían logrado cohabitar como hermanas, aunque ahora de adultas, Helena se daba maña en época de vacaciones para alcanzar a su familia en la parte del mundo donde se encontraran de paseo, para convivir con los niños; eran adorables y ella los amaba entrañablemente.

—¡Por favor!, dime de una vez qué es lo que está pasando, antes de que muera de preocupación —pidió en cuanto ambas estuvieron acomodadas en sus butacas.

—Desayunemos, primero. Seguro vienes con el estómago vacío. Durante el café te contaré toda la historia. —Cuando Margaret decidía algo, valía más no discutir.

Helena comió casi sin masticar; de igual forma no hubiera podido disfrutar del platillo. Su hermana apenas probó bocado; se notaba su esfuerzo en medio de un ambiente de paranoia, pues no dejaba de mirar a un lado y a otro.

—¿Un café con crema, como siempre? —preguntó amable cuando se acercaba la mesera.

—Sí, por favor —respondió Helena. Esa invitación la recibió con agrado; la bebida caliente le ayudaría a que terminara de bajar el alimento que sentía atorado en el esófago.

En cuanto estuvieron a solas...

—Hermana, mi matrimonio se ha convertido en una pesadilla. —Margaret la tomó dolorosamente de las manos, con mirada desesperada—. Alonso se ha vuelto un monstruo —confesó con las palabras atragantadas—. Mi vida, en un infierno, y tengo mucho miedo de que les pase algo a los niños. ¡Helenita, ya no soporto más! —agregó en un apurado susurro, antes de que el llanto silencioso le impidiera seguir hablando. Helena veía cómo corrían ríos de lágrimas por debajo del cristal oscuro de los lentes.

—¿Por qué no lo dejas? Divórciate de él —sugirió. Sin poder contenerse se sentó a su lado y la abrazó mientras le daba palabras de consuelo.

—No puedo. Me tiene amenazada con quitarme a los niños si lo hago —dijo entre sollozos.

—¡Cálmate, por favor! —No dijo nada más. De forma callada se dedicó a masajear sus manos, engarrotadas sobre la mesa. Cuando el ataque de pánico empezó a ceder, volvió a hablar—. ¿Qué le ha pasado al hombre «perfecto» con el que te casaste? —preguntó repitiendo sus mismas palabras de cuando lo había conocido.

—No lo sé, Helena. De un tiempo a esta parte, se empezó a comportar de forma extraña, violenta, con altibajos emocionales. Siempre celoso y neurasténico. Estoy cansada de sus maltratos físicos y emocionales —dijo mientras se tallaba los brazos—. Sospecho que anda con otras mujeres y que tiene problemas de alcohol y drogas.

—Hasta donde entiendo, esas son muy buenas razones para pedir el divorcio, hermana.

Con tamaña confesión, el lado profesional de Helena empezó a buscar indicios de las agresiones en la piel visible de su hermana.

—¡Claro! Si puedo comprobarlo, recuerda que Alonso es un hombre rico e influyente, y yo solo

soy una pobre madre atemorizada por la amenaza bajo la que viven mis hijos —agregó con rabia contenida.

—¿Qué piensas hacer? ¿Cómo te puedo ayudar? —preguntó solícita.

—Hermana. —Margaret se tumbó las gafas, se aferró a sus manos con desesperación en tanto sus ojos la miraban con una súplica implícita—. Necesito que me ayudes a tenderle una trampa a Alonso. Debo obtener evidencias y todo lo necesario para llevarlo ante la corte y conseguir que las autoridades me concedan el divorcio y lo mantengan alejado de nosotros. —Mientras la presión de sus dedos aumentaba, el llanto fue coartando su habla hasta que esta terminó en un lamento incontrolable. De suerte que la mesa estaba situada en un apartado rincón.

—¿De qué estamos hablando? —preguntó temerosa de lo que se avecinaba.

Helena apenas había visto a Alonso dos o tres veces: el día de la boda, de forma breve, pues su madre a duras penas le había podido conseguir en el internado un permiso limitado por estar en período de exámenes, y en el funeral de sus padres, en el que él había permanecido solo unos minutos. Recordaba cómo había terminado por llevarse a los niños, porque estaban demasiado pequeños para comportarse serios en un momento tan dramático. Entonces le había parecido un hombre amable, considerado y muy guapo y aunado a las conversaciones de su hermana; en su cabeza estaba la imagen del marido más responsable del mundo. Por motivos de trabajo, viajaba la mayor parte del año pero, cuando estaba en casa, se dedicaba en cuerpo y alma a los niños; aunque no eran de su sangre, se notaba que los amaba sinceramente.

—Como sabrás, en el país donde resido, está muy penado el adulterio, así que necesito que enamores a mi esposo hasta llevarlo a una situación «comprometedora» que nos dé las pruebas para que lo pongan tras las rejas. —Margaret habló de corrido, como alguien que tiene bien practicada la lección—. Estando ahí, será cosa de días para que sus otros delitos salgan a la luz y para que yo consiga el divorcio y la anulación de la patria potestad.

—¡Madre mía! ¿De dónde sacas que yo tendré agallas para hacer eso? Además, me puede reconocer... —dijo con angustia, mientras liberaba sus manos para llevárselas al pecho.

—Hermana, ustedes apenas se conocen. La única fotografía de familia que tengo en casa, en la que apareces tú, está tomada desde lejos en aquellas vacaciones que pasamos en la playa, cuatro años antes del accidente de nuestra madre... —Margaret la tomó de los hombros con firmeza—. Tú eres la única persona que me puede ayudar, la única en la que puedo confiar. Aún recuerdo que, un año después de esas vacaciones, desafiaste a tu padre y a mamá al irte a estudiar a España «para sirvienta», como ellos decían. No te detuvo ni el hecho de que perdiste todo apoyo económico de ellos —concluyó con un gesto que denotaba orgullo—. Con tu belleza lograrás que el infiel de Alonso se fije en ti y, con tu fuerza de carácter, estoy segura de que podremos conseguir nuestro propósito. —Helena, temerosa del brillo fugaz de maldad que cruzó la verde mirada, bajó los párpados—. Hermana, solo tú nos puedes librar, a los niños y a mí, de vivir en la zozobra y peligro constantes.

—¿Y si tu esposo nos llega a descubrir? —preguntó como aceptando su intervención.

—Eso no sucederá. Como te dije, él jamás ha visto una foto tuya de adulta. Además, tú y yo no nos parecemos en nada, aunque sería bueno que usaras una peluca o te cortaras y te tiñeras el cabello y te adaptaras unos lentes de contacto en lugar de tus gafas. Por supuesto que tendrás que pedir un permiso de trabajo por uno o dos meses y cambiar de nombre y residencia. Llegado el momento crucial, estará un hombre de mi absoluta confianza, lo suficiente cerca de ti, para ayudarte con las evidencias y con la salida del país. Ya no podrás volver a casa. —Lo último lo agregó con innegable dolor.

—Parece que has pensado en todo... —Helena habló en tono desolado.

—Tengo meses planeándolo —comentó con frialdad—. El momento en que se conozcan, el método de seducción y la cita final, donde se le tomará el video en la cama. —Margot estaba tan concentrada en su narración que no se percataba de la mirada de terror en el rostro de su hermana.

—¿Tienes planeado que llegue hasta el sexo con tu esposo con tal de obtener esa prueba incriminatoria? ¿Y cómo quedaré yo?, ¿qué sucederá con mi nombre y mi reputación? —Había que agregar al terror la desilusión para Helena.

—¿Cómo se te ocurre semejante barbaridad, hermanita? Eso no será necesario para nada. Drogaremos a Alonso para que no sea un peligro, y después solo tendrás que actuar un poco la escena de pene... posesión. Tú entiendes, ¿no? —inquirió con gesto apenado—. La persona que me ayudará es un experto en este tipo de trabajos y colocará los equipos de forma tal que nunca se pueda revelar tu identidad.

—Sigue sonando muy arriesgado, Margui. —La voz de Helena se escuchó como la de la niña asustada del pasado, que tenía que mentir para tapar las escapadas nocturnas de su hermana.

—Helenita, ¡te suplico que me ayudes y confíes en mí! Hazlo por Ian y por Diego. Ellos no tienen la culpa de los errores de juicio de su madre, que creyó ver en Alonso a un buen hombre para sustituto de su padre.

Tres días y una vida



¿Son tres días suficientes para enamorarse? El destino hará que dos corazones se encuentren y se encienda la pasión que no buscaban.

Audrey López regresa a Menorca, donde vivía, por motivos laborales. Su mejor amiga y compañera se ha quedado en Barcelona y tendrá que enfrentarse sola a un pasado y una familia que quisiera olvidar. Pero que la confundan con una paparazzi la descoloca. Encontrarse con un loco que le grita, en una noche en la que se siente sola, es lo peor que le podía pasar.

Lucas Hart es un futbolista que está a punto de retirarse. No pasa por su mejor momento. Su cualidad más preciada está en baja forma y su virilidad comprometida por una disfunción sexual. Evita a las mujeres para no desvelar su secreto. Pero al saberse descubierto por una desconocida cree morir. Los programas sensacionalistas lo destrozarán. Tras el desconcierto del momento, la mujer que encuentra lo desarma por su normalidad.

Audrey y Lucas iniciaran una amistad que se convertirá en un amor de verano, corto y apasionado. Sin embargo, el momento de la despedida lo llenan de promesas de futuro. Promesas que Audrey no podrá cumplir. Cuando quiere hacerlo es demasiado tarde, su vida ha dado un giro de ciento ochenta grados y está expuesta a peligros y amenazas que ella misma desconoce.

Nuria Rivera nació en Badalona (Barcelona), en 1967. Reside en Barcelona. Es psicóloga especialista en psicología clínica y psicoanalista de profesión. Tiene un máster en salud mental, numerosos cursos de especialización y un doctorado en Clínica y aplicaciones del psicoanálisis. Fue presidenta de una Asociación Psicoanalítica y dirigió su revista. Codirige un blog de escritos psicoanalíticos con otros colegas, donde ha publicado algunos artículos. La lectura y la escritura de ficción son sus aficiones más importantes. Realizó el Itinerario para Narradores de Novela en la escuela de escritura del Ateneo Barcelonés y Novela histórica. En mayo de 2017 publicó *El destino tiene otros planes* (Ediciones B, Selección de B de Books). Fue Finalista en el VIII Certamen de Novela Romántica Vergara-RNR con *La pasión dormida* y en enero de 2018 publicó *Algunas mentiras* (PRHGE, Selección B de Books).

Edición en formato digital: enero de 2019

© 2019, Nuria Rivera

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-10-4

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Tres días y una vida

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Epílogo

Nota de autora

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Nuria Rivera

Créditos